

ENSEÑAD
DILIGENTEMENTE



BOYD K. PACKER

INDICE

| | |
|--|-----|
| Prefacio | 3 |
| Siempre hay algo que enseñar | 6 |
| No lo deje librado al azar..... | 9 |
| El don de enseñar | 13 |
| Jesucristo, el gran maestro | 18 |
| El principio de la apercepción | 20 |
| “Es semejante a...” | 25 |
| Lo encontramos en las Escrituras | 29 |
| El evangelio es como un teclado..... | 35 |
| Un mundo de ejemplos | 40 |
| Preguntas y respuestas..... | 44 |
| Cómo tratar preguntas difíciles | 53 |
| Somos hijos de Dios | 59 |
| El maestro es un "educando" | 66 |
| El ego | 72 |
| Diferencias individuales..... | 76 |
| “Listos o no aquí voy” | 86 |
| Los objetivos | 93 |
| La disciplina | 102 |
| El poder de una mirada | 108 |
| Los ultimátums | 113 |
| Los compañeros..... | 116 |
| Apacienta mis corderos..... | 121 |
| La gloria de Dios es la inteligencia | 126 |
| Las parábolas..... | 133 |
| Los destructores..... | 136 |
| Lo que los alumnos deben saber sobre los destructores de la fe | 142 |
| El humor en el salón de clase | 163 |
| Los maestros, tesoreros del tiempo | 168 |
| Las ayudas visuales..... | 172 |
| Las lecciones por medio de objetos | 176 |
| Como un guante..... | 179 |
| El maestro es una ayuda visual | 185 |

| | |
|---|-----|
| Cuéntenos una historia | 188 |
| Cómo enseñar las normas morales | 198 |
| La poesía en la enseñanza | 206 |
| Enseñemos con el Espíritu..... | 212 |
| Cuando el maestro está desanimado..... | 221 |
| Al maestro | 225 |
| "Habiendo primeramente obtenido mi mandato del Señor" | 234 |
| El curso trazado por la Iglesia en la educación | 238 |

Prefacio

Para llegar a apreciar este libro en su total magnitud, hay ciertos detalles que el lector debe conocer en cuanto a su autor.

El élder Packer nació el 10 de septiembre de 1924 en Brigham City, Utah, siendo el décimo en una familia de once hijos. El hecho de que por él aguardaba una considerable cantidad de hermanos en la familia de Ira y Emma Jensen Packer dotó a su vida de un significado por demás particular. Los que conocemos la familia Packer podemos atestiguar que pocas son tan unidas como ella.

De su padre heredó su prodigioso intelecto y gran sentido del humor. De su encantadora madre recibió el legado de una maravillosa espiritualidad. Ella le enseñó lecciones sumamente simples, como por ejemplo: si uno vive una vida justa y ora a menudo, tiene el derecho de ser guiado por el Espíritu. Quienes nos honramos con su amistad sabemos que él asimiló bien esa lección.

Desde muy jovencito aprendió a amar a la naturaleza, por la que sigue sintiendo un apego muy especial. Su amor por los animales es enorme, particularmente por los pájaros. A pocos pasos de un gran ventanal de su casa podemos encontrar un comedero para perdices y faisanes durante el invierno, y otro más pequeño para colibríes en la época de verano. El conoce el nombre y los hábitos de todos los pájaros que habitan la zona próxima a su casa. No es para nada inusual que señale a un halcón en pleno vuelo y comente: "Ese es un azor. Me doy cuenta por sus alas tan estilizadas y por su largo plumaje".

En su hogar nunca han faltado las clases más comunes de animales, como perros, conejos, caballos, gallinas, patos y en una época también gatos, aunque ya no más, puesto que no se llevan muy bien que digamos con los pájaros, y prefiere a estos últimos en lugar de los gatos.

El élder Packer es también un gran pintor. Que bueno sería que el lector pudiera, aunque más no fuera, echar una mirada al interior de su hogar. Sus trabajos, evidentes en cada habitación, ponen de manifiesto su amor hacia todo lo hermoso, lo bueno y lo de buen gusto. Entre sus talentos cuenta el de tallador de madera, pintor y dibujante, moldeador y escultor, y disecador de pájaros. A modo de referencia, él es autor de la pintura en la portada de las ilustraciones de este libro.

El élder Packer tiene un inmensurable poder de concentración y capacidad para el trabajo. Termina rápido todo lo que se propone hacer. Cuenta con una prodigiosa aptitud mental y un potencial ilimitado.

Una de las razones por las que él abarca tantos intereses y procura satisfacer tantas inquietudes es que éstos y otros valores le fueron inculcados en su tierna infancia. Sus manos jamás están quietas. Afirma pensar mejor cuando está creando algo. Personalmente le he escuchado decir: "Esta noche me voy a poner a trabajar en un tallado. Pienso mejor cuando trabajo con las manos."

Sus hijos recibieron el legado de su talento artístico. A cada paso que uno da en su hogar encuentra objetos de fabricación casera dotados tanto de belleza como de utilidad, todos ellos hechos por las manos de uno de sus hijos.

Todos sus intereses e inquietudes giran en torno al hogar. Su vida entera está basada en su familia, producto del ejemplo de su hogar paterno. El mide el valor de cada actividad a la que se entrega basado en el efecto que tendrá sobre su familia. No hay nada que tenga más importancia que su cometido hacia su hogar y los suyos, ¡absolutamente nada! El élder Packer sostiene esto como un cometido hacia el evangelio mismo.

Tiene un profundo poder de comprensión del evangelio, al estudio del cual se dedicó durante la Segunda Guerra Mundial cuando sirvió como piloto en el cuerpo aéreo del ejército. Siempre llevaba consigo un ejemplar del Libro de Mormón. Los numerosos pasajes subrayados son muestra fiel de las muchas veces que fueron leídos, habiendo tenido ese sagrado libro una importante influencia en la formación del élder Packer.

En la vida de este gran hombre podemos encontrar una notable fuente de inspiración imposible de reemplazar: su esposa Donna. De una forma silente ella ha sido su gran apoyo durante todos estos años. Desde que les conozco, jamás le he escuchado referirse a su esposa en otros términos que no sean por demás cariñosos. De ambos nacieron sus diez hijos, aunque particularmente en ella se vio volcada la responsabilidad de criarlos, debido al llamamiento del élder Packer como "testigo especial". Ella es su amada, su amiga y su silencioso apoyo. Gracias a ella, él puede afirmar con la más absoluta sinceridad y honestidad: "Conozco por lo menos una familia en donde los padres pueden vivir juntos en amor y armonía sin una sola discusión durante treinta años y aún más."

Sus diez hijos le han brindado algunas de las lecciones más extraordinarias de su vida., El élder Packer afirma frecuentemente que: "Todo lo que he aprendido y de lo que mayores provechos he sacado, lo aprendí de mis hijos."

El élder Packer ha tenido marcado éxito en el campo de la educación y formación personal. Recibió del Colegio Universitario Weber un título menor y su diploma de bachillerato y de maestría en ciencias educativas (educación normal) de la Universidad del Estado de Utah. Más tarde logró su doctorado en educación en la Universidad Brigham Young.

Durante seis años desempeñó el cargo de maestro de seminarios. Merced a su reconocida capacidad pedagógica fue nombrado supervisor en el programa de seminarios e institutos de religión. Posteriormente sirvió también en el consejo administrativo de la Universidad Brigham Young.

De todas las actividades en las que se ha destacado, la de maestro es la que más le hace resaltar. No conozco a nadie que pueda enseñar un concepto del evangelio mejor que él. Ha sido bendecido con dones poco comunes. Tiene la capacidad de traducir un concepto verbal etéreo en un ejemplo de aplicación cotidiana. No hay duda que entiende en forma sobresaliente cada uno de los principios didácticos y su aplicación práctica, tal como los enseñó el Salvador.

Podemos considerarnos afortunados ante el hecho de que pone a nuestra disposición estos principios que conforman todo un esfuerzo coronado por el más absoluto éxito en el campo de la enseñanza. Este libro fue escrito para todo aquel que es padre, al igual que para todos aquellos que de una forma u otra enseñan. Este es un aspecto muy importante, teniendo en cuenta que sobre los padres recae la más importante e influyente condición de maestros. Todos podremos encontrar y aprender en las siguientes páginas los principios que nos capacitarán para cumplir con la

amonestación del Salvador cuando dijo: "...os mando que os enseñéis el uno al otro la doctrina del reino. Enseñaos diligentemente, y mi grada os acompañará..." (D. y C. 88:77-78).

Las palabras de las que se vale el élder Packer son sencillas y comunes. La mayoría de nosotros las conocemos y las entendemos. Bien pudo haber utilizado la expresión típica del educador, pero, como es su costumbre, con toda intención y propósito se mantuvo dentro de una terminología que resultará extremadamente sencilla. Esa es la razón por la que le será todo un deleite leer este volumen. El lector rápidamente advertirá que los conceptos explicados y entendidos con tanta facilidad y claridad no eran para nada fáciles ni claros antes de que el autor los explicara. Tal es la mayor contribución de esta obra, la cual sin duda pasará a ser una verdadera fuente de recursos a la que habremos de acudir vez tras vez en procura de ideas que nos ayuden tanto en la tarea de enseñar como en la de vivir.

Este es un libro único en el arte de enseñar. Nadie ha logrado antes lo que él logra en estas páginas. El élder Packer no solamente ha podido hacer frente al más difícil de todos los temas -el relacionado con el arte de enseñar- sino que nos presenta una nueva dimensión en el proceso de enseñar principios y valores morales y espirituales. Su éxito está basado en su capacidad de exponer, con la más absoluta claridad, el método del cual el Maestro mismo se valió para cumplir con idéntica función.

ELDER A. THEODORE TUTTLE

Primer Quórum de los Setenta

Siempre hay algo que enseñar

A principios de la Segunda Guerra Mundial, una empresa que se especializaba en la fabricación de lentes para equipo óptico recibió un importante pedido del Gobierno de los Estados Unidos a fin de que elaborara lentes especiales para ser usados como visores de bombardeo. Los pocos lentes que esta compañía fabricaba eran pulidos a mano por un artesano especializado quien de joven había aprendido su arte en Europa. Resultaba desde todo punto de vista imposible que este caballero por sí solo puliera ni siquiera parte de los lentes que formaban parte del pedido.

Para solucionar el problema, era obvio que necesitaba ayuda. Siendo que la compañía era considerada como parte de la industria de defensa nacional, se le concedieron determinados privilegios en lo que a mano de obra especializada se refiere. Se probó a un elevado número de trabajadores a fin de seleccionar a aquellos que dieran muestras de poseer las mejores condiciones para esmerilar lentes, quienes aprenderían los pormenores de la especialidad en un curso especial presentado por el artesano.

Aun cuando el anciano artesano era muy competente en su nueva responsabilidad, no lograba enseñar a sus alumnos a pulir lentes. A diario les explicaba cómo hacerlo y los obreros se esforzaban por aprender, pero simplemente no podían producir lentes perfectos. La situación comenzó entonces a ponerse seria.

Así fue que un industrioso alumno joven llegó a la conclusión de que debía haber una solución para tan grave problema, y un día decidió prestar más atención de la que había prestado hasta entonces. Al fin de la jornada llevó a su casa algunos de los vidrios moldeados y una porción del producto con el que pulían.

A la mañana siguiente presentó al maestro un lente perfecto, el primero que se lograba producir tras tanta instrucción. Sus compañeros, quienes casi no podían creer lo que el joven había logrado, quedaron aun más perplejos cuando le escucharon afirmar que podría mostrarles a todos cómo hacerlo, y así lo hizo.

"He advertido", dijo, "que hemos estado sosteniendo la moldura de vidrio contra el rodillo de pulir tal como se nos mostró que lo hiciéramos. Sin embargo, hay algo que se nos ha pasado por alto: el maestro mantiene su muñeca firme, haciendo rotar el brazo a la altura del codo. Nosotros hemos trabajado con la muñeca demasiado floja, lo que evidentemente no nos permite tener todo el control que deberíamos. Si conservamos la muñeca firme al sostener el lente junto al rodillo, no me cabe duda de que nosotros también podremos producir lentes perfectos".

El secreto del arte

En el arte había un secreto y él lo había advertido -algo tan simple que hasta el último de sus compañeros pudo llevar a la práctica una vez que se les mostró cómo hacerlo.

Lo mismo sucede con cualquier otra forma de enseñanza. Entre la infinidad de cosas que pueden inculcarse con gran éxito se encuentra el arte de enseñar. Existen ciertos principios que se aplican a la enseñanza o al aprendizaje de casi cualquier materia. Al enseñar nos encontramos con lo que bien podría darse en llamar el secreto

del arte. Algunas de tales técnicas son pequeños elementos que cualquier persona puede llevar a la práctica, aunque también hay otros que requieren ser estudiados y puestos a prueba. Sin embargo, en la mayoría de los casos nos es suficiente con que se nos indiquen tales técnicas. Debemos estar atentos a las prácticas implantadas por los maestros de mayor experiencia, pues es más que probable que en ella advirtamos la diferencia entre el éxito y el fracaso. No me cabe duda de que el conocimiento y la aplicación de tales principios nos transformarán en mejores maestros.

Todos somos maestros

La mayoría de las cosas que hacemos están de una forma u otra relacionadas con la función de enseñar. Mostrar a un niño cómo atar la correa de su calzado, enseñarle a andar en bicicleta, mostrar a una jovencita cómo preparar cierta comida, presentar un discurso en la Iglesia, compartir nuestro testimonio, dirigir una reunión de líderes y, por supuesto, dar una lección, todo ello constituye enseñar, y por cierto que lo hacemos constantemente.

Todo miembro de la Iglesia enseña durante casi toda su vida. Enseñamos cuando predicamos, hablamos o contestamos preguntas en reuniones. Quienes predicamos enseñan, al menos en la generalidad de los casos, aunque no debería haber excepciones. Las funciones de predicar, de enseñar y de hablar están íntimamente relacionadas entre sí. Cuando hablamos y predicamos, por cierto enseñamos.

Cuando observamos la lista de verbos que sirven como sinónimos de "enseñar", comprendemos que de una forma u otra todos cumplimos tal función casi a diario. Entre la variada gama de tales verbos están incluidos: instruir, educar, edificar, dirigir, orientar, profesar, inculcar, informar, guiar, mostrar, demostrar, infundir, implantar, disertar, exponer, explicar, predicar, y muchos otros más que bien pueden ser definidos como "enseñar".

En todas y cada una de las organizaciones de la Iglesia contamos con maestros. En nuestros quórumes del sacerdocio se imparte una gran cantidad de enseñanza; por cierto que todo poseedor del sacerdocio está capacitado para ser llamado como *maestro* orientador. El título de "maestro" fue otorgado a uno de los oficios en el Sacerdocio Aarónico. Las organizaciones auxiliares están colmadas de maestros y oficiales, todos los cuales capacitan o enseñan.

El profeta es un maestro; sus consejeros también lo son; las Autoridades Generales somos maestros. Los presidentes de estaca y misión son maestros; los miembros de sumos consejos son maestros. al igual que los presidentes de quórum. Demás está decir que los obispos también son maestros, y así podríamos seguir enumerando la gran variedad de oficiales dentro de las organizaciones de la Iglesia.

La Iglesia avanza apoyada en el poder de las enseñanzas que se imparten, y me atrevo a afirmar que la obra del reino se ve limitada cuando la calidad de la enseñanza no está a la altura de lo que debería ser. El crecimiento de la Iglesia depende de esa calidad, puesto que, por sobre todas las cosas, los misioneros son maestros. Su función primordial es la de enseñar el evangelio de Jesucristo, y al compartir su testimonio automáticamente enseñan. Me atrevería a declarar que el sinónimo más íntimo al verbo enseñar dentro del contexto de la Iglesia es *testificar*.

La enseñanza de valores morales y espirituales

Este libro fue escrito con el fin de ayudarle a ser un mejor maestro. El eje de lo que en este volumen se expone es la enseñanza de valores morales y espirituales, algo que frecuentemente es por demás dejado de lado. Poco o nada encontraremos en cuanto a este tema en materiales y textos relacionados con la educación.

Por otra parte, si usted desea enseñar cualquiera de las otras miles de materias tales como gramática o aritmética, historia o geografía, no le costará mucho trabajo encontrar suficientes referencias en cualquier comercio de librería o en bibliotecas públicas. La tarea de enseñar tales materias descansa prácticamente en forma exclusiva sobre las escuelas. Los padres, por citar un caso, tienen una participación indirecta en la responsabilidad de inculcar a sus hijos las aptitudes más elementales en el campo de las matemáticas. Reducido es el esfuerzo que se requiere de ellos en cuanto a enseñar a sus hijos los principios de la lengua. Si al menos logran inculcar con éxito buenos hábitos de estudio, sus hijos aprenderán el resto en el colegio.

Cuando se desea enseñar a ser honesto, casto, obediente, reverente, humilde, bondadoso o a cumplir con las responsabilidades cívicas, se debe buscar ayuda, puesto que muy poco es lo que se ha escrito en cuanto a la enseñanza de tales virtudes.

Mucho ha sido lo que he meditado en el transcurso de los años en cuanto a la forma de enseñar valores morales y espirituales. Tuve oportunidad tanto de enseñar como de supervisar a otros que lo hacían, ya fuera por llamamiento o profesión, y deseo compartir con ustedes algunas de las lecciones que aprendí.

Les aseguro que en los siguientes capítulos no encontrarán demasiada jerga educacional. Se presentarán algunos términos profesionales con el único fin de que se familiaricen con ellos, y serán acompañados de algunas definiciones simples, tal como se les utiliza en libros de texto. Estoy seguro de que, si lo desea, podrá obtener información más amplia de esas otras fuentes.

Este volumen compone, más bien, una compilación de ideas, sugerencias, experiencias e ilustraciones que podrán servirle de ayuda a cualquier persona que tenga la responsabilidad de educar, una compilación fundamentalmente orientada hacia la enseñanza de valores morales y espirituales.

Algunos de los ejemplos constituyen ilustraciones de la enseñanza en el hogar, otros fueron extraídos de experiencias pedagógicas prácticas, mientras que otros están relacionados con el campo de la capacitación profesional y la administración. No obstante, todos ellos tienen que ver con la enseñanza y los principios se adaptan a todos nosotros, más allá del ámbito en el que nos desenvolvamos.

Si aplicamos estos elementos básicos, estaremos en condiciones de llevar a la práctica la amonestación del Señor cuando dijo: "Y os mando que os enseñéis el uno al otro la doctrina del reino. Enseñaos diligentemente, y mi gracia os acompañará, para que seáis más perfectamente instruidos en teoría, en principio, en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios, que os es conveniente aprender" (D. y C. 88:77-78).

No lo deje librado al azar

No es solamente dentro de la Iglesia que todo miembro ha sido, es o será un maestro; si usted es padre o abuelo, ya de por sí es un maestro. Los principios de una buena enseñanza son de vital importancia para usted; tal vez sea más importante su responsabilidad de enseñar como padre que cualquier otra asignación didáctica que pueda tener. Todo padre es un maestro, pues como el Señor mismo lo declaró:

“Y además, si hay padres que tienen hijos en Sión o en cualquiera de sus estacas organizadas, y no les *enseñan* a comprender la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, el Hijo del Dios viviente, del bautismo y del don del Espíritu Santo por la imposición de manos, al llegar a la edad de ocho años, el pecado será sobre la cabeza de los padres...

“Y también *enseñarán* a sus hijos a orar ya andar rectamente delante del Señor”. (D. y C. 68:25,28. Cursiva agregada.)

Tal responsabilidad es puesta de manifiesto una vez más en la siguiente declaración:

“La gloria de Dios es la inteligencia, o en otras palabras, luz y verdad.

“La luz y la verdad desechan a aquel inicuo.

“Todos los espíritus de los hombres fueron inocentes en el principio; y habiéndolo redimido Dios de la caída, el hombre llegó a quedar de nuevo en su estado de infancia, inocente delante de Dios.

“Y aquel inicuo viene y despoja a los hijos de los hombres de la luz y la verdad por medio de la desobediencia, ya causa de las tradiciones de sus padres.

“Pero yo os he mandado criar a vuestros hijos en la luz y la verdad”. (D. y C. 93:36-40.)

Sobre los padres descansa la responsabilidad de enseñar a sus hijos. A fin de cumplir con ese mandamiento y desde el comienzo mismo de su vida paterna, los padres deben asumir la función de maestros.

Se ha dicho que la responsabilidad de los miembros de la Iglesia puede dividirse en tres categorías fundamentales: obrar en pos de la salvación de los miembros de la Iglesia que aún viven, llevar a cabo la obra necesaria en favor de nuestros antepasados muertos y predicar el evangelio a todo el mundo. Cada una de estas responsabilidades requiere aprendizaje, y todo lo que se vaya a aprender debe ser enseñado. Pues bien, usted y yo nos encontramos entre quienes tienen la responsabilidad de enseñarlo.

El tener la necesidad de enseñar, el querer enseñar y el ser llamado para enseñar a veces no son suficientes, a lo que se suma el hecho de que el enseñar supone a menudo una empresa frustrante y descorazonadora y no pocas veces totalmente inútil.

La amargura ante el fracaso

Permítame ilustrar con este ejemplo. En una oportunidad, cuando llevaba pocos años de casado, me encontraba en mi dormitorio cuando de pronto escuché un fuerte y

extraño ruido proveniente de la cocina. Corrí para ver qué era lo que sucedía y me encontré con la puerta del refrigerador abierta, un charco de leche en el piso y un reguero que conducía a la puerta que daba al fondo de la casa. Cuando llegué a la puerta, descubrí que el ruido era nada menos que un quejido, y allí fui testigo de un incidente sumamente interesante.

Sentado en los peldaños de la escalera que conectaba con el patio se encontraba nuestro hijo de cinco años de edad, tratando de dar de comer a su pequeño gato. En el recipiente había suficiente leche para alimentar a varios animales. Con una mano sostenía firmemente al animal por el cuello mientras éste batallaba incesantemente por zafarse, y con la otra mano le tenía tomada una de sus patas traseras. Entonces metió al gato de cabeza en el recipiente mientras el animalito daba quejidos ante lo que tal vez para él resultaría en una segura muerte por ahogo en leche. Finalmente se las ingenió para arañar al niño en la muñeca, lo cual le permitió librarse aunque no sin antes caer dentro del recipiente de leche. Antes de que mi hijo se pudiera recuperar del dolor momentáneo, el gato saltó fuera del recipiente y emprendió veloz carrera hasta desaparecer debajo de una hacina de leña en la que encontró refugio.

Mi hijo no se había dado cuenta de que yo había presenciado lo acontecido, y, profundamente decepcionado, se echó a llorar. Todos sus esfuerzos por dar de comer a su pequeño gato se habían visto frustrados. Todos y cada uno de los elementos necesarios para cumplir con su objetivo se tomaron en cuenta: Tenía el gato; el animal tenía hambre; y el niño contaba con el alimento necesario para satisfacerlo. No obstante, algo había fallado; se trataba de algo relacionado con el método que empleó para combinar los elementos, lo cual resultó en su frustración y fracaso. El animal no pudo saciar su apetito y, tal como nuestro hijo aprendió por triste experiencia, resultó aún más difícil alimentarlo la próxima vez. Le mostré la que a mi criterio era la mejor manera de darle de comer a un gato, pero no fue sino hasta después de tratar varias veces, y aun hasta de ejercer un tanto de coacción, que finalmente el animal restableció la suficiente confianza como para dejarse alimentar por el muchachito.

Conozco a muchas personas que han sido víctimas de sentimientos frustrantes similares a los de mi hijo. Sentimientos tales como esos invaden bastante a menudo a no pocos maestros -mucho más a menudo de lo necesario. Casi a diario, a cada paso que damos, nos encontramos con alguien que necesita que se le imparta instrucción, diría que está casi hambriento por recibirla. En nuestra función de padres, maestros o líderes, no sólo estamos en condiciones de proveerla, sino que es nuestra obligación así hacerla. A pesar de todo, frecuentemente ejecutamos tal responsabilidad de una forma que repele al alumno, terminando el maestro arañado o mordido precisamente por aquel a quien tenía la esperanza de nutrir.

El máspreciado de todos los dones

El resultado no debería ser siempre tan frustrante. En realidad, *podemos* aprender a enseñar. En la enseñanza del evangelio de Jesucristo nos encontramos con desafíos o problemas especiales. El pretender enseñar en cuanto a la fe, al arrepentimiento, a la virtud o a la humildad, por citar algunos ejemplos, ofrece determinadas dificultades que generalmente no encontramos al tratar de dar instrucción relacionada con otras materias. El enseñar ha sido calificado como "el máspreciado de todos los dones". No me cabe duda de que así es, pero si desconocemos algunas de las técnicas que deben emplearse, podría también definírsele como el más complejo de todos.

Por ejemplo, comparemos el enseñar con componer música. Supongamos que usted es un compositor y que se despierta en medio de la noche con una hermosa melodía rondándole la mente. Tras meditar por unos momentos, comprende que se trata de un auténtico caso de inspiración y que debe registrarla de alguna forma antes de que se le olvide. Salta de la cama y se dirige en una carrera al piano y comienza a sacar las notas. La composición ya ha dado sus primeros pasos. A medida que sus dedos acarician el teclado, la melodía va tomando forma y le invade un maravilloso sentimiento de estar creando algo. Presiente que se trata de la más hermosa de sus composiciones.

Supongamos, sin embargo, que usted tuviera que dejar las partituras en el piano, junto al cual pasan muchas personas, las que tienen todo derecho de entrometerse con su composición. Cada vez que usted pasa junto al piano advierte que alguien ha tachado una nota con tinta indeleble, a veces hasta toda una línea, o que han hecho otros cambios o alteraciones.

¿Puede acaso imaginar lo difícil que resultaría componer en medio de tales circunstancias? Uno simplemente anhela que se le dejara en paz con su composición hasta que estuviera terminada y que solamente aquellos a quienes usted les pidiera que lo hicieran pudieran aportar algo a su trabajo. Imagínese lo difícil de borrar algunas de esas notas superpuestas para tratar de imprimir sus propios arreglos en la forma en que deben ir.

Supongamos, como otro ejemplo, que usted es un pintor y crea mentalmente, en un momento de inspiración, una verdadera obra de arte. Comienza a hacer algunos trazos y se maravilla cuán rápido cada elemento va tomando su lugar. Ahora sólo queda dar formas más definidas y agregar el color para poner punto final a su creación. Usted se esmera en su trabajo, pues desea que resulte en la mejor de todas sus creaciones. Por tratarse de un paisaje, sabe de antemano que le demandará largas horas de labor por la innumerable cantidad de detalles que debe tener en cuenta, lo cual se le hace un tanto difícil debido a los muchos transeúntes que frecuentemente le interrumpen. Así es que a menudo debe abandonar momentáneamente su trabajo, dejando al alcance de la gente que pasa todos sus pinceles y pinturas, los cuales, al igual que en el ejemplo anterior, tienen la más absoluta libertad de utilizar.

¿Puede imaginarse su frustración cuando ve cómo las personas que pasan por el lugar se aventuran a modificar su pintura? Uno de ellos comenta: "¡Qué pintura tan interesante! Sin embargo creo que este árbol está desproporcionado. Voy a agrandarlo un poco y a pintar otro más pequeño del otro lado."

Otro de los transeúntes dice: "Este cuadro es demasiado realista. En mi opinión el cielo no debe ser azul. Si lo pinto de color bermellón quedará mucho más impresionante."

"Demasiado abstracto", dice un tercero, y luego toma el pincel para dejar su propia marca.

Ante tal situación, hasta el más calmo de entre nosotros no vacilaría en darse por vencido, presa de la frustración.

El maestro debe a menudo trabajar rodeado por circunstancias similares a las que caracterizan a los ejemplos utilizados. Particularmente lo evidenciamos en el caso de un padre o una madre, pues, como ya lo he dicho, los padres son siempre maestros. Sin duda que el enseñar constituye el más preciado de todos los dones, la más bella de todas las artes, y a menos que estemos capacitados, puede también llegar a ser la más

difícil de todas. Aquellos a quienes enseñamos no permanecen inmóviles aguardando a que nos alleguemos a ellos para componer un poco o para pintar otro poco. No permanecen en su lugar como si estuvieran suspendidos hasta que se nos dé la gana de enseñarles algo.

Muchas son las fuentes que acaparan la atención de los miembros de la Iglesia, tanto jóvenes como adultos. Providencialmente la mayoría de tales fuentes son buenas y estarán en condiciones de complementar la enseñanza que impartimos. No obstante, algunas de ellas son increíblemente perversas, debiendo ser constantemente borrada su influencia. La enseñanza que impartimos debe ser tan indeleble, eficaz y profunda como para que jamás pueda ser borrada. De ese modo, si momentáneamente fuera cubierta por falsedades o iniquidades, un buen pulido sería suficiente para traer de nuevo a la superficie nuestra obra, aun con más brillo que antes. Debemos enseñar y hacerlo bien, con efectos permanentes. Como padres, como maestros y como oficiales en la Iglesia, tal es nuestra obligación y oportunidad.

El enseñar requiere más que el ejemplo

Tanto en el hogar como en la Iglesia debemos enseñar a nuestros hijos valores morales y espirituales. Parte de este cometido se puede lograr mediante el ejemplo, puesto que sin ese elemento nuestra enseñanza no estaría completa. Sin embargo, el ejemplo por sí solo tal vez no sea la manera más productiva de enseñar. Si vivimos el evangelio plenamente, es factible que nuestros hijos, al igual que otras personas que nos rodean, aprendan mucho gracias a nuestro ejemplo. Hasta es posible que logren un testimonio a causa de nosotros. Pero, ¿por qué dejarlo librado al azar? Con la atención debida se puede enseñar a obrar en justicia.

Hace algunos años tuve una acalorada discusión con el director de uno de los colegios de la Iglesia. En esa institución no se impartían clases de religión, so pretexto de que los maestros no podían dedicar tiempo a ello. Este hombre argumentó que en razón de que todos los maestros y los alumnos eran miembros de la Iglesia, ganarían un testimonio mediante la simple relación que se desarrollaría entre ellos. Terminó diciendo que, después de todo, ya era suficiente con comenzar todas las reuniones especiales que tenían en el colegio con una oración.

Le pregunté cómo se las arreglaba para repudiar los conceptos de algunos libros de texto que pudieran resultar moralmente equívocos, a lo cual me respondió que la atmósfera que imperaba en el colegio serviría como suficiente balance y que era más que factible que los jóvenes logran un firme testimonio como producto de la enseñanza de las materias regularmente requeridas dentro de un medio ambiente espiritual.

En realidad, no veo ninguna razón por la cual debemos dejar nuestra enseñanza librada al azar. A un niño se le puede enseñar a ser honesto de la misma forma que podemos enseñarle a operar las matemáticas, o a hablar correctamente o a leer como es debido. Es cierto que nos valemos de diferentes métodos didácticos, pero no cabe duda de que podemos lograrlo.

El don de enseñar

Si usted ha llegado a la conclusión de que mucho es lo que tiene para enseñar, tanto en el hogar como en la Iglesia, sin duda está bien encaminado. El siguiente paso a dar es tener el deseo de alcanzar el éxito como maestro. Puede llegar a ser un muy buen maestro y hasta puede tener éxito en sus esfuerzos de enseñar el evangelio de Jesucristo a sus propios hijos y en la Iglesia, pero el *querer hacerlo* es un ingrediente esencial.

Si desea ser un buen maestro y si sus deseos son tales que está dispuesto a hacer cualquier sacrificio para lograrlo, los muchos obstáculos que encuentre por el camino no serán suficientes para derrotarle, puesto que se trata de un deseo justo. ¿Puede acaso pensar en algo que el Señor quisiera que usted deseara más que el estar en condiciones de enseñar eficazmente la rectitud?

Las Escrituras testifican que el Señor concederá a los hombres conforme a sus deseos. El profeta Alma dio testimonio de ello cuando dijo:

“Sé que él concede a los hombres *según lo que deseen*, ya sea para muerte o para vida; sí, sé que él reparte a los hombres *según la voluntad de ellos*. ya sea para salvación o destrucción.

“Sí, y sé que el bien y el mal han llegado ante todos los hombres; y quien no distingue el bien del mal, no es culpable; mas el que conoce el bien y el mal, a éste le es dado *según sus deseos*, sea que *desea el bien o el mal*, la vida o la muerte, el gozo o el remordimiento de conciencia”. (Alma 29: 4-5. Cursiva agregada.)

No cabe duda que el decidir llegar a ser buenos maestros o buenos padres es algo muy importante. Pero de igual magnitud es nuestra resolución de dar a conocer nuestros deseos al Señor, Muchos tenemos el deseo pero no lo revelamos. Hay un mecanismo muy valioso que entra en funcionamiento cuando formalmente ponemos nuestros deseos en conocimiento de Aquel que nos los concede.

Ningún otro tema es más repetido en las Sagradas Escrituras que la simple invitación, "Pedid, y se os dará", Encontramos este concepto en la Biblia, en el Libro de Mormón, en Doctrina y Convenios y en la Perla de Gran Precio, Ningún otro tema se repite tan frecuentemente y en más variadas formas como este simple consejo', Considere las siguientes referencias:

La Biblia

“Pedid. Y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os. abrirá.

“Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

“¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?

“¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente?

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mateo 7:7-11.)

“Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis”. (Mateo 21:22.)

“Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá”. (Marcos 11 :24.)

“Y yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. (Lucas 11:9.)

“Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.

“Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré”. (Juan 14: 13-14.)

“Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho”. (Juan 15:7.)

“En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará”. (Juan 16:23.)

“Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias”. (Filipenses 4:6.)

“Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada”. (Santiago 1 :5.)

“Y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él”. (1 Juan 3:22.)

“Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye.

“Y si sabemos que él nos oye en cualquier cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho”. (1 Juan 5:14-15.)

El Libro de Mormón

“¿No recordáis las cosas que el Señor ha dicho: Si no endurecéis vuestros corazones, y me pedís con fe, creyendo que recibiréis, guardando diligentemente mis mandamientos, de seguro os serán manifestadas estas cosas?”. (1 Nefi 15: 11.)

“Sí, sé que Dios dará libremente a quien pida”. (1 Nefi 4:35.)

“Consulta al Señor en todos tus hechos, y él te dirigirá para bien”. (Alma 37:37.)

“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”. (3 Nefi 14:7.)

“Y cualquier cosa que pidáis al Padre en mi nombre, creyendo que recibiréis, si es justa, he aquí, os será concedida”. (3 Nefi 18:20.)

“Y ahora voy al Padre. Y de cierto os digo, cualesquiera cosas que pidáis al Padre . en mi nombre, os serán concedidas.

“Por consiguiente, pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá; porque el que pide, recibe; y al que llama, se le abrirá”. (3 Nefi 27:28-29.)

“Oh Señor, tú nos has dado el mandamiento de que debemos invocarte, para que recibamos de ti según nuestros deseos”. (Eter 3:2.)

“Cuanta cosa le pidáis al Padre en mi nombre, que sea buena, creyendo con fe que recibiréis, he aquí os será concedida”. (Moroni 7:26.)

Doctrina y Convenios

“Pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá”. (D. y C. 4:7.)

“Por consiguiente, si me pedís, recibiréis; si llamáis, os será abierto”. (D. y C. 6:5.) .

“Y como está escrito: Recibiréis cuanto pidieréis con fe, si estáis unidos en oración de acuerdo con mi mandato”. (D. y C. 29:6.)

“Por tanto, el que carezca de sabiduría, pídamela, y le daré libremente y sin reprocharlo”. (D. y C. 42:68.)

“Mas en todo se os manda pedir a Dios, el cual da libremente”. (D. y C. 46:7.)

“He aquí, os digo, id como os he mandado; arrepentíos de todos vuestros pecados; pedid y recibiréis; llamad y se os abrirá”. (D. y C. 49:26.)

“Pon tus manos sobre los enfermos, y sanarán. No vuelvas hasta que yo, el Señor, te lo mande. Ten paciencia en la aflicción. Pide, y recibirás; llama, y se te abrirá”. (D. y C. 66:9.)

“Pidan, y recibirán; llamen, y les será abierto; y les será revelado de lo alto, sí por el Consolador, donde han de ir”. (D. y C. 75:27.)

“Allegaos a mí, y yo me allegaré a vosotros; buscadme diligentemente. y me hallaréis; pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá; cualquier cosa que le pidáis al Padre en mi nombre os será dada, si es para vuestro bien”. (D. y C. 88:63-64.)

“He aquí, ésta es mi voluntad; pedid y recibiréis”. (D. y C. 103:31.)

“Sé humilde; y el Señor tu Dios te llevará de la mano y dará respuesta a tus oraciones”. (D. y C. 112: 10.)

La Perla de Gran Precio

“... pidiendo todas las cosas en su nombre, y te será dado cuanto tú pidieres”. (Moisés 6:52.)

“Agobiado bajo el peso de las graves dificultades que provocaban las contiendas de estos partidos religiosos, un día estaba leyendo la Epístola de Santiago, primer capítulo y quinto versículo, que dice: *Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídale a Dios, el cual da a todos abundantemente. y sin reproche. y le será dada*”. (José Smith-Historia 11.)

Debemos tomar la iniciativa

Resulta obvio que el Señor desea que nos alleguemos a El y le pidamos conforme a nuestras necesidades. La simple invitación de "pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá" fue extendida por el Señor en una multiplicidad de ocasiones. Este fue el mensaje que dio a la gente a quien le predicó durante su misión terrenal. La mencionó dos veces a la gente del Nuevo Mundo cuando les visitó tras Su resurrección, y fue precisamente con esas palabras con que culminó su mensaje antes de regresar a Su Padre Celestial. Es interesante observar que el Señor repitió esta misma invitación siete veces en Doctrina y Convenios. A lo largo de las Escrituras y en variadas formas nos invita a que le pidamos por todo aquello que necesitemos y que sea justo, y nos asegura que El nos lo dará.

La iniciativa, entonces, debemos tomarla nosotros. Debemos pedir, orar y buscar, para después hallar.

Muchas son las obras de arte que muestran a Cristo a la puerta, como ilustración a un pasaje del Nuevo Testamento que dice: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20.) En las pinturas más conocidas se le muestra sosteniendo una lámpara al golpear a la puerta.

Se cuenta de una ocasión en que una niña le comentó a un artista que su pintura de Cristo ante la puerta no estaba completa. "Se olvidó de algo", dijo la pequeña. "No pintó el cerrojo de la puerta", a lo que el artista respondió: "La obra está completa. Esta puerta en particular representa el corazón humano y sólo se puede abrir desde adentro."

Bien vale la pena aprender en cuanto a las aptitudes que se requieren para tener éxito en lo que enseñamos ya sea como misionero, como padre, como oficial o como maestro en la Iglesia. Bien vale la pena pedir por ellas, y de seguro que cualquiera de nosotros las puede recibir.

A menudo se comenta, haciendo referencia a alguien que es un buen maestro, que tiene mucho talento o que posee el "don" de enseñar. No obstante, este don debe ser ganado y desarrollado. Estos versos de un autor anónimo encierran una gran verdad:

Se esforzó a trabajar noche y día,
Para él, la recreación no existía.
En mil libros buscó conocimiento,
Ya la vida se lanzó en busca de sustento.
Su lucha fue honesta y su empeño fuerte,
Mas cuando la victoria logró, la tildaron de suerte.

Sí, no debe cabemos la más mínima duda de que cada uno de nosotros puede recibir el don de enseñar. Tal es lo que se nos promete en las Escrituras:

"...no neguéis el poder de Dios; porque él obra por poder, de acuerdo con la fe de los hijos de los hombres, lo mismo hoy, que mañana, y para siempre.

"Y además os exhorto, hermanos míos, a que no neguéis *los dones de Dios*, porque son muchos, y vienen del mismo Dios. Y hay diversas maneras de administrar estos *dones*. pero es el mismo Dios que obra todas las cosas en todo; y se dan a los hombres por las manifestaciones del Espíritu de Dios para beneficiarlos.

"Porque he aquí, a uno le es dado por el Espíritu de Dios que pueda *enseñar* la palabra de sabiduría;

“y a otro, que pueda *enseñar* la palabra de conocimiento por el mismo Espíritu; ...

“y todos estos *dones* vienen por el Espíritu de Cristo; y vienen a todo hombre, respectivamente, de acuerdo con su voluntad”. (Moroni 10:7-10, 17. *Cursiva agregada*).

En mi opinión, cuando en la parte final de este último versículo dice, "...y vienen a todo hombre, respectivamente, de acuerdo con su voluntad", se está refiriendo a la voluntad del hombre. Si uno desea recibir ese don, si realmente lo ansía en su corazón, por cierto que lo recibirá.

El don supremo

Hace muchos años, después de leer este pasaje de las Escrituras, medité detenidamente en cuanto a él y llegué a la conclusión de que entre los muchos dones que una persona puede recibir a fin de ser un instrumento útil en las manos del Señor, el don de enseñar por medio del Espíritu es el supremo. ¿Quién no desearía tener el don de enseñar la Palabra de Sabiduría y de enseñar la palabra de conocimiento por el Espíritu? y ¿qué nos hace pensar que no recibiremos ese don que tanto deseamos? Si tenemos el anhelo de lograr el éxito como maestros y estamos dispuestos a poner todo nuestro esfuerzo en pos de ello, ¿por qué no habríamos de ser bendecidos de esa forma? Si estamos dispuestos a pedir por él, a orar por él y si creemos y tenemos la suficiente fe de que podemos poseerlo, ¿por qué habría el Padre de privarnos de él?

¿A qué fuente recurrimos para fomentar tal don? ¿A quién acudimos por el debido ejemplo? Todo esto nos conduce, por cierto, hacia el Maestro de los maestros, Jesucristo, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre. En las Escrituras constantemente se le llama "Maestro". Por cierto El fue y sigue siendo el Maestro de maestros, y gracias a El y a Su ejemplo, también nosotros podemos llegar a lograr y cultivar las aptitudes de un buen maestro.

Jesucristo, el gran maestro

A Jesús se le ha definido como filósofo, economista, reformador social y como muchas otras cosas. Sin embargo, por sobre todo eso. El fue un maestro -un maestro de doctrina religiosa. Si preguntáramos cuál era la ocupación de Jesús. habría una sola respuesta lógica: Era maestro. Ese solo hecho, más que ningún otro, le otorga gran dignidad a la enseñanza y establece un tremendo compromiso para todos aquellos que de una forma u otra enseñamos.

Jesús fue un maestro; así lo dicen los Evangelios. De las más o menos noventa veces que se le nombra conforme a los registros de los cuatro Evangelios, en sesenta se le llama "Raboni", que quiere decir "maestro". También se le llama literalmente "Maestro", palabra de origen griego definida como "aquel que enseña concerniente a las cosas de Dios y a los deberes del hombre".

Hay una razón mucho más comprensible para que al Señor se le llame Maestro. que para describirse como reformador social, filósofo o para atribuirle cualquier otro título. El *era* un maestro. Fue esa función la que le permitió lograr las cosas que le fue mandado hacer. El simplemente enseñó.

El hecho de que a sus seguidores se les llamara discípulos tiene un significado más que singular, puesto que discípulo significa literalmente "alumno", y los discípulos eran ni más ni menos que Sus alumnos. La palabra *disciplina* es definida como "instrucción impartida a discípulos o alumnos; enseñanza, aprendizaje, educación". También se le define como "un curso particular de instrucción impartido a discípulos". En nuestra época se utiliza este término comúnmente en la educación como "un ramo de la instrucción; o la educación; un departamento de aprendizaje o conocimiento; una ciencia o arte en el aspecto educativo". Lo que es más, se le define como "Doctrina, instrucción de una persona, especialmente en lo moral. Arte, facultad o ciencia. Observancia de las leyes y ordenamientos de una profesión o instituto" (*Diccionario de la lengua española*). Para los discípulos, Jesús era su Señor y su Raboni o Maestro, y ellos eran Sus discípulos o alumnos. Si nos ponemos a pensar detenidamente, El también es nuestro maestro, y nosotros somos Sus discípulos.

Jesús: Nuestro modelo de maestro

Cuando comenzamos a analizamos a nosotros mismos y procuramos mejorar nuestra aptitud como maestros, ¿qué mejor modelo podremos encontrar que el Señor mismo? ¿Podríamos acaso emprender un mejor curso de estudio que el analizar nuestros ideales, objetivos, y métodos y compararlos con los que utilizó Jesucristo?

Los Evangelios abarcan 126 páginas. Uno puede completar su lectura en una tarde y estudiarlos detenidamente en poco más que eso. Podemos comparar lo que estamos tratando de lograr con lo que Jesús logró si tan sólo dedicamos algo de tiempo a leer los cuatro Evangelios y procuramos averiguar *cómo* hizo lo que hizo. Si bien el mensaje que El declaró es muy importante, la manera en que lo presentó tiene también una gran significancia para nosotros. No disponemos de información escrita en cuanto a la forma de enseñar valores morales y espirituales que resulte más importante ni de mayor ayuda, siempre que se les encare en la debida forma, que la que podemos extraer de

los Evangelios. Tal información constituye sin duda el documento más impresionante y valioso que jamás haya conocido la humanidad en cuanto a técnicas didácticas.

Hay personas que tal vez se muestren algo vacilantes en hacer tal comparación, pensando que está, desde todo punto de vista, fuera de nuestro alcance. A tales personas diría que consideraran la declaración del Señor cuando dijo: "...¿qué clase de hombres habéis de ser? En verdad os digo, aun como yo soy" (3 Nefi 27:27). El nos ha instado a que seamos perfectos, así como El y el Padre son perfectos (Véase 3 Nefi 12:48). ¿No se aplica esto a la enseñanza del mismo modo o tal vez más que a cualquier otra función que cumplamos?

Yo no vacilo en afirmar que tengo el gran deseo de enseñar como El enseñó. Aun cuando eso esté muy por encima de mi capacidad, El es mi ideal y los Evangelios constituyen la mejor ayuda impresa que podamos encontrar en cualquier lugar para solucionar el problema de enseñar valores morales y espirituales.

A no ser por unas pocas referencias que indican que el Señor enseñó en la sinagoga (Mateo 4:23, 9:35, 13:54; Marcos 1 :39, 6:2; Lucas 4: 15; Juan 18:20), no tenemos evidencia alguna de que El haya enseñado en lo que puede darse en llamar un ambiente didáctico formal. Sus enseñanzas fueron impartidas a multitudes o a grupos pequeños que se reunían a su alrededor.

El hecho de que utilizó principios pedagógicos reconocidos y empleados por nuestros educadores profesionales actuales resulta desde todo punto de vista evidente. El Señor reconoció aquellos principios que eran útiles para instruir, así como aquellos que no lo eran. Al introducirnos en los siguientes capítulos, señalaremos muchos de tales ejemplos.

Hace algunos años un autor de nombre Ferrot R. Glover compuso un estudio sobre Jesús como personaje histórico, y casi inadvertidamente puso su mayor énfasis en el Señor en su función de maestro. En uno de los pasajes de la obra comenta: "Le he estado tratando casi como si fuera toda una autoridad en pedagogía. Afortunadamente, El jamás se refirió a la pedagogía ni tampoco utilizó los términos que yo he utilizado. Sin embargo, El trató con seres humanos, les enseñó e influyó, y bien vale la pena en nuestro estudio entender cómo lo logró; bien vale el esfuerzo llegar a aprender y dominar Sus métodos". (*The Jesus of History*, New York: Association Press, 1930, pág. 84.)

Aun cuando Jesús no trató el tema de la metodología pedagógica, mucho es lo que podemos aprender en cuanto a la enseñanza de ideales morales y espirituales estudiando los relatos de Su ministerio, tal como se encuentran en los Evangelios. Quede bien en claro que no es adverso a ninguno de nosotros el aspirar a ser como El. El Señor no fue simplemente un maestro, sino que fue el Gran Maestro. Tras el paso de los siglos y más allá de las traducciones efectuadas de un idioma a otro, Sus enseñanzas se han conservado simples, precisas y directas, y eso debido a que fueron diseñadas para tal fin. Mentalmente podemos ir hacia atrás hasta aquel día cuando ministró entre los hombres. Podemos prestar atención a lo que está enseñando. También sería oportuno que observáramos detenidamente cómo lo hace, para que cuando nos llegue el mandato de apacentar Sus ovejas. podamos hacerla de la misma forma en que Ello hizo.

El principio de la apercepción

Cuando estudiamos el método de enseñanza que empleó Cristo, podemos advertir que el Señor se valió de un principio didáctico en particular más que de ningún otro. Si llegamos a entender ese principio y lo utilizamos, nos ayudará a mejorar como maestros de religión tal vez más que ningún otro elemento que pudiéramos aprender en cuanto a Sus técnicas de enseñanza. Los expertos en el campo de la educación se refieren a tal elemento como *el principio de la apercepción*.

Entendimiento basado en la experiencia

La apercepción es definida como “el proceso mediante el cual una persona llega a entender algo que. Percibe”, basándose en experiencias previas. Esto quiere decir que si tenemos algo difícil que enseñar, como bien podría ser la honestidad, la reverencia o el amor, debemos basarnos en la experiencia que el alumno tenga, refiriéndonos a las cosas o elementos que él ya domina o que al menos le resultan familiares. Es así que cuando hacemos una comparación con aquello que deseamos que él sepa, no tendrá mayores problemas para percibir el significado.

Sin duda alguna el Señor fue el gran maestro de este proceso. El analizar cómo se valió de este principio y el entender la razón por la cual lo empleó tan frecuentemente resulta altamente edificante para toda persona que tenga el deseo de lograr el éxito en la enseñanza que imparta, tanto en el hogar como en la Iglesia. Explicaremos este principio en términos sumamente elementales, puesto que constituye una parte fundamental del método de enseñanza del Salvador.

El uso de los símbolos en la comunicación

El mayor comprobante de la inteligencia de los seres humanos lo constituye su destreza para recrear en forma simbólica el mundo en el que vive. Un elemento del que se vale es el lenguaje, para el cual el hombre creó un alfabeto, que es un sistema de combinación de sonidos. Mediante este sistema el hombre puede escribir y luego leer lo que escribió. Puede también verbalizar los componentes y escribir, leer y hablar-todo ello en símbolos.

Por ejemplo, las letras G, A, T y O son los símbolos que conforman la palabra gato. Aun así, tales símbolos o letras para nada tienen la apariencia de un gato.

No tienen el tamaño de un gato, ni su forma, ni ninguna otra cosa que se parezca a un gato. Pese a ello, hasta a un niño puede fácilmente enseñársele que tales símbolos representan a un gato. Estos símbolos pueden ser vocalizados; podemos decir la palabra; podemos hasta separar cada una de sus partes (G-A-T-O) o podemos juntar las letras y decir la palabra en apenas dos sílabas (GA-TO). Así es que en una sola palabra, podemos proyectar la idea: gato.

Valiéndonos de las 29 letras que tiene el alfabeto castellano, ordenadas en varias palabras, podemos transmitir muchas ideas en cuanto a felinos, la especie de la cual

forma parte el gato. Podemos "crear" felinos sentados, tal vez durmiendo, corriendo o saltando, felinos con manchas o rayas en la piel, todos con simples palabras.

Si explicamos que se trata de un felino grande, habremos introducido el concepto del tamaño. También podemos especificar cuán grande es el animal. Si decimos que tiene veinte centímetros de altura hasta los hombros, inmediatamente comprendemos que se trata de un gato. Si acotamos que mide ochenta y cinco centímetros hasta los hombros, sabemos que puede tratarse de un león, de un tigre o uno de los otros felinos más corpulentos.

Además del tamaño, podemos también especificar el color. Diremos que se trata de un animal color café o blanco y negro. Si ya tenemos conocimiento de que se trata de un felino grande y agregamos que su piel es rayada en negro y naranja y algo de blanco, sabremos que se trata de un tigre.

Forma

Teniendo conocimiento del tamaño y del color, contamos con algunos detalles específicos, pero aun así no con todos, ya que es posible agregar otros más, por ejemplo, la forma. En pocas palabras podemos enseñarle a un niño a identificar la silueta de un león para que pueda distinguirla de la de un tigre del mismo tamaño con simplemente mostrársela.

El león tiene melena y como una borla de pelo en la punta de la cola. Esa simple diferencia sería más que suficiente para distinguir a un animal del otro.

También podemos explicar que el felino tiene pelo y que se trata de un pelo suave, mediante lo cual agregamos la textura que nos sirve para dar una mejor descripción del animal.

Una vez que hemos creado una palabra -un nombre- podemos ofrecer muchísima información en cuanto a ella, utilizando el tamaño, la forma, el color y la textura. Pero eso es tan sólo el comienzo.

Veamos otro ejemplo: Supongamos que procuramos enseñarle a un niño que no tiene la más mínima idea de lo que es un elefante; jamás en su vida ha visto uno, ni siquiera en fotografía. ¿Cómo podemos, con palabras, ofrecerle una imagen mental de lo que es un elefante?

Ante todo, debemos valer de algo que el niño ya conozca. Partiendo de la base de que ya ha visto antes otros animales, comenzaríamos diciendo que el elefante es un *animal*. Sólo con eso le hemos enseñado muchísimo. En el futuro no habrá forma de que confunda a un árbol, una montaña, una casa, ni un río con un elefante, pues sabrá que se trata de un animal.

Entonces podremos emplear otros elementos de los que ya hemos hecho mención y que están al alcance de cualquier maestro. Podríamos hablarle un poco del tamaño del animal -muy grande- para luego compararlo con algo que el niño ya conoce. Hasta podríamos demostrarle cuán grande es el elefante, explicándole que éste, aun a medio crecer, jamás podría entrar por la puerta del cuarto, ya que es demasiado grande como para pasar por una abertura tan pequeña.

Tal vez pudiéramos compararlo con algunas otras cosas que el niño conozca, diciéndole que un elefante es tan grande que si estuviera en la habitación su espalda

golpearía contra el techo, lo cual le permitiría al niño hacerse una imagen mental del tamaño del animal. Aun cuando eso sea todo el conocimiento que tenga en cuanto a elefantes por el resto de su vida, le será más que suficiente para jamás pensar que se trata de un elefante cuando ve un gato, un ratón, un perro o un caballo.

El elefante tiene una forma singular, la cual puede ser descrita simplemente con palabras.

Después podemos agregar el color. Por lo general los elefantes se conocen por un solo color. Al enseñar este detalle, podemos mostrarle al niño algo que sea de color gris, algo que le resulte familiar y que pueda comparar con el color del elefante. Si quisiéramos ser más técnicos, podríamos mencionar a los elefantes albinos que son blancos; sin embargo, se trata de algo tan fuera de lo común que sería complicar innecesariamente la explicación. Yo estuve en Africa y vi muchos elefantes, cientos de ellos. También los he visto en circos y en zoológicos, y jamás vi uno que fuera blanco, y casi afirmarí que tampoco ustedes lo han visto. De modo que no vale la pena mencionar lo de los elefantes blancos. Más adelante nos referiremos al hecho de ser demasiado técnicos.

Textura

Tenemos aún otro elemento que podemos utilizar, y es la textura. Una vez que explicamos que el elefante no tiene pelo, que no es de piel suave como la mayoría de los animales, sino que es áspera y arrugada, la imagen de lo que es un elefante se hace más clara aún en la mente del pequeño. Al decirle que su piel es arrugada, podemos valernos de algo que sea similar y que él pueda ver y tocar, algo que conozca; y entonces haremos una comparación con la piel de un elefante, explicándole que es parecida a eso que le estamos mostrando.

Y así, nuestra lección por medio de palabras está casi terminada, puesto que hemos hecho una descripción del tamaño, la forma, el color y la textura de un elefante. Todo ello combinado diferencia a un elefante de cualquier otro animal sobre la tierra.

Existen también otros pasos, tales como el mostrar al niño una figura, una pequeña escultura o, mejor aún, una fotografía de un elefante. Si pudiéramos mostrarle un elefante en una película o llevarle al zoológico para que viera uno en la realidad, entonces sabría sin lugar a dudas cómo es un elefante.

Creo que hemos hablado más que suficiente en cuanto a felinos y paquidermos, pero quise extenderme en esta materia por una razón muy particular. La mayoría de las cosas que estamos obligados a enseñar pueden ser enseñadas utilizando los elementos que acabamos de mencionar. Valiéndonos de simples símbolos, podemos dar vida al mundo tangible y material que nos rodea. Al hacerlo, debemos utilizar elementos útiles a fin de que tales símbolos sean descriptivos. Podemos transmitir de una persona a otra la idea de lo que es un *gato* o *elefante*, describiendo a estos animales por su tamaño, forma, color, textura, peso y una variedad de detalles adicionales.

La enseñanza de principios abstractos

La razón por la que enseñar el evangelio es a menudo tan difícil es por la responsabilidad que tenemos de inculcar principios abstractos como el de la fe, el arrepentimiento, el amor, la humildad, la reverencia, la modestia, etc. Al enseñar el evangelio, no recreamos el mundo material que nos rodea, y allí es donde radica la gran diferencia, ya que no disponemos de ninguno de los medios comunes que nos sirvan como punto de referencia. El transmitir a un niño la idea de lo que es un gato es mucho más fácil que el explicar lo que es la fe, ya que la fe es algo muy complicado de describir.

Por ejemplo, ¿qué tamaño tiene la fe? No cuesta mucho darse cuenta de que el tamaño no nos sirve para nada en este caso. Muy poco o nada es lo que podremos enseñarle a un jovencito que nada sabe de la fe si empleamos el concepto de volumen, como ser, mucha fe o poca fe. Nada podemos decirle en cuanto al color de la fe, ni tampoco qué forma tiene. Ni siquiera podemos referirnos a su textura. He aquí un aspecto importante a considerar. Cuando los maestros enseñan valores morales y espirituales, la mayoría de ellos no comprenden que las herramientas más elementales, como ser el martillo, la sierra, la regla y otras tan comunes que se emplean para crear imágenes materiales, no pueden ser utilizadas de la misma forma en que son aplicadas para enseñar otras cosas. Para una enseñanza directa debe utilizarse toda una nueva gama de elementos, diseñados específicamente para este propósito.

Sabido es que resulta mucho más sencillo recrear lo visible, lo tangible del mundo que nos rodea, valiéndonos de símbolos alfabéticos, que hacerlo con lo intangible y abstracto de nuestro mundo interior en una manera en que otros lo pueden entender y asimilar.

Por ejemplo, considere por un momento la definición que las Escrituras proporcionan en cuanto a la fe: "Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve" (Hebreos 11: 1).

¿Cuánto podemos decir que sabemos, en realidad, después de haber leído estas palabras? Casi tendríamos que saber lo que es la fe a fin de que tal definición tuviera algún significado; entonces, sí, sería de valor. En el Libro de Mormón se aclara un poco más cuando dice: "Fe no es tener un conocimiento perfecto de las cosas; de modo que si tenéis fe, tenéis esperanza en cosas que no se ven, y que son verdaderas." (Alma 32:21.)

Esto ayuda, pero si nos basamos en un escaso conocimiento en cuanto a la fe, aun después de leer esos dos versículos, es poco lo que podemos comprender sobre ese principio. Aun cuando un alumno escuchara y hasta memorizara esos pasajes, tal vez no sabría ni entendería lo que quieren decir ni lo que significa la fe. Como maestros, es posible que todavía no hayamos logrado hacer comprender el concepto de la fe.

¿Qué haremos, entonces, si no podemos valerlos de los elementos didácticos más básicos y comunes para transmitir o inculcar valores morales y espirituales? ¿Qué haremos con lo intangible? ¿Cómo podremos enseñar los conceptos abstractos? Claro está que existe una forma de hacerlo. Podemos relatar historias sobre acciones de otras personas que sirvan para demostrar los efectos de la fe. Este elemento es de gran ayuda y puede servir para ilustrar en la mente del alumno la idea de lo que es la fe. Sin embargo, no constituye el método más adecuado. Lo más productivo de todo es asociar lo invisible de la idea de la fe con un objeto tangible con el que el alumno ya esté familiarizado para así desarrollar la explicación sobre una base de conocimiento. Haremos mención más detallada de este método en el siguiente capítulo.

En el comienzo de este libro se hizo referencia al esmerilador de lentes que finalmente descubrió que un pequeño detalle puede marcar la diferencia entre el éxito y el fracaso en la tarea de pulir miras perfectas. Lo mismo sucede con la enseñanza.

El uso de elementos tangibles para enseñar conceptos abstractos

Si de alguna manera pudiéramos relacionar la fe con algo sobre lo cual el alumno ya tiene un poco de conocimiento, algo que fuera tangible y específico en cuanto a dimensiones se refiere, entonces la tarea de enseñar dicho principio resultaría mucho más fácil. Luego podríamos formar palabras para describirlo y relatar historias que lo ilustrarían. Podríamos medirlo y, lo que es más aún, podríamos dibujarlo. Podríamos mostrar láminas o hacer una presentación con el uso del franelógrafo sobre el principio de la fe. Podríamos presentarlo en colores o hacer una dramatización. De ese modo, estaríamos caminando sobre terreno firme con los alumnos, ya que a ellos, generalmente, les interesa más basarse en lo que ya conocen que en aquello sobre lo cual no tienen suficiente información.

Las letras del alfabeto pueden ser ordenadas para conformar palabras, las que a su vez se transforman en símbolos representativos de objetos del mundo material que nos rodea. Si lo deseamos, podemos abrir un libro que contiene tales símbolos y leerlos, y al así hacerlo, podemos "ver" las cosas que los símbolos representan. En una manera similar, las cosas comunes sobre las cuales tenemos conocimiento pueden servir para representar lo intangible y abstracto. Podemos aprender a "leer" estos símbolos a fin de "ver" lo que ellos representan, cosas como la fe, el amor, la caridad y la obediencia.

Esta es la forma en que enseñó Jesús, y cada uno de nosotros también puede aprender a enseñar de esta forma. En el próximo capítulo, hablaremos de la fórmula que se puede utilizar para hacerlo más fácil. Si aprendemos a enseñar de la manera en que enseñó Cristo, entonces podremos enseñar a nuestros hijos y a todos los demás hijos de nuestro Padre Celestial "todas las cosas que pertenecen al reino de Dios, que os es conveniente comprender" (D. y C. 88:78).

“Es semejante a...”

Existe un sistema sumamente práctico mediante el cual la fe o cualquier otro ideal intangible o abstracto puede ser transformado en algo tangible y didáctico. Hay una fórmula que podemos utilizar y se trata de un procedimiento que ayuda enormemente a cualquier maestro, especialmente a aquellos que enseñan religión. Puede también ayudar a los padres a enseñar conceptos complicados a sus hijos.

Al principio la fórmula puede parecer demasiado sencilla como para ser utilizada, pero al estudiarla un poco más y comenzar a experimentar con ella, indudablemente captaremos sus enormes virtudes.

Quisiera adelantarles que este método didáctico tiene sus orígenes en el Nuevo Testamento y recordarles que Jesús, como maestro, enseñó aun a aquellos de educación muy limitada con respecto a ideales abstractos e intangibles del evangelio. Al enseñar sobre principios tales como la fe, el amor, la hermandad y el arrepentimiento, el Señor empleó la técnica de comparar ideales abstractos con objetos comunes y corrientes con los que sus discípulos estaban bien familiarizados. La técnica es conocida con el nombre de aperccepción y he aquí la fórmula:

_____ **es como** _____

En el primer espacio en blanco escriba la idea o el principio sobre el cual debe enseñar. Por ejemplo, escriba LA FE,

_____ *La fe* _____ **es como** _____

Utilice su imaginación y piense en un objeto tangible que al alumno le resulte fácil reconocer y que pueda ser comparado con la fe. Cuanto más familiar, común y conocido sea, tanto mejor será su ilustración. Supongamos que desee utilizar la siguiente comparación: LA FE es como UNA SEMILLA. En realidad la fe es como una semilla. Por lo menos Alma la conceptualizó de esa forma cuando dijo:

"Compararemos, pues, la palabra a una semilla. Ahora, si dais lugar para que sea plantada una semilla en vuestro corazón, he aquí, si es una semilla verdadera, o semilla buena, y no la echáis fuera por vuestra incredulidad, resistiendo al Espíritu del Señor, he aquí, empezará a germinar en vuestro pecho; y al percibir esta sensación de crecimiento, empezaréis a decir dentro de vosotros: Debe ser que ésta es una semilla buena, o que la palabra es buena, porque empieza a ensanchar mi alma; sí, empieza a iluminar mi inteligencia; sí, empieza a ser deliciosa para mí.

"He aquí, ¿no aumentaría esto vuestra fe? Os digo que sí; sin embargo, no ha llegado a ser un conocimiento perfecto" (Alma 32:28-29).

Vemos, entonces, que el maestro puede transformar a la fe en un objeto tangible del que los alumnos tienen amplio conocimiento, lo cual ofrece el factor de la dimensión, Citando otro ejemplo de cómo la fe puede compararse a una semilla,

veamos la siguiente ilustración del Señor: "...de cierto os digo, que si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible" (Mateo 17:20). Al utilizar un monte como comparación, el Señor introdujo el concepto del tamaño, haciendo que la lección resultara más comprensible y al mismo tiempo impresionante.

Una vez que usted haya comparado a la fe con algo tangible, podrá formar una imagen mental de ese principio, podrá describirla, medirla, referirse a su tamaño, a su forma, a su color, a su textura; podrá escribir la palabra en la pizarra, mostrar una lámina o una fotografía. En realidad, hasta puede mostrar una semilla de legumbre o un hueso de fruta.

Podría también dar a los alumnos algunas semillas para que plantaran en pequeños recipientes. A modo ilustrativo, el maestro podría regar una planta y dejar que otras se secan, tal como Alma procuró ilustrar que del mismo modo que la planta, la fe necesita ser nutrida.

Cuando el maestro se vale de comparaciones como éstas, el alumno comienza a "ver" y a comparar a qué es semejante la fe, y obtienen un conocimiento y comprensión mayores del principio del evangelio en cuestión.

La importancia de la apercepción en la enseñanza del evangelio

La apercepción puede resultar de gran utilidad en muchas lecciones en las que deban enseñarse conceptos abstractos como el de la fe, la esperanza, la caridad, el amor, la reverencia, etc. Estos principios se pueden inculcar sin mayores problemas y dotárseles de gran significado aun para mentes tiernas. El tener conocimiento de este principio es de tremendo valor para quien enseñe, tanto en el hogar como en la Iglesia. No existe ninguna razón para que nos veamos en aprietos y enseñemos virtudes a medias cuando por cierto podemos enseñarlas debidamente. Además, el saber que tenemos a nuestra disposición métodos en los que podemos confiar constituye un aspecto de gran importancia en la tarea de enseñar el evangelio de Jesucristo.

Supongamos que utilizamos otra ilustración, tomando como punto de partida el tema del *arrepentimiento*.

El arrepentimiento es como _____

¿En qué cosa podemos pensar que resulte familiar a todo tipo de persona y que pueda compararse al arrepentimiento? Veamos qué sucede si utilizamos el jabón como elemento comparativo.

El arrepentimiento es como el jabón

Una lección en la que se explique esta idea podría ser desarrollada de la siguiente manera:

El arrepentimiento es el jabón de la vida. Cuando se le utiliza debidamente, nos limpia de nuestras transgresiones; pese a ello, hay quienes permanecen sucios. ¿Por qué razón? ¿Por qué hay tantas personas que no emplean el arrepentimiento, aun cuando disponen de él de una forma individual, inmediata y constante?

El maestro podría ilustrar, de la siguiente manera, el uso equivocado que se da a este principio: Describa un pañuelo hermoso y blanco, puro e inmaculado, el que se deja caer en el fango. Si se le lava cuidadosamente, quedará limpio una vez más. Pero supongamos que se le deja caer en el fango otra vez y es lavado otra vez; nuevamente al fango y otra vez lavado, y así sucesivamente. No pasará mucho tiempo antes de que el pañuelo se ponga grisáceo y percutido, al punto tal de que se haga difícil limpiarlo, aun cuando se utilice un detergente fuerte.

En una oportunidad me reuní con un grupo de maestros de seminario, les presenté esta fórmula y les pedí que trataran de imaginar otras formas de enseñar el tema del arrepentimiento. Fue interesante observar cómo en una hora de análisis intercambiamos una docena o más de ejemplos extraídos de la vida misma que podríamos utilizar.

Use la imaginación

Es importante entender que si el maestro es demasiado literal o muy técnico, no habrá comparación o referencia o "semejante a" o "es como" que satisfaga completamente, ni siquiera los ejemplos que el Señor utilizó, El maestro debe utilizar su imaginación.

Recuerdo el caso de un maestro que se empeñó en que el arrepentimiento en realidad no es como el jabón. Con ese razonamiento, el reino de los cielos no es como una red ni los fariseos como sepulcros blanqueados. En todo momento, es necesario dar rienda suelta a la imaginación. Si uno no lo hace, se transformará irremediabilmente en un maestro aburrido en cuyas lecciones nadie tendrá interés.

Quisiera ilustrar cómo el comparar el arrepentimiento con el jabón puede ser usado para enseñar este importante principio del evangelio.

"¡Qué barbaridad! ¡Qué hombres tan sucios!"

Durante la Segunda Guerra Mundial, habíamos recibido la orden de ser transferidos del estado de Virginia al frente de batalla. El grupo al cual yo pertenecía fue transportado en vagones de carga que habían sido convertidos en vagones dormitorio provisorios, para lo cual se sujetaban literas a las paredes que se plegaban durante el día a fin de dejar más espacio para movernos con más libertad. Recuerdo que nos referíamos a tales instalaciones como vagones de ganado. Las comidas se servían de una cocina de campaña y eran preparadas sobre una hoguera en uno de los vagones, la que se encendía sobre una capa de quince centímetros de tierra.

Desde el comienzo de la jornada nos quitaron el equipaje, por lo que pasamos seis días con sus noches viajando por todo el sur de los Estados Unidos sin la más mínima posibilidad de bañarnos o cambiarnos de ropa, ni tampoco de lavarla. Puesto que

estábamos en medio del verano, el tremendo calor que padecíamos creaba una situación sumamente sudorosa, por así llamarla.

Cuando finalmente llegamos a la ciudad de Los Angeles, California, un domingo por la mañana, nos dieron licencia hasta la tarde, cuando tendríamos que presentarnos nuevamente en el tren para continuar nuestro viaje rumbo a una base militar en el norte del estado de California, desde donde partiríamos hacia el campo de batalla. Los diez integrantes de nuestro pelotón de bombardeo nos juntamos en el andén de la estación e hicimos una colecta de todo el dinero que teníamos. Decidimos que una de las cosas que más deseábamos hacer era disfrutar de un buen almuerzo.

Es así que fuimos a un restaurante fino y aguardamos en línea para que nos llegara el turno de ocupar una mesa. Vale la pena acotar que durante la época de la guerra siempre había largas colas en los restaurantes. Las otras personas que esperaban su turno lucían en sus mejores ropas. Yo era el primero de entre mis compañeros en la línea y adelante mío había varias damas sumamente distinguidas. No les resultó necesario darse vuelta para apercebirse de nuestra presencia: nuestra falta de aseo fue más que suficiente. Finalmente, una de las mujeres volteó hacia nosotros, me estudió detenidamente de pies a cabeza y luego comentó en voz lo suficientemente enérgica como para atraer la atención de todo el mundo en el restaurante: "¡Qué barbaridad! ¡Qué hombres tan sucios!"

Perseveramos silenciosamente ante la humillación, pero nadie se puede imaginar cuánto deseaba yo estar limpio. ¡Cuánto hubiera deseado tener una barra de jabón en esos momentos! Nunca olvidaré cómo me sirvió eso para tomar la determinación de jamás comparecer ante el Señor espiritualmente sucio. Si el arrepentimiento es el jabón de la vida, deseo usarlo frecuente y debidamente.

Estos dos ejemplos, de comparar la fe a una semilla, como se hace en las Escrituras, y el comparar al arrepentimiento con el jabón, pueden proporcionar una lección para esta época en que vivimos. Pone de manifiesto cómo ciertos elementos tangibles y familiares del mundo que nos rodea pueden ser empleados como símbolos para ilustrar principios intangibles y abstractos que muchas veces resulta difícil o hasta imposible describir sólo por medio de palabras.

Lo encontramos en las Escrituras

Ahora que tiene una idea más o menos concreta de cómo funciona el principio de la aperccepción, sería interesante echar una vez más una mirada a las Escrituras donde encontraremos muchos ejemplos de este tipo de enfoque didáctico. En Sus enseñanzas, Jesús siempre se valió de objetos y experiencias que resultaban familiares a los de Su época. Al estudiar los ejemplos que El presentó, fácilmente nos damos cuenta de que se trata de ilustraciones sumamente comunes. Al exponer un ejemplo familiar, Jesús partió de la base de lo que la gente entendía, a fin de que pudieran aprender sin mayores problemas.

Uno de los aspectos que el Señor tenía en común con la mayoría de aquellos a quienes enseñaba era el ambiente que les rodeaba. Merced a la información que tenemos de Su vida personal, podemos coincidir en el hecho de que era considerado una persona común y corriente para aquella época. Sus enseñanzas reflejan nítidamente el mundo del período en el que vivió.

En todo momento hizo un enfoque directo, teniendo en cuenta los antecedentes de quienes le escuchaban. A menudo se refirió a las instrucciones religiosas básicas que eran de tan vital importancia para la vida de todo joven de aquella época, lo cual queda de manifiesto en las muchas veces que dijo: "Oísteis que fue dicho..." (Véase Mateo 5:21,27,38; Mateo 12:3,5, etc.) Si hacía mención de algo que ellos no habían escuchado personalmente, les decía: "Habéis leído..."

Cosas comunes y corrientes

El Sermón del Monte puede utilizarse como modelo pedagógico, tanto como cualquier otro ejemplo en particular. Adviértase el sinnúmero de ejemplos que utiliza en la instrucción que da en un sólo capítulo, el quinto de Mateo. A continuación proporcionamos una lista de frases que hacen referencia a cosas comunes y familiares.

Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrá a todos los que están en la casa.

Ni una jota ni una tilde pasará de la ley.

Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y los fariseos.

Oísteis que fue dicho a los antiguos.

Cualquiera que se enoje contra su hermano.

Cualquiera que diga: Necio.

Deja allí tu ofrenda delante del altar.

No sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel.

No saldrás de allí, hasta que pagues el último cuadrante.

Cualquiera que mira a una mujer para codiciarla.

Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio.

Además habéis oído que fue dicho.

No perjurarás.

Oísteis que fue dicho.

Ojo por ojo, y diente por diente.

Al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica.

A cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla.

Que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos.

¿No hacen también lo mismo los publicanos?

Y si saludáis a vuestros hermanos solamente.

Seleccionamos este capítulo tan familiar por el amplio conocimiento que todos tenemos de él y por ser tan representativo de lo que repetidamente encontramos en las enseñanzas de Jesucristo. Hay otros capítulos en los que se pueden hallar ejemplos adicionales.

Las referencias hechas en éste y otros capítulos están, como bien se puede advertir, basadas en la experiencia de quienes escuchaban. El sistema de eliminación de basura en las ciudades de aquella época consistía en simplemente echarla en las calles. Por consiguiente, la sal sin sabor era literalmente tirada y pisoteada por los hombres. Jerusalén era conocida como la ciudad en la colina, una referencia de inmenso significado para aquella gente. Un soldado romano tenía todo el derecho de obligar a cualquier judío a que llevara su carga por una milla. Estas y muchas otras cosas resultaban muy conocidas para los discípulos de Jesús.

En las parábolas se puede también encontrar una riquísima fuente de material aperceptivo. En tales relatos, el Señor se refiere a experiencias sumamente comunes al estilo de vida normal de la Palestina de aquella época o a la historia judaica, de la que extraía regulaciones bien conocidas de la Ley de Moisés.

El Señor habla de gallinas, polluelos, pájaros, flores, zorras, árboles, ladrones, caminantes, puestas de sol, pobres y ricos, médicos, ropa remendada, abrojos, limpiar la casa, alimentar a los cerdos; moler el grano, almacenar en graneros, edificar casas, contratar obreros, y de docenas de otros ejemplos más. Ninguno de ellos resulta ajeno ni misterioso y todos fueron extraídos de la vida real, de las experiencias cotidianas de aquellos a quienes enseñaba.

"...es semejante a..."

No resulta extraño, entonces, que el Señor comparara al mundo tangible que nos rodea con lo intangible de nuestro interior. Más que repetidamente utilizó la expresión "es semejante a" o "compararé". Veamos las siguientes frases de los evangelios y de otros libros del Nuevo Testamento:

- Mateo 11:16 Es *semejante* a los muchachos que se sientan en las plazas
 13:31 El reino de los cielos es *semejante* al grano de mostaza
 13:33 El reino de los cielos es *semejante* a la levadura
 13:44 El reino de los cielos es *semejante* a un tesoro
 13:45 El reino de los cielos es *semejante* a un mercader
 13:47 El reino de los cielos es *semejante* a una red
 13:52 Es *semejante* a un padre de familia
 20:1 El reino de los cielos es *semejante* a un hombre
 22:39 y el segundo es *semejante*: Amarás
- Marcos 12:31 y el segundo es *semejante*: Amarás
- Lucas 6:47 Os indicaré a quién es *semejante*
 6:48 *Semejante* es al hombre que al edificar una casa
 6:49 *Semejante* es al hombre que edificó su casa sobre
 7:31 Y dijo el Señor: ¿A qué pues, *compararé* los hombres?
 7:32 *Semejantes son* a los muchachos sentados en la plaza
 12:36 *Sed semejantes* a hombres que aguardan a que su señor regrese
 13:18 ¿A qué es *semejante* el reino de Dios?
 13:19 Es *semejante* al grano de mostaza
 13:21 Es *semejante* a la levadura, que una mujer tomó
- Juan 8:55 Sería mentiroso *como* vosotros; pero le conozco
 9:9 Otros (decían): A él se *parece*. El decía: Yo soy

He aquí otros pasajes de las Escrituras que reflejan el mismo método de comparación:

- Hechos 17:29 Que la Divinidad sea *semejante* a oro
- Gálatas 5:21 Borracheras, orgías, y cosas *semejantes* a estas
- 1 Juan 3:2 Seremos *semejantes* a él, porque le veremos
- Judas 7 Las ciudades vecinas, las cuales de la *misma* manera
- Apocalipsis 1:13 *Semejante* al Hijo del Hombre, vestido de
 1:15 Sus pies *semejantes* al bronce bruñido, refulgente como
 2:18 El Hijo de Dios, el que tiene ...y pies *semejantes* al bronce bruñido
 4:3 El aspecto del que estaba sentado era *semejante* a piedra de jaspe
 4:3 Había ...un arco iris, *semejante* ...a la esmeralda
 4:6 Un mar de vidrio *semejante* al cristal

4:7 *Semejante* a un león: el segundo era *semejante* a un becerro
 4:7 Y el cuarto era *semejante* a un águila volando
 9:7 Langostas era *semejante* a caballos preparados para
 9:7 *Como* coronas de oro
 9:10 Tenían colas *como* de escorpiones
 9: 9 Sus colas, *semejantes* a serpientes
 11:1 Me fue dada una caña *semejante* a una vara
 13:2 La bestia que vi era *semejante* a un leopardo
 13:4 ¿Quién *como* la bestia...?
 13:11 Tenía dos cuernos *semejantes* a los de un cordero
 14:14 Uno sentado *semejante* al Hijo del Hombre
 16:13 Tres espíritus inmundos *a manera* de ranas
 18:18 ¿Qué ciudad era *semejante* a esta gran ciudad?
 21:11 Su fulgor era *semejante* al de una piedra preciosísima
 21:18 La ciudad era de oro puro, *semejante* al vidrio limpio

El Libro de Mormón abunda también en referencias similares:

1 Nefi 2:9 ¡Oh, si fueras *semejante* a este río
 2:10 ¡Oh, si fueras tú *semejante* a este valle
 12:1 En tan inmenso número *como* la arena del mar
 15:12 La casa de Israel fue *comparada* a un olivo
 17:45 Os ha hablado *como* con voz de trueno

2 Nefi 5:21 Se habían vuelto *como* un pedernal
 7:7 Por eso he puesto mi rostro *como* pedernal
 8:6 La tierra se envejecerá *como* ropa de vestir
 8:8 *Como* a vestidura los comerá la polilla
 8:8 *Como* a la lana los consumirá el gusano
 26:6 Serán *como* rastrojo

Mosíah 12:5 Serán arreados *como* mudos asnos
 12:12 Serás *como* la flor del cardo
 14:6 Todos nosotros nos hemos descarriado *como* ovejas

Alma 32:28 *Compararemos*, pues, la palabra a una semilla

3 Nefi 7:8 *Como* el perro que se vuelve a su vómito
 10:4 *Como* la gallina junta sus pollos bajo las alas

Éter 2:16 *Como* la ligereza de un ave sobre el agua

6:7 Sus barcos estaban ajustados *como* un vaso

Veamos los siguientes ejemplos extraídos de Doctrina y Convenios:

49:24 Florecerán *como* la rosa

121:45 Destilará sobre tu alma *como* rocío del cielo

128: 19 *Como* el rocío del Carmelo

130:9 Llegará a ser *semejante* al cristal

133:48 Su ropa *como* del que ha pisado el lagar

En la sección 88, el Señor reveló leyes celestiales que gobiernan la tierra y los planetas, diciendo: "*¿A qué compararé estos reinos para que comprendáis? (D. y C. 88:46.)*

Por último, en la Perla de Gran Precio encontramos los siguientes ejemplos:

Moisés 7:28 Derraman sus lágrimas *como* la lluvia sobre las montañas

7:62 Inunden la tierra *como* con un diluvio

Abraham 3:14 El número de las arenas, *así será* el número de tus descendientes

José Smith

-Mateo: 38-39 La parábola de la higuera ...*así igualmente* mis escogidos

47 Si el buen hombre de la casa hubiera sabido en cuál vigilia llegaría el ladrón

José Smith

-Historia: 37 Viene el día que arderá *como* un horno

37 Todos los que obran inicualemente, arderán *como* rastrojo

Estas son apenas unas pocas de las muchas referencias que podemos encontrar en las Escrituras, las que constituyen una rica fuente de ilustraciones en cuanto al uso del principio de la apercepción en la tarea de enseñar temas de naturaleza compleja.

Lecciones más claras

Tenga siempre presente que Jesús no sólo comentaba a la gente de aquella época en cuanto a experiencias y elementos relacionados con su medio ambiente; su interés no radicaba en enseñarles en cuanto a gallinas y polluelos, sino que se valía de tales ilustraciones para instruirles tocante a otras cosas. El hacía una correlación de esos ejemplos tan comunes en el mundo visible con los del mundo interior que el ojo humano no puede percibir. El Señor los aplicó y comparó a fin de que la lección resultara obvia.

Si fuéramos a quitar de los discursos de Jesús las aplicaciones ilustrativas que hizo en ellos, nos quedaríamos apenas con un escueto comentario sobre la vida del campesino en la antigua Palestina. Es precisamente la enseñanza del evangelio lo que

hace que las ilustraciones cobren vida. Las mismas, a su vez, contribuyen a que el significado de la lección resulte más claro para personas de todas las edades.

La aplicación es la piedra angular de cada uno de Sus discursos. En la referencia que hace a la sal, (Mateo 5: 13), por ejemplo, no tenía especial interés en hablarles a quienes le escuchaban sobre ese condimento de mesa tan común, de hecho tan común que hubiera carecido absolutamente de trascendencia si se le hubiera mencionado de cualquier otra forma. La palabra *sal*, como se le usa en Sus enseñanzas, no tenía como fin orientarlos en cuanto a sus hábitos de comida, sino que era apenas un elemento de apoyo para elevar el conocimiento y razonamiento de sus alumnos mediante un método pedagógico mucho más productivo.

Como ya hemos mencionado, conceptos tales como la fe, el arrepentimiento y la humildad, entre otros, son difíciles de enseñar puesto que no tenemos forma de visualizarlos. No tienen tamaño, ni forma, ni textura, ni color; por consiguiente, es prácticamente imposible conformamos una imagen de ellos. Utilizando el método del que Jesús se valió, sin embargo, podemos enseñar en cuanto a ellos de una forma mucho más clara.

Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas (Mateo 23:37).

Cuántas veces os juntaré como la gallina junta sus pollos bajo las alas (3 Nefi 10:6).

Los juntaré como la gallina junta a sus pollos debajo de sus alas (D. y C. 10:65).

Juntará a su pueblo como la gallina junta a sus pollos debajo de sus alas (D. y C. 29:2).

Cuántas veces os hubiera juntado como la gallina junta a sus pollos debajo de sus alas (D. y C. 43:24).

El evangelio es como un teclado

En ocasión de una conferencia general de la Iglesia, hablé acerca del tema de "La única Iglesia verdadera sobre la tierra".y utilicé como referencia central el versículo 30 de la Sección I de Doctrina y Convenios.

Y también. para que aquellos a quienes se dieron estos mandamientos tuviesen el poder para establecer los cimientos de esta iglesia y de hacerla salir de la obscuridad y de las tinieblas, la única iglesia verdadera y viviente sobre la faz de toda la tierra, con la cual yo, el Señor, estoy bien complacido, hablando a la iglesia colectiva y no individualmente.

No quise decir que todas las demás iglesias carecieran de verdad, puesto que todas tienen algo de verdad. Algunas de ellas tienen, en realidad, bastante de verdad y gozan de parte de la influencia de Dios. A menudo el clero de tales iglesias y muchos de sus feligreses son muy dedicados y hasta observan admirablemente las virtudes de la cristiandad. A pesar de ello, no están completos, por lo que el Señor ha declarado: "...enseñan como doctrinas los mandamientos de hombres, teniendo apariencia de piedad, más negando la eficacia de ella." (José Smith-Historia 19.)

Teniendo en cuenta esto, entonces, ¿cómo podía yo establecer el hecho de que todas las iglesias tenían quizás un cierto elemento de verdad, pero que hay sólo una que posee la plenitud del evangelio?

Valiéndome de la fórmula de la *comparación*, expresé que el evangelio es como el teclado de un piano. Una vez que hube encontrado algo con que comparar el evangelio, algo que resultaría familiar para toda la gente que me habría de escuchar, fue mucho más fácil preparar el discurso, parte del cual cito a continuación:

Como un teclado

"El evangelio puede ser *comparado* al teclado de un piano, con todas y cada una de sus teclas, sobre las que aquel que cuente con la debida capacitación y talento puede interpretar una variedad de tonadas, desde baladas románticas y melodías entemecedoras hasta entusiastas marchas e inspiradores himnos. Una variada gama de piezas musicales para satisfacer todo tipo de gusto.

"Cuán insensato resulta, por lo tanto, escoger una tecla en particular y con extrema monotonía sacar de ella una o dos notas solamente, cuando en realidad la totalidad del teclado ofrece una variedad ilimitada de combinaciones.

"Cuán descorazonador resulta que, estando la plenitud del evangelio, la totalidad del teclado, sobre la faz de la tierra, muchas iglesias se limiten a tocar una sola tecla. Es posible que la nota que se haga sonar sea esencial para la melodía de la práctica religiosa, pero aun así, no se goza la totalidad ni se aprecia su plenitud.

"Por ejemplo, una determinada iglesia hace sonar la tecla de la sanidad por medio de la fe, al tiempo que hace a un lado muchos otros principios que brindarían mayor magnitud a ese don en sí.

"Otra iglesia hace sonar la obscura tecla que se relaciona con la observancia del día de reposo, tecla que sonaría por cierto diferente si se tocara en armonía con otras notas esenciales del teclado. Una tecla usada de esa forma puede causar un notorio desafinamiento.

"Por otra parte nos encontramos con una iglesia que hace sonar una y otra vez la tecla relacionada con el modo de bautizar y se olvida que dispone de todo un teclado. Entonces, esa sola nota, por más imprescindible que sea, no suena completa cuando se le hace escuchar en forma aislada, haciendo las demás a un lado.

"Podríamos mencionar muchos otros ejemplos en los que un sinnúmero de iglesias destacan impetuosamente una parte específica del evangelio, edificando sus creencias sobre ella, sin darse cuenta de que sonaría mucho mejor si se le combinara con la totalidad del evangelio de Jesucristo.

"No pretendemos implicar que la tecla de la sanidad por medio de la fe, por ejemplo, no es vital. No sólo la reconocemos, sino que además la consideramos fundamental y la utilizamos en gran medida; pero no por ello podemos dejar de reconocer que por sí sola no constituye el evangelio en su plenitud.

"Jamás nos atreveríamos a declarar que el bautismo no es esencial, pues sabemos que en realidad lo es, constituyendo el método oficial mediante el cual una persona se hace miembro de la Iglesia y del reino de Dios. Pero si esa tecla se golpea por sí sola, sin la debida Unea de autoridad con la que está íntimamente relacionada, tanto la plenitud como la armonía quedan truncadas y la melodía se hace disonante. Sin la tecla de la fe y el arrepentimiento, aquella otra no tiene ningún valor, y, lo que es más peligroso aún, pasa a ser algo falso. Esto se produce cuando se carece de la autoridad a la que estamos haciendo mención.

Poder y autoridad

"Dejemos bien en claro que el énfasis no lo hacemos caer tanto en el hecho de que las otras iglesias están equivocadas sino en el de que están incompletas. El evangelio fue restaurado en su plenitud y el poder y la autoridad para actuar en el nombre del Señor están entre nosotros una vez más. El poder y la autoridad del sacerdocio descansan sobre esta Iglesia, pues el Señor mismo reveló:

"Y este sacerdocio mayor administra el evangelio y posee la llave de los misterios del reino, sí, la llave del conocimiento de Dios.

"Así que, en sus ordenanzas se manifiesta el poder de Dios.

"Y sin sus ordenanzas y la autoridad del sacerdocio, el poder de Dios no se manifiesta a los hombres en la carne. (D. y C. 84: 19-21).

Una sola tecla

"No resulta poco común encontrar personas que se muestren sumamente interesadas en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, pero le atribuyen escasa importancia al hecho de que contamos con la plenitud del evangelio.

"Conocemos personas que se sienten atraídas por una sola tecla, por una doctrina en particular, llegando a investigar la Iglesia únicamente por ese aspecto aislado. Desarrollan una tremenda sed por conocer todo lo que haya para conocer y saber con respecto a ese principio, sin considerar -en realidad, con particular objeción y rechazo- todo lo que esté relacionado con los demás componentes de nuestras creencias.

"Desean escuchar únicamente la tecla que produce esa nota única, vez tras vez. Lo que no comprenden es que muy poco será el conocimiento que ello les proporcionará, a menos que lo acepten como parte de la totalidad; como tan sólo uno de los componentes de los ideales y de las doctrinas que conforman la plenitud de la melodía, que hacen sonar cada nota en el momento preciso y que, si se les toca por sí solas, llegan a sonar disonantes.

"Consideremos también que ese peligro no acecha únicamente a los investigadores. Tenemos conocimiento de miembros de la Iglesia que por su experiencia deberían observar una actitud diferente y que, sin embargo, están empecinados con sólo una o dos teclas; las hacen sonar ensordecedoramente hasta despertar la irritación de quienes les rodean. Tales personas no comprenden que pueden llegar a interferir con su propia sensibilidad espiritual. Se olvidan de que existe una plenitud en el evangelio y se transforman en individualistas, tal como sucede en el caso de muchas iglesias. A tales personas vemos rechazar la plenitud para conformarse con apenas una nota predilecta. Tal exageración llega al colmo y se distorsiona, conduciéndoles a la apostasía misma." (Conferencia General de octubre de 1971).

A modo ilustrativo

No creo que haya lugar a dudas en cuanto a que, a pesar de haber comparado al evangelio con el teclado de un piano, no pretendí dar cátedra sobre ese instrumento musical; utilicé al teclado del piano simplemente a modo ilustrativo. Lo que es más, no sé tocar el piano y poco entiendo de teclados, pero eso no hace que la comparación sea menos eficaz, tanto para mí como para quienes escucharon mi discurso. Por la reacción que percibí en muchas personas, me consta de que "vieron" lo que traté de enseñarles. Hubiera podido hablar prolongadamente, describiendo una idea tras otra, citando diferentes fuentes, incluyendo las Escrituras, y aun así no habría logrado enseñar lo que deseaba con la misma eficacia.

Hay otro aspecto sumamente trascendente al que jamás debe restársele importancia. Cuando usted emplea satisfactoriamente el principio de la apercepción, o compara algo abstracto con un objeto que no es conocido del mundo que nos rodea, la lección queda grabada, por lo que no nos llamará la atención cuando alguien comente: "Cada vez que veo el teclado de un piano pienso en la plenitud del evangelio." Es como si en la mente de la persona se accionara un mecanismo que hiciera que la lección se repitiese. Tal es la razón por la cual cuanto más común y cotidiano resulte el ejemplo de comparación, tanto más penetrante será la lección.

Fue por ese motivo que el Señor utilizó en Sus enseñanzas tantas ilustraciones. Todas ellas resultaban familiares a la gente. Por nuestra parte, podemos valernos del mismo método, tal como queda ilustrado en el siguiente relato.

Los pensamientos son como el agua

Cuando era tan sólo un jovencito de diez años, vivíamos en una casa rodeada por un huerto. Parecía que nunca había suficiente agua para los árboles y aun cuando las zanjas estaban siempre bien aradas, pronto se llenaban de maleza en la primavera. Un día, estando yo encargado del riego, me enfrenté con un serio problema.

Al correr el agua por la zanja, chocaba contra la maleza y se dispersaba en todas direcciones. Comencé a levantar bancos de contención a los costados de la zanja. No bien terminaba de levantar uno, el agua se filtraba por otro lugar.

De pronto llegó al huerto un vecino. Me observó por un momento, y entonces, con un par de fuertes paladas cavó en el fondo de la zanja, permitiendo que el agua corriera por el canal que había hecho. "Si deseas que el agua mantenga su curso," me dijo, "debes preparar el cauce por el cual deseas que corra."

He llegado a la conclusión de que los pensamientos, al igual que el agua, permanecerán en su curso siempre que les preparemos un cauce por el cual puedan correr. De otro modo, nuestros pensamientos, al igual que el agua, seguirán el curso de menor resistencia, buscando siempre los niveles más bajos. Durante mi adolescencia me fue dicho cientos de veces que los pensamientos deben ser controlados, pero nadie me dijo cómo debía hacerlo.

Al procurar explicar a los jóvenes de la Iglesia la forma de controlar sus pensamientos, encontré una vez más un tremendo aliado en el principio de la comparación:

El escenario de la mente

"La mente puede ser comparada con un escenario en el que el telón está siempre levantado, excepto cuando dormimos. Siempre hay una teatralización llevándose a cabo allí. Puede ser una comedia, un drama, interesante o aburrida, buena o mala; pero siempre hay una actuación llevándose a cabo en el escenario de la mente.

"¿Han notado que los pequeños pensamientos sombríos entran en escena desde los costados y acaparan totalmente la atención? Estos pensamientos intrusos procurarán desplazar toda buena influencia.

"Si permiten que aparezcan en escena, todo lo bueno abandonará el escenario y ustedes quedarán huérfanos de pensamientos sanos por haber consentido la influencia de pensamientos inicuos. Ellos actuarán en el escenario de la mente tanto como se les tolere. Pueden representar tramas de maldad, de celos o de odio. Pueden resultar vulgares, inmorales y aun depravados.

"Cuando tienen el escenario a su disposición, si se les deja, les persuadirán sutilmente a fin de acaparar su más absoluta atención. Por cierto que pueden hacer que la experiencia sea interesante; pueden hasta convencerles de que son inocentes, puesto que sólo se trata de pensamientos.

"¿Qué harán ante tal circunstancia, cuando el escenario de la mente se vea invadido por los impulsos de pensamientos sucios, ya sea que se trate de pensamientos grises que parecen casi limpios, o de los inmundos que son sin duda malos?

"Si logran controlar los pensamientos, podrán vencer hábitos, aun los degradantes. Si finalmente los dominan, es indudable que vivirán una vida abundante y feliz.

Un himno predilecto

"Quisiera exhortarles a que escogieran de entre la música sagrada de la Iglesia un himno predilecto, uno que tenga una letra tan edificante y música tan reverente que les sirva de verdadera inspiración. Una vez que lo escojan, procuren memorizarlo. No importa que jamás hayan tenido formación musical o que no tengan oído para la música; ninguna de las dos cosas es necesaria para memorizar un himno.

"Una vez memorizado, utilícenlo como el refugio de sus pensamientos; conviértanlo en una especie de canal de emergencia. Toda vez que esos sombríos actores se entrometan en el libreto de su actividad mental, den entrada a esta otra tonada.

"Al comenzar la música y al surgir las palabras de la letra en la mente, los malos pensamientos se irán disipando. Les puedo asegurar que el himno cambiará por completo la escenografía mental. Por tratarse de algo edificante y sano, los pensamientos inicuos desaparecerán, puesto que del mismo modo que la virtud *no* es amiga de lo inmundo, lo malvado no puede tolerar la presencia de la luz.

"Habrà momentos en que, sin siquiera notarlo, ustedes tararearán la música interiormente. Con el paso del tiempo, el sistema pasará a ser casi automático, y cada vez que la mente se vea asaltada por un pensamiento mundano, la tonada de ese himno se hará presente de inmediato.

"Una vez que aprendan a desalojar del escenario de la mente todo pensamiento indigno, manténganlo ocupado con ideas dignas. Si es necesario, cambien de ambiente, a fin de verse rodeados por cosas que les inspiren a obrar bien. Manténganse ocupados con cosas positivas.

"Jóvenes, de ninguna manera pueden ustedes darse el lujo de permitir que la música violenta e indigna de nuestra época se infiltre en su mente. *No* se trata de algo inofensivo, sino que, por el contrario, es capaz de dar entrada en el escenario de la mente a pensamientos inicuos que marcan el ritmo al cual ustedes bailan y la forma en que actúan." (Conferencia General de octubre de 1973.)

Al tener que referirnos a algo tan abstracto como lo son los pensamientos, es mucho más fácil que los comparemos con algo con lo que el alumno ya esté familiarizado, en este caso con los actores sobre el escenario. Principalmente para los jóvenes resulta más interesante; difícilmente se les olvidará, y por cierto que captarán la lección sin dificultad.

Un mundo de ejemplos

Hace algunos años viajaba en avión hacia la ciudad de Seattle, en el estado de Washington, procedente de Spokane, en el mismo estado. Había asistido a una conferencia religiosa llevada a cabo en la Universidad de Idaho, en Moscow, Idaho. Me dirigía entonces a Seattle para reunirme con líderes de la estaca de ese lugar tocante al programa de seminarios. No había muchos pasajeros en ese vuelo, así que me senté solo, confiando en poder dormir durante el viaje, el cual llevaría poco más de una hora.

Debo confesar que me sentí un tanto molesto cuando alguien ocupó el asiento a mi lado, así que consentí a su pedido de tomar prestado el periódico que tenía yo en mis rodillas. Pensé que eso le entretendría y, por último, yo podría descansar un poco. Pero no habían pasado muchos minutos cuando comenzó a murmurar, "¡Qué barbaridad...! ¡Esto es terrible...! ¡Parece mentira...!" Cuando se dio cuenta de que había acaparado mi atención, señaló la primera plana del periódico, típico de una zona urbana, con todo lo repudiable, lo trágico y lo sórdido expuesto en la primera página.

El hombre acotó que todo eso no era más que el simple reflejo de la humanidad y de la vida en sí, miserable, sin sentido y, desde todo punto de vista, carente de uso alguno. No pude menos que discordar con el caballero y hacerle saber que en mi opinión la vida sí tenía un propósito, que hay un Dios que ama a Sus hijos y que la vida misma es buena.

Ateo

El hombre se presentó, diciendo ser abogado, y cuando se enteró de que yo era un ministro religioso, dijo con marcado énfasis:

-Pues bien, nos queda todavía una hora y veintiocho minutos de viaje, y deseo que me explique qué derecho tiene usted o ninguna otra persona de lanzar a los cuatro vientos la teoría de que hay un Dios y que la vida tiene tanto significado.

Entonces confesó ser ateo y comenzó a vociferar tan acaloradamente en cuanto a su descreimiento que no pude menos que decirle:

-Está equivocado, mi amigo. Le puedo asegurar que hay un Dios y que vive. Yo sé que El vive.

Entonces le di mi testimonio de que Dios vive y de que Jesús es el Cristo y de que no me cabía la más mínima duda de ninguna de las dos cosas, pero mi testimonio cayó en oídos huecos y descreídos.

-¿Cómo puede decir que "sabe" que Dios vive? -me dijo- Nadie puede asegurarlo y mucho menos decir que lo *sabe*.

No me di por vencido, y el abogado finalmente dijo en forma condescendiente:

-Muy bien, usted afirma saber, explíqueme (en un tono de voz sarcástico) *cómo* es que lo sabe.

Me sentí casi carente de argumentos que para él fueran válidos; había sido enfrentado a la más difícil de todas las preguntas, a la cual contesté de la siguiente forma:

-El Espíritu Santo dio testimonio a mi alma.

-Perdóneme, pero no tengo la más mínima idea de lo que está hablando -respondió el abogado.

Comprendí entonces que términos tales como *oración*, *discernimiento* y *fe* carecían totalmente de significado para ese buen hombre, puesto que no contaba con ningún tipo de experiencia práctica al respecto.

Advirtiendo que me encontraba imposibilitado de explicar cómo era que sabía, terminó diciéndome:

-¿Ve lo que le digo? Usted no puede decir que sabe, porque si supiera, no tendría tantos problemas para explicarme cómo es que lo sabe. (En ello implicaba que todo lo que profesamos saber puede ser fácilmente explicado en palabras.)

El sabor de la sal

Sentí que tal vez había sido poco sabio en compartir mi testimonio, y pedí interiormente que si no podía comprender mis palabras, que al menos aceptara mi declaración como sincera.

-No todo lo que afirmamos saber puede ser explicado simplemente en palabras -le dije, tras lo cual le formulé la siguiente pregunta: -¿Sabe usted qué gusto tiene la sal?

-Por supuesto que sí -fue su respuesta.

-¿Cuándo fue la última vez que la probó?

-No hace muchas horas, cuando cené.

-Usted cree saber el gusto que tiene la sal -le dije.

-Sé sin duda el gusto que tiene -insistió.

-Si le diera una taza de sal y otra de azúcar, y usted probara de ambas, ¿podría diferenciar una de la otra?

-¿Me está hablando en serio? -dijo-. Por supuesto que podría diferenciar entre la una y la otra. ¡Yo sé el sabor que tiene la sal!

Entonces le formulé otra pregunta:

-Suponiendo que yo jamás hubiera probado el gusto de la sal, ¿podría usted simplemente en palabras explicarme el sabor que tiene? Tras pensarlo por algunos momentos se aventuró a contestar:

-Bueno, no es ni dulce ni amarga.

-Lo que usted me está diciendo es como no es -le acoté- Lo que yo quiero saber es cómo es.

Después de tratar varias veces se dio por vencido, admitiendo sentirse tan limitado como yo me había sentido al tratar de responder su pregunta anterior, en el sentido de cómo sabía que el evangelio es verdadero.

Al descender del avión, le di mi testimonio otra vez y le dije:

-Le aseguro que sé que hay un Dios. Usted se mofó de mi testimonio y me dijo que si yo lo supiera, estaría en condiciones de explicarle exactamente cómo es que lo sé, Mi amigo, espiritualmente hablando, yo he saboreado la sal, pero no estoy en mejores condiciones de contestar cómo he adquirido ese conocimiento que en las que usted está de explicarme el gusto que tiene la sal. Pero una vez más le aseguro que hay un Dios y que vive. Simplemente por el hecho de que usted no lo sepa, no trate de hacerme creer que yo tampoco lo sé, porque sí lo sé.

Técnicas y elementos

Esta confrontación es una ilustración de cuán difícil es enseñar precisamente esas cosas que hemos sido comisionados para enseñar en la Iglesia. Cuando enseñamos valores morales y espirituales, inculcamos cosas que son intangibles. Es posible que no haya enseñanza que resulte más difícil, pero al mismo tiempo dudo que la haya más recompensante cuando se la imparte con éxito.

Sabemos que hay técnicas que podemos emplear y elementos que podemos utilizar. Mucho es lo que los maestros pueden hacer para prepararse, tanto a sí mismos como a sus lecciones, a fin de que sus alumnos, ya sea que fueren sus hijos o los jóvenes a quienes son llamados para enseñar en el salón de clases o a quienes estén guiando como oficiales de la Iglesia, puedan aprender y así lograr un testimonio.

Quisiera señalar que en esta experiencia a la que acabo de referirme, aun cuando el tema de nuestra conversación giraba en torno a la revelación, el análisis, en su mayor parte, estaba relacionado con la sal. Es posible que muy poco hubiera logrado si hubiera continuado discutiendo sobre la inspiración, sobre el Espíritu Santo o sobre mi testimonio. Todo eso resultaba totalmente ajeno a mi compañero de viaje, y si finalmente llegamos a alguna conclusión positiva, ello se debió a haber apelado a un ejemplo que le era familiar: la sal.

Dicho sea de paso, mientras caminábamos por el aeropuerto, repetía una y otra vez en voz baja como para sí mismo: "¿Quién necesita una religión? Yo puedo vivir perfectamente sin ella."

Por todas partes podemos encontrar ideas para utilizar como comparación y referencia. Muchas de ellas están a nuestro alcance, si tan sólo nos esforzamos un poco por captarlas. Considere la siguiente ilustración.

Un nuevo mundo

Durante la Segunda Guerra Mundial, recibí una parte de mi entrenamiento militar en una base próxima a la localidad de Scottsdale, Arizona. De vez en cuando, durante los fines de semana, íbamos a la ciudad de Phoenix y regresábamos a la base el domingo por la tarde. En aquellos días, Scottsdale era un suburbio rural de Phoenix y apenas si contaba con algo más que una intersección de calles.

Un domingo en particular, varios de mis compañeros y yo no pudimos conseguir quién nos llevara de regreso a la base, así que comenzamos a caminar. Mientras así lo hacíamos, un caballero desvió su viejo automóvil hacia el costado del camino y se

ofreció para llevamos. A decir verdad, éramos demasiados como para caber en el vehículo, pero contaba a sus costados con estribos sobre los que podíamos viajar parados, así que se aseguró de conducir despacio. En el curso de nuestra conversación, algunos de mis compañeros se quejaron de lo seco e inhóspito que era el desierto. Finalmente el hombre detuvo la marcha y nos dijo que quería mostrarnos algo.

Nos explicó que era profesor de ciencias naturales, e invitándonos a caminar un poco por el desierto, nos mostró distintos tipos de vegetación, animales y otras cosas vivientes, abriendo así ante nuestros ojos todo un nuevo mundo. Señaló algunas plantas marchitas y aparentemente muertas.

"Todo por lo que aguardan". dijo, "son las lluvias de la primavera. Por ejemplo, ésta", agregó, señalando a un arbusto seco. "si la ponen en agua, en el curso de unas pocas horas se abrirá y se pondrá verde. Es realmente una planta hermosa si uno la observa detenidamente; pasa desapercibida porque nadie se toma el tiempo de tan siquiera mirarla."

Desde ese día el desierto adquirió una nueva dimensión para mí y, desde ese momento, jamás me resultó inhóspito sino hermoso e interesante.

Una vez que entendemos el principio de la apercepción, todo ese mundo que nos rodea cobra verdadera vida y a cada paso que damos encontramos significativos ejemplos.

Este principio didáctico nos proporciona toda una gama de ayudas visuales. Cuando sabemos cómo emplearlo, podemos dotar de imágenes visuales a nuestros métodos de comunicación. Valiéndonos de ejemplos que nuestros alumnos puedan literalmente ver, estaremos en condiciones de conducirles a la "visualización" de ideales abstractos.

Una vez que un maestro comienza a buscar elementos para utilizar como comparaciones en sus lecciones, es como si se abriera ante sus ojos un nuevo mundo. y entonces comprende que para dar vida a un ideal, a veces tendrá que idealizar lo que forma parte de la vida.

Preguntas y respuestas

La forma más sencilla de aprender algo es preguntar. El preguntar y el responder son componentes imprescindibles en cualquier método de enseñanza. En el hogar, por ejemplo, constituyen el sistema más común para enseñar a los hijos, quienes están siempre llenos de preguntas, para las cuales los padres deben también siempre tener respuestas.

En toda circunstancia relacionada con la capacitación, la enseñanza y la instrucción en general, encontramos preguntas. Esto fue precisamente lo que hizo Jesús cuando enseñó tanto a sus discípulos como a las multitudes, y hay algo sumamente interesante y significativo en la forma en que El se las ingenió para responder a las preguntas que le fueron formuladas. En realidad, fue mayor el número de preguntas que El hizo que el de las que contestó.

Es también interesante destacar que, al enseñar a Nefi, el Espíritu del Señor formuló muchas preguntas:

"He aquí, ¿qué es lo que tú deseas!" (1 Nefi 11:2.)

"¿Crees que tu padre vio el árbol del cual ha hablado?" (1 Nefi 11:4.)

"¿Qué es lo que tú deseas?" (1 Nefi 11:4.)

"¿Comprendes la condescendencia de Dios?" (1 Nefi 11:16.)

"¿Comprendes el significado del árbol que tu padre vio?" (1 Nefi 11:21.)

"¿Te acuerdas de los doce apóstoles del Cordero?" (1 Nefi 12:9.)

La manera de responder preguntando

Contrariamente a lo que se puede suponer, el Señor generalmente no respondió a las preguntas que le fueron formuladas, al menos no de la forma en que se suele hacerla, particularmente a las de aquellos que trataban de tentarlo. Por lo general, no respondía con una contestación directa o una explicación. En realidad, casi en la mayoría de los casos contestaba formulando preguntas a aquellos que le habían inquirido a él.

Tomemos como ejemplo la ocasión en que le fue preguntado si era lícito pagar impuestos a César. Se trataba de una pregunta llena de ponzoña. Si el Señor hubiera respondido: "No, no es lícito pagar impuestos a César", se le habría acusado de traición y hasta podrían sentenciarlo a muerte. Si Su respuesta hubiera sido: "Sí, es lícito pagar impuestos a César", habría, sin duda, despertado el enojo de los judíos, quienes estaban bajo el yugo del Imperio Romano y detestaban los cuantiosos impuestos que pesaban sobre ellos. Tanto una respuesta afirmativa como una negativa resultarían comprometedoras.

Veamos cómo resolvió el Salvador la situación creada por los fariseos y por los herodianos:

"Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo a César, o no?"

"Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas?

"Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario.

"Entonces les dijo: ¿De quién es esta imagen, y la inscripción?"

Adviertan que es El quien formula ahora una pregunta, tomando así la iniciativa.

"Le dijeron: De César. Y les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios.

"Oyendo esto, se maravillaron, y dejándole, se fueron." (Mateo 22:17-22.)

En otra oportunidad, le había dicho al pueblo que amaran a su prójimo como a ellos mismos, y entonces se le preguntó: "¿Y quién es mi prójimo?" (Mateo 10:29.)

Podría haber dado una respuesta directa, como: "Vuestro prójimo son todas las personas a quienes conocéis", o "El prójimo, dentro de este contexto, son todos los seres humanos".

Pero el Señor no respondió de esa manera, sino que comenzó a hacerles una narración, diciendo:

"Un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, los cuales le dispojaron; e hiriéndole, se fueron, dejándole medio muerto.

"Aconteció que descendió un sacerdote por aquel camino, y viéndole, pasó de largo.

"Asimismo un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo.

"Pero un samaritano, que iba de camino, vino cerca de él, y viéndole, fue movido a misericordia;

"y acercándose, vendó sus heridas, echándoles aceite y vino; y poniéndole en su cabalgadura, lo llevó al mesón, y cuidó de él.

"Otro día al partir, sacó dos denarios, y los dio al mesonero, y le dijo: Cuídamele; y todo lo que gastes de más, yo te lo pagaré cuando regrese." (Lucas 10:30-35.)

Después de terminar el relato, les preguntó: "¿Quién, pues, ...fue el prójimo?" Y cuando ellos respondieron, les felicitó por haber respondido correctamente. ¿Quiénes, entonces, contestaron la pregunta? Por supuesto aquellos que la hicieron, tras un breve análisis y algo de enseñanza. Al responder la pregunta del Señor, contestaron su propia pregunta.

No monopolice las respuestas

Usted mismo puede emplear esa técnica. Cuandó un alumno formula una pregunta, no monopolice las respuestas ni trate de contestar todo. Muchas veces los maestros responden a preguntas fáciles sin vacilar, truncando así un intercambio que hubiera podido dar participación a toda la clase.

Ante tales preguntas, un maestro sabio responderá: "Tu pregunta es muy interesante. ¿Qué piensa el resto de la clase al respecto?"

O, "¿Puede alguno de ustedes ayudar un poco a desvelar la duda?"

Con una simple invitación el maestro puede lograr la participación de todo el grupo, la mente comienza a funcionar y automáticamente se crea la oportunidad de enseñar.

Muy pocas cosas resultan tan frustrantes para un maestro como el querer generar una discusión y recibir a cambio un silencio sepulcral. El proceso de intercambio, el generar respuestas a preguntas sencillas, es uno de los elementos más importantes y útiles en todo método didáctico. A menudo no da buenos resultados debido a que el maestro no sabe cómo formular preguntas o desconoce cómo responderlas (o cómo no responder).

He aquí algunos ejemplos de preguntas que se pueden hacer cuando se están enseñando valores morales o espirituales o tratando de inculcar principios subjetivos:

"¿Por qué piensan que...?"

"En tu opinión, ¿qué...?"

"¿En dónde crees que...?"

"¿Cuándo...?"

O, "¿Podrías explicar?"

Estas preguntas no siempre sirven para inculcar detalles específicos que deban recordarse en el futuro, pero por cierto despiertan el razonamiento.

¿Recuerda la última vez que estaba en una clase de la Escuela Dominical y el maestro hizo una pregunta y usted levantó la mano pero, al dudar, la bajó en seguida? Sucedió que no estaba totalmente seguro de saber la respuesta correcta, y, ante la posibilidad de contestar mal, prefirió no participar.

Al rescate del alumno

Es una lástima que en una clase de la Escuela Dominical o del quórum del sacerdocio nos preocupemos tanto de dar una respuesta incorrecta que nos haga sentir avergonzados ante los demás o incapaces de tomar una parte activa. Muchas veces sucede de ese modo porque algunos maestros no saben cómo presentar ciertas preguntas.

Suponga que usted es un maestro en la Escuela Dominical y a un joven le pregunta: "Carlos, ¿quién fue el cuarto presidente de la Iglesia?" Y como respuesta, Carlos inmediatamente da el nombre de cuatro presidentes de su país. Toda la clase se echa a reír. No necesitan siquiera decirle que la respuesta estaba equivocada, ni que contestó una tontería, ni siquiera tienen necesidad de decidir en palabras que él mismo es un tonto. Todo eso queda implícito en la risa.

Si el maestro está alerta, podrá salir al rescate del alumno. Ante todo, jamás debemos permitir que el alumno se sienta como un tonto o lamente el haber contestado. Esas son las experiencias que nos hacen pensar dos veces antes de participar la próxima vez, reduciendo así la habilidad que todos tenemos de aprender, así como la destreza y oportunidad que muchos tenemos de enseñar.

Acepte la responsabilidad

Volviendo al ejemplo anterior, ¿qué puede hacer el maestro? Para empezar, puede hacerse responsable él mismo del error, diciendo algo como: "Perdóneme Carlos, en realidad no me expresé bien. Me estaba refiriendo al cuarto presidente de la Iglesia y no al de nuestro país."

En tal caso, el maestro acepta parte de la responsabilidad. Cuando un alumno contesta una pregunta equivocadamente o errónea en parte, el maestro puede decir con mucho tacto: "Tal vez no me haya expresado claramente."

O, "En realidad no fue eso lo que quise decir."

O, "Tal vez estés refiriéndote a aquel otro caso cuando...."

O, "Esa no es la respuesta que esperaba oír, pero acabas de mencionar un aspecto que la mayoría de nosotros ha pasado por alto."

O, "Me alegro que hagas mención a eso."

O simplemente, "Está bien, pero todavía hay algo más..."

Hágase una composición de lugar en una clase del Sacerdocio Aarónico o de la Escuela Dominical. El maestro formula la siguiente pregunta: "¿Cuál fue el presidente de la Iglesia que guió a los pioneros al Valle del Lago Salado?"

Esteban responde: "Creo que fue el profeta José Smith."

El maestro da un paso atrás, echa una mirada a la clase, y dice con tono exasperado en su voz: "¿Es que no hay ni una sola persona en esta clase que pueda darnos una respuesta correcta? De ahí en adelante, Esteban no tendrá el más mínimo interés en levantar la mano y aventurarse a contestar pregunta alguna. Hasta es posible que vacile en responder aun cuando le pregunten a él concretamente, puesto que la reacción del maestro y la inflexión de su voz le daban a entender: "Mira, pedazo de tonto, jamás pensé que nadie pudiera dar una respuesta tan estúpida como la tuya."

En casos así, el alumno no es el único que sale perjudicado. Los demás miembros de la clase también se formarán un sentido de reticencia e inhibición. Por lo general, un maestro puede mantener este tipo de actitud apenas un par de veces, después le resultará sumamente difícil hacer que el grupo participe en clase. Si por el contrario, al dar Esteban una respuesta equivocada, usted va a su rescate, disculpándose por no haber formulado la pregunta en una forma más clara, y le ayuda, tal vez dándole una idea, notará en el grupo un interés mucho mayor de participación.

Si el maestro efectúa preguntas de este modo y lo establece como una rutina, el grupo irá ganando confianza y cada uno de sus miembros estará dispuesto a participar, aun ante el peligro de contestar equivocadamente, pasando así a ser extrovertidos en vez de tímidos. Verá que el alumno ya no levantará la mano para en seguida bajarla por miedo a pasar vergüenza. Será la responsabilidad del maestro cultivar este método de preguntas. Lo único que se requiere es establecer el respeto mutuo.

Reestructure la pregunta

En el ejemplo que mencionamos en primera instancia, hay otro aspecto equivocado. Hablamos del error de la respuesta, pero también hay algo de equivocación en la pregunta. Lo que el maestro preguntó fue: "Carlos, ¿podrías decirnos quién fue el cuarto presidente de la Iglesia?" Si el maestro formula la pregunta de ese modo,

apenas menciona el nombre Carlos, los demás alumnos se despreocupan, sabiendo que es Carlos quien tiene la responsabilidad de responder a la pregunta. De ese modo consideran que no tienen necesidad de poner la mente a trabajar a fin de estar en condiciones de contestar lo que le fue preguntado a su compañero.

Si el maestro es hábil y está alerta, invertirá el orden y preguntará "¿Quién podría decirme el nombre del cuarto presidente de la Iglesia?" Entonces hará una breve pausa, y echará una mirada alrededor de la clase. Automáticamente, todos los alumnos son puestos en estado de alerta, pues a cualquiera de ellos se le puede pedir que responda. Entonces inmediatamente ponen la mente en funcionamiento en procura de una respuesta correcta: "A ver... José Smith fue el primero, después fue Brigham Young, John Taylor el tercero y el cuarto Wilford Woodruff." De ese modo todos en la clase se someten a un proceso autodidáctico a fin de proporcionar la respuesta correcta.

Tras permitirles pensar por un minuto, el maestro puede decir, "Carlos", y de seguro que el joven responderá, pero lo interesante es que todos y cada uno de ellos tomó parte en el proceso de razonar y pensar. Tenga presente, entonces, que el formular la pregunta así: "¿Quién podría decirme el nombre del cuarto presidente de la Iglesia? (pausa) ¿Carlos?" es mucho mejor que hacerla de este modo: "Carlos, ¿quién fue el cuarto presidente de la Iglesia?"

Una pregunta mejor

Hay algunas cosas que el maestro puede tener presentes y a la relación con el arte de preguntar. Suponga que yo le preguntara:

"¿Podría usted decirme el año, el mes, el día y la hora en que fue asesinado el profeta José Smith en la cárcel de Cartago?" Dudo que pudiera responder a tal pregunta; para ser más exacto, dudo que haya alguien que pudiera contestarla. Este no es el tipo de preguntas que por lo general generaría una conversación, y mucho menos la participación por parte del alumno.

Hay maestros que a menudo se preguntan la razón por la cual no pueden lograr la participación de su clase; es como si todos fueran mudos. Cuando el maestro hace una pregunta, los alumnos muestran rostros de confusión, como si no supieran de qué se está hablando. De pronto, el silencio se vuelve irritante y el maestro decide leer del manual o cambiar el tema. Sí, la falta de participación enerva a cualquier maestro.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que puede ser la clase de preguntas que el maestro formula lo que provoque la falta de participación. Después de todo, ¿a quién le importa en qué año ni en qué día y mucho menos a qué hora? Ninguno de esos datos contribuye a la salvación de absolutamente nadie.

Una pregunta mucho más razonable podría ser la siguiente: "Al hacer un repaso de la historia de la Iglesia, aprendemos que fue en la tarde del 27 de junio de 1844 que el profeta José Smith fue asesinado. Se tiene una idea bastante concreta de la hora en que tuvo lugar el hecho, gracias al reloj de John Taylor, el cual, tras haber sido alcanzado por una bala, detuvo su funcionamiento. Ahora, ¿por qué razón creen ustedes que José Smith estaba tan dispuesto a ir a Cartago cuando era consciente de lo que podría sucederle?"

Esa es una pregunta que la mayoría de las personas no tendría reparos en contestar, y, de allí, el maestro tampoco tendría demasiados problemas para generar un buen intercambio entre los miembros de la clase, puesto que en la mayoría de los casos cada uno de ellos tendría una idea más o menos concreta de la razón por la que el Profeta fue a Cartago.

Hay una manera aún mejor de formular esa pregunta, una manera más sencilla, y es decir: "¿Por qué creen que José Smith fue a Cartago aun cuando sabía que corría peligro?" De ese modo no se da lugar a respuestas incorrectas ya que los miembros de la clase estarán simplemente diciendo lo que ellos creen que fue la razón; en otras palabras, estarán dando a conocer su simple opinión. Es posible que tales opiniones no sean exactas ni técnicamente perfectas, pero la estarán dando a conocer como se les pidió que lo hicieran. Si el maestro formula la pregunta de tal modo, le resultará mucho más fácil generar el intercambio.

A menudo nos encontramos con el caso de maestros bien preparados que ponen a disposición de los alumnos una gran cantidad de información, pero que se sienten frustrados al no lograr que la clase participe, y eso, porque sus preguntas no sirven para generar la participación de los alumnos por temor a no contestar correctamente.

Es importante que el alumno comprenda que hay una sola pregunta tonta: la que nunca se hace. No está demás en ninguna clase dedicar unos minutos para dejar bien sentado que no hay nadie que lo sepa todo; es posible que haya muchas personas que no estén muy bien informadas en cuanto a un tema que sea ampliamente dominado por la mayoría de la gente. Jamás está fuera de lugar que los alumnos de una clase, o padres e hijos hagan preguntas.

No han sido pocas las veces que me he visto obligado a reprender a miembros de una clase cuando de alguna forma ridiculizaban una pregunta formulada por otro integrante del grupo, y he repetido enfáticamente el dicho de que la única pregunta tonta es aquella que jamás se hace. Es importante que todo alumno, en cualquier clase, sienta que tiene la más absoluta libertad de formular preguntas cuando lo desee.

En nuestra familia observamos rígidamente la norma de responder a las preguntas de nuestros hijos, y, al así hacerlo, generamos en ellos el deseo de que nos hagan muchas otras. Si no se tiene cuidado, es fácil apagar el deseo de aprender.

"Usted es mi amigo"

Hace varios años, me encontraba en la Misión Indígena del Sudoeste de los Estados Unidos, aguardando para reunirme con el presidente de la misión, el hermano Alfred E. Rohner, quien se encontraba en su oficina con un hermano indígena. Más tarde nos explicó que el hombre con quien estaba reunido, integrante de la tribu navaja, se había presentado en las oficinas pidiendo para hablar con el presidente. El presidente Rohner le invitó a entrar en su despacho, tras lo cual se sentaron frente a frente sin pronunciar palabra por un prolongado espacio de tiempo. El presidente Rohner, familiarizado con las peculiaridades de los navajas, sabía que ese silencio estaba totalmente justificado por las características de esa gente, que no era necesario hablar durante todo el tiempo que el hombre estuviera allí, por lo que permaneció en silencio pacientemente.

Tras haber transcurrido un lapso bastante largo, el hombre le preguntó al presidente Rohner cómo se escribía una determinada palabra. Ni siquiera recuerdo qué palabra era, pero sí sé que no se trataba de una palabra difícil. El presidente Rohner le dijo cómo se escribía, ante lo cual el hermano navaja le pidió que tuviera a bien escribírsela en un papel. El presidente así lo hizo y en seguida el hombre indicó que se retiraría. El presidente Rohner estaba interesado en averiguar la razón por la que su visitante deseaba saber cómo se escribía esa palabra, y la explicación que recibió fue sumamente interesante.

Ese hermano navaja era funcionario del consejo de su tribu. Formaba parte de una cuadrilla de obreros que trabajaba en los caminos y era aparentemente considerado como muy buen trabajador, puesto que la semana anterior le habían nombrado capataz de una cuadrilla. En su nueva responsabilidad, le era imperioso que al finalizar cada semana de trabajo llenara algunos formularios. Su educación era bastante elemental. Hablaba inglés y se las ingeniaba para escribir bastante bien, pero el tener que llenar formularios representaba para él una tarea que iba un poco más allá de sus posibilidades. No obstante, puso todo su empeño, pero se encontró que había una palabra que no sabía cómo se escribía. Ese había sido motivo lo suficientemente justificado como para viajar más de cien kilómetros hasta las oficinas de la misión, y preguntarle al presidente Rohner cómo escribirla.

Entonces el presidente le preguntó: "¿Por qué hizo todo este viaje? Estoy seguro que habrá muchísimas personas que hubieran podido mostrarle cómo escribir la palabra. Podría haber ido hasta un comercio o hasta una gasolinera o aun hasta una de las escuelas, y se hubiera ahorrado todo este viaje."

El hombre navaja respondió empleando una lógica que puede llegar a conmover a todo maestro: "Vine hasta aquí porque usted es mi amigo."

Tenga siempre presente este incidente cuando sus hijos le hacen preguntas, cuando se las hacen aquellos a quienes enseña o dirige en la Iglesia o aquellos con quienes está en contacto en su trabajo. Es muy fácil evadir preguntas o responderlas en una forma desinteresada. Como ya dije antes, en mi familia tenemos la norma de siempre contestar toda pregunta, aun cuando ello suponga dejar lo que estamos haciendo a fin de dar una explicación. Esto es lo que contribuye a mantener abiertos los canales de comunicación. Si nuestros hijos se sienten cómodos de venir a nosotros con preguntas, sabiendo de antemano que no se les subestimarán de ninguna forma, automáticamente estamos eliminando muchos otros problemas serios. Si en una clase un alumno no se siente cohibido a hacer preguntas, el ir a clase constituirá para él una experiencia positiva que le invitará a participar. Tenga este aspecto siempre presente.

Las mejores respuestas para las peores preguntas

El presidente Henry D. Moyle me enseñó una valiosa lección relacionada con el tema de contestar preguntas. En una oportunidad nos encontrábamos en Alaska donde participaríamos en una convención de jóvenes, por motivo de la cual se nos había invitado a una entrevista en televisión. Había un miembro de la Iglesia que en ese entonces era una conocida figura de la televisión que había sido invitado a participar en la convención, pero que a último momento le fue imposible asistir.

Cuando llegamos al lugar de la entrevista, percibimos la desilusión del conductor del programa cuando, al mirar al presidente Moyle y a mí, dijo: "¿Sólo ustedes vinieron?"

El presidente de la misión indicó que nosotros éramos las personas a quienes se había invitado para la entrevista, a lo cual el caballero respondió: "Se nos dio a entender que contaríamos con la presencia de una distinguida figura estelar."

Cuando el presidente de la misión explicó que dicha personalidad había tenido ciertos inconvenientes que le imposibilitaron cumplir con su intención inicial, el animador del programa se mostró obviamente irritado. Cuando llegó al colmo de la descortesía con el presidente Moyle, no pude contenerme y le dije: "Es imperioso que sepa, caballero, que este señor es miembro de la Primera Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y que en cualquier parte del mundo los medios de comunicación estarían sumamente interesados en concertar una entrevista con él."

El reportero se calmó un poco y entonces dijo: "Bueno, ya que estamos, hagamos la entrevista con ustedes." Desde su pregunta inicial, dejó bien de manifiesto que observaba una actitud antagonista hacia la Iglesia.

La entrevista se prolongó por más de media hora, luego de la cual, y mientras caminábamos hacia el automóvil, le dije al presidente Moyle: "Le felicito. Estuvo realmente maravilloso. ¿Cómo " pudo salir del paso?"

El presidente Moyle me preguntó: "¿A qué se refiere?"

"A todas esas preguntas capciosas que el hombre le formuló", le dije. "Estuvo fantástico en la forma en que las respondió. Es increíble cómo, a pesar de haber sido él, tan agresivo, la entrevista haya sido todo un éxito."

Nunca olvidaré su respuesta: "Yo nunca presto atención a las preguntas," me dijo, "es decir, si la entrevista es mal intencionada. Si no se me formulan las preguntas que yo deseo que me hagan, yo respondo a las que se me deberían hacer."

Esa pequeña declaración del presidente Moyle encierra una gran sabiduría, y en más de una oportunidad me ha servido para salir yo mismo del paso ante situaciones escabrosas como ésa.

En una ocasión, estando en Halifax, Nueva Escocia, se me invitó a participar en un programa de radio en el que se entrevistaba a personas que, por su actividad, eran consideradas importantes. Los misioneros habían hecho todos los arreglos con la idea de que sería algo favorable para la imagen de la Iglesia. Desde el comienzo de la entrevista, resultó obvio que el animador del programa estaba interesado en hablar de mí personalmente. Formuló varias preguntas relacionadas con mi experiencia como educador, en cuanto al servicio prestado a las fuerzas armadas de mi país, y demás, resultando más que claro para mí que trataba de evitar hacer cualquier tipo de referencia a la Iglesia.

Acordándome lo que me había dicho tiempo atrás el presidente Moyle, presté poca atención a sus preguntas y encamiré mis respuestas en forma tal que terminé hablando del programa de la Iglesia en vez de sobre mi persona.

En otra oportunidad se me había invitado para una entrevista en una estación de radio en el estado de Maine. Los misioneros que la habían concertado se disculparon de antemano, poniéndome sobre aviso que el director del programa tenía una actitud aparentemente despectiva hacia la Iglesia y que casi de seguro buscaría la forma de ridiculizarme a mí y a la Iglesia con preguntas llenas de ponzoña.

Nuevamente recordé el incidente con el presidente Moyle. y cuando el que me entrevistaba formuló su primera pregunta en cuanto al sacerdocio y quién podía, en aquella época, poseerlo y quién no, rápidamente le salí al encuentro con otra pregunta: "¿Sabe usted algo en cuanto al sacerdocio?"

Me contestó que no y así me dio la oportunidad de controlar la entrevista. "Supongo que sabrá algo en cuanto a los misioneros, ¿no es así?" le pregunté. "No mucho," fue su respuesta, y así comencé a hablarle en cuanto a los misioneros que estaban predicando el evangelio en esa ciudad y así tuve la oportunidad de instar a los escuchas a que les invitaran a sus hogares y escucharan el mensaje que esos jóvenes tenían para dar.

El tiempo de que disponía para la entrevista terminó antes de que siquiera tuviera la oportunidad de hacerme una sola pregunta en cuanto al tema que él quería tratar.

Cuando en una oportunidad viajaba con mi esposa por la Misión Sudafricana, el presidente de la rama en Salisbury, Rodesia, había hecho los arreglos para una entrevista de televisión con un individuo que tenía la fama de ser despiadado con aquellos a quienes entrevistaba en su programa. Una vez más recordé la lección del presidente Moyle: "Si no se me formulan las preguntas que yo deseo que me hagan, yo respondo a las que se me deberían hacer."

En varias ocasiones, además de las que he mencionado, logré ampararme contra circunstancias sumamente acometedoras al recordar el consejo que me fue dado por el entonces primer consejero es la Primera Presidencia de la Iglesia.

Todo aquel que es maestro y todos los alumnos, también padres e hijos, harían bien en recordar siempre este consejo. ¡Hay veces que la pregunta que no se hace, aun cuando debió hacerse, es tan importante como aquella que se hizo!

Cómo tratar preguntas difíciles

Todo maestro debe estar prevenido ante la posibilidad de tener que enfrentarse a menudo a preguntas difíciles. Frecuentemente se trata de preguntas para las que no hay una respuesta del todo satisfactoria. Un maestro no puede saberlo todo, hasta el momento, el Señor tampoco lo ha revelado todo. No obstante, cuando el maestro deba enfrentarse a preguntas de ese tipo, y sobre una variedad de temas, es imperioso que siempre tenga la sencillez de carácter para, si tal fuera el caso, reconocer y decir: "No sé." No pocas veces será ésa la única respuesta genuina que pueda dar. Si se tratara de algo que se supone que él tendría que saber, sería prudente que comentara: "Tendría que saber cómo responder esa pregunta y estoy seguro que puedo averiguar. No bien esté informado, se lo comunicaré."

Como maestros en la Iglesia, a menudo no tendremos más remedio que admitir: "No sé la respuesta a esa pregunta ni conozco a nadie que la sepa." Jamás debemos tener miedo ni avergonzarnos de así reconocerlo, puesto que no afectará a los alumnos el saber que no somos unos sabelotodos.

Hay algunas cosas que el maestro puede tener presentes y a la mano cuando surgen preguntas difíciles -y por cierto que *hay* muchas que lo son. A menudo son formuladas por personas que en realidad no tienen interés en saber, sino que simplemente desean discutir. Hay ocasiones, no obstante, en que quienes preguntan en verdad no saben ni entienden y sencillamente procuran averiguar la respuesta. En tales casos, como maestros tenemos la obligación de ayudar.

Una de tales preguntas es: ¿Por qué razón no puede la mujer poseer el sacerdocio? Teniendo en cuenta que tal vez ésta sea una pregunta a la que todo maestro deba enfrentarse a menudo, quisiera utilizarla como ejemplo para explicar la forma de tratar preguntas difíciles. Ni siquiera intentaré responder a esa pregunta en particular, sino que simplemente la emplearé para ilustrar algunos principios que se aplican a la manera de responder a otras preguntas de ésta índole. Tal vez podría contestar en términos muy breves y sencillos diciendo simplemente: Porque el Señor lo ha dispuesto de esa forma. Eso, a su vez, generaría otra pregunta: ¿Por qué? También en este caso podría responder: En lo que me es particular, no sé, simplemente puedo decir que El lo dispuso de esa forma.

Una respuesta de esa naturaleza no resulta satisfactoria ni para el antagonista ni para el que desea ganar conocimiento, por lo que debemos reconocer que no se puede contestar de esa forma, sino que hay que proporcionar más elementos de juicio.

Primeramente debemos determinar qué clase de pregunta es y qué clase no es. Serviría de ayuda si por ejemplo, pudiéramos explicar al alumno que el hecho de que la mujer no puede poseer el sacerdocio no tiene ninguna pertinencia política. Por consiguiente, no sacaríamos provecho alguno al tratar esa pregunta sobre tales bases. Tampoco es una pregunta filosófica, o y no llegaremos muy lejos si la consideramos como tal. ¿Se trata acaso de una pregunta de contornos éticos? Tal vez en parte sí, pero no totalmente. Entonces, ¿qué tipo de pregunta es? Es una pregunta doctrinal, una pregunta teológica, ya menos que podamos tratarla dentro de tales perímetros, tal vez sería mejor que ni siquiera la consideráramos.

No sólo se trata de una pregunta teológica, sino que está dentro de lo que podría denominarse como teología avanzada. No se llegará a nada productivo si se le analiza a la ligera sin considerar un cúmulo de aspectos importantes. Si no se entra a analizar elementos tales como la revelación y la autoridad, por cierto que estaremos frente a una pregunta sumamente difícil de responder.

El principio de los prerrequisitos

En la pedagogía existe un principio que podríamos titular "El principio de los prerrequisitos". Permítame ilustrar.

La mayoría de los programas educacionales requieren que se tomen cursos básicos a modo de prerrequisito antes de que uno pueda matricularse en programas avanzados. Por ejemplo, en gran parte de los programas académicos, uno no puede matricularse para tomar cursos avanzados de química sin antes completar los más básicos. No es más que aplicar sentido común. Sin los aspectos más elementales de la química, los cursos avanzados serían, si no otra cosa, un gran error. Para poder lograr un entendimiento total de las cosas, aun cuando se tratara de una mente brillante, se requeriría saber en cuanto a los elementos más fundamentales, en cuanto a átomos, moléculas, electrones, protones, en cuanto a componentes, propiedades, fórmulas, ecuaciones, densidades, soluciones y mezclas. La química constituye un campo vertical; se deben levantar cimientos antes de poder continuar hacia arriba.

Es posible que haya genios que se inscriban en un curso avanzado de química y que, sin tomar antes los fundamentos, sobrevivan y alcancen el grado más elevado. Es factible que si uno busca, pueda encontrar uno que otro caso de un alumno así de brillante, pero por lo general, no se da de ese modo. Si uno intenta lograr primero la maestría en un curso avanzado, no obtendrá otra cosa que confusión y terminará por detestar la materia y tal vez también a quien la enseñe, y hasta es posible que se sienta disgustado hacia la institución educativa que le sujeta a tan miserable realidad.

Este principio tan elemental de los prerrequisitos se aplica a todas las disciplinas y está relacionado con todos los asuntos que se puedan concebir.

Todo alumno debe aprender el valor de dominar los fundamentos. Eso es algo que todo maestro debe saber y que es muy obvio en el proceso del aprendizaje.

Si aplicamos este principio de los prerrequisitos a la muy difícil pregunta de por qué la mujer no puede recibir el sacerdocio, la enfocaremos de una manera completamente diferente. En realidad no tiene mayor sentido que procuremos responder a esa pregunta cuando proviene de alguien que no haya tomado los prerrequisitos de la fe, el arrepentimiento, bautismo por inmersión para la remisión de sus pecados y que no haya recibido el Espíritu Santo por medio de la imposición de manos. A menos que esa persona sepa algo en cuanto a la revelación y en cuanto a la autoridad, no importa qué respuesta se le dé, para nada habrá de satisfacerle.

En lo que me es particular, no me preocupa que se me haga esa pregunta en cualquier momento, pues inmediatamente me brinda la oportunidad de considerar principios fundamentales del evangelio. Nuestros misioneros tratan encomiablemente de hacer que la gente preste atención a principios y doctrinas de la Iglesia, pero muchos no tienen interés en saber en cuanto a ellos. Están dispuestos a pasar horas hablando de asuntos diferentes, siempre que no se trate de temas doctrinales. Sin

embargo, cuando alguien pregunta algo así como "¿Por qué razón no puede la mujer poseer el sacerdocio?", inmediatamente se abre la puerta para comenzar a hablar de doctrinas básicas. Consideremos un enfoque como el siguiente: "Si realmente está interesado en la respuesta a esa pregunta, hay algunas cosas que le debo explicar antes, pues de otro modo jamás podrá entender la respuesta que pueda darle. Primeramente debe saber sin dudas que Dios vive. Yo sé que El vive. (De ese modo le está dando su testimonio.) Tiene que aceptar que El revela Su voluntad a Sus profetas."

Cuando, como maestros, nos enfrentamos con preguntas difíciles, debemos tener presente el principio de los prerrequisitos, y si el que pregunta no ha pasado por el curso básico, tendremos que comenzar a enseñarle en ese mismo momento, a fin de que pueda captar las cosas fundamentales. No hay otra forma en que pueda entender la respuesta.

Cuando se nos acomete con una pregunta difícil, ya sea que se trate de la mujer y el sacerdocio, de la poligamia, o de la razón porqué no puede cualquier persona entrar a los templos o muchas otras, debemos tratar la pregunta de frente con determinación y sin dar la más mínima muestra de una posición defensiva o de que estamos tratando de escabullirnos. Jamás debemos "disculpar" la posición de la Iglesia, ni tampoco "entrar en batalla" por ella. No debemos "convertir" a la persona que, pregunte a nuestra posición, sino que debemos explicar la razón, recordando siempre las bases de los prerrequisitos. Resultará una verdadera pérdida de tiempo el intentar analizar la pregunta desde el punto de vista político, filosófico, sociológico o ético; debemos llegar a la raíz del asunto y discutir el tema desde una perspectiva teológica. Si quien formula la pregunta no quiere aceptar los prerrequisitos, no podrá obtener la respuesta. Si, por el contrario, se ajusta a ellos, la conseguirá sin problemas.

Hay otro importante asunto que debemos considerar. Es natural que un maestro desee que todos queden satisfechos y que estén de acuerdo con él. Lo cierto es que no siempre resultará de ese modo. Aun en los casos de los mejores maestros, se encontrarán personas insatisfechas y aun hasta molestas. Esto es particularmente cierto cuando nos encontramos con alguien que observa una actitud antagónica. Un maestro maduro sabrá desde el comienzo que cuando se termine la conversación, habrá alguien que quedará insatisfecho y enfadado. Por todos los medios tratemos de que no sea el maestro quien quede en ese estado. Si el alumno no ha tomado los cursos básicos ni tampoco tiene el entendimiento fundamental del que quiere extraer una respuesta, y si carece de la paciencia para que se le enseñe, de seguro que terminará insatisfecho Y enfadado. Pero el maestro jamás debe sentirse avergonzado ni insatisfecho ni molesto por el hecho de que su interlocutor se sienta perturbado.

No creo que sea desconsiderado afirmar que si un maestro se siente inquieto o irritado ante tales preguntas, es probable que deba familiarizarse con los cursos básicos. ¿Es que acaso se le pasó algo de lo fundamental? ¿No se siente seguro ante tales preguntas? Es imperioso reconocer que de rodillas es como cualquier persona puede lograr la mayor cantidad de conocimiento y tranquilidad. Si somos sinceros y amplios, si somos humildes y estamos a tono espiritualmente, no debemos temer. Si por el contrario queremos ser populares y lograr que todos estén de acuerdo con todo lo que enseñamos, eso es aspirar a algo que jamás lograremos.

El dominio de los fundamentos

Permítame ahora otra ilustración en cuanto al tema de los prerequisites. Supongamos que me enfermo en un lugar donde no hay un centro de atención médica próximo, y que la primera persona que llega en mi auxilio, aunque desprovisto de su maletín con su instrumental, es mi médico. También supongamos que su diagnóstico requiere una operación urgente, pues de otro modo mi vida correría peligro.

No creo que me negara a que este buen hombre obtuviera una vieja cuchara, le sacara filo contra una piedra, la hirviera para desinfectarla en una herrumbrosa lata, y después, con cualquier otro instrumento del que pudiera valerse, comenzara a operar. Ante tales circunstancias, creo que preferiría someterme a él que ser llevado a la sala de operaciones de un moderno hospital, provisto del equipo más avanzado, dentro de una atmósfera por demás esterilizada, Y ser operado por una persona sin la más mínima experiencia médica.

Quisiera, en tal caso, estar seguro de que quien me fuera a operar tuviera por lo menos una noción de lo que tendría que hacer una vez que me cortara y me abriera. No creo que me sentiría demasiado ansioso de que me operara mi médico si me enterara de que había salteado algunos de los cursos o materias básicos y había tomado, como parte de su formación elemental, un curso avanzado de cirugía, siendo yo uno de sus primeros pacientes.

Existe una buena razón para asegurarse de que un médico comience tomando los cursos básicos en psicología y de que transcurra bastante tiempo, de hecho años, antes de que siquiera toque un bisturí para utilizarlo en el cuerpo de cualquier ser humano. Hay mucho con lo que debe familiarizarse y aprender antes de llegar a ese punto.

Creo que éste es un ejemplo por demás ilustrativo para convencernos de la necesidad de dar a las cosas la debida prioridad, de dominar lo elemental antes de procurar un logro mayor.

Cualquiera puede formular una pregunta difícil. Cualquier persona totalmente ajena a una materia determinada puede, por ejemplo, inquirir en cuanto a análisis estadísticos antes de aprender a sumar y a restar. Si intentamos satisfacerle en tan alocado deseo, no resultará en otra cosa que en crearle una confusión aún mayor.

Lo imposible de responder

Lo más importante que como maestros podemos hacer mientras nuestros alumnos pasan por esos cursos de requisitos básicos es hacerles saber que, a pesar de que hay cosas que no podemos responder, sentimos paz interior. Particularmente no tengo el más mínimo reparo ni vergüenza en reconocer que desconozco la razón por la que el Señor ha hecho ciertas cosas.

No tengo la menor idea de por qué pesan sobre nosotros ciertas restricciones, sin embargo hay varias cosas que sí sé. Sé que jamás nos veremos librados de estas preguntas difíciles. No creo que jamás hayan dañado ni a la Iglesia ni al reino de Dios. No creo que hayamos perdido nunca a un converso honesto a causa de la posición de la Iglesia en cuanto a cualquier asunto. También sé que cuanto más arrogante, académica y egocéntrica sea una persona, tanto menos serán las probabilidades de satisfacerle con una respuesta de naturaleza espiritual.

Tuve el privilegio de servir como misionero en un área geográfica donde había muchos investigadores con avanzados títulos académicos. Muchos de ellos sentían

gran admiración por la Iglesia y tal vez hasta se hubieran unido a ella en razón de los beneficios sociales que en ella observaban, pero algunas de las preguntas difíciles de las que hemos hablado se transformaron en verdaderos obstáculos para ellos. Quienes procuraron las respuestas espiritualmente, quienes con humildad las enfocaron desde el punto de vista teológico, encontraron respuestas suficientes y llegaron a bautizarse. Hubo otros que no lo hicieron. La puerta estrecha y el camino angosto les repelieron y simplemente dieron pruebas de no estar preparados.

Lo demasiado sagrado

Confío en que estos comentarios le guíen, como maestro, a hacer frente a preguntas difíciles sin reparos ni temores. y hay una cosa más que quisiera agregar: Bien puede ser que se enfrente a circunstancias en que se le formulen preguntas para las cuales sepa la respuesta aunque no esté autorizado para responder, sencillamente porque quien la formula todavía no ha completado su curso básico. El profeta Alma declaró:

“A muchos les es concedido conocer los misterios de Dios: sin embargo, se les impone un mandamiento estricto de que no han de impartir sino de acuerdo con aquella porción de su palabra que él concede a los hijos de los hombres, conforme al cuidado y la diligencia que le rinden.

“Y, por tanto, el que endurece su corazón recibe la menor porción de la palabra: y al que no endurece su corazón le es dada la mayor parte de la palabra, hasta que le es concedido conocer los misterios de Dios al grado de conocerlos por completo.

“Y a los que endurecen sus corazones les es dada la menor porción de la palabra, hasta que nada saben concerniente a sus misterios: y entonces el diablo los lleva cautivos y los guía según su voluntad hasta la destrucción. Esto es lo que significan las cadenas del infierno.” (Alma 12:9-11.)

Todos los maestros son, por cierto, también alumnos. Así como en nuestra función de educadores nos encontramos con preguntas que son virtualmente imposibles de responder, como alumnos sabemos que hay otras que por prudencia no debemos formular.

Una de tales preguntas, la que frecuentemente se me hace, por lo general de parte de alguien simplemente curioso, es: "¿Ha visto al Señor alguna vez?" Esa es una pregunta que yo jamás le he hecho a nadie, ni siquiera a mis hermanos del Consejo de los Doce, por entender que se trata de algo tan personal y sagrado que por cierto uno tendría que contar con determinada inspiración y hasta la debida autoridad para tan siquiera preguntarla.

Aun cuando no he hecho esa pregunta a nadie, he escuchado a algunos responderla -aunque *no* cuando se les preguntó al respecto. Una vez escuché a una de las Autoridades Generales declarar: "Sé, por experiencias demasiado sagradas como para relatar, que Jesús es el Cristo." A otra escuché testificar: "Sé que Dios vive, sé que el Señor vive y lo que es más aún, conozco al Señor." Repito que han dado respuesta a esa pregunta aunque no cuando se les formuló, sino cuando se encontraron bajo la influencia del Espíritu, en ocasiones sagradas, cuando "el Espíritu da testimonio". (D. y C. 1:39.)

Hay cosas que son demasiado sagradas para comentar; no es que sean secretas, sino sagradas; que simplemente no deben ser tratadas abiertamente, sino que deben ser tratadas con la más profunda reverencia.

Existen infinidad de preguntas difíciles, inclusive algunas que no estamos en condiciones de responder, y muchas cosas deben ser aceptadas por medio de la fe. Como maestro, por tanto, no permite que ninguna pregunta complicada llegue a crearle problemas difíciles, ni a usted ni a aquellos a quienes enseña.

Somos hijos de Dios

Hay muchas iglesias que enseñan una doctrina en la que el hombre es básicamente maligno; se considera que éste es mundano, carnal y diabólico, concebido en el pecado y poseído por una tendencia natural hacia la maldad. Tal doctrina mantiene que la naturaleza corrupta y maligna del hombre debe ser conquistada, destacando la magra esperanza de que mediante una extensión de gracia el hombre pueda, en determinada oportunidad, ser liberado de su condición maléfica, carnal y evilecida.

Esta es una doctrina falsa. Yo no podría aceptada como verdadera y seguir siendo un buen maestro. No sólo afirma que la doctrina es falsa, sino que es, además, muy destructiva. Si la aceptáramos, la responsabilidad de un maestro de disciplinar a su clase o de los padres de hacerla con sus hijos llegaría a ser, en verdad, una tarea casi sin esperanzas.

Bondad en lugar de maldad

Cuán glorioso es tener la palabra revelada de Dios y saber que podemos mantener con El una relación de hijos a Padre. Si en realidad pertenecemos a Su familia, hemos heredado la tendencia hacia la bondad y no hacia la maldad. En verdad somos hijos e hijas de Dios.

Del mismo modo que la palabra *Dios* puede ser sinónimo de bondad, o de todo lo bueno que pueda existir, la palabra *diablo* es sinónimo de todo lo maligno. El mensaje principal de toda revelación es el hecho de que Dios es nuestro Padre, por lo cual nosotros somos, en realidad, inherentemente buenos.

Para un maestro es fundamental comprender que la gente es básicamente buena con una tendencia constante a hacer lo bueno. Un pensamiento tan enaltecido inspira la fe y establece la real diferencia cuando nos confrontamos con nuestros propios hijos o ante una clase de jóvenes, para enseñarles.

Soy perfectamente consciente del hecho de que en el mundo existen personas cuyos motivos básicos parecerían ser totalmente negativos, contraproducentes y malignos. Sé que todo esto existe, pero también sé que existe en contra de su naturaleza. Si pretendemos ser buenos maestros, debemos recordar constantemente el hecho de que como tales estamos tratando con hijos de Dios, y que cada uno de ellos es Su descendiente y cuenta con el potencial de llegar a ser como El es. Es alentador para todo maestro el siempre tener presente la declaración: "Como el hombre es, Dios una vez fue, y como Dios es, el hombre puede llegar a ser." Este ideal fue hermosamente expresado en forma de verso por Lorenzo Snow en su poema intitulado "Querido hermano", escrito en enero de 1892, parte del cual quisiera citar:

Abraham, Isaac, Jacob, profetas fueron,
Pero de niños a hombres y luego a dioses crecieron.
Un día fue Dios como el hombre hoy es;
Un día cual Dios puede el hombre ser
¡He ahí destino del hombre al nacer!

El hijo maduro que al padre asemeja
No menosprecia la naturaleza.
Alcanza su propio progreso al crecer,
Que dicta que el hijo patriarca ha de ser.

Cual hijo de Dios, a ser dios aspirar
No roba al Divino su divinidad;
Pues quien se aferra a fe tan sublime
Purifica su ser del pecado que oprime.

Soy consciente de los versículos de las Escrituras que hablan acerca de la condición caída del hombre. Sé también que algunos versículos describen lo depravado que el hombre es. Sin embargo, al considerar la revelación en su totalidad, esa idea es balanceada y rebasada en su importancia por el constante mensaje de que la palabra *padre* en las Escrituras significa, en realidad, *padre*.

La chispa divina

Hace años tomé la determinación de que si habría de ser un maestro, sería fundamental que desarrollara una creencia en la bondad del ser humano como filosofía de vida. El día que tomé esa decisión, las cosas comenzaron a cambiar rápidamente. De ahí en adelante siempre encontré esperanzas para todo, sin importar cuán difíciles, rebeldes o malvadas parecieran ser otras personas. Desde entonces supe que, a pesar de todo, en algún lugar recóndito de tal persona existía la chispa divina a la cual podíamos siempre apelar.

Ese amor y respeto básicos son esenciales para los maestros. Esto es fundamental para el padre que considera a sus hijos, para el maestro que considera a su clase. A pesar de que muchas veces es difícil mantener tal creencia, aún así es verdadera. Una cualidad fundamental de la buena disciplina la constituye la habilidad de amar a quienes se habrá de enseñar, y mantener el deseo de servirles.

Repito que soy un convencido de que la tendencía de la familia humana es hacia la bondad y a hacer lo que es justo. Creo que el deseo del hombre es el de poseer las virtudes más nobles. Dadas las oportunidades, hombres, mujeres y niños cuentan con la disposición de hacer lo que deben. Más aún, el deseo de aprender es algo natural en el hombre.

Se necesita investigar mucho y a menudo tener una gran generosidad para reconocer todo lo bueno que hay en los alumnos. Aún así, tal investigación habrá de ser recompensada, y para ilustrar lo que estoy diciendo quisiera relatarles dos experiencias.

Cuando yo enseñaba en el programa de seminarios, frecuentemente oía el nombre de un jovencito que era el terror de los profesores. Por algún motivo, nunca le había visto.

"Usted jamás podrá considerarse un verdadero maestro hasta que le haya tenido en su clase", era la voz que se corría.

Un día durante el cuarto período de clases, la puerta se abrió repentinamente y entró un joven de aproximadamente 1 metro 75 de estatura, robusto, calzando grandes y pesados zapatos. Con grandes zancadas y mucho ruido se aproximó hasta donde yo me encontraba, al lado del pizarrón, entregándome una papeleta de admisión a mi clase. En lo que al principio consideré que se trataba tan sólo de una mímica de tartamudeo me dijo: "Yo soy K-K-K-K-Kenneth".

En realidad no hubiera necesitado decirme su nombre, pues tras su segundo paso en el salón de clases yo ya sabía de quién se trataba. Su reputación precedía de tal forma que me hizo pensar: "¿Qué hice para merecer esto?"

Quisiera poder contar con lujo de detalles todo lo que sucedió en los meses posteriores. Eso en sí mismo sería sin duda la base para escribir un libro aparte.

Kenneth provenía de un hogar de padres divorciados; padecía un serio impedimento de dicción. Se trataba de un muchacho a quien le gustaba llamar la atención, interrumpiendo y creando problemas de los más serios. Era en realidad un comediante nato, algo así como un payaso, siendo admirado y prácticamente aborrecido al mismo tiempo por sus compañeros.

Constantemente apelaba a mi convicción de que en algún lugar, en lo más profundo de este joven, había una verdadera disposición para aprender.

Uno o dos meses más tarde, durante una conversación que mantuvimos después de clases, comprendí repentinamente que no había tartamudeado. Había hablado conmigo sin ningún tipo de vacilaciones, y cuando se lo mencioné me dijo: "En realidad, yo no tartamudeaba. Con algunas personas puedo hablar sin hacerlo, pero cuando me paro en frente de la clase y trato de decir algo, es como si alguien me pusiera un collar de acero alrededor del cuello. Cuantos más esfuerzos hago para hablar bien, tanto más se aprieta el collar."

Algunos meses más tarde, un viernes, me llamó por teléfono a casa. Esa noche iba a haber un baile después del partido de basquetbol y me llamaba para preguntarme cómo tendría que ir vestido. "¿Está bien si llevo un suéter?" Fue una pregunta trivial y no tuve ningún problema en contestarla. Lo que jamás habré de olvidar es cómo me sentí después de esa conversación cuando comprendí la confianza que él había depositado en mí, su maestro, al llamarme para hacerme una pregunta de esa naturaleza.

Recordemos siempre que una parte fundamental de la disciplina es el saber, comprender y aceptar el hecho de que todos los hombres son básicamente buenos; de que somos descendientes de padres divinos; de que todos los hombres somos lo suficientemente instruidos como para diferenciar lo bueno de lo malo; de que existe en realidad esperanza para todos.

Una lección aprendida

La segunda experiencia de ese tipo tuvo lugar durante mi primer año como maestro. Había en mi clase una adolescente que mucho me perturbaba con una actitud aparentemente insolente. No participaba en las lecciones y vivía molestando al resto de la clase. En una ocasión, le pedí que contestara una pregunta muy sencilla. Con insolencia me contestó: "No tengo ganas de contestar".

Insistí en que respondiera, pero con mayor insolencia aún ella rehusó. Entonces hice un comentario algo tonto, expresando el concepto de que los alumnos que no estaban dispuestos a contestar en clase, no deberían recibir grados por esa clase. Y para mí dije: "Ahora, te ajustas a las normas o te vas a arrepentir."

Unas pocas semanas más tarde, durante una sesión de entrevistas entre padres y maestros, su madre la describió como una joven vergonzosa y retraída, inhibida para participar en grupos. El hecho de que fuera retraída e inhibida no me había perturbado, sino su insolencia.

Afortunadamente, antes de que yo describiera esta actitud a la madre, ella me dijo: "Todo es por su impedimento de dicción."

Sorprendido, le pregunté de qué se trataba, a lo que me respondió: "¿Pero no se dio usted cuenta?" ¡Yo no me había dado cuenta! "Ella es capaz de hacer cualquier cosa para no participar en grupos", me dijo la madre. "Su impedimento de dicción es terriblemente vergonzoso para ella."

Después de la reunión que tuve con la madre me sentí a la altura de un felpudo. En realidad yo tendría que haber comprendido que sin duda debía haber un motivo que justificara su conducta. El resto del año lo dediqué a hacer valer mi arrepentimiento. Tuve varias conversaciones con la jovencita y le ayudé a expresarse. "Juntos vamos a lograr que puedas vencer este problema", le dije.

Antes de fin de año ella ya contestaba en clase y a menudo participaba, con la ayuda y cooperación de sus compañeros. En muchas ocasiones en que tuvo que ponerse de pie y expresarse delante de la clase, lo hizo con total éxito. Todavía me siento avergonzado por la forma en que encaré su situación al principio, pero mucho fue lo que aprendí de la experiencia y me alegro de que haya sucedido. Creo que al fin de cuentas ella salió ganando y yo terminé siendo un mejor maestro .

Algo totalmente fundamental para la disciplina de cualquier niño, clase u organización, algo fundamental para el éxito de cualquier maestro, es el conocimiento de que cada uno a quien él enseña es un hijo de Dios. Un concepto básico para la enseñanza del evangelio lo constituye la convicción de que los hombres son, en realidad, fundamentalmente buenos.

Un incidente que tuvo lugar en la época de los pioneros mormones ilustra el éxito en la búsqueda de la bondad en la juventud de la Iglesia

Fuera de lugar

En las épocas de los pioneros mormones, era bastante común el disponer de un vigía especial, que, bajo la dirección del obispo, se encargaba de mantener el orden y la buena conducta entre los jóvenes.

Un domingo por la tarde, después de la reunión sacramental, el guarda del barrio de la pequeña población de Corinne en el norte de Utah se acercó a un calecín cargado de adolescentes que demostraban una actitud en cierto modo sospechosa. Como su responsabilidad era la de vigilar a los jóvenes, trató, de una manera sutil, de averiguar lo que estaba sucediendo.

Se las ingenió para esconderse detrás de un árbol que estaba lo suficientemente cerca del calecín en el preciso momento en que salía la luna. Tenía que tener mucho

cuidado de no ser visto por los jóvenes, pero fácilmente podía escuchar la conversación que tenía lugar entre los muchachos.

Más adelante, al informarle al obispo acerca del incidente, le dijo lo que había pasado. Los jóvenes habían estado contando algunos cuentos, se habían reído mucho y habían tenido las típicas conversaciones de los adolescentes. Dijo que habían cantado varias canciones después de lo cual el obispo le interrumpió para preguntarle: "¿Bueno, pero, hubo en la situación algo fuera de lugar?" A lo que el guarda del barrio contestó: "¡Sí! ¡Yo, parado detrás de ese bendito árbol!"

El concepto de los indios navajos

En nuestra forma de hablar cotidiana, muy a menudo podemos referirnos a un niño, diciendo que se trata de alguien malo. En la cultura de los indios navajos, en los Estados Unidos, no existe el concepto de niños o niñas que sean malos. Existen cosas que son malas y también malas acciones, pero los indios navajos no dicen "al referirse a un niño, que es malo. En cambio dicen: "Lo que has hecho es algo malo." El concepto de estos indios es que "es una lástima que un buen niño como tú haya hecho algo malo".

Entre los navajo, la relación que existe entre los adultos y los niños se diferencia muy poco de la relación existente entre los adultos en sí. Los mayores honran las decisiones que toman los niños y existen pocas dificultades para controlarles, lo cual desarrolla la confianza de los menores. A los niños se les responsabiliza por los rebaños de ovejas y cabras, y siendo muy jovencitos todavía, desarrollan una relación sumamente responsable para con sus padres.

Confiaré en todos

Hace algunos años dediqué algo de tiempo para estudiarme a mí mismo. y encontré motivos para no estar muy conforme con los resultados. Uno de los más importantes era el hecho de que sospechaba de todos quienes me rodeaban. Cuando conocía a alguien, pensaba: "¿Qué se traerá este entre manos? ¿Cuáles serán sus intenciones?" Esto se debió al hecho de que alguien en quien yo confiaba había abusado de esa confianza. Como consecuencia de ello, había crecido dentro de mí el cinismo y la amargura. Pero tomé la firme determinación de cambiar y de comenzar a confiar en todas las personas, Desde entonces traté siempre de ajustarme a esa norma de conducta y considero que si alguien no es digno de confianza, es su responsabilidad el demostrarlo y no la mía la de averiguarlo.

Categoría A - Número 1

Tanto los alumnos como nuestros propios hijos se elevarán hasta llegar a la altura de lo que nosotros esperamos de ellos. Cuando yo era maestro, siempre dedicaba el primer día de clases para presentar un mensaje muy particular. Lo mismo hice con cada nuevo grupo de misioneros que llegaba a la misión, del mismo modo que siempre

traté de hacer comprender ese concepto a todos los que me rodeaban. Se trata de un mensaje de confianza. El discurso decía más o menos lo siguiente:

Doy por descontado el hecho de que ustedes son personas maduras. Considero que tienen también la edad suficiente como para aprender y que cuentan con el sentido común como para desear hacerlo. En este momento tal vez no sepa quiénes son ustedes, dónde han estado o lo que han hecho. La mayoría de eso, dependiendo de ustedes mismos, en realidad no habrá de importar. Desde el principio los considero y los acepto tal como son y estampo sobre ustedes la "Categoría A, número 1". Ustedes podrán demostrar que son menos que eso, pero ése es un esfuerzo que tendrán que hacer en forma individual. A mí me costará mucho creerlo, y si hubiera algo en su carácter de lo que ustedes mismos no gustaran, éste es el momento preciso para cambiarlo. Si en el pasado de cada uno hubiera algo que los rebajara espiritualmente, éste es el momento preciso para elevarse por encima de ello.

He podido comprobar que salvo en algunos pocos casos, la reacción ha sido que los alumnos siempre quieren elevarse por encima de sí mismos. Esto cuenta con un efecto sumamente estabilizador. Ayuda enormemente con el problema de la disciplina y crea un medio ambiente donde la enseñanza puede efectuarse sin problemas.

Al comenzar yo una nueva relación con cualquiera, ya sea que se trate de alumnos, misioneros o con cualquier otra persona, incluyendo a mis supervisados, lo hago sobre el fundamento de la confianza. Desde que aplico tal práctica, me siento mucho más feliz. Claro que ha habido momentos en los que me he sentido decepcionado en las pocas veces que se abusó de la confianza que yo deposité. Pero en realidad no me importa. ¿Quién soy yo para que no abusen de mí? ¿Por qué habría de considerarme yo por encima de esa posibilidad? Si ese es el precio que debo pagar para extender mi confianza a todas las personas, feliz me siento de tener que pagarlo.

También llegué a sentir mucho menos temor del que sentía antes de que esa posibilidad pudiera ocurrir. Claro que hay veces en que resulta doloroso el ser engañado o cuando alguien abusa de la confianza que en esa persona se deposita. Pero ese tipo de dolor no es insufrible ya que es tan sólo dolor, y no una agonía insoportable. La única agonía difícil de sobrellevar es la que siento cuando descubro que sin intención abusé de la confianza que alguien había depositado en mí. Eso es una tortura que trataré de *evitar* a toda costa.

Un ejercicio de confianza

En una oportunidad cuando me encontraba enseñando en el programa de seminarios, marqué una tarjeta de calificaciones con una "B", que en la escala del 1 al 10, siendo 10 la calificación más alta, estaría ubicada en el número 8. Aun así, se trataba de la calificación más alta de toda la tarjeta de ese alumno. Las otras eran bastante bajas. Cuando entregué la tarjeta, el jovencito la estudió cuidadosamente por espacio de algunos minutos y después vino hasta donde yo me encontraba y, con cierta vacilación, me dijo: "Hermano Packer, creo que usted cometió un error. Me entregó una calificación que corresponde a otra persona."

Miré al joven con cierta compasión y le dije: "No, no creo haberme equivocado." El me mostró su tarjeta y yo le dije: "Sí, ésa es la calificación que te asigné." Me miró con un gesto de confusión, y agregó: "Si hay un error, es una equivocación de tiempo. Tal

vez te haya dado esa nota un poco antes de que hayas ganado, pero no creo que se trate de un error."

Cuando llegó el momento del siguiente período de evaluación, le di una calificación más alta, calculando sus pruebas escritas y midiendo su participación en clase al igual que las de todos sus compañeros. Con el paso del tiempo, me di cuenta de que sus otras calificaciones en la tarjeta también comenzaron a subir.

En mi experiencia puedo asegurar que cuando enfocamos en forma positiva a quienes enseñamos, ya sea que se trate de niños, alumnos o personas a quienes supervisemos, ellos habrán de responder en la misma medida. Muchos que al principio tal vez no sean dignos de tal confianza pronto pasarán a ganarla. Esto les brinda la oportunidad de tener algo que lograr, y lo merecen, porque son hijos de Dios.

El maestro es un "educando"

Cuando enseñamos principios morales y espirituales, es elemental que comprendamos que los jóvenes tienen un sentido de valores bien desarrollado, lo que les posibilita distinguir entre lo bueno y lo malo. Hay muchas cosas que saben simplemente porque las saben y es importante que los maestros, incluyendo a los padres, estudien a aquellos a quienes enseñan. Los jóvenes tienen pautas bien definidas en cuanto a lo que es justo y a lo que no lo es. Tan bien definidas las tienen que hay veces en que las exageran.

Es sumamente importante que comprendamos a quiénes estamos enseñando. Tengamos presente que provienen de un estado preexistente y aun cuando hay mucho que no se puede recordar, son poseedores de un gran caudal de madurez espiritual.

La siguiente declaración hecha por el presidente J. Reuben Clark, hijo, es de suma importancia para todo maestro:

"Nuestros jóvenes espiritualmente no son niños, y están bien encaminados hacia la madurez espiritual normal del mundo. Una vez más declaro que raramente se encontrarán con un joven de los que ustedes enseñan en sus clases que no haya experimentado o que no haya comprobado la eficacia de la oración, o que no haya sido testigo del poder de la fe para sanar enfermos, o que no haya presenciado magníficas realizaciones espirituales, con respecto a las cuales la mayor parte del mundo es totalmente ignorante. No tenemos necesidad de susurrar religión a los oídos de nuestra espiritualmente experimentada juventud; podemos hablar con la más absoluta claridad, cara a cara, y establecer una buena comunicación. No se necesita disfrazar las verdades de la religión con un manto de cosas mundanas, sino que estas verdades pueden ser planteadas abiertamente, en su esencia más natural. Indudablemente descubrirán que estas verdades no atemorizan a los jóvenes más de lo que los atemorizan a ustedes mismos. No hay necesidad de tantear el terreno, ni de sobreproteger, ni de poner en práctica ninguna de esas otras estrategias infantiles que a menudo se emplean para llegar a aquellos carentes de experiencia espiritual, a quienes están al borde de la muerte espiritual." ("The Charted Course of the Church in Education," págs. 8-9. Este artículo aparece en el apéndice de esta obra.)

La sapiencia de los niños

Bastante a menudo no le otorgamos a la madurez espiritual de los niños el mérito que merece, particularmente cuando se trata de niños pequeños. Hay cosas que ellos conocen que no es necesario que se las enseñen; las saben de por sí.

Les daré un ejemplo. Durante la infancia y parte de la adolescencia de nuestros hijos, vivimos en una zona rural en donde podíamos tener siempre alrededor de la casa algunos animales y aves, y esto lo hacíamos por varias e importantes razones. Una de ellas es que eso nos imponía una multitud de responsabilidades que no podíamos postergar y que debíamos atender al menos una vez al día. De allí que nuestros hijos aprendieron el valor del trabajo y el concepto de la responsabilidad.

En una oportunidad una gallina había escondido un nido en el establo, el que fue descubierto por nuestra hijita. Cuando los polluelos comenzaron a salir del cascarón se les escuchaba piar. Nuestra hija deseaba tomarlos en sus manitas pero fue confrontada por una gallina sumamente decidida a proteger a sus crías. Cuando esa noche llegué a casa, la pequeña salió a mi encuentro toda entusiasmada por lo que había descubierto, rogándome que le dejara acariciar a los polluelos por un momento. No resultó tarea fácil el hacer que la gallina colaborara, pero finalmente me las ingenié para tomar unos cuantos. Había algunos negros, otros blancos, otros manchados, otros rayados, y cuando los niños se nos acercaron para mirar llenos de asombro, dejé que mi hijita tomara uno de ellos en sus manos.

"Seguramente que será un hermoso perro guardián cuando crezca, ¿no lo crees?" le dije. Arrugando su naricita y con un gesto de extrañada se me quedó mirando, resultando obvio que no creía lo que le había dicho, por lo que rápidamente me corregí y le dije: "Cuando crezca no va a ser un perro, ¿no es así?" Al responder con un movimiento negativo de cabeza, le dije: "Va a ser un precioso caballo, ¿no crees?" Me miró dando a entender que yo sabía muy poco de esas cosas. Ella sí sabía y estoy seguro que se preguntaba la razón por la que yo no comprendía que un polluelo jamás llegaría a ser ni un perro ni un caballo, ni siquiera un elefante ni un pavo, sino que crecería hasta llegar a ser un gallo o una gallina, puesto que seguiría el molde establecido por su especie.

¿Cómo es que una niña de cuatro años de edad podía comprender estas cosas? Se trata de algo que nunca le habíamos enseñado. La respuesta es que lo sabía del mismo modo que los niños saben muchas otras cosas. Hay lecciones de la vida que los niños saben y entienden sin que nadie se las enseñe.

Resulta fácil, pues, explicar que cuando logremos nuestro máximo desarrollo en las siguientes fases de la eternidad, llegaremos a ser dioses. También nosotros seguiremos el molde de nuestros predecesores celestiales. Dios nos ha creado y espera que al dirigirnos a El le llamemos "Padre".

Siempre me ha fascinado el hecho de que los niños pequeños saben lo que son los sueños. Resulta imposible mostrar un sueño y por demás difícil definir uno, pero en realidad no es necesario hacerlo ya que los niños parecen saber.

Hay un versículo de las Escrituras que resulta sumamente importante que todo maestro entienda: "y los hombres son suficientemente instruidos para discernir el bien del mal". (2 Nefi 2:5.)

Tanto padres como educadores deben saber que los jovencitos pueden discernir entre lo que es correcto y lo que no lo es. Es posible que tal conocimiento se vea distorsionado o pervertido o hasta desmoronado debido a experiencias desafortunadas de la vida, pero por medio de la intuición, como parte de la capacidad espiritual innata en todos los humanos, existe un conocimiento cierto de lo bueno y lo malo.

Este conocimiento me da grandes esperanzas, puesto que ayuda a saber que todo hijo de Dios, por más que se haya descarriado, por más degenerado que parezca ser, tiene en algún rincón de su ser esa chispa de divinidad, la que le dota de la sensibilidad necesaria para determinar lo que está bien y lo que está mal.

Es imperioso que todo maestro comprenda que muy poco es lo que se podrá enseñar, muy poco lo que se aprenderá, a menos que exista una relación personal entre él y cada uno de los alumnos. Emerson, en su estudio sobre las leyes espirituales declaró: "No se puede afirmar que se ha enseñado nada hasta que no se coloque al

discípulo al mismo nivel en que se encuentra el educador. Lo que ocurre podría describirse como una transfusión: él es usted, y usted es él. Esa es la clave de la enseñanza aplicada, y jamás habrá nada que pueda destruir ese beneficio".

Es natural que el maestro se inquiete y pregunte: "¿Cómo puede existir una relación personal si tengo treinta alumnos en mi clase?" En tal caso, el maestro debe desarrollar treinta relaciones personales. Esa relación personal puede existir en la mente. Uno puede crearla, mantenerla y alimentarla sin llegar a perderla, lo cual muchas veces se logra mediante un esfuerzo consciente. Los alumnos pueden comprender cuando esa relación existe. Ello equivale a aprender de memoria treinta nombres, a averiguar treinta antecedentes, a dar participación en clase a treinta alumnos, a dar treinta palabras de estímulo, y cada una de esas cosas en forma personal.

El terror de febrero

Durante seis años, el élder A. Theodore Tuttle y yo supervisamos el programa de seminarios bajo la dirección de William E. Berrett, quien era el administrador. Llevábamos a cabo convenciones en distintas áreas de la Iglesia, reuniéndonos con maestros de seminario y presidentes de estaca. Tras un par de años descubrimos algo sumamente interesante en cuanto al mes de febrero. Concertábamos, por ejemplo, una convención para Phoenix, Arizona, durante el mes de febrero, y por allí nos enterábamos de algún maestro en alguna ciudad de Idaho o de Utah que se encontraba en serios problemas y requería la presencia de uno de nosotros. Este fenómeno tenía lugar con tanta frecuencia en esa época del año que finalmente decidimos no programar convenciones para el periodo que va desde mediados de enero hasta mediados de marzo. Esa era la época del año en que se registraba la mayor cantidad de problemas disciplinarios.

No resultó difícil llegar a la raíz del asunto, y el hallazgo es útil tanto para padres como para maestros. Las clases comienzan en el otoño, que en los Estados Unidos llega en septiembre. Al principio del año escolar, se percibe cierto clima de entusiasmo e interés entre los jóvenes. Las actividades deportivas y muchas otras se extienden hasta la temporada navideña. Las celebraciones de Navidad y Año Nuevo se ven colmadas de bullicio, pero cuando éstas quedan atrás, los deberes escolares caen en una copiosa rutina que se prolonga casi hasta la llegada de la primavera y el fin de cursos. Los días son cortos, las noches son largas y a menudo el tiempo es frío e inhóspito. Si se puede decir que hay una época en el año en que uno entra en una especie de letargo anímico, ésta es la ideal.

En nuestras convenciones anteriores a la iniciación del año escolar, comenzamos a prevenir a los maestros en cuanto a los problemas relacionados con el mes de febrero. Les aconsejamos programar su calendario de forma tal que pudieran contar con actividades atractivas y con los temas más interesantes para enseñar durante enero y febrero. Si se pone a un maestro (o un padre) de sobre aviso, podrá prepararse y motivar a los jóvenes a fin de compensar por todos los aspectos tediosos de esa época del año.

He llegado a la conclusión de que éste es un fenómeno que vale la pena tener presente, no sólo en el caso de los maestros, sino en todos los demás. Si usted advierte que en ese período del año se deprime con más facilidad que en otros, no se obsesione pensándolo que se está volviendo loco.

En el caso de los misioneros, es también importante tener esto en cuenta. No fueron pocas las veces que en una entrevista un misionero me haya dicho: "No me va muy bien. Estoy deprimido y desanimado". A menos que hubiera una razón particular para que se sintiera así, mi respuesta era la siguiente: "Bueno, me alegro de que así sea. Por lo menos ahora sabemos que usted es una persona normal. Trate de disfrutar lo que siente porque no creo que le dure por mucho tiempo. Estoy seguro de que el primer día de sol traerá la solución para su problema."

Por medio de las enseñanzas del Libro de Mormón sabemos que debe haber oposición en todas las cosas.

"Porque es preciso que haya una oposición en todas las cosas. Pues de otro modo, mi primer hijo nacido en el desierto, no se podría llevar a efecto la justicia ni la iniquidad, ni tampoco la santidad ni la miseria, ni el bien ni el mal." (2 Nefi: 2:11.)

Nos será de gran ayuda el saber que hay cierto elemento saludable en sentirnos deprimidos de tanto en tanto. No hay nada de malo en programarnos un día de frustración y depresión de vez en cuando, tan sólo para que nos sirva de contraste.

"Echas de menos a tu caballo, ¿no es cierto?"

Poco después "de haber sido llamado como Ayudante al Consejo de los Doce, integré el Comité Misional de la Iglesia y trabajé en el Departamento Misional. En una ocasión recibí una llamada telefónica de un presidente de misión en Nueva York, quien nos informó que uno de sus misioneros se había escapado y había tomado un autobús con rumbo hacia el oeste, sin duda en dirección a su hogar en Idaho.

El presidente comentó que el misionero no se sentía atraído por la obra misional. No había nada que le viniera bien en sus deberes. Había comenzado la obra misional en el mes de septiembre y había más o menos disfrutado como misionero hasta principios de la primavera (la cual en los Estados Unidos comienza a fines de marzo), pero después ya no aguantó más, por lo que simplemente decidió terminar con todo y regresar a su casa. El presidente de la misión le había aconsejado que no lo hiciera. pero no hubo nada que pudiera hacerle cambiar su manera de pensar.

Tras un par de averiguaciones. llegamos a la conclusión de que el autobús haría una parada en Salt Lake City, así que interceptamos al misionero en la estación y le llevamos a la oficina para conversar con él. Hablamos de su vida y de sus actividades y no llevó mucho tiempo averiguar la verdadera causa del problema. Por fin le pregunté: "Echas de menos a tu caballo, ¿no es cierto?"

Los ojos se le llenaron de lágrimas y me dijo: "Usted se reirá de mí; le parecerá que es una niñería."

"No, hijo, no me reiré, pues no creo que sea una niñería", le dije. "Créeme que te entiendo. ¿Me equivoco al suponer que este caballo que frecuentemente has mencionado en nuestra conversación era el centro mismo de tu vida? ¡No es acaso cierto que después de la escuela corrías a casa a cambiarte de ropa y de inmediato te ibas al corral a entrenar a tu caballo? Fueron momentos muy especiales para ti, ¿no es así? Y ¿no es también cierto que había algo particular en esos primeros días de la primavera que hacían mucho más fascinante aún el regresar a casa de la escuela para entrenar a tu hermoso animal antes de la caída del sol? ¿No es cierto que cuando

mermaba el trabajo misional, había días que te llenaban de nostalgia? Por último no aguantaste más y para ti no quedaba otra solución que regresar."

Entonces se dio cuenta de que yo le entendía. Tras una larga conversación fuimos a almorzar. y luego lo llevé hasta el aeropuerto a fin de que pudiera tomar el avión de regreso al campo misional. Ese entendimiento que había ganado de si mismo le habría de permitir. sin duda alguna, terminar su misión.

Conózcase a usted mismo

Si desea conocer a sus alumnos, aprenda lo más que pueda sobre usted mismo, A medida que vaya comprendiendo sus propias reacciones, sentimientos y sensibilidades, mucho será lo que aprenderá con respecto a sus alumnos, Alguien lo explicó de una forma mucho más clara y más poética: "Entra en tu pecho y pídele a tu corazón que te diga lo que sabe". Si nos aventuramos a averiguar tales cosas, llegaremos a entender muchísimo en cuanto a nuestros alumnos. Cuanto más sepamos de nosotros mismos, más y mejor podremos entenderlos a ellos.

Fue precisamente a este asunto al que se refirió el presidente Brigham Young en uno de sus discursos más memorables:

"La lección más grande que podréis aprender es la de conoceros a vosotros mismos. Cuando llegamos a conocernos, conocemos a nuestro prójimo. Cuando sabemos sin dudas cómo tratar con nosotros mismos, sabremos cómo tratar con nuestros semejantes. Esto es lo que vinimos a aprender aquí, y es algo que no se puede aprender inmediatamente, ni tampoco nos lo puede enseñar toda la filosofía de las épocas. Uno tiene que venir a este lugar para recibir una experiencia práctica y para aprender acerca de sí mismo. Entonces, comenzarán a conocer más perfectamente las cosas de Dios, pues nadie puede conocerse a sí mismo sin tener un entendimiento más o menos amplio de las cosas de Dios. Tampoco puede nadie aprender ni entender las cosas de Dios sin conocerse a sí mismo; tiene que conocerse a si mismo, pues de otro modo jamás conocerá a Dios." (*Discourses of Brigham Young*, selección de John A. Widtsoe, Deseret Book Company, 1946, pág. 269.)

Conozca a sus alumnos

Maestro, uno de estos días dé a su clase la asignación de llenar formularios o de leer o redactar un texto sobre determinada materia, y entonces párese frente a la clase y estudie intensamente a cada joven por algunos minutos. El buen maestro estudiará la lección. El maestro que es sobresaliente también estudiará a sus alumnos, y lo hará seria e intensamente.

De esta experiencia pueden surgir dos cosas: Primero, si usted observa a sus alumnos y se pregunta la razón por la que piensan, actúan y sienten de la manera que lo hacen, podrá aprender muchas, muchísimas cosas y como resultado de ello, estará mucho mejor preparado para ayudarles. En segundo lugar, al estudiar detenidamente sus rasgos y expresiones, tal vez se despierte en su corazón una cálida sensación de compasión cristiana, la cual invade muy rara vez aun hasta al más devoto de los maestros. El sentimiento es como una inspiración; es un sentimiento de amor, y ese

amor le impulsará a hacer un buen trabajo en la obra del Señor: apacentando Sus corderos.

El ego

Quisiera exponer un aspecto relacionado con la psicología y luego emplearlo para hacer una comparación, la cual, dicho sea de paso, constituye un principio sumamente respetable de la pedagogía. Aun cuando no consideremos detalladamente el principio de transferir conceptos aprendidos, resulta importante aceptarlo como parte integral del proceso del aprendizaje.

Mediante esa transferencia de conceptos, la experiencia que hayamos logrado en un campo dado de la educación puede ser transferida y ser de gran valor para otro campo. Algo que un joven haya aprendido al trabajar en una granja, por ejemplo, podría servirle en el futuro para desempeñar un puesto ejecutivo en una corporación. Ciertos conceptos que un hombre aprende trabajando como repartidor de correspondencia pueden servirle cuando enseña en la Escuela Dominical. Del mismo modo, todo lo que les enseñamos a los miembros de la Iglesia en la Escuela Dominical, en los quórumes del sacerdocio en las reuniones sacramentales, en las conferencias y en actividades sociales, pueden y deben tener aplicación en la vida diaria.

En este caso, simplemente deseo referirme al cuerpo físico, el cual es tangible y visible, para luego establecer una analogía con la parte invisible de nuestro ser, a fin de efectuar entonces una importante comparación.

En el cuerpo contamos con glándulas de las llamadas endocrinas, las que regulan e integran el cuerpo por medio de un proceso químico. El cerebro, por otra parte, regula e integra el cuerpo por medio del sistema nervioso. La secreción de las glándulas endocrinas estimulan o reprimen; sirven tanto para activar como para retardar las funciones de varias partes del organismo, según la forma en que éste reaccione ante las circunstancias que le rodean. Estas glándulas por demás vitales pueden ser tan importantes como el mismo sistema nervioso en lo relacionado con la conducta y proceder del ser humano.

Las hormonas producidas por las glándulas gobiernan el desarrollo y la acción del cuerpo en muchas maneras. Determinan el proceso de crecimiento y el desarrollo de la persona. Si se le alteran de alguna forma, los resultados pueden ser perjudiciales, a menudo permanentes. Algunos de los factores que pueden verse afectados son tan esenciales para la vida que una persona no podría vivir por mucho tiempo si careciera completamente de ellos. Las hormonas del páncreas y de la paratiroides, por ejemplo, son vitales para la preservación de la vida.

A pesar de conocer mucho en cuanto a las glándulas y a los órganos del cuerpo y sobre la forma en que partes están relacionadas, debemos admitir que todavía hay mucho que no conocemos.

En el aspecto emocional hay también controles e influencias que pueden estimular o reprimir la conducta emocional y espiritual de una persona. Estas "glándulas" invisibles, si están enfermas, pueden provocar pronunciados desniveles, tanto en la conducta como en el desarrollo. En este rincón de nuestro ser que no es físico existen cosas que son de tanta influencia como los efectos que las glándulas endocrinas tienen sobre el organismo.

En alguna parte de nuestro interior invisible existe un centro de influencia. La palabra que puede describirlo con mayor precisión es *ego*. Entre las descripciones que el diccionario da de la palabra *ego*, se encuentra *autoestima*.

El ego tiene un maravilloso efecto en esa parte nuestra que no es física y también un aparente efecto en nuestro bienestar físico.

Si tuviera que hacer una ilustración gráfica de lo que es el ego -saludable y normal- le dibujaría similar a un pequeño globo redondo.

El ego se puede desinflar como resultado de una acción o expresión, con simples palabras, y aun con una mirada.

Los epítetos y declaraciones que mejor efecto surten cuando se intenta herir el ego son algunos de los siguientes: "Estúpido, ¿no hay nada que puedas hacer bien?" "Está mal otra vez." "¿Cuándo vas a tener un poco de sentido común?" "Déjate de tonterías." Y estoy seguro de que usted sabrá muchos otros que habrá experimentado de una forma u otra.

La mayoría de nosotros hemos visto nuestro ego desinflarse, y sabemos en carne propia cuán dolorosa puede llegar a ser esa experiencia. Es como el caso de aquel jovencito que no sino hasta los seis años de edad llegó a averiguar cuál era su apellido, pues hasta entonces pensaba que su nombre era ¡Carlitos No!

Si el ego de un alumno se averiara, es indudable que tendrá en él un efecto dañino y por demás notorio. Este tipo de desorden en el ego es, por lo general, fácil de corregir. Puede ser vuelto a inflar con palabras que no cuestan mucho y que son fáciles de proveer. He aquí algunos ejemplos de declaraciones que contribuyen a inflar un ego, volviéndolo a su forma original y dotándolo de una imagen saludable: "Felicitaciones." "Su contribución es muy importante." "No se imagina cómo apreciamos su trabajo."

Todos sabemos cuán bien se puede sentir uno cuando alguien infla un poco su ego. Después de todo, un ego desinflado no es una catástrofe que un padre o un maestro puede fácilmente repararlo en un par de segundos. Si el ego se ha desinflado varias veces, tal vez no sea tan fácil, pero mediante la aplicación de un tratamiento de halagos sinceros, palabras bondadosas y un aliento que se extienda por un cierto lapso de tiempo, se lograrán maravillas.

Un sustituto no aconsejable

Existe un desorden muy serio o enfermedad que afecta el ego y que resulta mucho más difícil curar. Bien harían los maestros si pudieran detectarlo a tiempo. Esta enfermedad se declara cuando el ego se desinfla frecuentemente a través de un largo período de tiempo. Es así que se achata al punto tal que se vuelve sumamente doloroso para la persona afectada. Si no hay nadie que ayude a inflarlo con palabras de estímulo o bondad, desemboca en una condición prácticamente irreparable. La persona comienza entonces a inflar su ego por sí misma, lo cual constituye un proceso artificial que para nada sirve. Se trata de un sustituto no aconsejable.

Cuando una persona pasa mucho tiempo sin escuchar palabras de encomio, tales como "*Eres importante*", es factible que procure satisfacer esa carencia por sí mismo diciendo: "*Soy importante*". Si esto pasa a ser un hábito, la persona se transforma en

un ególatra, y no vacilaría en afirmar que todos sabemos lo patético que resulta ser testigos de un caso serio de egolatría.

El buen maestro sabe que el tratamiento para la egolatría es precisamente el mismo que se utiliza para el del ego desinflado, sólo que tiene que ser administrado con un poco más de cuidado y por algo más de tiempo. Aun cuando el ego inflado más de la cuenta jamás debe ser perforado, a veces necesita que se le deje escapar un poco de aire a fin de volverlo a su tamaño normal.

Estímulo y amor

Los maestros deben ser generosos en el reparto que hagan de su caudal de elogios y estímulo. Cuando se trata de afectar la conducta de una persona, es más lo que pueden lograr por este medio que por ningún otro. Por cierto que este método de generar un buen proceder no es nuevo en la educación.

En el año 1558, Roger Ascham, quien había sido tutor de la reina Elizabeth cuando ésta era adolescente, y quien gozaba de ciertos privilegios en la corte real, cenaba en una ocasión con Sir William Cedric y Sir Richard Sackville. La conversación giraba en torno a la huida de varios jóvenes de Eton, en razón de las severas medidas disciplinarias imperantes en ese lugar. Sir Richard Sackville, quien había permanecido en silencio durante la cena, escuchó atentamente los puntos de vista vertidos por Ascham en cuanto a la educación. Poco después le llamó aparte y le propuso financiar un experimento educacional para su propio hijo y otros jóvenes, el cual se basaría en el estímulo y el amor. Sackville y Ascham cultivaron como resultado de esto una amistad perdurable, sirviendo este experimento de inspiración a Ascham para escribir su inmortal libro *The Scholemaster (El maestro de escuela)*.

En la obra declara:

“Deseo ahora especificar la razón por la cual, en mi opinión, el amor ejerce mejores resultados que el temor y por qué causa la condescendencia es más aconsejable que el castigo cuando se pretende enseñar a un joven.

“No habré de contender con el uso tan común de crudas medidas disciplinarias en las escuelas de Inglaterra. Mucho concuerdo con todo buen maestro en los siguientes puntos: La importancia de educar correctamente, de inculcar buenos modales, de imponer una enmienda para toda transgresión, y la seguridad de que todo vicio sea severamente corregido. Sin embargo, en lo que diferimos ciertamente es en los medios que se emplean para lograr tales fines.

“Es común que muchos maestros... son tan viles en su naturaleza que, al imponer un castigo a un alumno, prefieren subyugarlo antes que corregirlo, prefieren destruirlo en lugar de encaminarlo... Pero esto sr diré, que en esta época los peores disciplinadores caen en el error de pretender corregir procederes equívocos castigando la naturaleza de quien los comentó.”

Un buen ejemplo de lo que los padres pueden aprender en cuanto a la forma de disciplinar se puede extraer del siguiente comentario hecho por el presidente David O. McKay en Merthyr-Tydfil, Gales, en 1963:

“Me vino a la memoria una visita que hice a mi hogar cuando cursaba estudios universitarios. Mi madre, como de costumbre. estaba sentada a mi izquierda durante la

cena, y yo hice el siguiente comentario: 'Madre, me he enterado que yo fui el único de entre todos mis hermanos que fue azotado durante la infancia.' A lo cual mi madre contestó: 'Así es. David. ¡tan grande fue el fracaso que experimenté contigo que no quise emplear el mismo método con mis otros hijos!'

Un hijo de Dios

Es importante que todo maestro entienda que cada uno de sus alumnos, ya sea que fuera su propio hijo o miembro de su clase, es un hijo o hija de Dios. El Señor no ha revelado mucho con respecto a nuestro estado preexistente, pero sabemos que vivimos en tal condición y eso tiene una importancia monumental tanto para padres como para maestros. Aquellas cosas que sabemos -que éramos seres individuales, que teníamos inteligencia, que algunos eran más inteligentes que otros, y que teníamos una relación de hijos a Padre con Dios- constituyen valiosas revelaciones. Este concepto, como mínimo, significa que hay muchos ideales espirituales que de otro modo resultarían difíciles de enseñar, que pueden ser captados así como inculcados, siendo indiscutiblemente comprendidos aun por niños pequeños.

Diferencias individuales

El presidente David O. McKay dijo en una ocasión:

“Desde el momento en que nacen hasta que mueren, todos los seres humanos son diferentes. Difieren entre sí como las flores en un jardín. Son diferentes en capacidad intelectual, en temperamento, en energía y en preparación. Hay quienes alcanzan un determinado nivel y otros otro. Puede considerarse triunfador aquel maestro que mediante el espíritu de discernimiento puede detectar, aunque sea en parte, la madurez mental y la capacidad de los miembros de su clase. Tal maestro debe ser capaz de captar expresiones faciales y debe estar en condiciones de responder a las actitudes mentales y espirituales de aquellos a quienes enseña. Está escrito que aquel que gobierna bien guía a los ciegos, mas aquel que enseña les proporciona ojos.”

En la parábola del sembrador se deja bien de manifiesto que el Señor reunía esa clase de atributos como maestro y que podía reconocer las diferencias individuales de aquellos a quienes instruía.

“Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar.

“Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron.

“Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó.

“Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron.

“Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno” (Mateo 13:3-8).

La interpretación de la misma parábola reconoce las diferencias cuando uno procura enseñar:

“Cuando alguno oye la palabra del reino y no la entiende, viene el malo, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón. Este es el que fue sembrado junto al camino.

“Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza.

“El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa.

“Mas el que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la palabra, y da fruto; y produce a cienlo. a sesenta, y a treinta por uno” (Maleo 13: 19-23).”

No conozco ningún otro principio en el campo de la educación que haya recibido mayor atención de parte de educadores profesionales que el de las diferencias individuales. Ningún maestro tendrá éxito a menos que conozca algo en cuanto a este principio. Nadie pasa tiempo ante un grupo de personas sin advertir que cada una de ellas tiene ciertas particularidades que la hacen diferente de las demás, ya sea que se trate de una familia, de una clase o de una congregación.

La diferencia entre los Apóstoles

Los Doce Apóstoles escogidos por el Señor durante Su ministerio terrenal constituyen un interesante ejemplo de un grupo humano en el que sus componentes difirieron enormemente entre sí. A pesar de que los Doce eran discípulos y tenían la responsabilidad de llevar adelante Su obra después de que El partiera, había entre ellos una gran variedad.

En la figura de Pedro observamos al hombre impulsivo e impetuoso y hasta, si se quiere, un poco paradójico. Existen evidencias de que hubo casos en los que observó una actitud un tanto profana. En Tomás estaba ejemplificado el incrédulo. "Ver para creer" era sin duda el dicho que le caracterizaba. Juan y Jacobo, hijos de Zebedeo, eran también conocidos como "los hijos del trueno". Parece que eran poseedores de un temperamento explosivo al punto tal de querer que el Señor ordenara fuego de los cielos para destruir un pueblo a causa de que sus habitantes le habían rechazado. Mateo, por su parte, era un publicano, casi de seguro despreciado por su ocupación.

Hubo veces en que el Salvador enseñó a sus discípulos en grupos pequeños. Durante la Transfiguración, por ejemplo (véase Mateo 17:1,8), tres de ellos estaban con El. Lo mismo sucedió cuando sanó a la hija de Jairo, pues "...no permitió que le siguiese nadie sino Pedro, Jacobo, y Juan hermano de Jacobo" (Marcos 5:37).

También conocemos el relato de Nicodemo, uno de los miembros del Sanedrín, quien se allegó a Jesús por la noche para recibir instrucciones particulares. El hecho de que tal instrucción surtió su efecto queda de manifiesto en que Nicodemo más adelante defendió a Jesús ante el Sanedrín (vea Juan 7:50), y tras Su muerte, Nicodemo proveyó especias aromáticas, las que fueron utilizadas para embalsamar Su cuerpo (vea Juan 19:39).

Pedro tuvo también una entrevista personal con Jesús después de la resurrección (vea Lucas 24:34).

La parábola de los talentos (Mateo 25: 14-30) encierra una gran lección en cuanto a diferencias individuales. Adviértase una declaración sumamente significativa:

"Porque el reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes.

"A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, *a cada uno conforme a su capacidad*; y luego se fue lejos." (Mateo 14-15. *Cursiva agregada.*)

Todos somos distintos

Aquellos de nosotros que enseñamos, ya sea como padres o en la Iglesia, debemos recordar las revelaciones que nos hablan de nuestra existencia premortal. Por medio de ellas sabemos que las inteligencias eran diferentes entre sí.

Uno de los grandes milagros de esta vida es que no hay dos personas que sean exactamente iguales. Ese hecho puede ser fácilmente comprobado por las varias peculiaridades que se pueden tomar del cuerpo humano -las huellas digitales, por ejemplo, no pudiendo encontrarse dos que sean totalmente iguales- y también en la

forma de medir la inteligencia y las reacciones emocionales. Resulta de gran ayuda para un maestro el entender que muchas de las personas a quienes enseña, sus propios hijos o personas en la Iglesia, simplemente no ven las cosas de la misma manera en que él las ve.

“¿Sin citar a nadie?”

Recuerdo que cuando cursaba mi último año en la Universidad Brigham Young nos enseñó una profesora visitante. El curso trataba sobre la instrucción. La profesora se mostraba un tanto preocupada en cuanto a diferencias individuales y dedicó la mayor parte de su tiempo a recalcar la importancia de este principio, tras lo cual, asignó que preparáramos un trabajo de investigación. Entonces pensé: "Ya que esta profesora ha hecho tanto hincapié en las diferencias individuales, he aquí mi oportunidad de escribir la clase de informe que más me ayude. Seré en verdad diferente. Redactaré un informe que me ayude a descubrir lo que sé, y por consiguiente lo que todavía necesito llegar a saber en cuanto a esta materia."

Antes de comenzar con nuestro proyecto, tuvimos una entrevista con la profesora, oportunidad en la cual le hice saber el tema que había seleccionado y mi intención de ser diferente en la manera de presentarlo. Le propuse investigar los escritos que existieran sobre el asunto y luego escribir el informe en mis propias palabras, sin hacer referencia a ninguno de esos autores y sin citar a nadie. Le indiqué que no me ofrecería ningún reparo la manera en que lo corrigiera ni cuán severa fuera en su juicio, pues cuanto más estricta resultara, más me iba a beneficiar. Entonces le dije que estaba dispuesto a leer referencias y a citar cualquier cantidad de ellas a modo de bibliografía, pero que *no* habría de citar a nadie en el texto del informe.

Quisiera aprovechar la oportunidad para manifestar que personalmente pongo en tela de juicio la práctica a que a menudo se somete a los estudiantes de recluirlas en la biblioteca comiéndose los libros, tratando de encontrar algo que alguien haya dicho sobre el tema al cual ellos quieren referirse, extrayendo citas, anexándolas con unas cuantas frases que tenga algo de sentido, para luego presentar lo que hayan escrito como trabajo de investigación. Esa fue la clase de propuesta que le hice a la profesora.

La distinguida dama la consideró detenidamente y luego me preguntó:

-¿Sin citar a nadie?

-Exacto:

-¿Así no más? ¿partiendo de la nada?

-Así es.

Entonces meditó por un momento y con marcada convicción dijo:

-De ninguna manera. No podría permitirle hacer tal cosa.

Antes de retirarme de su oficina se me había asignado un libro y varios artículos de los que podía citar.

"¡Qué ridículo!" pensé. "Una profesora de universidad se pasa todo un verano haciendo hincapié en diferencias Individuales y por otro lado se resiste a permitir a un estudiante, que desea ser individualmente diferente, presentar un proyecto distinto en

su naturaleza." La profesora insistió en que me basara en la opinión de los entendidos en la materia.

Constantemente buscamos la así llamada "opinión autorizada", pero, sin pretender ser negativo en cuanto a tal respaldo, considero que a menudo se le emplea equivocadamente. El concepto de procurar encontrar citas de otras personas que se aproximen en su contenido a aquello sobre lo cual deseamos expresarnos, compaginando esas ideas con frases nuestras, para luego entregar el trabajo como un proyecto propio es, según yo lo entiendo, una pérdida de tiempo. Opino así porque el alumno termina en el mismo lugar donde empezó, sin saber en realidad lo que él mismo piensa ni cómo siente sobre el asunto.

Mientras nos preocupamos por investigar lo que otras personas han hecho, lo que han pensado y cómo han sentido al respecto, nos privamos de aprender lo que *nosotros* pensamos y sentimos sobre ese mismo asunto. Nos privamos de descubrir lo que albergamos en nuestro interior, y al así hacerlo, nos quedamos sin llevar a cabo el más importante de todos los hallazgos: ¿De qué manera me siento yo con respecto a tal punto? ¿Qué pienso? Tal tipo de exploración interna es, tal vez, el estudio más importante que uno puede llevar a la práctica.

Esta teoría de compaginar conceptos merced a la opinión de segundas y terceras personas bien puede considerarse peligrosa, pues priva al estudiante de pensar por sí mismo.

Estudiemos, investiguemos

Es importante, por ejemplo, conocer el evangelio de acuerdo con lo que opinan los líderes de la Iglesia, pero resulta aún de mucho más valor conocer el evangelio de acuerdo con nosotros mismos; o sea, tomando como punto de partida un tema en particular, como bien puede ser la Palabra de Sabiduría, e investigando interiormente para determinar cómo nos sentimos al respecto. Es importante complementar nuestra investigación con la lectura de las Escrituras y después escribir lo que sentimos para luego hacer una comparación de tales sentimientos con aquello que los líderes han declarado sobre el particular.

Si somos sinceros, veremos que las conclusiones a las que lleguemos se verán comprobadas por las conclusiones de las autoridades. Si procuramos conocimiento en nuestro interior en la forma debida, y hacemos que la oración forme parte integral de esa investigación, estaremos activando la misma fuente de inteligencia que los líderes de la Iglesia utilizan para llegar a sus conclusiones.

Como resultado de ese proceso, podremos afirmar ser testigos independientes de ese principio, gracias a nuestra propia investigación, y nuestra obediencia ya no será ciega. Nuestra libertad de elección estará a salvo y transitaremos el debido camino, y todo lo que hagamos, lo haremos por saber qué es lo correcto y lo verdadero. Todo esto llegaremos a saber gracias a nuestro propio esfuerzo y no simplemente porque alguien nos ha dicho que es así.

Al igual que la profesora que pregonaba en cuanto a las diferencias individuales pero no estaba dispuesta a aceptarlas, hay padres que cometen serias equivocaciones al tratar de criar a sus hijos siguiendo un mismo molde, como si todos ellos fueran idénticos. Tales padres suponen que cada uno de sus hijos es un calco de ellos

mismos y esperan que reaccionen precisamente de la misma forma que ellos reaccionarían.

Es imperioso que cada uno de nosotros, en todas nuestras experiencias educativas, ya sea en el hogar o en el salón de clase, tengamos presentes las diferencias individuales de aquellos a quienes estamos enseñando.

En muchas cosas nos parecemos

Puesto que ningún principio de la educación ha recibido mayor atención de parte de los educadores que el de las diferencias individuales, es lógico que el maestro recién iniciado en su carrera se encuentre en una encrucijada. No es poco común que se sienta frustrado al ponerse a considerar los problemas relacionados con este principio. Mientras que por un lado no se puede dudar de la importancia de tener presente las diferencias individuales en el proceso de preparación para su asignación, por otro, tampoco resulta saludable el prestar demasiada atención a tales diferencias.

Mucho es lo que se ha hecho por medio de pruebas y evaluaciones para determinar el alcance de estas diferencias. Se han establecido normas generales, pero los maestros a menudo no reparan en el hecho de que si se pueden eslabonar normas, quiere decir que las personas son parecidas en muchos aspectos.

Al hacer frente a problemas relacionados con el principio de las diferencias individuales, existe un factor compensador que en la mayoría de los casos se deja totalmente de lado. Nos referiremos a este factor como el principio de las *semejanzas* el cual puede resultar de gran valor para el maestro.

Las escuelas normales dictan cursos en psicología educativa y en administración de pruebas y evaluaciones. En tales cursos los futuros maestros se familiarizan con la vasta cantidad de investigación que se lleva a cabo continuamente para determinar la forma de medir inteligencia y de implantar normas de desarrollo y conducta.

Las normas de aptitud académica y logros para los alumnos son puestas en función tras un cuidadoso proceso de elaboración. Los exámenes estandarizados sirven de mucha ayuda en lo referente a la evaluación de los alumnos en cuanto a normas de grado escolar según la edad y su ubicación en comparación con todos los demás alumnos.

En todo esto, muchas de las semejanzas más útiles son casi universalmente ignoradas y rara vez se analizan las pocas aplicaciones prácticas de estas semejanzas tan importantes.

Diferente y parecido

He conocido maestros que se han sentido revitalizados al comprender que aun cuando las personas son distintas entre sí en muchos aspectos, en otros son sumamente parecidas. Para muchos es casi una revelación el llegar a la conclusión de que como contrapunto a las diferencias que distinguen a los seres humanos, hay un sinnúmero de características que nos hacen muy parecidos.

Aun cuando es importante reconocer que cada uno de nosotros es distinto de los demás supone para un maestro algo de mucho valor el reconocer que siempre hay semejanzas. El siguiente pasaje de las Escrituras corrobora tal semejanza: "Hemos aprendido, por funesta experiencia, que la naturaleza y disposición de *casi todos los hombres*, en cuanto reciben un poco de autoridad, como ellos suponen, es comenzar inmediatamente a ejercer injusto dominio." (D. y C. 121 :39. Cursiva agregada.)

Todo maestro tiene la capacidad de reconocer tales tendencias, algunas de las cuales son tan universales que casi ni vale la pena considerar las excepciones.

No hay nadie que sea *exactamente* igual a otra persona; podemos encontrar excepciones a toda similitud. Pese a ello, lograremos mucho más en nuestro esfuerzo de enseñar, tanto a nuestros hijos como a los alumnos en el salón de clase, si buscamos lo que les hace semejantes y lo que les atrae, en vez de concentrar nuestros esfuerzos únicamente en las cosas que les hacen diferentes. Este principio también se aplica a la administración, tal como lo demuestra el siguiente ejemplo.

Cuando servía como Presidente de la Misión de Nueva Inglaterra en el este de los Estados Unidos, nos entregamos a la tarea de organizar el programa de la Sociedad de Socorro de la misión. Contábamos con sesenta ramas y por ende con sesenta diferentes tipos de organización, las cuales oscilaban de simples grupos de estudio a reuniones de comadreo. Lo que nosotros en realidad queríamos era una Sociedad de Socorro.

La presidenta de la Sociedad de Socorro de la misión era una encantadora hermana conversa a la Iglesia. Tras recibir nuestras instrucciones, nos hizo saber su determinación de que a partir de ese momento en todas las unidades se pondría en práctica el programa oficial de la Sociedad de Socorro, incluyendo el horario de la reunión, su duración, los cursos de estudio y todo lo demás.

Sabíamos de antemano que algunas hermanas no estarían de acuerdo, particularmente las de las ramas pequeñas, quienes se habían ajustado a "su programa" por más de una generación y no iban a estar dispuestas a cambiar. Pero sabido es que si esperaban contar con todo el poder del programa, había ciertos cambios que iban a tener que hacerse.

Primero la regla y después la excepción

Yo asistí a la conferencia de la Sociedad de Socorro de la misión en la que nuestra buena presidenta iba a hacer el anuncio. Después de escuchadas las consabidas explicaciones, la mayoría de las hermanas aceptaron lo dispuesto con un buen espíritu y se comprometieron a colaborar. Sin embargo, una hermana se puso de pie y dio a conocer su desacuerdo.

"Usted no entiende", dijo, "que en nuestra rama las cosas son diferentes. Tenemos nuestra propia forma de trabajar. Tiene que comprender que hay excepciones, y nosotras somos una de ellas."

Lo enérgico del reclamo sorprendió a la presidenta, y en gesto de frustración se dio vuelta hacia donde yo estaba como implorando mi ayuda. Yo entendí que realmente no la necesitaba, ya que ella estaba haciendo las cosas como era debido, así que le indiqué con un movimiento de cabeza que estaba bien, que continuara. Tras meditar por unos segundos, respondió con una frase tan simple y tan profunda al mismo tiempo que después de la reunión le aseguré que la emplearía en toda oportunidad que tuviera. "Querida hermana", le dijo, "no quisiéramos tener que considerar primero la excepción, sino la regla, y una vez que la regla esté establecida, entonces veremos qué podemos hacer en cuanto a la excepción."

Creo que este consejo es también bueno para todo maestro. Concéntrese primeramente en las cosas que la gente tiene en común y después en las diferencias.

Fíjese en qué se parecen, emplee ese conocimiento y después atienda a las diferencias si se hace necesario. Hay muchos maestros que están tan preocupados por las diferencias que terminan por fracasar.

Si el grupo al que usted enseña es numeroso, determine ante todo en qué se parecen sus componentes. Si tiene que dirigirse a una congregación que varía de niños pequeños a personas ancianas, tenga presente que en muchas maneras esas personas son parecidas. Más allá de las diferencias que impone la edad, y por encima de toda otra desigualdad que se nos ocurra, en muchas maneras son parecidas. Si se tiene ese concepto presente, uno puede enseñar a cualquier grupo, tal como lo hizo el Señor.

Por ejemplo, recuerde que en la mayoría de los casos la mejor forma de ilustrar un concepto es mediante el relato de una experiencia real o ficticia. Si se expresa en términos simples, cualquiera puede entender, a pesar de la edad que tenga. Esta es una de las razones por las que el Señor se valió de parábolas para enseñar. Al así hacerlo, enseñaba a todos a la vez, aunque no a todos la misma lección.

En una reunión hace algún tiempo, las Autoridades Generales estaban analizando el tema de producciones cinematográficas, en especial aquellas que tienden, por su mensaje, a fortalecer la unidad familiar. Alguien mencionó una película en la que aparecía el presidente Harold B. Lee. "¿Cuál de ellas?" preguntó uno de los presentes. "El presidente Lee aparece en muchas películas de la Iglesia." Una de las Autoridades Generales la identificó diciendo simplemente:

"Es la de los albaricoques (damascos)."

Entonces, todo el mundo asintió con la cabeza. Ese simple comentario sirvió para identificar la película de entre todas las demás. ¿Por qué? Porque en ella, el presidente Lee se refirió a un incidente en el que su hija estaba envasando albaricoques. No queriendo ser interrumpida, casi había desatendido a sus hijos que estaban aguardando para hacer la oración antes de ir a dormir. "Pero mami, ¿qué es más importante?" preguntó uno de ellos, "¿la oración o los albaricoques?"

En esa película el presidente Lee dio una poderosa amonestación en cuanto a la importancia de fortalecer la unión familiar, sin embargo, se le recuerda o identifica más fácilmente por "la película de los albaricoques". Es posible que se nos hayan pasado algunos detalles, pero todos captamos el mensaje, pues somos iguales en la razón por la que recordamos la película.

Al igual que nos amamos a nosotros mismos

El siguiente incidente que se encuentra en el Nuevo Testamento contiene detalles sumamente interesantes: "Entonces vino uno y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna?" (Mateo 19:16.) Entre las cosas que el Señor dijo a modo de respuesta, nos encontramos con ésta: "Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu poójimo como a ti mismo." (Mateo 19: 19.)

Lo mismo le respondió a un intérprete de la ley quien, con la intención de confundirle, le preguntó:

"Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley?"

"Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente.

"Este es el primero y grande mandamiento. "Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo." (Mateo 22:36-39.)

Bien podía el Señor haber respondido: "Amarás a tu prójimo como a tu esposo o como a tu esposa," o "Amarás a tu prójimo como a tus padres o como a tu mejor amigo." Sin embargo, Él sabía que aun cuando hay muchas excepciones a la regla de quién ama a quién, casi no hay nadie que no se ame a sí mismo. En este aspecto somos todos iguales.

Es digno de encomio el maestro que tiene la capacidad de generar entusiasmo en su clase y de imponer un espíritu que invite a todos a participar por igual, lo cual permite que todos aprendan. Hay veces que atribuimos tal virtud al hecho de que "nació para enseñar" o que "es un maestro nato" o que "tiene calidad para enseñar", cuando, en realidad, es posible que simplemente se valga de principios básicos que todos pueden aplicar por igual, siempre que tengan el deseo de hacerla.

Tal vez sea posible explicar este principio:

Si bien los miembros de la clase son similares por lo menos en dos aspectos (que todos están en el mismo lugar y que todos son seres humanos), no hay ni dos de ellos que sean iguales. ¿Cómo se las ingeniará el maestro para enseñarles?

En primer lugar, debe llegarse a establecer un común denominador entre todos ellos, o sea, las cosas en las que sí son iguales. Ya hemos mencionado que a todos les agradan los relatos.

Cuando aplicamos esa semejanza a los miembros de la clase, para nada les privamos de su individualidad; no les quitamos las características que les diferencian entre sí, sino que apelamos a las cosas que tienen en común a fin de poder aplicar los mismos principios a todos y, al mismo tiempo, obtener, en lo posible, los mismos resultados.

Cuando uno cuenta una anécdota humorística o un incidente o un chiste o un simple comentario jocoso, todos los que escuchan responden riendo. Aplique este principio a su clase.

Tampoco ante este enfoque los miembros de la clase han dejado de ser diferentes entre sí, sin embargo, en ese momento todos están unidos. El humor genera reacciones similares en todos los miembros del grupo. El maestro que tiene la habilidad de discernir las semejanzas entre los estudiantes tiene en sus manos una influencia unificadora que puede resultar poderosísima en el esfuerzo de mantener una atmósfera amena dentro de la cual todos los alumnos pueden aprender por igual. Esto se aplica tanto al hogar como al salón de clase.

Existen otros ejemplos que también se pueden demostrar. Las ayudas visuales, por ejemplo, entran en esa misma categoría. Generalmente la visualización de algo determinado vale más que toda una disertación para describirlo. También somos iguales en el sentido de que si vemos una lámina, una gráfica, una ilustración en la pizarrá o una dramatización, prestaremos más atención que si se nos trata de enseñar verbalmente. Somos iguales en muchas maneras. Todos reaccionamos favorablemente ante la sinceridad, la integridad y el amor. Una vez que el maestro capta la importancia de tales valores, es sabio que los use.

En la Iglesia empezamos nuestras reuniones con un himno, con lo cual se logra que todos hagan lo mismo al comienzo de la reunión. De ese modo las diferencias que existen en el estado de ánimo, en la actitud y en un sinnúmero de cosas más, se hacen a un lado por un momento al todos tomar parte de la misma actividad, al mismo tiempo. Estamos mancomunados como congregación o como clase, listos para que se nos enseñe como a una unidad, y de ese modo nos parecemos más.

Cuando tenemos presente que en muchos sentidos nos parecemos, la tarea de enseñar a personas en forma individual, en familia, en grupo, como parte de una clase o como una congregación, no se hace tan difícil.

Un relato más del Nuevo Testamento sirve para ilustrar este punto.

El que de vosotros esté sin pecado

En el incidente de la mujer que había sido acusada de adulterio, nos encontramos con una muestra bien clara de que el Señor sabía cuán parecidos eran aquellos a quienes enseñaba. La mujer fue llevada ante El, se disponía de testigos y la leyera bien clara en establecer que el castigo para tal pecado era la muerte, pena que se ejecutaba mediante el apedreo.

Jesús había estado enseñando en cuanto a la misericordia y sus adversarios deseaban tenderle una trampa, pues estimaban que ante tal caso el Señor o tendría que negar Sus enseñanzas en cuanto a la misericordia o se vería obligado a hacer caso omiso a la ley, lo cual era sumamente peligroso. Sin embargo, El les conoda y sabía que había por lo menos una cosa en la que se paredan.

Cuando preguntaron si debían apedrearla, Jesús apeló a un elemento en el que sabía que todos eran iguales y no a las diferencias que existían entre ellos: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella." (Juan 8:7.)

¡No había nadie que estuviera libre de pecado entre ellos! Así que, según lo que se lee en las Escrituras, desde el más joven al más anciano, todos se marcharon. (Vea Juan 8:9.)

Aun cuando existen marcadas diferencias en los métodos que debemos emplear para enseñar a niños pequeños en comparación con los que usamos para enseñar a los mayores, Y aun cuando las necesidades de un grupo de adolescentes son diferentes de las de un grupo de ancianos, he llegado a la conclusión de que para todo grupo se pueden aplicar los mismos principios didácticos. Un niño de cinco años reaccionará favorablemente ante el respeto y la cortesía con la misma rapidez que lo hará una persona adulta.

Si el maestro sabe cómo observar a la gente, sin duda que advertirá las muchas cosas en las que todos nos parecemos. Si hace un análisis profundo de sus sentimientos, comprenderá que no son distintos de los de quienes le rodean y se sentirá mucho más preparado para enseñarles.

“Listos o no aquí voy”

Cuando era apenas un niño, uno de los juegos predilectos que teníamos con mis amigos era el de "Las escondidas". Por lo general lo jugábamos en uno de los predios donde había muchos lugares para esconderse. El juego comenzaba con el que "la quedaba" tapando sus ojos con las manos, recostado a un árbol o a un muro, y contando del uno al cien, mientras los demás niños buscaban rápidamente un lugar donde esconderse. Al terminar de contar, "¡noventa y seis, noventa y siete noventa y ocho, noventa y nueve, cien!", gritaba para que todos le escucharan: "Listos o no, aquí voy". Y así comenzaba el juego.

Al observar a un maestro con dificultades ante una clase desinteresada, o al mirar a un padre tratar de dar una lección a uno de sus hijos en el momento inoportuno, siempre pienso que la enseñanza se parece al juego ya que en ella muchos anuncian con sus acciones: "Listos o no, aquí voy".

Si deseamos que la enseñanza sea eficaz, debemos considerar cuán preparados están los alumnos para aprender. Hace unos cuantos años, cuando enseñaba en el programa de seminarios, uno de mis alumnos murió en un accidente automovilístico mientras iba de camino a clase. El hecho causó gran conmoción entre los otros jóvenes y ese día fueron a la clase más serios y más dispuestos a aprender que lo que jamás les había visto antes. En esa época estaba enseñando el curso de historia de la Iglesia, más específicamente, el éxodo de los pioneros hacia el oeste de los Estados Unidos. Sin embargo, comprendí que ése no era el momento más apropiado para una lección sobre los pioneros, sino para enseñarles una lección sobre la expiación de Cristo, la Resurrección, o la vida después de la muerte.

Un buen maestro está siempre alerta y aprovecha toda oportunidad que se le presente para enseñar cuando los jóvenes están listos. Muchas lecciones que tanto yo como mi esposa estábamos ansiosos de enseñar a nuestros propios hijos tuvieron que esperar hasta que ellos estuvieran preparados.

Demasiado y muy pronto

Una de las mayores dificultades, y al mismo tiempo uno de los peligros más latentes, de los programas de educación sexual en las escuelas públicas [Adoptados como parte del programa regular de estudio en muchas de las instituciones educativas de los Estados Unidos] es que hacen a un lado este importante principio de la enseñanza. Le dejan saber todo al joven antes de que esté preparado, y al así hacerlo, a menudo afectan negativamente su estabilidad espiritual, emocional y moral. Le enfrentan a un gran peligro, pues las cosas deben ser hechas a su debido tiempo, ya que hay un momento para todo. Tanto el maestro como el padre que es sabio estará siempre alerta a este hecho.

De igual manera, al programar las actividades de la Iglesia, debemos emplear un gran caudal de sabiduría al considerar la madurez y la preparación de nuestros miembros en cuanto a lo que deben aprender sobre los principios básicos de la moralidad. Si enseñamos tales principios demasiado pronto, pueden llegar a carecer totalmente de sentido para los jóvenes. El enseñar en cuanto a la moralidad puede ser

algo necesario, pero al prepararnos para hacerla, debemos reconocer el grado de madurez de aquellos a quienes enseñaremos.

Por ejemplo, cuando el joven no tiene la madurez suficiente como para ser expuesto al tema de los deseos físicos, se le debe enseñar al respecto de una manera totalmente diferente a la que se emplearía si fuera mayor. Más adelante en su vida tendrá oportunidades de sobra para analizar el tema desde un punto de vista que tenga para él más sentido, aunque jamás sin dejar de lado la reverencia que merece por ser tan sagrado.

La información que se le proporcione al alumno debe ser manejada de forma tal que su capacidad de aprendizaje le permita digerirla. Lamentablemente, no disponemos de gráficas ni tablas ni exámenes que le permitan al padre o al maestro obtener un perfil exacto del grado de madurez alcanzado por cada joven, y que ayudaría a adaptar estas enseñanzas de una forma acorde con la capacidad de cada individuo. Esto quiere decir que debemos tener sumo cuidado y observar detenidamente a cada joven a fin de estar en condiciones de captar ese momento en el que esté listo para aprender. Este hecho tan corroborado se aplica a muchos otros casos.

En el Nuevo Testamento nos encontramos con una referencia que puede servir para ilustrar lo que estamos tratando de decir. Nos referimos al incidente que tuvo lugar en la casa de Marta y María.

“Aconteció que yendo de camino. entró en una aldea; y una mujer llamada Marta le recibió en su casa.

“Esta tenía una hermana que se llamaba María, la cual, sentándose a los pies de Jesús. oía su palabra.

“Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres, y acercándose, dijo: Señor ¿no te da cuidado que mi hermana me deje servir sola? Dile, pues, que me ayude.

“Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas.

“Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada.” (Lucas 10:38-42.)

En Marta y María nos encontramos con dos personas distintas, dos diferentes grados de preparación, María, por supuesto, era la alumna interesada en aprender mientras que su hermana Marta mostraba interés únicamente en los quehaceres domésticos, los que servían para distraerla de toda oportunidad de aprender. Lecciones similares podemos extraer de la parábola de las Diez Vírgenes:

Cinco de ellas estaban preparadas

Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo.

“Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron.

“Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas.

“Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan.

“Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas.

“Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta.

“Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco.

“Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.” (Mateo 25:1-13.)

Esta parábola, por supuesto, enseña también otra lección, pero en la ilustración podemos ver fácilmente la diferencia entre las cinco que eran maduras y estaban preparadas y las otras cinco que no lo estaban.

En otra parte de sus enseñanzas, el Señor indica que "No todos son capaces de recibir esto, sino aquellos a quienes es dado" (Mateo 19:11), lo cual se refiere a aquellos que están preparados para recibir. En una ocasión el Señor recordó a sus discípulos que "A vosotros os es dado saber el misterio del reino de Dios; mas a los que están fuera, por parábolas todas las cosas". (Marcos 4:11.)

En otra ocasión llegó al Maestro un paralítico, y el Señor reconoció que entre quienes observaban había muchos que estaban listos para que se les enseñara, de manera que sanó al hombre, "y al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados". (Mateo 9:2.)

En los escritos de Juan queda bien en claro que Jesús sabía que había entre ellos quienes no creían, "Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían..." (Juan 6:64.). Es aparente que Jesús comprendía que en algunas ocasiones El sermoneaba a la gente en vez de enseñarle. "Mas ¿a qué *compararé* esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas, y dan voces a sus compañeros, diciendo: Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis." (Mateo 11:16-17. *Cursiva agregada*).

Es interesante advertir que algunos de los versículos que citamos también son empleados para ilustrar otros principios de la educación.

Adviértase la palabra *compararé* según se utiliza en esta referencia, y considéresele a la luz de lo que trata el capítulo sobre la *apercepción*.

En la parábola del Hijo Pródigo también encontramos una lección sobre la preparación personal:

Uno de ellos llegó a ser enseñable

“Un hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos dijo a su padre: Padre. dame la parte de los bienes que me corresponde; y les repartió los bienes.

“No muchos días después. juntándolo todo el hijo menor, se fue lejos a una provincia apartada; y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente.

“Y cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia, y comenzó a faltarle.

“Y fue y se arrimó a unos de los ciudadanos de aquella tierra. el cual le envió a su hacienda para que apacentase cerdos. Y deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos. pero nadie le daba.

“Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!

“Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros. Y levantándose, vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó. y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo.

“Pero el padre dijo a sus siervos: Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo muerto era, y ha revivido; se había perdido, y es hallado. Y comenzaron a regocijarse.

“Y su hijo mayor estaba en el campo; y cuando vino, y llegó cerca de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. El le dijo: Tu hermano ha venido; y tu padre ha hecho matar el becerro gordo, por haberle recibido bueno y sano.

“Entonces se enojó, y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrase. Mas él, respondiendo, dijo al padre: He aquí, tantos años te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos.

“Pero cuando vino este tu hijo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo.

“El entonces le dijo: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas. Mas era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano era muerto, y ha revivido; se habla perdido, y es hallado.” (Lucas 15: 11-32.)

En las primeras instancias el hijo no había hecho caso a las enseñanzas del padre, pero demostró estar ansioso por recibirlas a la conclusión del incidente.

Expresiones tales como "Si alguno tiene oídos para oír, oiga" (Marcos 4:23) son sumamente comunes en las enseñanzas del Señor. En una ocasión, a modo de reacción ante el poder puesto de manifiesto en uno de Sus milagros, todos "...le rogaron que se fuera de sus contornos" (Mateo 8:34). Simplemente, no estaban preparados para recibir instrucciones tan firmes.

¡Este es el momento!

El principio de la preparación personal es importante cuando enseñamos a nuestros hijos. Como padres estamos al tanto de sus reacciones y podemos observar cuándo están listos para ser instruidos. Ya sea por las preguntas que ellos formulan, por su

conducta o por la experiencia que hemos adquirido en nuestra propia vida, podemos reconocer el momento preciso para enseñar. Los padres debemos saber cuándo ha llegado el momento para enseñar una lección, y eso sucede cuando los hijos están prontos para recibirla.

Como ya lo he dicho antes, mi esposa y yo nos establecimos como práctica común el nunca hacer a un lado ninguna pregunta de nuestros hijos. Más allá de cuán insignificante ésta fuera, o cuán ocupados estuviéramos, siempre estuvimos dispuestos a interrumpir cualquier actividad para responder a las preguntas que se nos formulaban. La razón por la que así lo hicimos se debió a que una pregunta es siempre una indicación de que quien la formula está preparado y quiere saber la respuesta inmediatamente.

Pero todavía hay un aspecto más difícil que debe ser contemplado y que tiene que ver con el estar preparado. Los niños pequeños tienen la tendencia a querer ayudar y querer tomar parte en lo que los mayores hacemos, lo cual a menudo parece molestar a los padres. ¡Parecería que siempre estuvieran dispuestos a ayudar en el momento menos oportuno!

Por ejemplo, cuando estaba pintando, y mi hijo de cinco años venía y me decía: "Papito, ¿puedo pintar?" Siempre le permitía ayudarme, pues sabía que el período de tiempo que dura el interés en un niño es muy breve. Colocaba algunos papeles en el piso, le daba un pincel y le dejaba trabajar por algunos minutos. Sabía que pronto perdería el interés, y que encontraría la tarea demasiado difícil y no tan divertida como lo había supuesto. Su "ayuda" no me causaba mayores problemas. Siempre me aseguraba de expresarle mi agradecimiento por su colaboración y todo resultaba en una gran experiencia para él. Entre tal "sacrificio" y postergar el interés que el niño tiene de ayudar hay una gran diferencia.

Permítales colaborar

Creo que uno de los errores más grandes que se cometen al enseñar a los hijos es la tendencia de algunos padres a sentirse molestos cuando los niños quieren participar y desean aprender algo. Si les permitimos ayudar, resultará sorprendente observar con cuanta rapidez pueden aprender cosas, sobre todo cuando están listos.

En nuestra casa a menudo hacíamos uno que otro trabajo de carpintería, y casi siempre nuestros hijos deseaban tomar parte. No sólo se lo permitíamos, sino que además les alentábamos a hacerla. Cuando trabajaba en algún proyecto y uno de mis hijos quería hacer su aporte, siempre le permitía que lo hiciera.

En las contadas ocasiones en que se me presentaba la oportunidad de pintar con acuarelas, uno de nuestros hijos pequeños se me acercaba y me preguntaba: "Papi, ¿puedo pintar?" Así que se lo permitía. Generalmente le señalaba una de las esquinas inferiores de la pintura y le pedía que me ayudara en ese lugar en particular. Claro está que cuando los niños son pequeños, su coordinación no es muy buena que digamos y no era extraño que sin intención se les fuera una pincelada hacia el centro de la tela. En tales casos, razonándolo filosóficamente, me decía a mí mismo: "¿Y qué?" Cuando se pinta con acuarela es fácil reparar; además, mi misión más importante era criar hijos y no pintar obras maestras.

Cuando nuestros hijos eran pequeños, les permitíamos ayudar en las tareas de la casa: cuando fueron un poco más creciditos, les instábamos a que ayudaran; y más adelante, cuando llegaron a ser adolescentes, les exigíamos que lo hicieran. Es así que aprendieron a hacer muchas cosas por sí mismos, y no sólo a hacerlas, sino a hacerlas muy bien.

Cuando vivíamos en Cambridge, en el estado de Massachusetts, uno de nuestros hijos hizo una tarea especial para su clase de la escuela. Se trataba de un tallado en madera de un barco vikingo al que le pegó en su popa una cabeza de dragón. Luego cortó secciones de un lápiz grande que tenía y las pegó en los costados de la nave como si fueran escudos. Después de presentar su trabajo, llegó a casa tremendamente desilusionado, pues la maestra no se lo había aceptado pensando que no lo había hecho él porque suponía que un muchachito de su edad no podía ser capaz de hacer un trabajo tan detallado. El incidente requirió que yo, su padre, fuera a hablar con la maestra y le explicara que estaba equivocada al suponer tal cosa.

Aliméntelos cuando estén hambrientos

Creo que algo hemos aprendido en cuanto a la forma de nutrir ese apetito sutil que el ser humano lleva adentro al compararlo con el hambre físico. En el período de crianza de nuestros hijos, nos establecimos la norma de alimentarles siempre que tuvieran apetito. Es posible que muchas personas piensen que ésa no es una práctica del todo sabia, pero, al menos para nosotros, ha resultado algo sumamente positivo.

Al poco rato de nuestros hijos llegar de sus estudios, en nuestro hogar se servía la cena. Habían estado todo el día en la escuela; su nivel de azúcar en la sangre estaba bajo, lo cual les ponía inquietos y fastidiosos. Llegaban a casa con muchísimo apetito.

Ante el hecho, había dos posibilidades: La madre podía servirles una merienda para "engañar el estómago" hasta la hora de la cena, aunque para entonces ya se habían saturado con pan, mantequilla, jalea, y todo lo demás que se les ponía sobre la mesa, y consecuentemente no comían como debían lo que sí constituía un buen alimento. La otra opción era servirles la cena completa cuando estaban más hambrientos, la cual comían con ganas. Más tarde, si tenían un poco de apetito, se les servía algo muy liviano y después a la cama.

Siempre me resultó interesante observarles, después de haber cenado debidamente, dedicarse a sus tareas o simplemente entregarse a juegos moderados.

Es posible que surja la pregunta: ¿Quiere decir que el padre no se sentaba a la mesa a cenar con sus hijos? Yo cenaba cuando llegaba del trabajo. Los niños, generalmente, se sentaban a la mesa conmigo a conversar. Teniendo en cuenta la merienda nocturna, nos asegurábamos una noche de hogar todos los días de entre semana.

En nuestro caso este sistema ha contribuido a la paz, y a la tranquilidad de nuestro hogar puesto que los niños eran alimentados cuando tenían hambre.

En esto encontramos una comparación válida con el arte de enseñar. A menudo damos a nuestros alumnos respuestas para apenas "engañar su apetito"; les damos bocadillos que echan a perder su hambre de aprender, y terminan por no recibir la nutrición espiritual e intelectual que necesitan.

La advertencia del juego de "las escondidas" de "¿islos o no, aquí voy" supone un consejo por demás pobre, tanto para el maestro como para el padre o la madre.

Los objetivos

Algunos jardineros,
los tallos de la maleza asechan
con notorio frenesí.

Mientras que otros
el éxito constante logran,
arrancando de raíz.*

Suponga que se encuentra en una casa y de pronto advierte la escultura de un niño, de tamaño natural, con una expresión tan real que resalta el soberbio arte del escultor.

"¡Qué hermoso busto!" usted comenta. "¿Dónde lo obtuvo?" ¿Se imagina que le dieran una respuesta así?:

"Bueno, subía por las escaleras de un edificio con un trozo de mármol en mis brazos, cuando de pronto se me resbaló, rodando escaleras abajo. En cada escalón que golpeaba, saltaba un pedazo de mármol. Finalmente rodó hasta la calle justo en el momento en que pasaba un camión. Las pesadas ruedas le pasaron por arriba y al tomarlo de refilón, lo lanzaron hasta un parque que quedaba al otro lado de la calle, en donde quedó tirado por meses a la intemperie hasta que fue golpeado por una cortadora de césped. Cuando me enteré y fui a recogerlo, lo encontré con esta forma con que lo ve usted ahora."

¡Absurdo! Una escultura requiere que se planee cuidadosamente y que se trabaje en ella atendiendo hasta el último de los detalles. El escultor debe saber dónde martillar, en qué lugar rebajar, cómo modelar hasta que finalmente logra la figura que concibió en su mente antes de siquiera comenzar.

En mucha de la enseñanza que se imparte tanto en el hogar como en la Iglesia, los maestros se limitan a enseñar. No están del todo seguros de lo que esperan lograr; no saben exactamente de dónde vienen ni planifican lo suficiente como para saber hacia dónde se dirigen. Son como el incidente de Alicia en el País de las Maravillas, cuando se acercó al Gato Risón.

Alicia: -¿Podrías indicarme en qué dirección debo ir desde acá?

Gato Risón: -Todo depende del lugar al que quieras llegar.

Alicia: -Eso no me importa, realmente.

Gato Risón: -Entonces tampoco importa en qué dirección vayas.

Alicia: -No, siempre que llegue a *algún lugar*.

Gato Risón: -Por cierto que llegarás a algún lugar, siempre que camines lo suficiente.

Al enseñar, estamos regidos por ese "algún lugar" al que deseamos llegar, por lo que debemos tener un plan. Dentro de ese plan debemos prestar mucha atención a los objetivos. Afortunadamente en la Iglesia se le brinda mucha dedicación a la preparación de los materiales para las lecciones que aparecen en los manuales. Los objetivos de cada una de ellas son cuidadosamente considerados, estando los planes

debidamente organizados como para que, recibiendo la debida atención, uno pueda delinear ese plan de acción.

La reseña

Siempre he considerado de suma ayuda para el alumno el poder ofrecer una reseña de la totalidad del curso al comenzar el mismo. Si el joven cuenta con un bosquejo de lo que habrá de estudiar, el maestro podrá dedicarse a ir armando el rompecabezas y de ese modo es mucho más lo que se enseña.

Por ejemplo, al enseñar tocante a la historia de la Iglesia, hay una gran ventaja en dar lo que se puede llamar un "mini curso" durante los primeros días de clase. A modo de reseña, asistido por un mapa, el maestro puede referirse a la apostasía, a la restauración del evangelio, a la organización de la Iglesia, a (la movilización de ésta de un lugar a otro,) y en cuanto al establecimiento de los santos en el Valle del Lago Salado. Todo eso puede cubrirse en una reseña de la historia de la Iglesia.

Entonces el maestro puede comenzar nuevamente por el principio, aunque esta vez tomando la totalidad del tiempo del curso para irlo desarrollando. De ese modo los alumnos saben hacia dónde se dirigen y pueden ir acumulando información por adelantado, todo lo cual redundará en que la clase sea mucho más entretenida y se aprenda más. En pocas palabras, tanto el maestro como los alumnos tendrán un objetivo presente.

Existe la tendencia de parte de los oradores, y algunas veces de los maestros, a suponer que por resultar una idea clara para ellos, automáticamente es clara para la congregación o la clase. A menudo también se supone que el alumno está aprendiendo, que está colocando cada pieza del rompecabezas en su debido lugar, simplemente porque el maestro cuenta con un plan.

Permítales ver su plan

Si yo fuera un contratista encargado de la construcción de un edificio de oficinas o un centro comercial, me aseguraría de que todos los obreros que trabajaran en ese proyecto tuvieran acceso a una copia de los planos. Es posible que algunos de los planos y especificaciones más detallados no tuvieran mayor significado para nadie más que para los obreros especializados, pero igualmente querría que todos pudieran ver un bosquejo del edificio para así saber cómo se vería terminado y para comprender un poco mejor de qué manera encajaría su trabajo en el proyecto.

En el campo misional recuerdo haber entrevistado a un élder que había dedicado los primeros meses de su servicio misional en Canadá sentado en su apartamento haciendo contactos por teléfono. Tenía como compañero a un joven bastante haragán a quien no le gustaba salir al frío, actitud que casi terminó por arruinarle la misión. En esa entrevista me comentó que él suponía que el contactar gente era, después de todo, la única finalidad del servicio misional.

Tras esa experiencia implantamos un programa que consistía en que cuando un misionero recibiera un compañero menor recién llegado a la misión, dedicaría una semana a proporcionarle una reseña de la verdadera finalidad de su servicio. Le

expondría a todos los métodos comunes de proselitismo y le daría un curso resumido de lo que habría de hacer en la misión durante los siguientes dos años.

Este sistema dio muestras de ser sumamente productivo. Es posible que muchas de las experiencias de las que se le hablaba en esa semana de introducción no se cristalizaran por muchos meses, en algunos casos no hasta poco antes de finalizar la misión, pero lo cierto era que el misionero sabía qué esperar y a qué atenerse.

Este principio es ampliamente conocido por todo buen líder. La historia de la Iglesia nos cuenta de una oportunidad en la que Brigham Young procuró una entrevista con Jim Bridger, famoso explorador norteamericano, a fin de poder conversar con alguien que ya había transitado los senderos que los santos habrían de seguir en su camino hacia el oeste. Aun cuando el principio está bien establecido en muchas de las actividades de las que tomamos parte en la vida, a menudo los maestros lo dejan pasar por alto. Si se le aplica, no obstante, la sinopsis o la reseña, se transforma en otro buen ejemplo del principio de la repetición que resulta tan esencial en el proceso de aprendizaje.

Objetivos definidos

Al preparar cualquier lección, un maestro sabio contará con varios objetivos bien definidos. De antemano llegará la conclusión de qué es lo que desea enseñar y de los métodos que desea emplear para enseñarlo. Por ejemplo, una lección de historia de la Iglesia en cuanto al martirio del profeta José Smith y a la sucesión de Brigham Young como segundo presidente de la Iglesia puede ser impartida sin que tenga la más mínima aplicación en la vida del joven alumno. Sin embargo, si el maestro se establece objetivos bien definidos, esa misma lección puede ser sumamente significativa para el estudiante.

Es imperioso que las lecciones se apliquen a nosotros mismos:

“Por tanto, les hablé, diciendo: Escuchad las palabras del profeta, vosotros que sois un resto de la casa de Israel, una rama que ha sido desgajada; escuchad las palabras del profeta que fueron escritas a toda la casa de Israel, y *aplicadlas a vosotros mismos*, para que podáis tener esperanza, así como vuestros hermanos de quienes habéis sido separados; porque de esta manera es como el profeta ha escrito.” (1 Nefi 19:24. Cursiva agregada.)

¿Qué tiene que ver?

A menos que el mensaje se aplique a nosotros mismos, los jóvenes, particularmente, tal vez no vean demasiado significado en él. Por ejemplo, para la juventud resulta difícil encontrar mayor relación entre cosas que acontecieron en los tiempos del Antiguo o del Nuevo Testamento, o en el curso de la historia de la Iglesia, aun en nuestra realidad presente. Si se enseña la lección valiéndose de la técnica de la comparación, de seguro hallarán mucha más aplicación en lo que concierne a su propia vida.

Había un maestro que tenía una prueba a la que titulaba "¿Qué tiene que ver?", de la que se valía en la preparación de cada una de sus lecciones. Se imaginaba a uno de

sus alumnos conjeturando, "Y ¿qué tiene que ver?" Entonces procuraba una explicación lógica en cuanto a por qué la enseñanza o la lección era pertinente para la realidad del alumno. El seguir este método le ayudó tanto en su preparación como en sus presentaciones.

Si de alguna manera podemos establecer el paralelo entre lo de aquella época y lo de la nuestra, seguramente influiremos de una forma positiva en la vida de nuestros jóvenes.

Para todo maestro resultará de tremenda ayuda, ya sea que tenga que dar una lección, un sermón o un simple discurso, el escribir un objetivo y después la siguiente y sencilla fórmula.

Primeramente determine lo que desea enseñar y después escriba:

----- para que -----

En los espacios en blanco escriba algo que desea que los miembros de la clase hagan en cuanto a lo que les dijo.

Por ejemplo, supongan que está enseñando a jovencitas y la lección trata sobre la restauración del sacerdocio. La fórmula a seguir sería más o menos la siguiente:

Título de la lección: La restauración del sacerdocio

Objetivos: Demostrar que el sacerdocio fue restaurado por mensajeros celestiales dotados de autoridad.

Para que: Las jóvenes insten a los jóvenes con quienes están relacionadas, a asistir regularmente a las reuniones del sacerdocio.

Si el maestro cuenta con esto bien bosquejado, de seguro empleará el tiempo de la clase mucho mejor que si no lo tiene, disponiendo de algo que las jóvenes pueden hacer para poner en práctica el mensaje de la lección.

Esto es lo que nos conduce a la *realidad presente*. En la lección se mencionará algo en cuanto a los jóvenes con quienes las jovencitas se relacionan. Analizarán cómo una señorita puede influir positivamente en el joven para que éste asista a sus reuniones del sacerdocio. También podrá traer a colación ejemplos de la vida real, hechos concretos y no exclusivamente historia.

Paralelamente, un maestro puede ajustarse al manual de la lección y hacer mención correcta de los antecedentes históricos, y, pese a ello, lograr que las jovencitas se pregunten de qué manera está todo eso relacionado con su vida, o de qué manera se aplica a ellas. Si el maestro agrega ese "PARA QUE" a su lección, seguramente que en algún momento de la presentación dirá algo sumamente importante para los alumnos.

La mayoría de los textos tocantes a la pedagogía se dedican más a la forma de enseñar a los alumnos que a la manera de impartir las lecciones. Sabemos de personas sumamente competentes que poseen tremendo conocimiento del tema sobre el cual enseñan pero que no cuentan con la más mínima habilidad para compartir ese conocimiento. Bien puede ser que un maestro con "capacidad para cien litros" apenas vierta en sus alumnos diez o quince. Por otro lado, un maestro con una capacidad de veinte litros, podrá, con la debida constancia, verter diez y ocho litros en aquellos a

quienes enseña. La diferencia se basa en el esfuerzo que el maestro ponga en asegurarse de que la lección se puede aplicar a la problemática actual del alumno.

Supongamos que la lección trata sobre las bienaventuranzas, y el objetivo primordial es enseñar en cuanto a ellas. Utilizando la ya mencionada fórmula, el maestro puede agregar "PARA QUE" Y contar con el siguiente objetivo: Enseñar a los alumnos que las cosas que realmente valen la pena hay que ganarlas; que sus privilegios deben ser pagados por adelantado; y que las bendiciones, inclusive nuestra heredad del reino de los cielos, llegan únicamente a aquellos que lo merecen y que están preparados.

Una clase ruidosa

Permítanme describir la experiencia de un maestro que trataba de enseñar esa lección en particular. En una oportunidad, durante mis épocas de supervisor en el programa de seminarios, visité una clase. Era la última del día, esa clase en la que los adolescentes tienen la tendencia a estar un poco (más) inquietos. Después de un día de gran actividad, su nivel de azúcar en la sangre está seguramente bajo y se muestran, simplemente, inquietos y barulleros.

Siempre resulta fácil detectar una clase que ofrece ciertas dificultades, aun cuando uno esté en el pasillo. Se escuchaba, aunque apenas, la voz del maestro procurando lograr la atención de sus alumnos. Tanto alboroto había en ese salón que pude entrar y sentarme al fondo de la clase sin siquiera ser advertido por el maestro.

El curso que se enseñaba era sobre el Nuevo Testamento, y la lección del día estaba relacionada con las bienaventuranzas. El maestro estaba leyendo, sin levantar la vista, de un análisis por demás académico sobre las bienaventuranzas en el que parecía estar bien interesado. Sólo esporádicamente alzaba un tanto los ojos para echar una mirada rápida a algún alumno, El artículo del que leía estaba escrito en un lenguaje profesional y complejo y resultaba obvio que ninguno de los alumnos tenía mayor interés en él.

El maestro finalmente interrumpió su lectura cuando uno de los jóvenes casi se cae al suelo al tratar de pasar una nota a una jovencita sentada en la fila detrás de él. Con algo de irritación en su voz, el maestro dijo: "No estás contribuyendo para nada al mantenimiento del orden en la clase. ¿Acaso no piensas en otra cosa que no sea en las chicas?" "Sí" fue su respuesta, "también pienso en el básquetbol." Por supuesto que sus compañeros se lo festejaron.

Fue en ese momento que el maestro se dio cuenta de que yo estaba presente. Al notar la palidez de su rostro, me sentí incómodo de estar allí. Me presentó y me preguntó si quería decir algo a la clase. La verdad es que no tenía demasiado interés en seguir sentado detrás de ese grupo escuchando al maestro y a sus alumnos lanzarse torturas mutuas, por lo que con gusto accedí a su invitación.

La aplicación a lo actual

Teniendo una vez más presente que la lección era en cuanto a las bienaventuranzas, deben comprender que por alguna causa éstas no parecían ser

demasiado importantes para los jóvenes. Mirando al alumno que había causado el problema, dije: "Seguramente juegas al básquetbol". A lo cual respondió afirmativamente. "¿Cómo se te eligió para eso?" le pregunté, y me respondió que no había sido elegido, sino que el entrenador lo había seleccionado. "Ese no parece ser un sistema muy democrático que digamos, ¿no crees?". para lo cual no tuvo una respuesta.

Entonces empleé algo de tiempo para referirme a la importancia de vivir en un sistema democrático, recalcando que más bien deberíamos ser elegidos para integrar el equipo antes que simplemente señalados para ello. No transcurrieron muchos minutos hasta que todos estábamos tomando parte en un acalorado debate: los alumnos. por su parte, insistiendo en el hecho de que de esa forma no se podría contar con un buen equipo, No era cosa fácil integrar un equipo. No se trataba de algo fácil de lograr, sino de un privilegio que uno se tenía que ganar mediante arduo trabajo y práctica, así como por destreza personal. Discutimos el punto por espacio de algunos minutos y después cambiamos un tanto de tema para referirnos a otras cosas que encajaban dentro del mismo punto aunque no tan centrado en los deportes, a fin de que las jovencitas también tomaran parte en la discusión. Los resultados fueron idénticos. "¿Porqué no dejar todo librado al azar?" Tampoco estaban interesados en esa posibilidad y una vez más se lanzaron a la defensa del hecho de que uno tiene que pagar un precio, trabajar arduamente, ser responsable, practicar, etc.

Finalmente estuve de acuerdo con ellos. "En la vida," les dije, "hay muchas cosas que uno se debe ganar o simplemente no las conseguirá. El ganarlas a medias no es suficiente. ¿Sabían que el Señor hizo mención de eso? Hay algunas recompensas que El nos prometió, siempre y cuando nos las ganáramos."

Entonces nos referimos a las bienaventuranzas y les dimos lectura en forma detenida, todos prestando atención. Después dedicamos el resto del período de clase a analizarlas, concentrándonos en el significado que tienen en nuestra vida. En lo interesante del tema, el básquetbol y las otras actividades que habíamos discutido parecieron desvanecerse al igual que todo interés en crear desorden.

El ser "escogidos" para entrar en el reino de los cielos es semejante al ser "escogidos" para integrar un equipo titular de básquetbol o para pertenecer a un grupo determinado. En cuanto al reino de los cielos y a las bienaventuranzas, los jóvenes no saben ni entienden mucho, pero sí saben y entienden en cuanto a otras cosas que forman más parte de su diario vivir, por lo que es sumamente importante para todo maestro comenzar valiéndose de puntos de apoyo que les resulten familiares a los alumnos y después, con sumo cuidado, aplicarlos a lo que debe enseñar e inculcar.

Un maestro que conoce a los jóvenes y que enseña lecciones para que ellos puedan entenderlas puede impartir esa enseñanza en circunstancias que de otro modo ni serían consideradas.

Maestros vs. interferencias

Recuerdo una oportunidad en que visité una clase de seminarios en Pocatello, Idaho. La maestra era una hermana de apellido Heaps. La clase estaba reunida en un edificio nuevo, que contaba con amplias ventanas a los costados del salón, por las cuales los alumnos podían observar lo que sucedía afuera.

En la acera de enfrente, se procedía a derrumbar un edificio con una voluminosa pesa de plomo ajustada al extremo de una grúa. Estando yo sentado al fondo del salón, pensaba en cuán molesto resultaba el ruido proveniente de la calle y cuánto estaría interfiriendo con la concentración de la maestra y de sus alumnos.

Estaba pensando en eso cuando de pronto me di cuenta de que yo era el único entregado a tal contemplación. La hermana Heaps había captado de tal forma la atención de la clase que ni uno solo de sus alumnos estaba prestando la más mínima atención a lo que sucedía al otro lado de la calle.

Tal incidente se transformó, para mí, en una vívida demostración de lo que se puede lograr cuando se tiene habilidad para enseñar, y por el resto de ese período de clase, me sentí cautivado por una maestra frente a un grupo de alumnos enormemente interesados en su lección. La demolición al otro lado de la calle no constituía la más mínima interferencia para ella, pues estaba simplemente alimentando a sus alumnos.

En 1938 un grupo de maestros de seminarios e institutos de la Iglesia se reunió en una localidad cercana a Provo, Utah, como parte de una actividad del cuerpo docente durante las vacaciones de verano. El presidente J. Reuben Clark, hijo, se refirió al tema de "La trayectoria de la Iglesia en la educación", y dio comienzo a su discurso refiriéndose a una experiencia que había tenido cuando cursaba la escuela primaria.

Indicó que Daniel Webster, famoso estadista norteamericano del siglo diecinueve "parecía invocar un procedimiento muy valioso para ocasiones en las que, tras navegar los mares o transitar por el desierto, debía hacerse todo esfuerzo posible para regresar al punto de partida." Entonces el presidente Clark estableció, en una declaración casi digna de las Sagradas Escrituras, los objetivos que debemos tener aquellos que enseñamos en la Iglesia.

"La Iglesia constituye el sacerdocio de Dios organizado; el sacerdocio puede existir sin la Iglesia, pero ésta no puede existir sin el sacerdocio. La misión de la Iglesia es, primeramente, enseñar, instar, ayudar y proteger al miembro en sus esfuerzos por vivir una vida perfecta, tanto temporal como espiritualmente, o como lo expresó el Maestro, conforme a los registros de las Escrituras: 'Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto'. En segundo lugar, el deber de la Iglesia es mantener, enseñar, instar y proteger a los miembros en forma colectiva en su aplicación del evangelio, tanto en lo temporal como en lo espiritual; tercero. Es responsabilidad de la Iglesia proclamar afanosamente la verdad, llamando a todos los hombres al arrepentimiento, y a que vivan en obediencia a los principios del evangelio, 'pues toda rodilla se doblará y toda lengua confesará'.

"En todas estas cosas encontramos para todos los miembros de la Iglesia dos elementos fundamentales que no pueden ser pasados por alto, ni olvidados, ni eclipsados, ni descartados:

"Primero: Que Jesucristo es el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre en la carne. el Creador del mundo, el Cordero de Dios, el Sacrificio por los pecados del mundo. el Expiador de la transgresión de Adán; que fue crucificado; que Su espíritu dejó el cuerpo; que murió; que fue puesto en el sepulcro; que en el tercer día Su espíritu retornó al cuerpo, el cual nuevamente cobró vida; que se levantó de la tumba como ser perfecto, los Primeros Frutos de la Resurrección; que más tarde ascendió al Padre; y que a causa de Su muerte y mediante Su resurrección todo ser nacido en este mundo, desde el comienzo, también resucitará. Esta doctrina es tan antigua como el mundo mismo.

Job declaró: 'Y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán. y no otro.' (Job 19:26,27.)

"El cuerpo resucitado es un cuerpo de carne y huesos y espíritu, por lo que Job estaba dando anuncio profético a una gran verdad eterna. Estos hechos tan positivos, y todos los demás que allí quedan implícitos, deben ser creídos en toda honestidad y en completa fe. por todo miembro de la Iglesia.

"El segundo de los dos elementos a los cuales debemos ofrecer nuestra más absoluta fe es: Que el Padre y el Hijo realmente y sin lugar a dudas se le aparecieron a José Smith en una visión en la arboleda; que tanto José como otros recibieron más tarde otras visiones celestiales; que el evangelio y el Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios fueron en verdad y por cierto restaurados a la tierra de la cual se habían quitado tras la apostasía de la Iglesia primitiva; que el Señor nuevamente organizó Su Iglesia mediante José Smith: que el Libro de Mormón no es otra cosa sino lo que profesa ser; que el Profeta recibió numerosas revelaciones conducentes a ofrecer guía, sostén, orden y ánimo a la Iglesia y a sus miembros; que los sucesores del Profeta, también llamados de Dios, han recibido las revelaciones que determinaron las necesidades de la Iglesia. y que continuarán recibiendo revelaciones en la medida que la Iglesia y sus miembros las necesiten, siempre que vivan conforme a la verdad que poseen; que ésta es en verdad La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días; y que sus fundamentos y creencias son aquellos que se especifican en los Artículos de Fe. También estos hechos, junto con todo lo demás allí implícito o lo que de allí surge, deben permanecer, sin adulteración, sin modificación, sin pretexto, justificación ni anulación; ni pueden ser dilucidados ni abolidos. Sin estas dos grandes creencias, la Iglesia dejaría de ser la Iglesia.

"Cualquier persona que no acepte la plenitud de estas doctrinas en cuanto a Jesús de Nazaret o en cuanto al evangelio restaurado y al Santo Sacerdocio, no puede llamarse un Santo de los Ultimos Días. Los cientos de miles de fieles hombres y mujeres. respetuosos de Dios, que conforman esta gran Iglesia, creen plenamente en estas cosas y apoyan a la Iglesia y a sus instituciones a causa de tal creencia.

"Me he referido a estos asuntos por considerarlos la latitud y longitud de la ubicación actual de la Iglesia, es decir, su posición doctrinal, tanto en este mundo como en la eternidad. Estando en conocimiento de nuestra verdadera ubicación, podemos cambiar nuestro rumbo si se hace necesario que lo cambiemos y establecernos un nuevo curso de acción. Aquí podemos recordar lo que declaró Pablo cuando dijo :

"Mas si aun nosotros. o un ángel del cielo. os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema" (Gálatas 1 :8).

Esta declaración del presidente Clark, hablando en nombre de la Primera Presidencia, constituye para mí un documento rector para los maestros en la Iglesia. Jamás transcurre más de un año sin que vuelva yo a leerla con sumo cuidado. Todo maestro en la Iglesia debería leerla en su totalidad, pues lo que acabo de citar es apenas una parte del texto completo; por considerarla tan importante, incluiré su sermón en forma completa en el apéndice de esta obra.

Ruego que cada uno de nosotros, como padres y maestros en la Iglesia, sigamos el buen consejo y la sabiduría que en ese documento se incluyen a fin de mejorar nuestra enseñanza de los principios del evangelio.

* Carol Lynn Pearson, *The Search* (Provo, Utah: Trilogy Arts, 1970), p.29.
(Traducción libre.)

La disciplina

DISCIPLINAR, v.i. Sujetar a disciplinar. En su uso primario. instruir, educar, capacitar; en su uso más contemporáneo, orientar hacia una conducta, generar subordinación; tener bajo control.

La palabra *disciplina* proviene del término *discípulo*, que quiere decir alumno o estudiante. También significa seguidor, más particularmente, seguidor de Jesucristo. Tanto el Nuevo Testamento como el Libro de Mormón hacen referencia a Sus "discípulos". Al referirnos a la disciplina empleada por un maestro, lo haremos dentro del siguiente contexto: "aquellos hechos que hacen que una persona se transforme en un discípulo o seguidor, en una forma indirecta del maestro, pero particularmente de Jesucristo."

La prevención es la base de la disciplina

Durante los años que tuve la tarea de supervisar maestros, había una cosa que realmente me llamaba la atención, y era la falta de habilidad que tenían la mayoría de los mejores maestros -a quienes comúnmente se les calificaba de excelentes- para explicar cómo resolver problemas relacionados con la disciplina. De vez en cuando preguntaba: "Tenemos un maestro que está experimentando tremenda dificultad. Su clase prácticamente se está viniendo abajo. ¿Qué sugieren que debería hacer?" La pregunta generaba casi siempre respuestas inconclusas, aun de parte de los mejores maestros.

Al principio me asombraba. Sin embargo, pronto comprendí que los maestros no sabían cómo *corregir* tales problemas; su único conocimiento estaba en cómo *prevenirlos*. Se valían de procedimientos que evitaban que tales cosas sucedieran, y las situaciones se mantenían por lo general bajo control. Aun cuando estos maestros tenían sus días buenos y sus días malos, y a veces días terribles, los tomaban como incidentes y no como constantes en su enseñanza. La prevención es la base de la disciplina.

El establecer un buen comienzo es importantísimo; constituye ganar la mitad de la batalla. Si el maestro, desde el comienzo mismo, emplea la disciplina en forma constante, sin duda logrará el éxito con su clase.

El silencio

Los procedimientos comunes de disciplina son los más eficaces. Tomemos como ejemplo el silencio. Establezca la regla de que cuando alguien está hablando sin permiso en el salón de clase, usted dejará de hablar. Simplemente no continuará su tema, sino hasta que el infractor se dé cuenta y deje de conversar. Por lo general eso no demanda mucho tiempo. Ni siquiera necesita mirar a la persona; simplemente mire hacia el piso o haga una pausa evidente y aguarde por un momento. Generalmente lleva unos pocos segundos, aun cuando parezca una eternidad.

En el capítulo 16, en el que hablamos sobre aquellas cosas en las que nos parecemos, hicimos referencia al incidente registrado en el capítulo octavo de Juan en el que una mujer llevada ante Jesús había sido acusada de adulterio. Parece ser que el Señor ni siquiera la miró, sino que bajó la cabeza y comenzó a escribir en la tierra, como para que fuera la conciencia de los acusadores, y no Su mirada penetrante, lo que les condenara. No pronunció palabra. Finalmente, cuando continuaban preguntándole, les dijo: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella." (Juan 8:7.)

Los novatos en la función de maestros parecen temer al silencio, por lo que deberían practicar. Una vez que prueben sus beneficios, eso será lo único que tendrán que hacer cuando se presente una situación similar.

Habrán ocasiones en que tendrá que detenerse en medio de una frase sin siquiera

.....

Mejor aún, puede detenerse en medio de una pala.....

Esta técnica, el simple uso del silencio, puede emplearse en el salón de clase, en reuniones y hasta en consejos. También en el hogar se puede utilizar. Sería aconsejable que los padres la tuvieran presente como regla: cuando alguien se pone a hablar indebidamente, sobre todo cuando se interrumpe algo importante, sencillamente se apela al silencio.

Otro valor que hasta el momento no hemos mencionado es que tal vez lo que se esté diciendo realmente valga la pena escucharse. Puede que hasta sea lo más importante que el maestro oiga ese día. Si la jornada termina sin que haya aprendido algo, es porque no enseñó. Tanto en el salón de clase como en el hogar, el maestro aprende de sus alumnos, y los padres de sus hijos.

¿Qué hace si el método del silencio no da buenos resultados? Un maestro poco sabio seguramente empleará la medida de una corrección verbal directa parecida a ésta: "Juan, te agradecería que dejaras de hablar para que pudiéramos continuar con la lección." ¡Grave error!

Mientras menos llame a una persona por nombre en el salón de clase para corregirle verbalmente en frente del grupo, mejores resultados obtendrá. Si usted está bien al corriente de la situación, tal vez se dé cuenta de que Juan está pasando por grandes problemas de orden personal y únicamente está tratando de acaparar la atención. Para él será más que satisfactorio si usted le señala diciendo: "Juan, ...", pues así alguien le habrá reconocido y tal vez ésa sea la única atención que reciba. Al emplear este tipo de "corrección", el alumno indisciplinado estará recibiendo gratificación y sus acciones volverán a repetirse. De manera que existe una mejor forma de lograr disciplina en la clase.

Si el silencio no surte efecto, el maestro puede hacer un comentario como: "Hay alguien en la clase que no me está ayudando demasiado." Ni siquiera necesita mirar al infractor; los demás alumnos lo harán en su lugar. De ese modo son los compañeros quienes ejercen presión y no usted. Hay veces en que los jóvenes mismos identifican y hasta corrigen a quien está creando desorden. (Ya hablaremos más en cuanto a la influencia de los compañeros del grupo en un capítulo posterior).

Este método es, además, sumamente diplomático, pues puede ocurrir que el alumno más sobresaliente de la clase se sienta tan dichoso por algo que simplemente tenga que compartirlo con sus compañeros. Es posible que se trate de entusiasmo

inocente más que de indisciplina. Si usted enfoca el problema de una forma indirecta, el Alumno tendrá la oportunidad de dar un paso atrás y corregirse sin necesidad de pasar por la vergüenza que supone el que se le llame la atención delante de todos sus compañeros.

Es más fácil prevenir que curar

El maestro bien ubicado jamás reaccionará desmedidamente. En principio se valdrá de corteses elementos de disciplina para luego, si es necesario, apelar a otros un tanto más estrictos y persuasivos. De hecho no es que sean más persuasivos. Los más persuasivos, los que dan mejores resultados, son los más calmos de los que ya hemos hablado.

El maestro sabio no tratará de matar una mosca con un martillo ni procurará ajustar un reloj de muñeca con un formón de hierro. Simplemente ganará control de la clase desde el principio para después mantenerlo. Es desde todo punto de vista más fácil mantener el control que procurarlo después de habersele escapado las riendas.

Todo maestro, supongo, se enfrenta de vez en cuando a problemitas con algún alumno. Hay veces que tontamente apelará al uso de artillería pesada cuando en realidad lo único que necesita para ganar la batalla es un arma de bolsillo. Hay veces que se lanzará a la carga con toda su caballería cuando todo se hubiera arreglado con mandar un par de soldados a explorar el terreno.

La mayoría de las situaciones pueden controlarse con un simple gesto. Si el gesto no funciona, el maestro siempre puede aplicar algo un poco más estricto. Por otro lado, si comienza por disparar con su artillería, poco es lo que quedará por hacer, si sus alumnos no responden favorablemente.

Si ante el primer síntoma de indisciplina el maestro dispara con su cañón de veinte milímetros, entonces el enfrentamiento violento será irremediable y le resultará sumamente difícil saber qué hacer cuando las cosas realmente se salgan del cauce correcto. Los alumnos estarán ya acostumbrados al fuego intenso de los cañones y se volverán inmunes y terminarán por no darle la más mínima importancia.

Hace algunos años tuve una experiencia con uno de nuestros hijos que me enseñó a no reaccionar desmedidamente.

No lo sabía

Cuando nuestro hijo mayor era apenas un niño, se me acercó un día y en medio de una conversación empleó una mala palabra. Más que una mala palabra, era en verdad obscena. Siempre me alegro de no haberle dado una bofetada o de no haberle disciplinado en una forma que jamás hubiera olvidado.

Afortunadamente le dije: "Caramba, ¿dónde escuchaste esa palabra?" Me dijo que la había escuchado de uno de los muchachos del vecindario. "Es una palabra muy fea", le dije. Entonces levantó los ojos y con suma inocencia y lleno de sorpresa me dijo: "¿De veras que es fea? No lo sabía." Y en verdad *no lo sabía*.

Eso me dio la oportunidad de explicarle calmadamente no sólo lo que esa palabra quería decir, sino otras parecidas. Me escuchó atentamente todo lo que le dije. Desde entonces, jamás le escuché utilizar lenguaje profano. Ahora es él quien le enseña lo mismo a sus propios hijos.

Hay una cierta cortesía que todo maestro debe emplear al disciplinar. Tal vez esto pueda ser mejor ilustrado hablando de los padres. A menudo resulta difícil esperar hasta estar a solas para disciplinar. Tanto un maestro como un padre debe recordar que el reaccionar desmedidamente no hace más que empeorar las cosas.

En una oportunidad, un tal hermano Van Valkenberg vino a nuestra finca a herrar un caballo. Llevamos al animal hasta el frente de la casa. Por supuesto que todos los niños se agolparon para ver lo que sucedía y hasta algunos vecinos se sintieron atraídos por el hecho. Era un día caluroso, el caballo no estaba muy dispuesto a colaborar y el hermano Van Valkenberg transpiraba profusamente. Uno de nuestros hijos le preguntó si le gustaba herrar caballos a lo cual respondió que sí. "Pero es un trabajo de 'infierno' (en el idioma inglés este término tiene una doble connotación, siendo una de ellas bastante vulgar) ¿no es así?" preguntó mi hijo.

Fue una situación un tanto tirante. Yo, Autoridad General, rodeado por mi familia y algunos vecinos. Me las ingenié para toser y aclararme la garganta y en voz baja le hice saber al muchachito que más tarde tendríamos algo de que conversar, inmediatamente cambiamos el tema y pasamos a referirnos a otro aspecto de la tarea de herrar caballos.

Es siempre conveniente que los niños entiendan sin lugar a dudas la razón por la que son regañados y disciplinados. De vez en cuando ejercemos disciplina cuando ha habido una infracción a ciertas reglas sin que el niño sepa exactamente la gravedad de lo que ha hecho. El, a su vez, puede llegar a interpretar eso como un tipo de persecución. Creo que es muy saludable que exista una buena conversación a fin de que el niño comprenda la razón por la que está siendo sancionado. Los padres que se ajustan a esta regla a menudo se sorprenden cuando los hijos, sin vacilar, no sólo entienden sino que admiten merecer las consecuencias.

Uno de nuestros hijos posee una picardía natural asombrosa. Cuando pequeño, ese sentido tan particular del humor le acompañaba constantemente. En una ocasión al llegar a casa, supe que se había quebrantado cierta regla de disciplina familiar. Las evidencias eran por demás claras, por lo que inmediatamente apliqué la sanción. El jovencito alegó ser inocente, pero a mí no me cabía duda de que era culpable, pues el hecho llevaba la firma de su típica conducta.

Esa noche me enteré de que en verdad era inocente, por lo que fui hasta su habitación y me disculpé. Le dije cuánto lo sentía y le pedí que me perdonara. Entonces le enseñé otra lección. Le dije: "Hijo, espero que entiendas lo que te voy a decir. La vida nos enfrenta a menudo a situaciones como ésta que ponen sobre nosotros juicios que tal vez no merezcamos. Si uno no es lo suficientemente maduro como para aceptar algunas de estas circunstancias en la vida, le espera un arduo camino por recorrer. Así que, no debe preocuparte cuántas veces seas mal juzgado, sino el no herir ni ofender a nadie."

Cuando enseñaba en el programa de seminarios, solía dar comienzo al primer día de clase cada año con la siguiente aclaración. "En esta clase no existen los 'tenemos que' ". Siempre que uno de los alumnos preguntaba: "Hermano Packer, ¿tenemos que hacer esto o aquello?" tenía yo la oportunidad de responder: "En esta clase no existen

los 'tenemos que'. Ustedes no *tienen que* venir a clase. Si vienen, no *tienen que* hacerla en hora. Si llegan en hora, una vez que están aquí no *tienen que* estudiar ni siquiera escuchar". Entonces agregaba un muy enfático. "¡Pero si no lo hacen...!"

La debida reacción

Dispongo de una regla que yo mismo me he fijado y que siempre he tratado de seguir. La regla es ésta: Nunca corregir un problema serio reaccionando ante el incidente que me enfrenta a ese problema.

Cuando serví como presidente de misión, uno de los misioneros me llamó un día para solicitar permiso para interpretar la marcha nupcial en una boda en una de nuestras capillas. Había dos cosas en cuanto a ese pedido que estaban fuera de lugar. Una, que no estamos muy de acuerdo con bodas de las más comunes para la sociedad llevadas a cabo en nuestras capillas, con pompas tales como velas y marchas nupciales. En segundo lugar, un misionero es un misionero y debe en todo momento estar entregado a su ministerio. Así que no le concedí autorización a su pedido.

No transcurrió mucho tiempo sin que la apesadumbrada madre de uno de los novios llamara a mi oficina explicando que la boda se llevaría a cabo en apenas un par de días y que ya tenían todo programado para que el misionero se hiciera cargo de la música, agregando que no sabía lo que haría sin su participación.

Fue entonces que comprendí que no me había ceñido a mi regla, por lo que autoricé al misionero para que interpretara la música en la boda y todo salió muy bien.

Pocas semanas más tarde e independientemente del incidente, di instrucciones específicas en cuanto al asunto. Todas las bodas que se planearan a partir de ese momento podrían ajustarse a las pautas aprobadas. También los misioneros recibieron instrucciones en el sentido de que debían centrar toda su atención en la misión que estaban cumpliendo.

Cuando uno desea controlar la conducta de otras personas y corregir ciertos aspectos de carácter, es imperioso que disponga de buenas razones para hacer algo al respecto en contraste con no hacer absolutamente nada. Siempre tiene que existir una muy buena razón para hacer algo inmediatamente en vez de hacer algo más adelante, cuando los ánimos y la situación estén más calmas.

El principio de la negligencia filosóficamente calculada supone un procedimiento saludable en el establecimiento de la disciplina.

Recuerdo el caso de un misionero que padecía varias deformidades físicas. Era víctima de un tremendo complejo y era muy retraído, particularmente cuando estaba en presencia de jovencitas. Le hice examinar por varios médicos. Después le escribí a un amigo mío y le dije que necesitaba una cantidad bastante grande de dinero. En seguida me envió un cheque con la única condición de que jamás se supiera quién había donado el dinero. Con la ayuda de varios expertos médicos, se corrigieron las deformidades y el misionero vio su apariencia transformada. Inmediatamente cambió su personalidad.

Entonces comencé a recibir informes de que este joven estaba quebrantando ciertas reglas de la misión. No les presté demasiada atención. Pocas semanas más tarde el problema hizo crisis cuando mis asistentes me informaron de que en una

conferencia de estaca el misionero en cuestión había dejado a su compañero y se había ido a sentar en la parte superior del salón junto a una jovencita. También dijeron que no se trataba del primer incidente de este tipo, ya que otras veces había dejado a su compañero para irse a conversar con esa misma joven.

El informe no me alteró y poco después mis asistentes vinieron a mi oficina con algo parecido a un reproche. "No es justo", me manifestaron. "Parecería que este misionero se puede salir con las suyas en cualquier cosa y usted no hace nada al respecto. Generalmente usted tomaría medidas inmediatas si le informaran de un misionero que deja a su compañero para sociabilizar con una joven. Pero en este caso no hace nada. ¿Por qué?"

Tuvimos un intercambio y análisis bastante prolongado antes de que entendieran que realmente estaba haciendo mucho en cuanto al asunto. Estaba simplemente aplicando negligencia filosóficamente calculada. Les dije que cuando llegara el momento preciso, o el misionero se daría cuenta por sí mismo de su irregularidad y volvería a ajustarse a las reglas de la misión o sería confrontado con la realidad y se le pediría que cumpliera con esas reglas, pero ese "pedido" se haría con suma delicadeza.

Al poco tiempo, cuando se dio cuenta de que su transformación era permanente y de que tendría tiempo de sobra para todas esas cosas de las que se había aislado durante esos años anteriores, el élder volvió a ser un misionero. Durante ese lapso en que transgredió algunas de las reglas, tuvimos que ejercer cierta fe para confiar en que no sería desmedido al punto tal de meterse en problemas tan serios que hubieran demandado la aplicación de una pena severa. Así que, mi fe en él fue justificada.

Repito y hago hincapié en el hecho de que muchas cosas pequeñas surten mucho mejor efecto que una grande cuando se trata de disciplinar. El disciplinar supone un esfuerzo constante –muchas escaramuzas pero pocas batallas. Si tanto el padre como el maestro se ajustan constantemente a las cosas pequeñas, las más grandes se verán resueltas por sí solas.

El poder de una mirada

Cuando se trata de controlar a un niño o a toda una clase, una mirada tiene mucho más peso que una vara. En los ojos contamos con todos los elementos necesarios para comunicarnos: Compasión, afecto, ternura, severidad, autoridad todo eso se puede transmitir en una mirada. Una mirada directa, firme, penetrante, ha servido ininidad de veces para llamar la atención a un alumno en clase, interrumpiendo conversaciones que bien pueden continuarse más tarde en un lugar más apropiado. El maestro que está alerta y que es sensible puede disciplinar a un alumno más eficazmente con los ojos que lo que el maestro precipitado podrá hacerla mediante acusaciones o ultimátums o presiones de todo tipo.

Los ojos del maestro atento se movilizan constantemente, de un extremo al otro del salón de clase, captando cada movimiento, grabando expresiones, reaccionando prestamente ante síntomas de falta de interés o confusión. Con la mirada se puede leer rápidamente la expresión del alumno que no ha comprendido y también percibir en el momento cuando otro sí entendió. Del mismo modo que el director de una sinfónica controla un numeroso y complejo grupo de personas, aun sin hablar, también el maestro experto dirige el desarrollo de una clase mediante gestos, inflexiones en la voz, expresiones y, lo más importante de todo, por medio de la mirada.

Gran parte de nuestra comunicación se registra en la mirada. Uno puede mirar a una persona y comunicar algo sin pronunciar palabra. El maestro debe valerse de este poderoso medio en forma constante. Una manera de sacar mayor provecho de esta técnica didáctica está en la disposición de las sillas en el salón de clase.

El salón largo

En una oportunidad visité un maestro de seminario seriamente enfrentado con problemas de disciplina. Advertí que enseñaba en un edificio antiguo bastante remodelado en un salón largo y angosto que no había sido diseñado con fines de utilizársele como un aula. La pizarra estaba contra una de las paredes laterales. Las sillas se extendían hacia los costados en tres filas de aproximadamente doce sillas cada una, haciendo que los alumnos quedaran mirando hacia la pizarra. Los que se sentaban en los extremos podían ver la pizarra pero en forma oblicua. Por cierto que el maestro no podía observar a todos los alumnos al mismo tiempo, sino que tenía que comenzar por uno de los extremos del salón y desplazar su mirada o caminar de un lado al otro mientras hablaba. Nunca tenía una visión de más de un tercio de su clase al mismo tiempo.

El primer paso tendiente a solucionar el problema de disciplina era evidentemente cambiar la disposición de las sillas a fin de que estuvieran a lo largo del salón en vez de a lo ancho. De ese modo, se contaría con cuatro filas de nueve sillas cada una. La pizarra se cambió para uno de los extremos del salón, lo que le permitiría observar a todos los alumnos al mismo tiempo. Ese simple cambio ayudó a solucionar el problema de la disciplina.

La debida reacción

Dispongo de una regla que yo mismo me he fijado y que siempre he tratado de seguir, La regla es ésta: Nunca corregir un problema serio reaccionando ante el incidente que me enfrenta a ese problema.

Cuando serví como presidente de misión, uno de los misioneros me llamó un día para solicitar permiso para interpretar la marcha nupcial en una boda en una de nuestras capillas. Había dos cosas en cuanto a ese pedido que estaban fuera de lugar. Una, que no estamos muy de acuerdo con bodas de las más comunes para la sociedad llevadas a cabo en nuestras capillas, con pompas tales como velas y marchas nupciales. En segundo lugar, un misionero es un misionero y debe en todo momento estar entregado a su ministerio. Así que no le concedí autorización a su pedido.

No transcurrió mucho tiempo sin que la apesadumbrada madre de uno de los novios llamara a mi oficina explicando que la boda se llevaría a cabo en apenas un par de días y que ya tenían todo programado para que el misionero se hiciera cargo de la música, agregando que no sabía lo que haría sin su participación.

Fue entonces que comprendí que no me había ceñido a mi regla, por lo que autoricé al misionero para que interpretara la música en la boda, y todo salió muy bien.

Pocas semanas más tarde e independientemente del incidente, di instrucciones específicas en cuanto al asunto. Todas las bodas que se planearan a partir de ese momento podrían ajustarse a las pautas aprobadas. También los misioneros recibieron instrucciones en el sentido de que debían centrar toda su atención en la misión que estaban cumpliendo.

Cuando uno desea controlar la conducta de otras personas y corregir ciertos aspectos de carácter; es imperioso que disponga de buenas razones para hacer algo al respecto en contraste con no hacer absolutamente nada. Siempre tiene que existir una muy buena razón para hacer algo inmediatamente en vez de hacer algo más adelante, cuando los ánimos y la situación estén más calmas.

El principio de la negligencia filosóficamente calculada supone un procedimiento saludable en el establecimiento de la disciplina.

Recuerdo el caso de un misionero que padecía varias deformidades físicas. Era víctima de un tremendo complejo y era muy retraído, particularmente cuando estaba en presencia de jovencitas. Le hice examinar por varios médicos. Después le escribí a un amigo mío y le dije que necesitaba una cantidad bastante grande de dinero. En seguida me envió un cheque con la única condición de que jamás se supiera quién había donado el dinero. Con la ayuda de varios expertos médicos, se corrigieron las deformidades y el misionero vio su apariencia transformada. Inmediatamente cambió su personalidad.

Entonces comencé a recibir informes de que este joven estaba quebrantando ciertas reglas de la misión. No les presté demasiada atención. Pocas semanas más tarde el problema hizo crisis cuando mis asistentes me informaron de que en una conferencia de estaca el misionero en cuestión había dejado a su compañero y se había ido a sentar en la parte superior del salón junto a una jovencita. También dijeron que no se trataba del primer incidente de este tipo, ya que otras veces había dejado a su compañero para irse a conversar con esa misma joven.

El informe no me alteró y poco después mis asistentes vinieron a mi oficina con algo parecido a un reproche. "No es justo", me manifestaron. "Parecería que este misionero se puede salir con las suyas en cualquier cosa y usted no hace nada al respecto. Generalmente usted tomaría medidas inmediatas si le informaran de un misionero que deja a su compañero para sociabilizar con una joven. Pero en este caso no hace nada. ¿Por qué?"

Tuvimos un intercambio y análisis bastante prolongado antes de que entendieran que realmente estaba haciendo mucho en cuanto al asunto. Estaba simplemente aplicando negligencia filosóficamente calculada. Les dije que cuando llegara el momento preciso, o el misionero se daría cuenta por sí mismo de su irregularidad y volvería a ajustarse a las reglas de la misión o sería confrontado con la realidad y se le pediría que cumpliera con esas reglas, pero ese "pedido" se haría con suma delicadeza.

Al poco tiempo, cuando se dio cuenta de que su transformación era permanente y de que tendría tiempo de sobra para todas esas cosas de las que se había aislado durante esos años anteriores, el élder volvió a ser un misionero. Durante ese lapso en que transgredió algunas de las reglas, tuvimos que ejercer cierta fe para confiar en que no sería desmedido al punto tal de meterse en problemas tan serios que hubieran demandado la aplicación de una pena severa. Así que, mi fe en él fue justificada.

Repito y hago hincapié en el hecho de que muchas cosas pequeñas surten mucho mejor efecto que una grande cuando se trata de disciplinar. El disciplinar supone un esfuerzo constante -muchas escaramuzas pero pocas batallas. Si tanto el padre como el maestro se ajustan constantemente a las cosas pequeñas, las más grandes se verán resueltas por sí solas.

He notado que en muchos de los edificios de la Iglesia, particularmente en los salones de la Sociedad de Socorro, la pizarra está ubicada en la pared lateral con las sillas formando un semicírculo o en dos o tres filas largas de frente a esa pared, lo cual dificulta a mi criterio, la posibilidad de enseñar eficazmente.

A menudo, cuando tengo que llevar a cabo una reunión de capacitación en uno de tales salones, pido al grupo que me ayude a acomodar las sillas de otra forma, colocando una pizarra portátil en el extremo angosto del salón, para poder dirigirles la palabra desde ese lugar. De ese modo tengo a los presentes de frente y todos ellos pueden ver la pizarra sin problemas, aun cuando algunos de ellos puedan estar un poco más alejados de ella de lo que estarían de la otra forma.

En lo que me es personal, no me convence mucho la informalidad en lo que tiene que ver con la manera de disponer las sillas en el salón de clase. El poner a los alumnos sentados en semicírculo o de manera tal que el ambiente sea informal y "cómodo" supone una invitación a que el grupo se comporte de esa misma manera. Personalmente sostengo que el disponer las sillas de una manera formal y al mismo tiempo adoptar un método de enseñanza que permita cierta flexibilidad, es mucho mejor. Como maestro no me desempeño como desearía si tengo que estar sentado o de pie en medio de un semicírculo, sin poder mirar a todo el grupo al mismo tiempo. Hay quienes pueden ejercer un buen control de la clase de ese modo, pero en mi caso, es esencial disponer de formalidad en ese aspecto a fin de establecer la disciplina que considero necesaria.

El pasillo

Hay otro aspecto que el maestro debe tener siempre presente. El lugar de donde mejor puede un alumno captar la enseñanza del maestro es bien frente a él, directamente frente a la pizarra o frente al púlpito. Cuán errados estamos en algunos de nuestros salones de clase cuando disponemos las sillas de tal forma que el pasillo queda en el medio del salón. Ello significa que el mejor foco de la enseñanza que impartimos lo empleamos para caminar. En una capilla amplia, este aspecto no resultará tan crítico siempre que el orador o el maestro esté en el estrado, a un nivel más alto de quienes le escuchan. Sin embargo, en un salón de clase, estaremos desperdiciando el foco más importante de todo lo que enseñamos si formamos un pasillo en el centro del salón, espacio en el cual bien podrían sentarse algunos alumnos para poder ver y ser vistos mejor por el maestro o el orador.

Lo que nuestra vista capta es de suma importancia

Además de dar muestras de orden en cuanto a su disposición, el salón de clase debe estar siempre bien arreglado y pulcro. Generalmente se tiene la tendencia a observar buena conducta cuando se está en un ambiente de orden. El maestro puede crear una atmósfera acogedora colgando láminas o fotografías en las paredes, arreglando los libros que tiene sobre su escritorio, etc. No es mucho lo que se contribuye a mantener una buena disciplina cuando en un rincón del salón hay una pila de libros o manuales viejos, o un telón de una obra de teatro enrollado y apoyado contra una pared u otro sinnúmero de cosas que deberían estar guardadas en armarios y no prácticamente tiradas en un salón de clases. Realmente vale la pena esforzarse por ver que ese lugar que sirve de centro de enseñanza esté lo más ordenado posible. Este principio también se aplica a nuestros hogares.

Hace ya unos cuantos años. se asignó un maestro de seminario a una pequeña comunidad agrícola en una zona suburbana. Se trataba de una pequeña escuela secundaria. El local donde se impartían las clases de seminario no era más que un edificio abandonado de un solo salón. Todos los maestros que eran asignados a esa comunidad no duraban mucho en ella, pues los alumnos se encargaban de que así fuera. La pequeña escuela secundaria era famosa por su falta de disciplina, no siendo el programa de seminarios para nada diferente.

Este nuevo maestro llegó al lugar a comienzos del verano. Estaba perfectamente al tanto del problema y se estableció la meta de solucionarlo. La primera medida que tomó fue limpiar el edificio lo mejor posible y darle una mano de pintura. No se disponía de la suficiente cantidad de dinero para comprar mobiliario nuevo, pero preparó la tierra alrededor del edificio y plantó petunias.

A la llegada del otoño, cuando los alumnos volvieron a clase, vieron que el edificio estaba pintado de blanco y tenía flores todo a su alrededor. El maestro también había hecho todo lo que estaba a su alcance para que el interior del edificio fuera acogedor. Por cierto que había transformado el lugar. En el transcurso del año hizo otra cosa que tal vez a otros no se les hubiera ocurrido hacer: compró un canario y lo colocó en una jaula, la cual colgó en el salón de clase. Se trataba de otro pequeño detalle que añadía un toque tanto especial como necesario.

Este maestro enseñó en ese lugar por mucho tiempo y cada año hizo alguna mejora. Fue un factor influyente en la vida de todos los jóvenes a quienes enseñó, y el edificio fue un ejemplo que pronto comenzó a influir también en los hogares y en otros edificios de la pequeña comunidad. Construyó un pequeño invernadero y con los alumnos enviaba brotes de flores a sus familias. Hasta el día de hoy se le recuerda no sólo en esa comunidad sino en todo lugar a donde sus alumnos se mudaron en el curso de los años.

Cuando usted, como padre o como maestro, necesite disciplinar a alguien, recuerde que en la mirada hay mucha más fuerza que en una vara, mucho más vigor que en un grito, mucha más persuasión que en una reprimenda verbal.

Los ultimátums

En algunas ocasiones los maestros y los padres se meten en aprietos al emitir ultimátums. "Si no haces esto, haré tal o cual cosa." "Si lo haces, yo haré esto o aquello." A menudo somos un tanto impulsivos y nos aventuramos a hacer declaraciones, a lanzar amenazas o a dar ultimátums que jamás llegarán a cristalizarse.

Por ejemplo, la advertencia "Si no guarda el orden, le echaré del salón de clase" coloca al maestro entre la espada y la pared. Si el infractor no reacciona favorablemente, el cumplir con lo que le fue advertido puede no resultar del todo sabio. Si un maestro da un ultimátum apresurado a su clase (o un padre o madre a sus hijos), tendrá, tal vez, un par de opciones: Puede llevar a cabo lo prometido y así perder el respeto de sus alumnos, o no cumplir con el ultimátum y también perder ese respeto.

El dar ultimátums es desde todo punto de vista insensato. Si uno se va a aventurar a hacer declaraciones, debe asegurarse de que sean lo más vagas posibles. Límitese a hacer referencia a medidas que sirvan para obtener la cooperación necesaria, y así no se verá forzado a cubrir las apariencias teniendo que tomar otras que no conduzcan a nada positivo. Es importante tener eso siempre en cuenta tanto en la función de maestro como en la de padre o madre.

Resulta por lo general mucho mejor que un maestro enfrente un problema serio diciendo: "Roberto, quisiera hablar contigo más tarde." Siempre existe la posibilidad de que haya una justificación para la conducta del alumno. Cuando hable con él a solas, bien puede ser que el maestro aprenda una valiosa lección del joven.

A pesar de que las causas determinantes de reprimenda ocurren generalmente en público -o sea, en el salón de clase o en una situación familiar- las medidas disciplinarias pueden ejecutarse mucho mejor en privado.

Es importante que el maestro tenga presente que ese alumno que tan a menudo crea problemas de disciplina con frecuencia está simplemente tratando de llamar la atención. Usted tendrá mucho más éxito con ese tipo de alumno cuando las medidas disciplinarias que tome no sean definitivas. Ya hemos mencionado que no debe llamársele la atención en clase en forma directa y tajante. He aquí algunas medidas que se pueden tomar, de ser posible, en este orden:

1. Deténgase en lo que está diciendo y no hable por un momento.
2. Haga notar, sin señalar ni referirse a nadie en particular, que "alguien" en la clase no está cooperando.
3. Mire a ese "alguien" sin pronunciar palabra. (Si por último decide nombrarle, es bueno que sepa que estará abriendo las puertas a un conflicto mayúsculo del cual, en términos generales, es el maestro y no el alumno el que sale perdiendo.)

El castigo indefinido

El maestro debe aplicar toda su sabiduría en la elección de amenazas a fin de obtener la colaboración de la clase. Por ejemplo, si dice: "Roberto, si no te comportas como es debido, llamaré a tu padre", es posible que eso no represente la más mínima amenaza para Roberto. Tal vez el joven sepa que a su padre no le importa.

Es mucho mejor decir: "Si continúas comportándote de este modo, lamentaré enormemente las medidas que me veré obligado a tomar." Ante tal situación, el alumno prácticamente "inventa" en su mente el tipo de castigo que se le aplicará. Por lo general se imaginará algo lo suficientemente serio como para querer cambiar su conducta. Sea cual fuere el castigo que decida y exprese, por lo general no resultará tan enérgico como el mantenerse indefinido en lo que se refiere a la pena o sanción. Algo expresado en forma general, que tenga que ver con una acción vaga e indefinida, es mucho más eficaz en el cambio de conducta que cualquier amenaza expresada con nombre y apellido.

El alumno sabelotodo

Hay otro tipo de alumno que debemos analizar, aquel que es por demás comedido, el que quiere responder a todas las preguntas, el sabelotodo. Ese tipo de alumno es el que se mete en problemas con sus compañeros por creerse más listo e inteligente que los demás. Puede hasta transformarse en un dolor de cabeza para todos al monopolizar el tiempo, arrojando respuestas sin dar oportunidad a los demás de tan siquiera pensar. Fácilmente puede distraer la atención que el maestro debe a los demás alumnos que no saben las respuestas.

De hecho, el maestro tiene más obligación para con aquellos que no saben y que parecen no poder ingeniárselas por sí mismos que para con los demás.

Cuando me ha tocado un alumno así, le he llamado aparte, le he felicitado por sus conocimientos y le he dado una asignación especial. "Tu serás mi fuente de recursos", le decía. "Cuando haya agotado todas las posibilidades, tú me brindarás tu ayuda. Procuraré darles a los demás alumnos la oportunidad de responder. Sin embargo, si en alguna ocasión nos topamos con alguna pregunta que nadie pueda contestar, entonces tú me ayudarás; así que espero que sepas la respuesta."

Por lo general esta medida daba buenos resultados. El alumno se sentía orgulloso de su función anónima, pues se trataba de algo así como un acuerdo entre él y el maestro, sintiendo que me estaba ayudando a enseñar. Por todos los medios tal alumno procuraba no equivocarse para no quedar en ridículo ante sus compañeros cuando, como último recurso, le pedía que contestara una pregunta. Esta medida nunca pareció disminuir su entusiasmo hacia el estudio. Buscaba su ayuda lo suficientemente a menudo para satisfacer su afán de tomar parte. Esa satisfacción se magnificaba aún más, puesto que salía airoso después de que otros fallaban. A menudo le miraba sugestivamente y de vez en cuando le decía en privado: "Casi tuve que pedir tu colaboración para que se respondiera esa pregunta hoy en clase."

En otra parte de este libro analizaremos la importancia de aplicar humor en la enseñanza, pero quisiera decir algo muy breve en cuanto a su relación con la disciplina. A veces en medio de una situación tensa el maestro puede apelar al humor para aliviarla, como por ejemplo: "Carlos Martínez, si no dejas de conversar, no voy a tener más remedio que llamarte por tu nombre y dejarte en evidencia ante toda la

clase." Todos se ríen, inclusive Carlos Martínez, pero el efecto que ello causa por lo general es suficiente para superar el problema.

El maestro logrará más éxito si sus alumnos se dirigen a él en forma respetuosa. En la Iglesia se le llama "hermano" y no "señor". Sabe bien que los alumnos no necesitan un compinche ya que de esos tienen suficientes; lo que sí necesitan es un maestro, un consejero, un asesor. Necesitan a alguien que esté por encima de ellos y no a su mismo nivel. Esa distancia que existe entre el maestro y el alumno jamás desaparece a pesar de que el educador a menudo la acorta. Esa distancia, esa dignidad, le brinda seguridad contra cualquier tipo de traspaso de parte de sus alumnos. Nos referiremos más acerca de esto cuando hablemos del maestro como una ayuda visual.

Habrán momentos en una clase de Escuela Dominical, de seminario o en donde sea en que nos encontraremos con un alumno que desea atormentar al maestro y ser motivo de desorden en la clase. A menudo logrará su propósito formulando una pregunta totalmente fuera de lugar. Cuando esto acontezca, el maestro puede contrarrestarlo diciendo: "Trataremos ese asunto más adelante si tienes a bien recordármelo." El maestro también puede mirarle seriamente y decir: "Podemos, si quieres, discutir eso en privado, más tarde."

Este tipo de problema nos conduce al análisis de la influencia que ejercen los compañeros, lo cual bien vale la pena que se trate en un capítulo aparte.

Los compañeros

El maestro debe tener siempre presente la influencia tan poderosa que ejerce el grupo, o sea, los compañeros de clase. Los jóvenes viven pendientes de la manera de sentir y de actuar de sus amigos. Generalmente les preocupa más la crítica de que pueden ser objeto de parte de sus compañeros que las reprimendas que pueden recibir del maestro. Este es un elemento sumamente poderoso que el maestro bien puede emplear como aliado. En mi experiencia he notado que es una de las pocas cosas que da resultados favorables al trabajar con jóvenes indisciplinados. Si uno puede valerse de la presión que ejerce el grupo para lograr cosas buenas, contará con una valiosísima ayuda. Primeramente debe asegurarse de que la clase comprenda que el maestro tiene tanto interés por cada uno de los alumnos que jamás permitirá que nadie interfiera con lo que ellos están aprendiendo.

Si uno de los alumnos en la clase comienza a crear desorden y el maestro deja de hablar, a los pocos segundos los demás compañeros mirarán al transgresor y a menudo hasta le harán saber de alguna manera que lo que está haciendo no está bien, no sólo para con el maestro, sino también para con el resto de la clase.

La presión que ejerce el grupo es sumamente poderosa en lo que tiene que ver con la disciplina y en muchos casos contribuye a la transformación positiva de jóvenes que necesitan ayuda. Sin embargo, a menudo se utiliza esta influencia para lograr propósitos indignos.

“...en actitud de estar burlándose...”

Una de las mejores ilustraciones que nos ofrecen las Escrituras en cuanto a los serios efectos de la influencia ejercida por los compañeros se encuentra en el octavo capítulo de 1 Nefi, en donde Lehi relata el sueño que tuvo. Se trata de algo que vale la pena leer cuidadosamente. Lehi había, en sueños, viajado por un desierto oscuro y lúgubre por espacio de muchas horas y entonces, tras ferviente oración, llegó hasta un lugar espacioso y vio un árbol cuyo fruto era deseable para hacerlo a uno feliz.

Después de probar el fruto, comenzó a sentir deseos de que su familia también participara de él. Al mirar a su alrededor en busca de su familia, observó un río, una barra de hierro que se extendía a lo largo de él, Y un camino recto y angosto junto a la barra de hierro, el cual conducía hasta el árbol junto al cual Lehi se encontraba de pie. También vio a un grupo de gente apremiándose para llegar hasta el sendero, y surgió un vapor de tinieblas y muchas de esas personas se perdieron. Otras se adelantaron y se asieron al extremo de la barra y avanzaron hasta que llegaron y participaron del fruto del árbol.

Esto bien puede describir la condición de los miembros de la Iglesia. El sueño se repite en el capítulo 15 de 1 Nefi, donde Nefi define el árbol como una "representación del árbol de la vida". Advirtamos en esta visión lo que aconteció a aquellos que transitaron por el sendero recto y angosto, sujetados a la barra de hierro, después de abrirse paso por las tinieblas, alcanzando su meta y participando del fruto del árbol.

"Y después de haber comido del fruto, miraron en derredor de ellos, como si se hallasen avergonzados.

"Y yo también dirigí la mirada al derredor, y vi de la otra parte del río un edificio grande y espacioso que parecía erguirse en el aire, a gran altura de la tierra.

"Y estaba lleno de personas, tanto jóvenes como ancianas, hombres así como mujeres; y la ropa que vestían era excesivamente fina; y se hallaban en actitud de estar burlándose y señalando con el dedo a los que habían llegado hasta el fruto y estaban comiendo de él.

"Y después que hubieron probado el fruto, se avergonzaron a causa de los que se mofaban de ellos; y cayeron en senderos prohibidos y se perdieron" (1 Nefi 8:25-28).

Este relato ilustra con cuánta facilidad la gente cambiará de conducta para ganarse la aprobación de aquellos que le rodean. La mayoría de las personas, principalmente los jóvenes, rápidamente se ajustan a lo que ellos suponen que es la voluntad de la mayoría. El padre o el maestro sensato puede, a menudo, valerse de esta tendencia con fines justos. La mayoría de las actividades de la Iglesia están destinadas a lograr que nuestros jóvenes desarrollen vínculos de amistad con otros jóvenes que les servirán de buen ejemplo por vivir conforme a los principios de la justicia.

Sabemos de muchos medicamentos que están compuestos de sustancias que, empleadas de otra forma, pueden resultar nefastas, mientras que debidamente compuestas y administradas, pueden tener un efecto altamente saludable. La influencia que el grupo de compañeros surte sobre los jóvenes es comparable a tal efecto, y se le puede emplear con propósitos saludables tanto por parte de padres como de maestros sensatos.

Un milagro

Había en una clase de seminario una jovencita cuya conducta y apariencia dejaba mucho que desear y hasta causaba lástima. Traté de estimularla y hacerla sentirse parte del grupo. Presentía que la joven deseaba desesperadamente integrarse y actuar a la par de los demás. Sin embargo, cada vez que se le pedía que participara ofreciendo una oración o leyendo de las Escrituras, daba muestras de inseguridad y después se echaba a llorar y volvía a su asiento. Aunque algunos de sus compañeros le tenían algo de lástima, había otros en el grupo que a menudo eran groseros y despiadados con ella.

Esta jovencita casi nunca se arreglaba el cabello, su ropa dejaba bastante que desear y con frecuencia se ponía medias de diferentes pares, si es que se las ponía. Si llegaba a clase un tanto temprano, nadie se sentaba en las sillas que estaban a sus lados. Si llegaba a clase tarde, la única razón por la que podía sentarse junto a alguien era porque ya no había otras sillas vacías.

Sabía lo suficiente de ella como para entender la razón de sus problemas. Su madre era viuda y sus ingresos eran sumamente escasos.

Entre algunos de sus compañeros de clase se encontraban el presidente del estudiantado del colegio y la joven que había sido elegida reina de belleza. Además de ser jóvenes inteligentes y de apariencia física sumamente agraciada, eran poseedores de innumerables talentos y casi siempre estaban tomando parte en varias actividades.

Un día les llamé a mi oficina y les pregunté si estaban interesados en participar en un milagro, a lo cual me respondieron afirmativamente. Les dije que algunos milagros

requerían cierto tiempo antes de cristalizarse, pero que de todos modos eran milagros. Entonces hablamos un poco en cuanto a la jovencita en cuestión y les di las asignaciones. El joven que era presidente de los estudiantes debería sonreírle y dirigirle la palabra cada vez que la encontrara en los pasillos del colegio. Eso era todo. No tenía que invitarla a salir con él ni tampoco detenerse para hablar con ella. No estaba obligado a desarrollar una amistad con la joven ni a darle un tratamiento especial, -nada más saludarla y demostrar que lo hacía genuinamente.

La joven que había sido elegida reina de belleza aceptó la asignación de caminar junto a su compañera desde el edificio del colegio hasta el de seminarios, nada más. No estaba comprometida a incluirla en su círculo de amistades, sino a caminar con ella hasta la clase de seminarios todos los días. Simplemente debería apurarse para alcanzarla o caminar más despacio para que su compañera la alcanzara a ella y después tan sólo conversar de lo que fuera.

Los dos jóvenes se entregaron a sus asignaciones silenciosamente pero al mismo tiempo entusiastamente, sin decir palabra a nadie. El milagro no tardó en comenzar a cristalizarse. Un día advertí algo diferente en nuestra joven amiga. Me llevó casi todo el período de clase darme cuenta de qué se trataba, pero por fin me di cuenta. Ese día se había cepillado el cabello. ¡Todo un acontecimiento!

La transformación continuó durante los dos meses siguientes. Nuestra reina de belleza se mostró más amigable y conversaba con ella. Nunca podían caminar a solas, pues todas las amigas de la muchacha popular la seguían, por lo que automáticamente fue incluida en el grupo, y así la joven se veía, al menos por esos minutos todos los días, rodeada de las jovencitas más populares del colegio.

Hay un sinnúmero de detalles interesantísimos que podría relatar en cuanto al milagro. La joven se vio transformada. Fue a la universidad, y más adelante consiguió un buen empleo, se casó en el templo y aquellos que la conocen ahora jamás creerían en el cambio físico tan extraordinario que en ella se efectuó.

Todo esto lo digo como fundamento de lo siguiente: ¿Qué habría podido lograr si hubiera sido yo quien caminara junto a ella todos los días hasta la clase de seminarios? ¿Qué se habría logrado si yo hubiera sido el que le sonriera y hablara con ella en los pasillos del colegio? La respuesta es más que obvia. Era preciso que fueran algunos de sus propios compañeros los que motivaran tal transformación. El maestro sensato puede lograr mucho si emplea esta gran influencia.

Un joven no comienza a fumar cigarrillos porque disfruta de su sabor. Comienza a fumar porque desea ser parte de algo. Este deseo de pertenecer y de confraternizar puede ser empleado para promover buenos actos entre los jóvenes. El buen maestro tiene este elemento al alcance de su mano. Una corta frase podrá a menudo lograr este fin con aquel alumno que insiste en acapurar la atención de los demás creando desorden en la clase. Lo único que desea es atención y aprobación de parte de sus compañeros, no del maestro.

En una ocasión había agotado todos mis recursos en procura de calmar a uno de tales jóvenes a fin de poder continuar con la lección. Por lo general sus compañeros festejaban sus ocurrencias interrumpciones. Un día, mientras analizábamos un pasaje importante de las Escrituras, hizo un comentario que destruyó el espíritu de la ocasión y resultaba imposible continuar. Exasperado me volví hacia la clase y dije con algo de desilusión, "¿Es justo que tengamos que seguir aguantando estas cosas?" Me sorprendió la reacción. Sus compañeros resintieron su inoportuna intervención y de

pronto el joven se enfrentó no al festejo sino a la desaprobación. No fue necesario nada más y su conducta cambió como del día a la noche. Jamás se repitió el desorden en la clase y al poco tiempo se presentó la ocasión para darle la oportunidad de ganar la aprobación de sus compañeros nuevamente, aunque esta vez gracias a una participación debida.

El maestro nunca debe pasar por alto el efecto increíble que tiene la presión ejercida por el grupo de compañeros. En la estructura social que envuelve a los jóvenes, esa influencia puede ser destructiva, pero un maestro sabio podrá dar a esa fuerza un buen uso. Tiene que ser manejada con sumo cuidado, pero sus resultados son poderosísimos cuando se trata de fomentar la buena conducta.

El temor del hombre

Existen muchos pasajes de Escritura que atestiguan de la importancia de considerar detenidamente la influencia que ejerce el grupo. Veamos algunos de tales ejemplos:

“No seguirás a los muchos para hacer mal, ni responderás en litigio inclinándote a los más para hacer agravio” (Exodo 23:2).

“Entonces Saúl dijo a Samuel: Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos.” (1 Samuel 15:24).

“El temor del hombre pondrá lazo; mas el que confía en Jehová será exaltado. (Proverbios 29: 25.)

“Pues, ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo. (Gálatas 1:10.)

“...según fuimos aprobados por Dios para que se nos confiase el evangelio, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones”. (1 Tesalonicenses 1:4.)

“Porque pronto llegará el tiempo en que todas las iglesias que se hayan organizado para obtener ganancia. y todas las que hayan sido edificadas para lograr poder sobre la carne, y las que se hayan fundado para hacerse populares ante los ojos del mundo, y aquellas que busquen las concupiscencias de la carne, y las cosas del mundo, y cometan toda clase de iniquidades, en fin, todos los que pertenezcan al reino del diablo son los que deberán temer, temblar y estremecerse; ellos son los que deben ser humillados hasta el polvo; ellos son los que deben ser consumidos como el rastrojo; y esto según las palabras del profeta.” (1 Nefi 22:23.)

“Mas he aquí, lo hacéis para obtener lucro, para ser alabados por los hombres, sí, para poder adquirir oro y plata. Y habéis puesto vuestros corazones en las riquezas y en las cosas vanas de este mundo, por las cuales asesináis, y robáis, y hurtáis, y levantáis falso testimonio contra vuestro prójimo, y cometéis toda clase de iniquidades.” (Helamán 7:21.)

“Y he aquí, con cuánta frecuencia has transgredido los mandamientos y las leyes de Dios, y seguido las persuasiones de los hombres.” (D. y C. 3:6.)

“Y ahora, mi siervo José, te mando que te arrepientas y camines más rectamente ante mí, y no cedas más a las persuasiones de los hombres.” (D. y C. 5:21.)

“He aquí, David, te digo que has temido al hombre, y no has confiado en que yo te fortaleciera, como debías haberlo hecho.” (D. y C. 30:1).

“Mas con algunos no estoy complacido, porque no quieren abrir su boca, sino que esconden el talento que les he dado, a causa del temor de los hombres. ¡Ay de éstos!, porque mi enojo está encendido en contra de ellos.” (D. y C. 60:2.)

“Por tanto, persevera en tu camino, y el sacerdocio quedará contigo; porque los límites de ellos están señalados, no pueden pasar. Tus días son conocidos y tus años no serán acortados; no temas, pues, lo que pueda hacer el hombre, porque Dios estará contigo para siempre jamás.” (D. y C. 122:9.)

La influencia de los compañeros es un elemento importante. Puede ser usada tanto destructiva como constructivamente. El maestro sabio estará siempre alerta a diferentes oportunidades de usar tal influencia en una forma positiva en el salón de clases y en todo momento, con el fin de ayudar a cambiar para mejor la vida de sus alumnos.

Apacienta mis corderos

Estoy seguro que habrá advertido cómo un grupo de niños ruidosos e inquietos, cualquiera sea su edad, rápidamente se calmará y guardará orden una vez que se le comienza a alimentar. La batahola se interrumpe y el único ruido que se escucha es el de la cuchara o el tenedor.

La manera más fácil de controlar a aquellos a quienes enseñamos es enseñarles algo alimentándolos, o como se dice en las Escrituras, apacentándolos. El maestro debe estar siempre preparado, disponer de una variedad de temas bien organizados y estar en todo momento listo para alimentar. No hay nada que pueda ocupar el lugar de esta preparación. Mientras esté alimentando al alumno debidamente, pocos serán los problemas de disciplina que se suscitarán.

La mayoría de las personas tiene el deseo de aprender, y no hay mayor evidencia de la bondad del hombre que su deseo de aprender los principios del evangelio de Jesucristo. Su deleite está en que se le instruya de las Escrituras y en la revelación pura que recibe al ganar entendimiento. En las Escrituras podemos siempre encontrar un gran alimento, y el evangelio puro es la mejor de las influencias que todo maestro puede usar para disciplinar. La substancia del alimento es de vital importancia.

Ya sea que usted enseñe a un grupo de niños o de adultos, ellos, con toda seguridad, no asistirán a la clase con entusiasmo a menos que consideren que están aprendiendo algo. Para sentir el deseo de regresar tienen que aprender. No hay duda que irán de su propia voluntad y con gran disposición a una clase o a una noche de hogar en donde sientan que se les está alimentando.

Grano en un balde

Si usted tiene un caballo en un amplio pastizal, le resultará cansador si cada vez que quiere montarlo tiene que arrinconarlo. Si el animal no coopera, será mejor que usted emplee un lazo. Sin embargo, se conoce de un método que es mucho más eficaz; se trata de un procedimiento bastante común en el que cada vez que se desea aproximarse al caballo, uno lleva consigo un balde con grano para engatusar al animal. Entonces, cuando éste se acerca para comer, se le colocan las bridas y las riendas.

La mayoría de los jinetes han pasado por la experiencia de tener que atrapar un caballo cuando no disponían de grano. Un balde vacío también da buenos resultados, o también se puede poner un poco de arena en el balde y sacudirlo. El caballo se le acercará al trote -es decir, la primera vez o tal vez hasta dos, pero de ahí en adelante, aun cuando haya grano en el balde, puede ser difícil atraerlo.

Es importante que usted alimente a aquellos a quienes enseña para que siempre puedan aprender algo. Cada vez que van a clase deben partir con un pensamiento, con una idea, con una inspiración que sea producto de haber estado ahí. Bien puede tratarse de un pequeño pensamiento; de hecho, cuanto más elemental sea, mucho más provechosos serán los resultados.

En el programa de seminarios, hay muchos jóvenes que madrugan para asistir a clase temprano, antes de ir a la escuela secundaria. Algunas de estas lecciones se

enseñan bien temprano, lo cual es un gran sacrificio para los adolescentes que tienen que saltar de la cama en un frío y oscuro día de invierno para ir a clase a aprender algo de religión. No obstante, cientos de miles de ellos lo hacen sin reparos. ¿Por qué? Porque tienen hambre y sed de aprender el evangelio.

El tipo indebido de alimento

Conocí a una maestra en Canadá que nos enseñó una lección que confirma esta idea. A pesar de todos sus buenos deseos y esfuerzos, esta hermana había logrado que únicamente parte de los jóvenes asistieran a las clases de seminarios. Tras un largo período de planificación, organizó un desayuno especial en una oportunidad durante la clase de seminario matutino. A la siguiente, llevó a cabo la misma actividad aunque con diferente menú y decoración. Así lo hizo durante toda la semana. Para su sorpresa, al fin de la semana, no solo no tenía más estudiantes, sino que contaba con menos que antes. Simplemente se resistían a la idea de levantarse tan temprano para apenas ir a entretenerse. La maestra abandonó su plan y volvió a dedicarse exclusivamente a enseñar.

Los jóvenes (como fue precisamente en este caso que acabo de mencionar) cobrarán un marcado interés y asistirán a clase en mayores números cuando se les enseña. Tras enterarnos de la experiencia de esta buena maestra, surgió un dicho: "¡Si uno quiere eliminar un programa de seminario matutino, no tiene más que organizar una fiesta todas las mañanas!" Los jóvenes van a clase para que se les enseñen los principios del evangelio de Jesucristo y nunca responderán favorablemente a actividades que tiendan únicamente a entretenerlos.

El problema del "Yo"

Una de las razones por la que muchos maestros en la Iglesia tienen tantos problemas para compartir el evangelio es que lo han adquirido con propósitos equivocados y lo han almacenado en su mente en el tipo menos apropiado de recipientes.

Cuando vamos a una reunión sacramental, por ejemplo, y escuchamos a alguien exponer una verdad del evangelio, somos, en muchos casos, conmovidos y nos decimos a nosotros mismos algo como: "Qué verdad tan maravillosa. Me alegro de haber venido. *Me* ayudará enormemente. *Tendré* que recordarlo y emplearlo en *mi* propia vida. *Mi* vida cambiará positivamente por haber estado *yo* hoy aquí. Qué privilegio *he* tenido de estar en esta reunión. *Vendré* a la reunión sacramental otra vez. *Iré* a las demás reuniones porque *necesito* la mayor enseñanza posible en cuanto al evangelio. Qué bueno poder aprender cosas que *me* ayuden a mejorar."

¿Advierte el problema del "Yo" en tal tipo de actitud? Hay solamente una persona envuelta en todo esto y es la primera del singular.

Cuánto más fácil resultará aprender si observamos la siguiente actitud: "¡Qué principio del evangelio tan extraordinario! ¡Cuánto me alegro de haber tenido la oportunidad de escucharlo! Sé de *muchas personas* a quienes puedo ayudar poniéndolo en práctica. *Mis hijos* necesitan aprenderlo. También se lo puedo enseñar a *mi clase de la Escuela Dominical.*"

Si tenemos a otras personas presentes, almacenamos el conocimiento que ganamos de una manera diferente que si está exclusivamente destinado a uno mismo. De antemano sabemos que lo emplearemos y por qué lo haremos. Nos resultará mucho más fácil recordarlo. De ese modo no nos encontraremos desprovistos de recursos cuando tengamos la oportunidad de enseñar, ya sea a nuestros hijos o a otras personas en la Iglesia.

Hay una lección que pocos miembros de la Iglesia parecen llegar a aprender, y es la siguiente: No somos únicamente receptores del evangelio; somos también transmisores. Cuán importante es este principio.

Es muy difícil dar a otros una cosa que adquirimos para nuestro propio uso. Sin embargo, si la obtenemos con la idea de compartirla, no tendremos dificultad en hacerlo, aun cuando se trate de personas que no aprecien lo que les estemos dando.

Este principio tiene tanta aplicación para alumnos como para maestros.

¿Está usted enseñando de forma tal que los alumnos acumulan todo lo que aprenden para ellos mismos o con la idea de que pueden compartirlo con otros?

Uno de los problemas más grandes que encontramos en el campo misional es que los jóvenes misioneros llegan básicamente inspirados por motivos egoístas. *"Iré a mi misión. Me beneficiará enormemente. Tendré la oportunidad de viajar. Me dará el privilegio de obtener cosas que serán de mucho provecho para mi vida."*

Una de las obligaciones que todo maestro tiene es estar abnegadamente interesado en los demás y enseñar a sus alumnos a ser y sentir de la misma manera. Eso es lo que quisimos decir anteriormente con aquello de que cada maestro debe ser un transmisor de las verdades del evangelio, y no solamente un receptor de ellas.

Nada es completamente nuestro sino hasta que estemos en condiciones de darlo a otra persona. Tal es el caso de una propiedad; a menos que dispongamos de su correspondiente título, no gozamos del privilegio legal de regalarla. Del mismo modo, el evangelio no es totalmente nuestro sino hasta que tengamos un título que así lo acredite, o sea, hasta que lo sepamos. Entonces podremos compartirlo, y así tendremos un título aún mayor. El proceso que nos permite darlo a otros es la enseñanza. El maestro debe entender este principio y así preparará sus lecciones a fin de comunicar e inculcar el mismo sentimiento entre sus alumnos.

Si no acumulamos enseñanzas del evangelio con la idea de compartirlas, las almacenaremos de una manera diferente y así pierden mucho de su valor. Resulta más fácil acumularlas con el propósito y el deseo de transmitir las a otros en una forma sencilla a fin de que todos las puedan entender.

Es interesante observar a algunos jóvenes llenos de talento, capaces, de buena presencia, llegar al campo misional con toda disposición, con el máximo de entusiasmo y determinación de enseñar el evangelio. Pero aun cuando sean poseedores de todas esas virtudes, no tendrán éxito hasta que aprendan a ser humildes y a obrar conforme a la voluntad del Señor. Deben aprender a olvidarse de sí mismos y de sus preocupaciones egoístas y comprender que no se trata de *"mi misión"*, sino de *"Su misión"*. Quisiera darles algunos ejemplos.

Cajas de libros

Cuando serví como Presidente en la Misión de Nueva Inglaterra, con mis asistentes íbamos de vez en cuando a inspeccionar los apartamentos donde vivían los misioneros. Algunos de estos jóvenes a veces tienen la tendencia a no mantener bien arreglados sus apartamentos, por lo que, de vez en cuando, nos dedicábamos a hacer algunas inspecciones. (Es interesante acotar que este procedimiento surtía un interesante efecto. Por medio de las "vías de comunicación" de los misioneros, se hacía correr la voz, y a pesar de que inspeccionábamos personalmente nada más uno o dos apartamentos, limpiaban todos.)

En St. Johnsbury, estado de Vermont, me llamó poderosamente la atención una mañana cerca de las diez cuando, al llamar a una puerta, esperando encontrar al dueño de casa, nos atendió un misionero. Se suponía que él y su compañero tenían que estar folleteando.

Le pregunté dónde estaba su compañero, a lo que me respondió que se encontraba estudiando en su habitación. El joven élder estaba leyendo *El nacimiento y la caída del Imperio Romano*. Yo ya había leído el libro, así que pregunté cómo creía él que la lectura de ese libro le ayudaría en su servicio misional.

Me respondió que cuanto más uno sabe, tanto más puede enseñar. Le pregunté cuántos otros libros había leído. El misionero estaba sentado sobre una vieja cama de estilo europeo. Tomó el cubrecamas y levantó uno de sus costados y pude ver varias cajas de libros debajo de la cama. ¡Los había leído todos!

Le pregunté de dónde había sacado todos esos libros y me explicó que tenía un pariente que era propietario de una casa editorial, el cual le enviaba un ejemplar de cada libro que ellos publicaban que estuviera relacionado en lo más mínimo con la Iglesia. Tras conversar por espacio de algunos minutos, le instruí que empaquetara todos los libros en cajas y que los mandara a su casa. También le indiqué que debería escribir a su pariente y decirle que no le enviara más libros. Lo único que necesitaría por el resto de su misión eran los Libros Canónicos y uno o dos libros más que recomendábamos.

Por cierto que protestó, insistiendo en que estaba aprendiendo el evangelio y que cuanto más leyera, en mejores condiciones estaría de enseñar. Traté de hacerle razonar y finalmente, algo impaciente, le dije: "Elder, si usted se mantiene en esa posición, le puedo asegurar que aprenderá muchas cosas relacionadas con el evangelio; muchas de las cuales no tendrán ninguna utilidad para usted. Se transformará en esa clase de persona que va a una clase de la Escuela Dominical a crear conmoción y a exasperar al maestro al desplegar toda su sabiduría.

"De seguro adquirirá mucho más conocimiento que la mayoría de los maestros que pueda encontrar en la Iglesia y hasta sentirá el deseo de corregirlos en toda oportunidad posible. Cada vez que alguien cometa un error, ya sea que se trate de un maestro de la Escuela Dominical, un obispo, un consejero o un líder de quórum, usted se lanzará a corregirlo. Estoy seguro que advertirá muchos errores, pues en la Iglesia todos aprendemos a medida que crecemos. Jamás se le llamará a ocupar posiciones de responsabilidad debido a su arrogancia, a su actitud de sabelotodo. Transitará por la vida preguntándose por qué se le pasa por alto, echándole la culpa a la Iglesia y a sus miembros para terminar por claudicar espiritualmente.

"Su problema está en que es egoísta. Le preocupa mucho más cómo la misión le afectará a *usted* que lo que usted podrá hacer por su prójimo. Ya a esta altura sabe más de lo que necesita saber para presentar el evangelio a los investigadores y

llevarlos a ese punto milagroso en que se produce la conversión. Recuerde, élder, que no se trata de *su* misión, sino de la misión de Jesucristo. Si continúa por este camino jamás logrará las cosas más importantes desde el punto de vista eterno. En este momento usted y su compañero deberían estar allí afuera golpeando puertas, repartiendo la leche del evangelio. La carne llegará a su debido tiempo y entonces aprenderá en cuanto a ella."

El joven misionero se dio cuenta de lo que había estado haciendo y envió los libros a su casa. Ya habría tiempo más tarde en su vida para ese tipo de estudio, por lo que supongo que ahora se encontrará en algún lugar de la Iglesia con un caudal aún mayor de conocimiento sobre las cosas concretas que tienen relación con la Iglesia y su doctrina, enseñando con mesura los principios básicos para así ayudar a todos los que le rodean.

Apacienta los rebaños

Hay un pasaje del Antiguo Testamento que todo maestro debe considerar, y es este:

"Así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a los rebaños?

"Coméis la grosura, y os vestís de la lana: la engordada degolláis, mas no apacentáis a las ovejas.

"...mis ovejas fueron para ser presa de todas las fieras del campo, sin pastor: ni mis pastores buscaron mis ovejas, sino que los pastores se apacentaron *a sí mismos*, y *no apacentaron mis ovejas*. (Ezequiel 34: 2-3, 8. *Cursiva agregada.*)

Si aprendemos con el fin de servir, de dar a nuestro prójimo y de "alimentar" a los demás, nos resultará mucho más fácil aprender lo que despierta nuestro interés. Con esta actitud no estamos tratando de ganar toda la gloria para nosotros mismos, sino de enseñar a nuestros hijos o a nuestros hermanos en la Iglesia. Será entonces que entenderemos el verdadero significado de este pasaje de las Escrituras: "...el que pierde su vida por causa de mí, la hallará." (Mateo 10:39.)

También llegaremos a comprender el significado del que dice: "...atesorad constantemente en vuestras mentes las palabras de vida, y se os dará en la hora precisa la porción que le será medida a cada hombre." (D. y C. 84:85; véase también D. y C. 100:6 y Mateo 10:19-20.)

Tenemos la obligación de compartir el evangelio en la vida diaria, como padres, como misioneros, como maestros en las organizaciones de la Iglesia. Si tiene esta obligación siempre presente. aprenderá con el fin de dar. De ese modo resultará mucho más fácil aprender a apacentar Sus corderos.

La gloria de Dios es la inteligencia

Por encima de la importancia de que un maestro sea competente en su función, esto, como en todos los casos, debe ir en proporción a otros elementos. Los maestros, particularmente aquellos que no cuentan con mucha experiencia o que acaban de comenzar, a menudo buscan algo nuevo y atractivo que enseñar. Se lanzan a la búsqueda de cosas rimbombantes, cuando el simple conocimiento de lo más básico aplicado, reaplicado y vuelto a aplicar a situaciones cotidianas puede ser el elemento más importante para los alumnos volver a enseñar cosas sencillas, a repasar lecciones elementales una y otra vez. Esa es la razón por la que son tan eficaces como maestros.

La enseñanza correcta desde el principio

Una de las razones por las que tenemos dificultad para inculcar o enseñar cosas básicas es que no nos tomamos el tiempo desde el comienzo mismo para enseñarlas correctamente. Es importante ayudar al alumno a organizar su aprendizaje y administrarlo debidamente desde el comienzo hasta el fin. A veces enseñamos trocitos sin organizarnos con la debida homogeneidad para que el alumno sepa dónde encaja cada una de las piezas componentes.

Por ejemplo, un niño llega a su casa, abre de un golpe la puerta, se quita su abrigo y lo arroja en el suelo, se quita el gorro, hace lo mismo, y se va a su habitación. Un padre o madre exasperado le dirá inmediatamente que cierre la puerta y que recoja su abrigo y su gorro. Tras un encuentro no muy agradable, el niño hace lo que se le ordena. Al día siguiente abre la puerta de un golpe, arroja su abrigo y su gorro en el suelo y se va a su habitación. La lección se repite, y es posible que vuelva a ocurrir muchas veces, pero el jovencito, aun así, no cambia su mal hábito.

Hay una mejor formula de tratar este incidente. El padre o la madre puede llamar al niño, pedirle que se ponga el abrigo y que se lo abotone, que se ponga el gorro y que tenga a bien salir de la casa, para después pasar por todo el proceso en la forma debida. Bajo la supervisión del educador, se le pedirá al niño que abra la puerta, que entre, y que la cierre debidamente. Después se quitará el abrigo, lo colgará al igual que su gorro, y entonces podrá ir a su habitación. Lección enseñada. La alternativa está en enseñarla a medias una docena de veces sin que la aprenda o enseñarla en forma total una o dos veces y que quede bien grabada.

Hace unos cuantos años, el Decano de la Facultad de Educación de una de las universidades más renombradas de California fue invitado a hablar en la ceremonia de toma de cargo de un nuevo Presidente de la Universidad Brigham Young. Se refirió al tema de "La gloria de Dios es la inteligencia". Como parte de su discurso, relató esta interesante experiencia:

"Mientras cursaba estudios en la Universidad de Columbia, fui compañero de un caballero archiconocido como el estudiante perenne. Este hombre había recibido un modesto pero al mismo tiempo adecuado legado con la estipulación de que continuaría recibiéndolo mientras estuviera matriculado en cursos universitarios. Una vez egresado, el dinero pasaría a una institución de caridad. Cuando regresé a la institución

para cursar estudios de postgrado, doce años más tarde, ese hombre todavía estaba allí como estudiante, condición que duró hasta el momento de fallecer hace apenas unos años.

"Se dice que el caballero recibió todos y cada uno de los títulos ofrecidos por la Universidad de Columbia. Había tomado prácticamente todos los cursos, considerándosele un verdadero erudito en una multiplicidad de materias. No había ningún campo académico que le resultara foráneo. Era probablemente más letrado que la mayoría de sus profesores. Se trataba de un hombre culto en todo el sentido de la palabra, pero no de un hombre inteligente.

"Por cierto que la inteligencia que este hombre poseía no tenía ninguna relación con lo que se considera la Gloria de Dios. Había sido por demás egoísta. Jamás se casó. Careció tanto de ambición como de influencia. Los demás estudiantes le tomaban como motivo de jarana, mientras que el cuerpo docente le consideraba un hombre sumamente extraño. Mucho era lo que este hombre sabía, pero su caudal de inteligencia era increíblemente bajo, más allá de su coeficiente mental." (Discurso pronunciado por el Dr. Edwin A. Lee, en la ceremonia de toma de cargo de Howard S. McDonald como Presidente de la Universidad Brigham Young en Provo, Utah, el 14 de noviembre de 1945.)

El alumno es lo más importante

Un buen ejemplo del maestro que está más interesado en el cúmulo de conocimiento que se puede adquirir que en el alumno en sí queda ilustrado en una cita del élder John A. Widtsoe, quien fue un gran maestro y apóstol. Su libro *In a Sunlit Land* (En una tierra bañada por el sol), deja la rubrica de un extraordinario tratado sobre la ciencia de la enseñanza.

En el correr de las últimas décadas ha surgido en círculos académicos una práctica pecaminosa. Allí se mira a cada nuevo estudiante como posible candidato a recibir un avanzado título académico. Por consiguiente, los cursos básicos de cualquier carrera están plagados de problemas por demás difíciles de resolver. Por ejemplo, el curso básico de química dedica demasiado tiempo a las matemáticas de las leyes de Boyle y Avogadro, hasta que el estudiante pierde todo su interés en la materia. Si las partes más fascinantes y descriptivas de la ciencia se enseñaran ante todo, acompañadas por experimentos en el laboratorio, se podría después disfrutar mucho más de esas complejas leyes que en el comienzo causan tantos problemas. Si se considera que los alumnos están preparados para tomar una clase en particular, ésta debería ser enseñada de forma tal que su contenido pudiera ser fácilmente asimilado por el estudiante y también de una manera que despertara su interés. Aquel profesor que se jacta de "reprobar" a muchos de sus estudiantes, debería, si se tuviera a la educación en su debida estima, ser expulsado de sus funciones. Sus propias acciones dejan en evidencia el hecho de que no es un buen maestro y que carece de humanismo y de entendimiento. El aprender nuevas verdades constituye una experiencia maravillosa y todo buen maestro despierta esa dicha." (*In a Sunlit Land*, 1953, pág. 90.)

Cuando el élder Widtsoe era Presidente de la Universidad del Estado de Utah, tuvo un pequeño altercado con el cuerpo docente de esa institución, al cual describió en los siguientes términos:

"Resultaba de la misma manera difícil en muchos casos hacer que miembros del cuerpo docente entendieran que las instituciones educativas están fundadas con el propósito de beneficiar a los alumnos. Hay educadores que piensan que ellos o los departamentos que representan constituyen el aspecto de primordial interés. Como lo he dicho antes, en muchas ciencias, los cursos básicos se dictan como si la totalidad de la clase estuviera compuesta de candidatos a obtener su doctorado en esa materia, y lo único que se logra es que los alumnos se sientan derrotados. Tales educadores, si es que les cabe ese título tan noble, se enorgullecen de dichas derrotas, por lo que a menudo me era imprescindible dirigirme a tales miembros del cuerpo docente en forma por demás directa. El alto nivel en la educación comprende muchas cosas. Se requirió mucho tiempo para hacer entender a aquellos que encontraban deleite en causar el fracaso de sus alumnos, convencidos de que de esa forma dejaban bien de manifiesto su alto grado académico, de que un buen maestro demuestra toda su sapiencia al capacitar a sus alumnos de tal forma que éstos puedan aprobar sus cursos. Será considerado un maestro inepto aquel que confunde a sus alumnos o carece de la creatividad para lograr que la materia que enseña resulte interesante." (In a Sunlit Land, pág. 150.) .

Es fácil para un maestro desarrollar una actitud arrogante que le haga creer que él es la persona más importante de la clase. Debemos en todo momento recordar que la figura primordial es el alumno. "El que es mayor de vosotros, sea vuestro siervo" (Mateo 23:11) dijo el Señor. El propósito de todo lo que está relacionado con la enseñanza es beneficiar al alumno. A menudo nos encontramos con maestros y administradores que no captan bien esta gran verdad.

Recuerdo la oportunidad en la que tuve que exponer mi tesis final en la Universidad del Estado de Utah. Estaba por demás nervioso y carecía de la debida confianza en mí mismo. El presidente del comité examinador dio comienzo a la audiencia pronunciando todo un discurso sobre cuán afortunado debía yo sentirme por haberseme concedido tal privilegio. Explicó que se me había hecho una concesión especial y que debía sentirme verdaderamente privilegiado por la oportunidad de asistir a esa universidad; pero en lugar de sentirme privilegiado empecé a sentirme como si fuera un intruso.

Otro de los miembros del comité, el Dr. Wilford W. Richards, en ese entonces Director del Instituto de Religión de esa institución, se dio cuenta de la sensación que me invadía. En el momento más apropiado manifestó su acuerdo con el presidente del comité y agregó: "Por cierto que el Sr. Packer es sumamente afortunado por ser estudiante de esta institución. y a la vez es para nosotros esencial el tenerle a él como alumno. Considero que resultaría sumamente difícil operar una institución académica sin estudiantes, ¿no es así?" El presidente captó bien el sentido de la aclaración que se había hecho. La atmósfera cambió y entonces presenté mi tesis, la cual, dicho sea de paso, llevaba como título "Una evaluación de las enseñanzas de Jesús, desde el punto de vista de algunos principios de la educación".

Los apuntes

Es obvio que un maestro siempre está alerta ante nuevos temas de análisis, y no debe dejar pasar ninguna oportunidad de tomar buenas notas. Las cosas parecen entrar y salir de nuestra mente en forma vertiginosa y nunca sabemos cuándo se nos va a ocurrir una idea nueva. Una vez que nos vemos expuestos a una idea, apuntémosla para que no se nos escape. De ese modo la podremos emplear como

fuentes de recursos en nuestra enseñanza. Muchas ilustraciones y experiencias se escabullen de entre las manos porque el maestro no toma la precaución de anotarlas. Hay veces que uno puede recordar algo del incidente, pero olvida nombres de personas o lugares que lo hubieran hecho utilizable. Por tal motivo, asegúrese de apuntar bien las cosas que quiere recordar.

Hay un sinnúmero de métodos para subrayar pasajes de Escrituras que varían en muchos aspectos y deben emplearse según la forma que mejor le convenga a la persona. Lo importante es subrayar esos pasajes y anotar alguna indicación al margen a fin de que uno pueda encontrar la referencia cuando la necesite.

Casi nunca leo libros prestados, pues no me gusta leer un libro en el que no tendré la libertad de subrayar cosas que quiera más tarde recordar. Puesto que uno no tiene el derecho de marcar un libro ajeno, considero que si vale la pena leer cierto libro, también vale la pena comprarlo. La excepción, por supuesto, está en los libros que leemos de la biblioteca, debiendo valernos, para tales casos, de un procedimiento distinto de tomar notas.

Es por lo tanto importante que se subrayen los libros y se hagan anotaciones a medida que uno va pensando en ellas. Ni sé cuántas horas he dedicado procurando encontrar algo que podría haber localizado con suma facilidad si hubiera tenido la precaución de tomar notas. En la actualidad estoy mucho mejor que antes en este aspecto.

En la medida que sea posible, le recomiendo tener un pequeño cajón que le sirva de archivo, en el cual pueda guardar en carpetas sus notas con fotografías o láminas y otros materiales de referencia. A menudo reviso mi archivo y extraigo materiales que no he usado por veinte años, los cuales me sirven para satisfacer una necesidad inmediata. Las bibliotecas de los centros de reuniones de la Iglesia cuentan con un sistema de información sumamente útil, el cual puede ser adaptado a su caso particular y al de cualquier otra persona, con fines de que le sirva de fuente de recursos para la enseñanza que imparte.

No se desvíe

Si tiene el llamamiento de enseñar una clase de la Escuela Dominical o de un quórum del sacerdocio, es prudente que se ciña lo más posible a la reseña de la lección. Generalmente se proporciona suficiente material para todo un período de clase, particularmente si los puntos de la lección, incluidos en el manual, son suplementados por situaciones cotidianas.

Existe una buena razón para que las Autoridades Generales en el curso de los años hayan aconsejado a los miembros que no se preocupen por los misterios. Hay quienes indagan a fondo en busca de elementos que en muchos casos pueden ser verídicos pero no esenciales para la salvación de ningún mortal. Es mucho mejor que dediquemos nuestro tiempo a enseñar los principios básicos del evangelio a quienes tanto lo necesitan.

Cito a continuación a dos líderes de la Iglesia para corroborar la idea de que una vez que todo ha sido dicho y hecho, en lo que tiene que ver con la enseñanza en la Iglesia, las Escrituras mismas son el elemento primordial de estudio. El presidente J. Reuben Clark, hijo, manifestó:

"Las verdades espirituales están gobernadas y controladas por las revelaciones de nuestro Padre Celestial, según aparecen en las Escrituras y en las declaraciones inspiradas de los profetas. En vuestra condición de maestros, las verdades espirituales son vuestro campo de acción para enseñar la palabra revelada por Dios conforme al evangelio restaurado y, paralelamente, como maestros no tenéis asunto alguno con las verdades temporales; aunque, como lo dijo el presidente Joseph F. Smith, 'Nunca hubo ni jamás habrá el más mínimo conflicto entre las verdades según las revela el Señor a sus siervos los profetas, y las verdades que El revela al científico que hace descubrimientos gracias a sus investigaciones y estudios.' La misma doctrina fue proclamada por el hermano Brigham Young.

"Confío en no ser desconsiderado ni injusto ni despiadado al opinar que probablemente pocos de nosotros estemos debidamente capacitados en cuanto a las verdades temporales como para poder enseñarlas como verdades del evangelio a los alumnos que nos escuchan. Debemos tener esto siempre presente...

"Como maestros, tenéis el derecho de pensar y especular concerniente a verdades temporales y también en cuanto a si deseáis creer en ellas o no, pero no debéis enseñarlas como verdades espirituales a vuestros alumnos, a menos que el Señor haya revelado la verdad absoluta en cuanto a lo que estéis enseñando. Estoy seguro que querréis ser sumamente cuidadosos cuando asumáis tal posición. Debemos tener siempre presente que no somos científicos, sino que somos maestros de verdades espirituales y que cuando nos aventuramos a tratar verdades temporales, lo cual deberíamos abstenemos de hacer en lo posible, tendremos que dejar bien en claro que estamos basándonos pura y exclusivamente en nuestra opinión personal. En cuanto a las verdades espirituales, debemos ser igualmente cuidadosos en razón de que a menudo, cierto párrafo, especialmente si lo encontramos aislado de su contexto, puede significar una cosa para una persona y otra diferente para otra, y aun tener un tercer significado para una tercera persona. Veremos que tal será el caso, particularmente en aquellas cosas en las que el Señor nos ha revelado su conocimiento para nuestro entendimiento." (Extractos de un discurso dado el 17 de junio de 1958 en la Universidad Brigham Young.)

El presidente Joseph Fielding Smith declaró: "En lo que tiene que ver con la filosofía y la sabiduría del mundo, éstas no significan absolutamente nada a menos que se ajusten a la palabra revelada de Dios. Cualquier doctrina, ya sea que lleve el nombre de la religión, de la ciencia, de la filosofía, o de lo que quiera que sea, si está en conflicto con la palabra revelada del Señor, fracasará. Puede que en principio resulte plausible. Tal vez nos sea manifestada en términos atractivos e irrefutables. Quizás sea verificada por medio de evidencias que uno no pueda rebatir, pero todo lo que uno debe hacer es esperar. El tiempo pondrá todas las cosas en orden. Veréis que toda doctrina, todo principio, más allá de cuán universalmente sea aceptado, si no estuviere de acuerdo con la divina palabra del Señor a sus siervos, perecerá. Tampoco es necesario que agreguemos significado a las palabras del Señor a fin de que coincidan con tales teorías y enseñanzas. La palabra del Señor no dejará de cumplirse, mas todas estas doctrinas y teorías caerán. La verdad y únicamente la verdad permanecerá cuando todo lo demás haya perecido." (Discurso dado en la Conferencia General de octubre de 1952)

En 1954 el élder Harold B. Lee fue asignado por la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce para enseñar a los maestros de seminarios por un período de tres meses durante el verano. El mensaje que el élder Lee repitió una y otra vez durante esos

tremendamente estimulantes períodos de clase fue simplemente: "Determinaos a seguir aquello que es verdadero." Nos explicó que cuando nos encontramos ante la más mínima duda, debemos proponemos a seguir lo que consideramos que tiene que ser verdad, buscando constantemente lo que es correcto.

Hace algunos años había dos maestros en el cuerpo docente de uno de los grandes institutos de religión quienes eran poseedores de un gran talento en sus funciones didácticas, y ambos contaban con una gran cantidad de alumnos matriculados en sus respectivas clases. Uno de ellos, no obstante, estaba constantemente envuelto en polémicas. A menudo, y con algo de verdad en ello, se le acusaba de que sus enseñanzas tendían a destruir la fe. Este maestro adoptó la posición, lo cual también es muy cierto, de que él estaba enseñando a estudiantes alertos e inquisitivos, y de que debía contar con la libertad de explorar y analizar todos los problemas. A menudo pasaban todo el período de clase discutiendo asuntos de naturaleza delicada y que dejaban mucho margen para la especulación. Tras minucioso estudio, llegamos a la firme conclusión de que aun cuando se trataba de un maestro sumamente popular, sus enseñanzas no promovían la fe, sino que por el contrario, generaban dudas.

El otro maestro, que enseñaba en el mismo edificio y quien también gozaba de popularidad entre sus alumnos, parecía dar siempre muestras de fortalecerles. La fe era sin duda el producto de sus esfuerzos.

Asistí a clases de ambos maestros. El segundo de ellos no era menos extrovertido doctrinalmente que el primero, Estaba dispuesto a analizar cualquier pregunta que uno de sus alertos e inquisitivos estudiantes estuviera interesado en traer a colación. Iba directamente al grano de la pregunta sin escaparse por las tangentes. Se refería con la misma libertad a los mismos temas que su colega. Sin embargo, el resultado de su enseñanza era la fe, mientras que el otro maestro dejaba a sus alumnos sumergidos en la duda. El determinar las diferencias que existían entre ambos se requirió un cuidadoso análisis, aun cuando se trataba de una diferencia muy simple.

La promoción de la fe

El segundo maestro terminaba cada una de sus clases con su testimonio -no siempre un testimonio formal de esos que escuchamos a menudo en una reunión sacramental, pero siempre había un mensaje al fin de sus lecciones. Bien a menudo, por supuesto, la lección terminaba en lo más ardiente de la discusión, y así los estudiantes se quedaban pensando y luchando interiormente con los efectos de lo discutido, lo cual se prolongaba en algunos casos por varios días hasta que se reunían nuevamente. Este maestro manifestaba: "Bien, no hemos podido terminar nuestra discusión de este punto, y antes de que se vayan, quiero que tengan bien presente una sola cosa. Una vez que hayamos averiguado todo lo que hay por averiguar en cuanto a este asunto, ustedes llegarán a saber como yo sé que Dios vive y que El dirige esta Iglesia y reino y de que El se comunica con Su Profeta, el cual es nuestro líder."

O tal vez decía: "Mientras meditan en cuanto a esto durante la semana, recuerden algo que no deja lugar a dudas y es que Dios es nuestro Padre Celestial, que nos ama, y que podemos llegar a saber eso, como el conocimiento más importante que adquiramos. Yo lo sé, y quiero que ustedes lleguen a saberlo, si es posible, con una firmeza más grande que la mía."

Aprenda de sus alumnos

Al preparar los temas de discusión y al prepararse uno como maestro, debe estar siempre aprendiendo. ¿De quién debe aprender? ¿Qué tiene de malo el aprender de sus alumnos? Esto se aplica principalmente a los padres. Sin ningún lugar a dudas, los padres aprenden más de los hijos que lo que éstos jamás aprenden de los padres. En ello se encierra el gran privilegio de la paternidad. Quisiera compartir con ustedes una lección que aprendí de uno de nuestros hijos.

Hace algunos años teníamos una vaca que estaba a punto de parir. Por varias semanas no había estado en casa antes de que anocheciera de manera que un día antes de tener que viajar a una conferencia, fui a ver a la vaca. El pobre animal estaba padeciendo, así que llamé al veterinario, quien de inmediato vino a revisarlo. Tras hacerlo, me informó que la vaca se había tragado un alambre, el cual le había punzado el corazón. "Temo que muera hoy mismo", me dijo.

Se suponía que al día siguiente nacería el ternero. La vaca era un factor importante para nuestra economía familiar. Le pregunté al veterinario si podía hacer algo, y me dijo que podía tomar algunas medidas, "pero no creo que surtan mayor efecto", y agregó, "Va a ser dinero tirado a la calle." Tras informarme de cuánto me costaría, le dije que tomara las medidas que creyera convenientes.

A la mañana siguiente nació el ternero, pero la vaca permanecía echada jadeando. Llamé nuevamente al veterinario, pensando que el animal podría necesitar atención. Volvió a revisar a la vaca y me dijo que por cierto moriría en menos de una hora. Fui a la casa, tomé la guía telefónica, copié el número telefónico de una compañía de productos vacunos, lo puse junto al teléfono y le pedí a mi esposa que llamara y les dijera que vinieran a retirar a la vaca más tarde ese día.

Tuvimos nuestra oración familiar antes de marcharme hacia el aeropuerto. La oración la pronunció nuestro niño pequeño, y en ella -después de haber expresado lo que comunmente expresaba, como ser: "Bendice a papá para que no le pase nada malo en su viaje, bendícenos en la escuela", etc.- comenzó a orar con notable sentimiento. Dijo: "Padre Celestial, por favor bendice a Bossy para que ella se pueda mejorar pronto."

Mientras estaba en la conferencia, en California, recordé esa oración, y cuando surgió el tema de la oración en una de las reuniones, relaté el incidente y dije: "Me alegra que mi hijo haya orado de esa manera, pues estoy seguro que va a aprender algo importante. Madurará y sabrá que uno no siempre consigue todo lo que pide simplemente porque lo pide. En ello hay una lección para aprender."

Y por cierto que la había, pero fui yo quien la aprendió y no mi hijo, pues cuando llegué de regreso a casa ese domingo por la noche, Bossy estaba mejor. Fue el padre quien tuvo que aprender una lección sobre la fe y la oración, de igual manera, si no más, que su hijo.

Las parábolas

Una de las pocas ocasiones en que el Señor respondió una pregunta en forma directa está relatada de la siguiente manera:

“Entonces, acercándose los discípulos. le dijeron: ¿Por qué les hablas por parábolas?

“El respondiéndolo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos: mas a ellos no les es dado.

“Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado.

“Por eso les hablo por parábolas: porque viendo no ven. y oyendo no oyen, ni entienden.

“De manera que se cumple en ellos la profecía de Isaías. que dijo: ‘De oído oiréis, y no entenderéis: y viendo veréis. y no percibiréis. Porque el corazón de este pueblo se ha engrosado. y con los oídos oyen pesadamente. y han cerrado sus ojos; para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y con el corazón entiendan, y se conviertan, y yo los sane.’

“Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven: y vuestros oídos, porque oyen.

“Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron: y oír lo que oís. y no lo oyeron.” (Mateo 13:10-17.)

Representación de una situación real

En los cuatro Evangelios del Nuevo Testamento, se encuentran registradas treinta y seis parábolas usadas por el Señor. Con un poco de imaginación, todos los que somos maestros podemos valernos de la misma técnica. Se trata simplemente de desarrollar, de crear o inventar una situación que sirva para representar un hecho real. Por alguna razón que desconozco, se le usa muy poco, lo cual es lamentable. pues constituye una forma fácil de hacer entender algo que de otra manera resultará muy difícil. Cuando digo una forma fácil, es en sentido figurado. El crear una parábola requiere esfuerzo e imaginación, pero los resultados que se obtienen hacen que tal esfuerzo bien valga la pena.

El Salvador se basó en las experiencias de quienes le escuchaban al instarles a considerar (meditar sobre u observar) las liras del campo (Mateo 6:28; Lucas 12:27) y los cuervos (Lucas 12:24), o a contemplar las aves del cielo (Mateo 6:26). Entonces pasó a comparar el interés del Señor en cuanto a estas cosas con el interés que siente por Sus hijos (aplicación). Las parábolas o las ilustraciones bien pueden introducirse usando expresiones tales como "consideren" o "miren" así como "supongan" o "imaginen".

El maestro debe ser poseedor de una buena imaginación. Una vez que logre desarrollarla, dispondrá de ilustraciones constantes al alcance de la mano.

No fueron pocas las veces que el Señor concluyó sus parábolas con una pregunta, la cual servía para estimular en los que le escuchaban el interés de meditar en cuanto al significado que El intentaba darles a Sus parábolas.

Las parábolas y los relatos del Señor tienen enorme significado. pero el maestro que se refiere a ellas o el alumno que las escucha debe estar dispuesto a emplear el gran poder de la mente humana y tratar de entender la semejanza y no el aspecto literal. Por ejemplo. el Señor dijo: "El reino de los cielos es semejante a una red." Si uno se empeña en ser absolutamente literal, comprenderá que el reino de los cielos no se parece a una red. Una red, como dijo en una ocasión uno de mis alumnos, es apenas unos cuantos agujeros entrelazados con un cordel. Si uno se ajusta demasiado a lo literal, de seguro que no encontrará mucha semejanza entre una red y el reino de los cielos. Sin embargo, no es la red lo que debe resaltar en esta ilustración, ya que es tan sólo un elemento de juicio, una referencia; apenas un punto de partida.

Para todas las edades

Un alumno puede extraer de las enseñanzas del Señor un caudal que estará en proporción a lo que él contribuya de sí mismo. Esa es la razón por la cual cualquiera de las grandes ilustraciones que El empleó puede resultar útil para inculcar en la tierna mente de los niños principios que ellos llegarán a entender más adelante en una medida mayor. Es interesante notar que esa misma parábola o ese mismo relato puede emplearse con igual grado de eficacia en una lección de Doctrina del Evangelio de la Escuela Dominical o en una clase de un grupo de sumos sacerdotes en el sacerdocio. En cualquier caso se pueden extraer importantes lecciones, instrucciones y significado al asociar esas ilustraciones con otras cosas que han aprendido a lo largo de la vida.

Realmente no hay una edad ideal en la que todas o una de las ilustraciones en particular pueda ser usada, sino que son aplicables a todas las edades. Jamás pierden actualidad. Fueron útiles en Palestina en el meridiano de los tiempos; surtieron gran efecto en la edad media; fueron necesarias en el siglo pasado, nos resultan vitales en la actualidad, y estamos seguros de que serán importantes en el próximo siglo, ya sea que nos encontremos de éste o del otro lado del velo.

El Libro de Mormón cuenta con innumerables ejemplos del uso de simbolismos. Uno en particular es el sueño de Lehi en cuanto al árbol de la vida (1 Nefi 8) y la visión que Nefi tuvo sobre el mismo incidente (1 Nefi 11 y 12).

Otro buen ejemplo de los simbolismos que encontramos en el Libro de Mormón es la comparación que se hace de la casa de Israel con el olivo, según se le emplea en forma extensa en los capítulos 5 y 6 de Jacob. Las siguientes citas indican cómo la explicación del simbolismo recalca en el alumno el concepto que debe aprender.

“He aquí, os digo que la casa de Israel fue comparada a un olivo por el Espíritu del Señor que estaba en nuestros padres; y he aquí, ¿no hemos sido desgajados de la casa de Israel? ¿No somos nosotros una rama de la casa de Israel?

“Ahora, lo que nuestro padre quiere decir concerniente al injerto de las ramas naturales, por medio de la plenitud de los gentiles, es que en los días postreros, cuando nuestros descendientes hayan degenerado en la incredulidad, sí, por el espacio de muchos años, y muchas generaciones después que el Mesías sea manifestado en la

carne a los hijos de los hombres, entonces la plenitud del evangelio del Mesías vendrá a los gentiles; y de los gentiles vendrá al resto de nuestra posteridad.

“Y en aquel día el resto de los de nuestra posteridad sabrán que son de la casa de Israel, y que son el pueblo del convenio del Señor; y entonces sabrán y llegarán al conocimiento de sus antepasados, y también al conocimiento del evangelio de su Redentor, que él ministró a sus padres. Por tanto, llegarán al conocimiento de su Redentor y la verdad pura de su doctrina, para que sepan cómo venir a él y ser salvos.

“Y entonces, ¿no se regocijarán en aquel día, y alabarán a su eterno Dios, su roca y su salvación? Sí, ¿no recibirán en aquel día la fuerza y nutrición de la verdadera vida? Sí, ¿no vendrán al verdadero rebaño de Dios? (1 Nefi 15:12-15.)

“Así pues, amados hermanos míos, allegaos al Señor, el Santo. Recordad que sus sendas son justas. He aquí, la vía para el hombre es angosta, mas se halla en línea recta ante él; y el guardián de la puerta es el Santo de Israel; y allí él no emplea ningún sirviente, y no hay otra entrada sino por la puerta; porque él no puede ser engañado, pues su nombre es el Señor Dios.” (2 Nefi 9:41.)

Los maestros que emplean las parábolas y las comparaciones a fin de que sus alumnos puedan entender saben que imparten mucho más significado. Los principios del evangelio cobrarán vida si se les relaciona con las experiencias que a diario viven quienes escuchan.

Los destructores

Tengo en mi oficina una réplica de la estatua de la Victoria de Samotracia cuya escultura original se encuentra en el Museo del Louvre, en París. La tengo en mi oficina como recuerdo de una lección que aprendí en una ocasión.

Hace unos cuantos años fui asignado para trabajar como supervisor en el programa de seminarios de la Iglesia. Me sentía bastante intimidado al tener que trabajar entre hermanos tan excelentes, la mayoría de los cuales me superaban en edad, servicio, logros académicos, y, según mi manera de ver las cosas, en casi todo lo demás. Mi responsabilidad era supervisar la enseñanza. Como alguien dijo, la supervisión comprende el contar con una visión superior, y ésa era mi responsabilidad, lo cual me hacía sentir aún más inadecuado.

Durante los primeros meses de mi asignación, asistí a una reunión de hermanos del programa de seminarios e institutos quienes estaban llevando a cabo sesiones de capacitación para personal en funciones. Me sentí sumamente complacido ante la oportunidad de sentarme junto a los maestros al ser éstos capacitados por uno de sus mismos colegas.

Uno de los docentes, al hacer su presentación, consideró que era necesario hacer la parte de un desprestigiador y procedió a criticar enérgicamente la historia de la Iglesia y algunas de las tradiciones que se habían establecido. Hizo un recuento de un número de cosas que, según alegó y conforme a los estudios que había realizado, no eran como se contaban. Con sus palabras agravió el carácter de muchos de los primeros líderes de la Iglesia, y tal vez el de algunos de los más contemporáneos. Dijo que estaba presentando ese material para que sus colegas pensarán. "Tenemos que esforzamos por ser más críticos y selectivos."

Poco fue lo que contribuyó su presentación a generar fe. Tras escucharle, uno no sabía en qué creer. Entonces anunciaron que yo pronunciaría algunas palabras para terminar. Me sentí como un nuevo recluta entre héroes de guerra y oré fervientemente en procura de inspiración que me permitiera saber qué decir a fin de que la reunión terminara debidamente.

La inspiración del escultor

Por alguna razón asaltó a mi mente la imagen de la estatua de la Victoria. Recuerdo que en mis años de escuela primaria la había visto en figura; o tal vez en algún libro de historia y recuerdo haberla observado y quedado maravillado ante su belleza. En los años siguientes de mi adolescencia, no creo haber prestado mucha atención a la escultura, pese a que por su fama estoy seguro de que la debo haber visto en láminas muchas veces.

En ese momento me invadió la inspiración. Les comenté a los maestros en cuanto a la estatua; se la describí y les dije que recordaba haber visto alguna que otra figura de ella cuando era niño.

"La estatua ha sufrido muchas pruebas", les dije. "Ya no tiene cabeza; carece de brazos; las alas están picadas; está llena de rajaduras; le falta un pie; mas pese a todo

ello, está considerada tal vez como la pieza de arte más valiosa en la actualidad. ¿Por qué?

"Bueno, entre otras cosas, es una evidencia concreta, una prueba irrefutable e innegable de que en cierta oportunidad, alguien con un talento artístico de genio tomó un trozo de piedra y con algunas herramientas esculpió la estatua. Más allá de sus rajaduras y de su deterioro, la verdad permanece inamovible; cuenta con suficientes elementos que sirven como testimonio de la inspiración del escultor.

"En lo que concierne a la Iglesia", agregué, "supongo que si nos empeñamos en buscar, hallaremos rajaduras, y picaduras aquí y allí. Es probable que nos encontremos con alguna aberración en la actitud de algún líder del pasado o aun del presente. Pese a ello, existen pruebas innegables, irrefutables e inamovibles de la veracidad de la Iglesia, y a causa de ello, existió ese alguien que en su debido momento, bajo suprema inspiración y gran sabiduría, obró con obediencia y procedió a organizarla. Es preferible que nos ocupemos de apreciar su belleza y su magnitud en vez de tratar de derrocar y buscar sus rajaduras.

"Se cuenta el caso de dos frívolas jóvenes que entraron en un renombrado museo para luego declarar indiferentemente en el momento de salir que nada les había impresionado demasiado. Uno de los porteros del museo, al escuchar su comentario, les dijo: 'Jovencitas, el museo no está a prueba. Su calidad no puede ser puesta en duda. Son ustedes las que están a prueba.'

"Mis colegas maestros, no es la Iglesia ni tampoco el evangelio lo que está a prueba, sino nosotros."

Una vez terminada la reunión, algunos de los hermanos mayores se acercaron a mí y manifestaron haberse sentido un tanto incómodos en la primera parte de la reunión, y que estaban en completo acuerdo con lo que yo había dicho. "Algunos de nosotros", expresaron, "deseamos centrar la atención a nuestro alrededor criticando esto o aquello como muestra de lo mucho que sabemos."

Me sentí reconfortado por la reacción de esos hombres, y creo que a partir de ese momento fui mucho mejor aceptado en mi función administrativa.

A menudo observo la réplica de la estatua y recapacito que en los momentos críticos podemos recibir inspiración en forma de impulso, y que una experiencia sumamente simple que hayamos tenido en el pasado puede venirnos de nuevo a la mente y proporcionarnos una valiosa lección.

Pocos años después leí la siguiente declaración hecha por el presidente Stephen L. Richards, con la cual estoy en completo acuerdo:

El destronar

Quisiera decir algo en cuanto a la acción y efecto de destronar. Estoy seguro que sabréis lo que este término quiere decir. Literalmente se refiere a la acción de derrocar del trono a un monarca, por ejemplo, aunque en este caso, en una aplicación más general, expresa el quitar a alguien de una determinada posición ocupada hasta ese momento. Si un hombre, con el paso de los años, ha consolidado un alto lugar en la estima de sus conciudadanos, parece ser una práctica común el que haya quienes procuren investigar el pasado de tal persona para encontrar, si pueden, alguna falla,

para después publicarla y de ese modo dar a entender que se les había pretendido ocultar. Tal maniobra termina por menoscabar el carácter histórico de la idealizada estima y veneración en la que se había tenido a ese hombre a lo largo de los años.

"Tal vez, con propiedad, podríamos echar una mirada a la vida de estos destronadores para poner de manifiesto ante la sociedad sus propósitos de destruir el idealismo que observamos hacia nuestros héroes y grandes hombres de la historia. Quizás estos destronadores nos dirían, si les preguntáramos, que sus investigaciones y declaraciones están respaldadas por el deseo de demostrar que los hombres pueden ser humanos, con imperfecciones, y aun así ser grandes. Si quisieran hacernos creer que tal es su propósito, me inclinaría a dudar y estaría tanto más convencido de que sus declaraciones estuvieron inspiradas por el deseo de hacer dinero a expensas del sensacionalismo.

"Estoy seguro que no les costará darse cuenta de que me opongo a los destronadores como grupo o clase, y con todo el corazón confío en que no logren sus malsanos propósitos de resquebrajar el idealismo que sentimos hacia nuestros hombres de historia." (*Where Is Wisdom?*, Deseret Book, 1955, págs. 155-56.)

Los maestros y los líderes deben ser escrupulosos en su afán de granjearse la confianza de aquellos a quienes enseñan. Nunca he visto con buenos ojos el hacerle jugarretas a una clase, ni el engañarle de alguna forma, ni tampoco el ponerle a prueba en ninguna manera que pueda resultar negativa.

Cuando cursaba la secundaria, tenía un amigo que trabajaba para una compañía, limpiando las oficinas por las tardes. Es una ocasión encontró en el suelo, entre el polvo, detrás de un calentador de agua, un billete de cinco dólares, viejo y sucio. Lo levantó y lo miró, y tras luchar con su conciencia durante la noche, lo devolvió al día siguiente a su jefe. Este le dijo: "Muchas gracias. Yo mismo lo puse allí ayer. Simplemente quería ponerte a prueba," Recuerdo que mi amigo se sintió sumamente resentido por la acción de su jefe y le dijo: "Yo pensaba que era únicamente Satanás quien tenía la misión de tentar."

De cuando en cuando parecen emerger de entre el ejército de maestros algunos que tienen gran influencia y enorme destreza para descarrilar a los miembros de la Iglesia. A menudo son poseedores de los talentos de un buen maestro y de las condiciones de un gran líder, pero carecen de la debida espiritualidad. Parecen rodearse de personas que les amparan, dispuestas a formar con ellos una formidable fortaleza.

En la Iglesia contamos con ciertos miembros que no aprueban las restricciones de la disciplina rígida. Su enfoque del evangelio es más bien filosófico. Se trata de personas que no han aprendido a hacer uso de la inteligencia que viene por medio de la espiritualidad.

Un integrante típico de tal grupo es activo en la Iglesia; acepta llamamientos, concuerda con la doctrina "en la mayoría de los casos", pero se siente molesto por una o dos cosas. Cuando es llamado a ocupar un cargo de maestro, da muestras de tremenda dificultad en ocultar sus dudas. Si bien es cierto que básicamente acepta las doctrinas y procura mantenerse dentro de las normas, frecuentemente cuestiona "la forma en que se administra la Iglesia".

Más liberal que su padre

Quisiera relatarles una experiencia que tuve con una de tales personas. Se trataba de un hombre que enseñaba en una de las más renombradas universidades del este de los Estados Unidos y servía como miembro del sumo consejo de su estaca, pero por una o dos conversaciones que había tenido con él, me había dado cuenta de que se enfrascaba en situaciones que no estaba en él resolver. "¿Por qué la Iglesia no hace tal cosa?" cuestionaba, o "¿Por qué no hace esto otro?"

En una de nuestras conversaciones pasé bastante tiempo con él y le previne:

-Usted tiene una hermosa familia. Espero que la pueda guiar en la fe.

-Sin duda -me respondió-, pero por cierto que no les voy a enseñar a obedecer a ciegas como mi padre nos crió a nosotros.

-Yo conocí a su padre. Era un hombre maravilloso -le dije. Entonces hablamos un poco sobre su padre, hombre de poca instrucción académica pero que había sido de gran y positiva influencia espiritual en su comunidad. Su padre había deseado que sus hijos recibieran una buena educación y de sus reducidos ingresos había logrado enviarlos a todos a la universidad.

Entonces este hermano dijo: -Mi padre estuvo preocupado por mí desde el momento que me vine al este para cursar estudios avanzados, aunque en realidad no necesitaba preocuparse tanto. Me he mantenido activo en la Iglesia; tengo la recomendación para el templo; pago mis diezmos y he sido siempre fiel, aunque me siento bastante liberado con respecto a los puntos de vista restrictivos que tienen muchos miembros mayores de la Iglesia. Mi padre -agregó-, era sumamente conservador.

-¿Cómo se clasificaría a usted mismo? -le pregunté, a lo que me respondió:

-Bueno, como un miembro fiel, pero bastante más liberal que mi padre. Lo que sucede es que he recibido mucha más educación que la que él jamás recibió.

-¿Así que usted es más liberal que su padre? le pregunté. -Así es. Mucho más -respondió.

-¿Se ha puesto a pensar alguna vez -le pregunté-, que si sus hijos llegan a ser más liberales que usted, aún más liberales de lo que usted ha sido en comparación con su propio padre, podrán llegar a apartarse de la Iglesia? Se apartarán de la salvaguardia de la Palabra de Sabiduría y de las normas morales y terminarán por perder su herencia espiritual.

El hombre meditó por unos momentos y luego empalideció. Jamás se había puesto a pensar que la influencia que él estaba teniendo en la vida de sus hijos por su constante batallar contra "la Iglesia" podría llegar a ser nefasta. Su enfoque era académico, intelectual y apenas espiritual. Si estaba dispuesto a compensar por las carencias espirituales de su vida, generaría un cierto cambio y llegaría a ser un poco más como su padre.

Nadie vive exclusivamente para sí mismo ya que hay quienes siguen nuestras huellas, observándonos detenidamente y amparándose en las cosas que decimos y en las que hacemos. Cuando tenemos dudas, es únicamente sensato que nos las guardemos para nosotros mismos y que meditemos en cuanto a ellas y oremos para superarlas.

Así, una a una, las iremos resolviendo. Cuando nos sobrevengan dudas que no tengamos la capacidad resolver, es sabio dejarlas al amparo de la fe. De otro modo, puede que lleguemos a gozar de los frutos del evangelio sin apartarnos "demasiado", y que por ello, quienes nos siguen y dependen de nosotros en gran medida pueden verse privados de su legado espiritual. Es posible que hasta abandonen la práctica de las normas y no se hagan ya acreedores de aquellas ordenanzas redentoras que hacen que la vida sea una experiencia eternamente feliz.

"Los dientes de los hijos tienen la dentera"

Conozco a un hombre "nacido de buenos padres" que cuenta con amplio reconocimiento en el mundo académico. Básicamente ha sido activo en la Iglesia, y jamás ha puesto en tela de juicio sus doctrinas. al menos abiertamente. Ha enviado a sus hijos a servir en misiones, por lo menos a algunos de ellos. Pero ha habido cosas relacionadas con las doctrinas de la Iglesia que él ha considerado por debajo de su estatura personal.

Algunos de los miembros de su familia alcanzaron posiciones prominentes en sus respectivas especialidades, mas ahora, ninguno de ellos es activo en la Iglesia. En la vida de sus hijos y en la de los hijos de ellos vemos el cumplimiento de la profecía de que "...los dientes de los hijos tienen la dentera". (Jeremías 31:29.) Han sido prácticamente conducidos a ese, su destino, por la insensatez de su padre.

La misma responsabilidad descansa sobre los maestros que bien podrían haber fortalecido a sus alumnos con fe, pero que en cambio hicieron lo opuesto.

En una ocasión, en una reunión de consejo, cuando se discutía un punto relacionado con esto, el presidente Harold B. Lee dijo: "Si llegamos al extremo en que no haya otra alternativa que tomar medidas contra la condición de miembro de esta persona, ya verán, hermanos, que su influencia se disipa inmediatamente; será abandonado aun por aquellos que fueron sus aliados durante su error."

Yo he podido comprobar que esto es cierto. Aquellos que están inspirados por tales motivos se desplazan por los senderos del egoísmo o la apostasía, y cuando se toman las debidas medidas, rápidamente desaparecen en el anonimato y jamás se vuelve a saber de ellos.

Por otro lado, he conocido a otras personas que han sido engañadas y guiadas por el camino equivocado, pero que al corregírseles, se han mantenido tenazmente sujetas al principio de la obediencia, se han vuelto humildes y se han arrepentido. Su experiencia les sirve para avanzar con mucha más fuerza y sabiduría.

Puede darse por sentado que aquellos que extienden su mano para estorbar o frustrar la obra del Señor, o destruir la fe, -aquellos que desafían o ridiculizan o critican a Sus siervos escogidos, ya sea en los barrios, en las estacas o en los niveles más altos de la Iglesia-, se desvanecen en el anonimato y terminan por perder lo que bien podrían haber ganado en buena ley.

Cuando la gente recibe nuevas responsabilidades, entonces o crece y desarrolla nuevas aptitudes que le servirán para cumplir con sus nuevos deberes, o simplemente se hincha para llenar su nuevo talle. Hay maestros que tienen la tendencia a "enorgullecerse" egoístamente de su conocimiento. Deberían poner sumo cuidado en no caer en ese error, puesto que los alumnos pueden fácilmente detectar el más

mínimo síntoma de fingimiento o hipocresía. Ha habido hombres sabios que se refirieron a este asunto en las Escrituras.

“Y contenderán una contra otra; y sus sacerdotes disputarán entre sí, y enseñarán con su conocimiento, y negarán al Espíritu Santo, el cual inspira a hablar.

“A causa del orgullo, y a causa de falsos maestros y falsa doctrina, sus iglesias se han corrompido y se ensalzan; se han enfatuado a causa de su orgullo. (2 Nefi 28:4, 12.)

“¡Oh ese sutil plan del maligno! ¡Oh las vanidades, y las flaquezas, y las necesidades de los hombres! Cuando son instruidos se creen sabios, y no escuchan el consejo de Dios, porque lo menosprecian, suponiendo que saben de sí mismos; por tanto, su sabiduría es locura, y de nada les sirve; y perecerán.

“Pero bueno es ser sabio, si hacen caso de los consejos de Dios. (2 Nefi 9:28-29.)

“Pero aconteció que en el año veintinueve empezaron a surgir algunas disputas entre los del pueblo; y algunos se envanecieron hasta el orgullo y la jactanda, por razón de sus sumamente grandes riquezas, sí al grado de causar grandes persecuciones; porque había muchos comerciantes en la tierra, y también muchos abogados y muchos oficiales.

“Y empezó el pueblo a distinguirse por clases, según sus riquezas y sus oportunidades para instruirse; si, algunos eran ignorantes a causa de su indigencia, y otros recibían abundante instrucción por motivo de sus riquezas. (3 Nefi: 10-12.)

“Y éste había andado entre el pueblo, predicándole lo que él decía ser la palabra de Dios. importunando a la iglesia, declarando que todo sacerdote y maestro debería ser popular; y que no debían trabajar con sus manos, sino que el pueblo debía sostenerlos.” (Alma 1:3.)

Al ser llamados para enseñar, y en nuestro trato con nuestras respectivas familias, evitemos por todos los medios de orientar o guiar por el sendero equivocado a aquellos por quienes somos responsables.

Lo que los alumnos deben saber sobre los destructores de la fe

Hay maestros que deliberadamente destruyen la fe, por lo que resulta válido prevenir a los alumnos en su contra y describirlos a fin de que sus estudiantes no se desvíen y se vuelvan como ellos, y también para que como maestros o padres tampoco seamos como tales personas. Este capítulo, preparado con otros propósitos, sirve para expresar mi forma de sentir en cuanto a este asunto, el cual considero vital tanto para los alumnos como para sus maestros.

Después de años de estudio, la graduación constituye el momento más apropiado para hacer una valoración personal y sentir aprecio por todo lo aprendido. Es el momento en que el alumno dedica algo de tiempo para repasar apuntes y materiales acumulados durante sus años de estudio. Algunos de estos materiales, tales como viejos libros de texto o exámenes, serán desechados, mientras que otros se guardarán.

Al repasar lo que ha aprendido en el salón de clases, el alumno debe prestar atención a elementos que pueda haber dejado pasar por alto. Si realmente apreciara el valor de algunas de las cosas de las que se deshizo, revolvería afanadamente la papelería para recuperarlas antes de que se perdieran para siempre.

El alumno llega a la institución de enseñanza básicamente para aprender en cuanto a una profesión, y es casi seguro que lo logre. Pero como sucede siempre, tuvo que pagar cierto precio, el cual, en muchos casos, resulta exorbitante. Bastante a menudo los estudiantes desperdician cosas que son esenciales para la vida y terminan bien ocupados pero insatisfechos.

Las siguientes preguntas resultan importantes: ¿Comenzaron sus estudios con un idealismo que después hicieron a un lado? ¿Comenzaron con fe para terminar siendo escépticos? ¿Iniciaron su carrera provistos de un buen caudal de patriotismo para después reemplazarlo por el cinismo? ¿Comenzaron libres de ataduras, enfrentándose ahora a la adicción? ¿Tuvieron en un tiempo miras de formar una familia para ahora ver como esas aspiraciones se desvanecen? Y lo que resulta de vital importancia, ¿Gozaron un día de pureza y virtud moral para ahora tener que admitir para sí que durante estos años la han perdido?

¿Cómo ha sucedido eso? ¿Era ése acaso el precio esencial para justificar el logro de conocimiento y para ampliar los horizontes culturales? Bien puede ser que los aspectos intangibles que ellos se llevan consigo no igualen en valor a los que tal vez dejen atrás.

Si esos valores ya se han perdido, ¿saben los estudiantes cómo sucedió? ¿O es que acaso los entregaron de buena gana? ¿Los hicieron ellos mismos a un lado o les fueron quitados? Muchos son los jóvenes de la actualidad que caen víctimas del juego de estafa académica.

La gran mayoría de la legión de profesores universitarios representa la capa más alta de nuestra civilización. Sin embargo, hay unos pocos profesores que encuentran suma satisfacción en librar al alumno de sus valores espirituales más básicos. Muchos miembros de cuerpos docentes aguardan ansiosos la llegada de un nuevo grupo de alumnos verdes con el compulsivo deseo de "educarles".

Las ingenuas víctimas

Durante mi período como presidente de misión en Nueva Inglaterra, fui responsable del centro de visitantes de la Iglesia en Vermont, sitio del obelisco en memoria de José Smith, rodeado por hermosos jardines. Había una cierva que se adueñó de ese encantador lugar como si fuera su residencia y todas las primaveras llevaba a dos cervatos al gramillado. Tan mansos eran que el jardinero a veces los levantaba en sus brazos.

En una oportunidad, un otoño, un cazador llegó hasta los jardines con su arco y sus flechas y mató a uno de los cervatos a medio crecer aún. El ingenuo animal se quedó allí parado observando detenidamente a pocos pasos de distancia, interesado en lo que el hombre estaba haciendo sin saber a lo que en realidad se estaba exponiendo. De ninguna manera se puede catalogar a una persona de esa naturaleza como cazador ni como deportista. Sin duda que se trató de un acto criminal en el que no dio al animal la más mínima oportunidad. Indudablemente que tanto el trofeo como la presa habrán sido más tarde exagerados en las descripciones del hombre, pero no hay forma de que tal acción haya podido proporcionarle el más mínimo sentimiento de logro.

Cada año, muchos ingenuos estudiantes caen víctimas en universidades y otras instituciones educativas. Allí, cual involuntarios cautivos, ofrecen su fe, su patriotismo y sus principios de moralidad para ser despiadadamente atacados verbalmente por inescrupulosos profesores.

Estudie al profesor

Mientras toman sus cursos, los alumnos deben encontrar y disponer del tiempo necesario, después de estudiar lo tocante a sus materias, para estudiar a los profesores. Es hasta posible que uno pueda aprender más estudiando al profesor que estudiando la materia en sí.

La mayoría de los profesores ejerce una influencia positiva en la vida de sus alumnos, pero también hay otros, aunque pocos, que encuentran deleite en destruir la fe. He llegado a la conclusión de que el profesor que ridiculiza la fe y las creencias religiosas y degrada el patriotismo, quien continuamente respalda el liberalismo en lo que tiene que ver con las normas de la institución, tanto en lo concerniente a estudiantes como a docentes, constituye una pieza sumamente interesante para estudiar. Sería prudente que el alumno lo analizara detenidamente, pues con toda seguridad encontrará aspectos tales como los siguientes:

Indudablemente aquel que pregona en favor de la aceptación de una conducta moral liberal lo hace para, en cierta forma, justificar lo que él mismo está haciendo. No son pocas las veces que tal persona podrá ser catalogada de indigna. Si condena el valor del desarrollo espiritual, casi de seguro que él mismo habrá fracasado en ese aspecto. Se pone a la defensiva declarando que se trata de una disciplina innecesaria. Tal individuo ridiculiza la fe y la humildad y sonrío con ironía cuando alguien menciona la virtud, la reverencia, la dedicación o la moralidad.

Hay un aspecto sumamente interesante en esa persona que procura ansiosamente apartarse de las normas de su iglesia, particularmente si las abandona e instiga a otros para que hagan lo mismo.

¿Se ha preguntado alguna vez por qué razón hay personas que no tienen reparo alguno en apartarse de la Iglesia pero no están dispuestas a dejarla en paz? Una conducta normal sería que la persona cancelara toda afiliación posible con la Iglesia y punto final. Pero no sucede así con este tipo de individuos. La abandona sin problemas, pero no puede dejarla en paz. Desarrolla como una obsesión, lo cual indica algo importante.

Uno puede preguntarse, ¿Se está dirigiendo a los estudiantes o a sí mismo? También es posible preguntarse, y cabe la posibilidad de que él mismo se pregunte, ¿es feliz, realmente feliz?

Quisiera prevenirles en cuanto a otra cosa. El profesor que se obsesiona en cuanto al tema de la religión, aquel que no puede enseñar una clase sin decir algo negativo contra la Iglesia, criticando al obispo o al presidente de estaca y las normas que ellos enseñan, no ofrece, en realidad, mayor preocupación. Este estilo de prejuicio resulta obvio aun para el más cándido de los estudiantes. Aun los ingenuos cervatos se harán a un lado cuando tal persona apunte con su flecha.

Engaño con un gesto o por la inflexión

Sin embargo, hay otro tipo que quisiera describirles. Puedo hacerlo mejor refiriéndome a la obra de Shakespeare, *Otelo*.

Otelo había cristalizado los dos grandes deseos de su vida. Había llegado a ser general, logrando así la cima, y había ganado la mano de Desdémona, su amada. Otros dos personajes de la obra completan el elenco principal: Cassio, teniente y mano derecha de Otelo, y Yago, conspirador y celoso.

Lo que Yago más ambicionaba en la vida era llegar a ser general. Impulsado por sus malignos celos, se propuso destruir a Otelo, nunca en forma abierta, sino subrepticamente. En ninguna parte de la obra lanza una mentira en forma desolapada, sino que todo lo hace sutilmente por medio de indirectas.

- ¿Dónde está Desdémona esta noche? -podría preguntar.
- Está en la Sociedad de Socorro --Otelo respondería.
- Ah, ¿*allí* está? -Yago preguntaría.

No se trata de las palabras que se emplean. Cuando uno las lee son totalmente inofensivas, pero cuando se verbalizan con cierta inflexión, realmente adquieren la malicia con que quisieron ser pronunciadas.

En una ocasión, Cassio llegó al hogar de Otelo con un mensaje. Después de una breve conversación con Desdémona, sale para atender otros asuntos. Al salir de la casa, Otelo y Yago se acercan.

Yago pervierte un incidente totalmente inocente con el siguiente comentario: "No puedo suponer que se escapara así, como un culpable, al veros llegar."

Y así planta la semilla, sin dar lugar a que se le recrimine por nada en absoluto. Apenas una inofensiva indirecta, un gesto, un tanto de inflexión en la voz, un poco de énfasis en una palabra o en una frase.

Otelo finalmente se convence de que Desdémona le es infiel y se propone destruirla. La tragedia alcanza su punto culminante cuando Otelo amenaza a su inocente esposa. Ella implora por una semana, por un día. Y entonces su súplica final: "¡Solo el tiempo de recitar una plegaria!" Otelo se lo niega y se produce la terrible tragedia de su muerte, para él después encontrar prueba de su inocencia.

A medida que se desplazan por la vida, es posible que muchos jóvenes estudiantes se encuentren con un Yago en su camino. Mediante indirectas y comentarios capciosos, por medio de cierta inflexión en la voz o en una pregunta burlona o inocente, pueden ser persuadidos a matar su fe, a menoscabar su patriotismo, a buscar el amparo ficticio de las drogas, a destruir su libre albedrío, a hacer abandono de la castidad, de la moralidad y de la virtud. Si así les sucede, seguramente llegarán más tarde a conclusiones tan trágicas como la de Otelo.

Tales personas ridiculizan la creencia de que hay una vida más allá de la muerte y aseguran que no existe tal cosa como un Dios. Mejor es que abriguen esperanzas de estar en lo cierto, pues si existe Dios, y algunos de nosotros sabemos que así es, la escena final será la de su propia condenación, pues la justicia caerá sobre ellas como corresponde. En el momento final, todo ser humano es castigado tanto por los *pecados* en sí como por *Aquel* que promulgó los mandamientos en el principio.

En una universidad se sostiene una teoría de que el aprendizaje debe llevarse a cabo en un clima de libertad académica. Cabe preguntarse, ¿libertad para quién? En la generación anterior se han registrado cambios interesantes.

La religión del ateísmo

Hace algunos años en los Estados Unidos, se hizo prosperar un planteamiento de cuán fuera de lugar o perjudicial resultaba el hacer oraciones en las escuelas públicas. Tal práctica fue declarada anticonstitucional por parte de la Suprema Corte. La decisión resultó parcial a una determinada ideología, pues su efecto, más allá de las intenciones que le inspiraron, favorecía a aquellos que deseaban borrar de nuestra sociedad todo elemento que pudiera estar relacionado con el Todopoderoso.

Los clamores se hacen escuchar de aceptar al ateísmo como lo que es, una religión, por cierto que una religión negativa. El ateísmo supone una expresión religiosa y constituye uno de los extremos de la filosofía religiosa.

Quienes son espiritualmente sensibles reconocen a Dios, a ese ser viviente que gobierna el destino de los hombres. El así llamado ateo declara que Dios no existe; no simplemente que Dios no es el origen de todas las cosas, sino que definitivamente *no* existe.

Catalogamos de soleado o de lluvioso a dos elementos para describir el estado del tiempo. Sería ridículo hablar en cuanto a tiempo claro o nublado y afirmar que no existe ninguna relación entre ambos y que no pueden ser considerados como parte de la misma disciplina.

Es del mismo modo ridículo separar el teísmo del ateísmo y afirmar que se trata de dos cosas completamente distintas, particularmente cuando justificamos y hasta cierto punto instamos a que se predique el ateísmo en el salón de clase para en seguida utilizar todo nuestro vigor para eliminar toda referencia positiva hecha a Dios. El ateo está protegido, como afirman, por el principio de la libertad académica.

El administrador de escuela que lucha por mantener esa libertad académica, mejor que se asegure de administrar imparcialmente, puesto que de otra manera violará ese mismo principio que él dice respaldar. Cuando las normas de disciplina están dominadas por la influencia que ejerce el ateísmo, entonces tal administrador es parcial.

El ateísmo, al igual que el teísmo, está dividido en muchas sectas: El comunismo, el agnosticismo, el escepticismo, el humanismo, el pragmatismo, y otras.

El ateo proclama su propia deshonestidad al aceptar paga para enseñar psicología, sociología, historia o idiomas, cuando en realidad lo que predica a sus alumnos es su filosofía religiosa atea.

Si el ateo desea enseñar estas doctrinas en una escuela pública, debe exigírsele que compre una propiedad fuera de los límites de la institución en donde pueda dictar clases, permitiéndole que dé a tales cursos un nombre apropiado.

Todo alumno debe tener el derecho de matricularse para tomar un curso de geografía, por ejemplo, y recibir capacitación en cuanto a geografía, o inscribirse para un curso de historia y recibir instrucción en cuanto a historia, en vez de ser expuesto, al igual que el cervato ante el arco y la flecha del cazador, a las filosofías ateas de un inescrupuloso maestro.

Quienes de un modo u otro contribuimos al mantenimiento de las instituciones educacionales tenemos el derecho de enviar a nuestros hijos e hijas a estudiar sin tener que preocuparnos de la posibilidad de que se les enseñe una religión sectaria, incluyendo la del ateísmo. Tenemos el derecho de esperar que las normas disciplinarias de la institución no sean dictadas por unos pocos ultraliberales confinados a la carencia de tipo alguno de normas morales.

Parte de la sociedad es sumamente particular en prohibir que se predique el catolicismo, el protestantismo, el mormonismo o el judaísmo en un salón de clase de una escuela pública, pero por razones desconocidas, son por demás pacientes con quienes inculcan la expresión negativa de la religión.

En los lugares donde se proclama la separación del estado y la iglesia, debemos demandar mayor protección contra el agnosticismo, contra el ateísmo, contra el comunismo, contra el escepticismo, contra el humanismo y contra el pragmatismo; mucha mayor protección de la que se nos da.

He escuchado declaraciones de administradores de universidades en el sentido de cuánto quisieran corregir estas situaciones en ésta o en aquella institución, pero están maniatados. El maestro transgresor está protegido en lo que hace, amparado en su antigüedad en la cátedra y en el apoyo que le brindan agremiaciones profesionales.

Afirmo que el ateo no tiene más derecho de enseñar los fundamentos de su secta en las escuelas públicas que el que tiene el creyente en Dios de enseñar los de la suya. Cualquier sistema escolar o social que proteja la mutilación de la fe, y que por otro lado prohíba su defensa, terminará, sin dudas, por destruir la fibra moral de la sociedad.

Esta realidad está sumamente arraigada y latente en nuestra sociedad actual. El mal se ha quitado su manto y camina libremente por nuestras calles. Cuando los jóvenes terminan sus estudios y se lanzan a la vida, seguramente se tropezarán con algún Yago, quien, aunque tal vez no bajo el título de maestro, de alguna manera se las ingeniará para atraer su atención, incitándoles sutilmente a destruir su fe.

Estamos regidos por ciertos hechos correctos y otros incorrectos. Debemos tener presente que existen verdades básicas, principios básicos y acuerdos básicos, todos ellos necesarios para el logro de la felicidad. Existen algunas cosas que son falsas, que están equivocadas. Por ejemplo, jamás podremos ser felices y al mismo tiempo malvados, más allá de cuán aceptada sea esa tendencia.

Por más que lo equívoco fuera publicado en todo libro, en todo periódico y en toda revista; si fuera difundido en todo tipo de frecuencia, transmitido por toda estación de televisión, declarado desde todo púlpito, pregonado en todo salón de clase y apoyado en todo tema de conversación, aun así, lo equívoco seguiría siendo equívoco. La maldad nunca fue felicidad, ni lo puede ser, ni lo será jamás.

Defendamos la justicia

Yo me declaro en favor de una libertad académica completa. Si se estipula que no se podrá orar en las escuelas públicas, asegurémonos de que tampoco se permita la ridiculización de la oración. También me declaro en favor de la humildad, de la fe, de la reverencia, de la hermandad, de la caridad y del patriotismo. Me declaro en favor de la sobriedad y también de la justicia.

Aguardo ansiosamente el día en que los nobles y verdaderos maestros de escuela se hagan valer, cuando su propia fibra moral comience a encenderse contra la decadencia que parece prevalecer en nuestras instituciones de enseñanza.

Rindo tributo a la gran cantidad de hombres y mujeres que enseñan con integridad. También lo rindo a aquellos hombres y mujeres de rectitud absoluta que dominan una disciplina y están capacitados para enseñarla. Ellos son a quienes más vale la pena estudiar y analizar. Eso es lo que todo alumno debe saber, puesto que tales educadores son los que realmente forjan al ser humano en su totalidad. Ellos son los hombres y mujeres en quienes podemos confiar y a quienes debemos emular.

Dios permita que los maestros pronto echen una mirada por encima de sus libros, hagan a un lado sus exámenes, abandonen por un momento sus investigaciones y pasen a formar parte de ese grupo de educadores que se esfuerza por mantener en su lugar los cimientos morales de nuestras instituciones educacionales. Estos hombres y mujeres ejercen una tremenda influencia y plantan en el corazón y en la mente de sus alumnos la semilla del respeto fundamental hacia la verdad y la integridad.

Al partir los estudiantes de las aulas satisfechos con las cosas que han aprendido, sería prudente que revisaran sus bolsillos y sus portafolios y se aseguraran de que no han perdido nada, sobre todo lo de orden espiritual, lo cual es esencial para obtener la felicidad en el futuro.

Y al partir, deben llevar consigo su fe, su patriotismo y su virtud. Si se encontraran averiados, se les puede reparar. Aun la virtud, si es que está un tanto manchada, puede ser pulida nuevamente. Estas son las cosas que los jóvenes deben llevar consigo. Pueden ser renovadas.

Sabrán en los años futuros que la vida tiene poco de hermoso que ofrecerles sin estos valores.

A lo largo de sus años de educación académica, los estudiantes aprenden a procurar información de ese profesor o maestro docto en cierta materia, ya sea que se trate de un idioma o de matemáticas, sociología, humanidades o cualquier otra. Pero también pueden investigar en cuanto a cosas espirituales . Yo he llegado a saber que Dios vive, que en el fin el Señor reinará sobre todos los asuntos de los hombres. Sé que muchos de los tesoros que los estudiantes puedan haber echado a un lado darán muestras de ser los de mayor valor para ellos.

La ciencia de aconsejar

Desde hace ya algunos años el aconsejar ha dejado de ser exclusivamente una cuestión informal para transformarse en toda una profesión. Pese a ello, tanto maestros como líderes y padres deben a menudo asumir el papel de aconsejar. El dar consejo es, por supuesto, una manera de enseñar, generalmente en forma individual. En el capítulo "Cómo enseñar las normas morales" encontrará algunos comentarios relacionados con el dar consejos, por lo cual no tomaré el tiempo de mencionarlos en este capítulo, aunque le sugiero que los agregue a los conceptos expuestos en él. Particularmente llamo la atención a la advertencia de los peligros de meterse demasiado profundo en la vida de otras personas. Aun cuando las sugerencias de este capítulo están mayormente dirigidas al maestro en el salón de clase, los principios se aplican, de la misma forma, a los padres en el hogar y a los líderes en la Iglesia.

Si usted es maestro, tome como buen consejo el tratar los problemas delicados de los alumnos en la forma debida; recuerde que el que usted sea el maestro no le hace ni el padre ni el obispo del alumno. Simplemente porque existe la necesidad de aconsejar -y tal vez en forma urgente- no quiere decir que sea precisamente usted la persona indicada para hacerla.

Los canales debidos

El Señor ha establecido canales bien definidos en la Iglesia, e invariablemente provee inspiración por medio de ellos. Sin embargo, somos a menudo culpables de procurar la ayuda de alguien con más autocracia en vez de la de aquellos que tenemos a nuestra disposición inmediata. Aun cuando no siempre seguimos los canales de autoridad debidos y a pesar de que a veces asumimos una responsabilidad que le cabe a un padre o a un obispo, el Señor constantemente permanece en el debido canal; jamás nos proveerá revelación ni inspiración si estamos fuera de esos canales.

Todo maestro debe ser sabio en la forma en que administra y distribuye su amor entre sus alumnos, siendo, en tal caso, esencial el actuar con sentido común. En casi toda clase de Escuela Dominical, de Primaria o de seminarios, podemos encontrar a alguien tan hambriento de amor que el más mínimo gesto le pone a los pies del maestro. Conozco casos de alumnos que vivían pegados al maestro, como si fueran cachorritos hambrientos, a la espera de cualquier muestra de atención o afecto. Hay veces que se requiere mucho control personal para evitar que una relación se salga de lo estrictamente formal y así llegue a dañar a un joven. El maestro sensato empleará esa devoción y mostrará amor en forma tal que guiará al alumno hacia los debidos canales y hacia la debida relación a fin de que la dependencia no resulte dañina.

Aun cuando es importante que el maestro tenga esos canales presentes en todo momento, no resulta siempre fácil establecerlos debidamente. A veces nos encontramos con padres que no saben cómo hacerse cargo de una situación adecuadamente. Un buen maestro, claro está, contará con la confianza y el amor de sus alumnos, por lo que éstos estarán siempre dispuestos a confiar en él. Esa es la razón por la que los padres deben ser buenos maestros.

No resulta poco común que haya quienes se acerquen a un maestro de seminarios o de Escuela Dominical notoriamente molestos, queriendo que se les ayude a resolver un problema delicado. Es posible que un joven en una de tales situaciones le diga al maestro: "Tengo algo de lo que necesito hablarle. Hace una semana estaba con una chica amiga en una esquina oscura esperando el autobús después de un baile y ..." En ese preciso momento el maestro sabio dirá: "Tengo el presentimiento de que se trata de un problema delicado que seguramente otras personas te pueden ayudar a resolver mucho mejor de lo que podría hacerla yo. ¿Qué clase de relación tienes con tus padres? ¿Crees que puedes hablar de este problema con ellos?"

Sé que muchas veces efectivamente se abre ese canal con los padres, aunque la tendencia, lamentablemente, es que el maestro se interese o sea curioso y piense: "Bueno, tengo que averiguar un poquito más en cuanto a este asunto antes de poder ayudar", o "Creo que yo le puedo ayudar mucho mejor que nadie", u "El confía en mí" y así se mete demasiado en algo que no le corresponde.

La forma de orientar al alumno hacia el debido canal

En muchas ocasiones he visto solucionar problemas tales como éste apenas el joven es puesto en los debidos canales que le permiten recibir consejo directamente de sus padres. Hay veces en que si esto no es lo más prudente o si resulta imposible por alguna otra razón, se le puede dirigir a su obispo. Con frecuencia el joven dirá: "No puedo ir a hablar con el obispo, me da mucha vergüenza", o "No creo que él entienda", o toda una variada gama de tales pretextos. Ese es el momento en que el maestro debe decir: "Yo conozco muy bien al obispo. ¿Has hablado con él alguna vez? Permíteme decirte cómo hacerlo." Habrá casos en los que el maestro debe decir: "¿Quieres que yo arregle con él para que te atienda y que te acompañe después?"

En una situación así, cuando se hacen los arreglos para que el obispo entreviste al joven, el maestro llega a la oficina del obispo, actúa como intermediario en las galanterías del caso y después, no bien se presenta la primera oportunidad, se disculpa y les deja a los dos a solas. En el momento en que el obispo le dice al joven "Siéntate, por favor", el maestro sabio de pronto recordará que dejó la canilla del baño de su casa abierta, o que su casa se está incendiando, o cualquier otro asunto urgente que demande su inmediata atención a fin de que el joven se quede a solas con el obispo.

Si tuviéramos más tiempo en este capítulo, podría relatarles muchas experiencias en las que maestros capaces y bien intencionados se han visto envueltos en situaciones de aconsejar en las que poco o nada de derecho tenían de recibir inspiración, encontrándose después en situaciones comprometedoras o sumamente delicadas. El simple deseo de ayudar a una persona no es suficiente justificativo para que un maestro quiera encargarse de rendir este tipo de servicio hasta que logre solucionar la situación. Un maestro en la Iglesia será sumamente sabio si tiene presentes los tipos de problemas que deben ser resueltos fuera de su canal de relación con el alumno. Aun corriendo el riesgo de ser considerado un insensible o un tonto que no se da cuenta de algo obvio, debe establecerse la regla de dirigir los problemas hacia las personas que tienen el derecho de recibir la inspiración para resolverlos.

El aconsejar es como. . . el programa de bienestar de la Iglesia

En el capítulo que tratamos sobre el ego, utilizamos el principio didáctico conocido como transferencia. Quisiera utilizarlo una vez más al referirnos a un conocido programa de la Iglesia -el programa de bienestar- para después transferir los principios fundamentales del mismo al maestro y a las oportunidades que él tiene de aconsejar. El programa de bienestar de la Iglesia no es, sin embargo, el tema de este análisis, sino que lo empleo únicamente como una forma de ilustración.

La Iglesia tenía apenas dos años de vida cuando el Señor reveló que "No habrá lugar en la iglesia para el ocioso, a no ser que se arrepienta y enmiende sus costumbres." (D. y C. 75:29.) El presidente Marion G. Romney explicó este principio con su característica sencillez: "La obligación de mantenerse a uno mismo le fue impuesta a la raza humana desde sus comienzos. 'Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra.' (Génesis 3: 19.)"

En el Manual de Servicios de Bienestar, página 1, se especifica que "Nuestro propósito principal fue establecer, hasta donde fuera posible, un sistema bajo el cual la maldición del ocio fuera suprimida, se abolieran las limosnas y se establecieran nuevamente entre nuestro pueblo la industria, el ahorro y el autorrespeto. El propósito de la Iglesia es ayudar a las personas a ayudarse a sí mismas. El trabajo debe ser nuevamente el principio imperante en la vida de los miembros de nuestra Iglesia."

Hemos tenido bastante éxito en implantar en la mente de los Santos de los Últimos Días la idea de que tienen la responsabilidad de velar por sus propias necesidades materiales y al mismo tiempo contribuir a satisfacer el bienestar de aquellos que no están en condiciones de hacerlo por sí mismos. Si un miembro no puede mantenerse, debe primero procurar la ayuda de su familia y después la de la Iglesia, en ese orden, y jamás buscar la ayuda del gobierno.

Hemos aconsejado a nuestros obispos y presidentes de estaca que tengan sumo cuidado en evitar abusos en el programa de bienestar. Cuando la gente esté en condiciones pero no esté dispuesta a mantenerse a sí misma, tenemos la responsabilidad de aplicar la voluntad del Señor, de que el ocioso no comerá del pan del trabajador. Siempre ha pesado sobre nosotros la nonna de que, hasta donde sea posible, cada uno vele por sí mismo.

No se puede acusar de despiadado o insensible al obispo que requiere que un miembro de la Iglesia se esfuerce hasta lo máximo para compensar por lo que recibe del programa de bienestar de la Iglesia. No se trata de un simple sistema de dádiva a la ligera que se pone en funcionamiento con tan sólo pedir. Requiere un cuidadoso estudio de las fuentes de recursos personales, todas las cuales deben ser agotadas antes de recibir u otorgar ayuda de afuera. No debe existir de parte de ningún miembro de la Iglesia la más mínima vergüenza de procurar la ayuda del programa de bienestar de la Iglesia, siempre que primeramente haya contribuido con todo lo que esté a su alcance, ya que ante todo debe tratar de abastecerse mediante sus propios recursos.

Hagamos hincapié una vez más en esa declaración hecha por la Primera Presidencia cuando se estableció el programa de bienestar en 1936:

"El propósito de la Iglesia es ayudar a las personas a ayudarse a sí mismas."

El presidente Romney recalcó que "El velar por la gente de cualquier otra manera es hacerles más un daño que un favor. El propósito del programa de bienestar de la Iglesia no es el de quitarles a sus miembros la responsabilidad que tienen de velar por sí mismos." (Reunión de los Servicios de Bienestar, 5 de octubre de 1974.)

El principio de la autosuficiencia

Los principios básicos del programa de bienestar son inspirados. Los maestros deben entenderlo de esa forma, así como el hecho de que el principio de la autosuficiencia es fundamental para vivir una vida feliz. Ese mismo principio también tiene aplicación en lo emocional y lo espiritual.

Si proveemos demasiado consejo sin recalcar simultáneamente el principio de la autosuficiencia, tal como se le entiende en el programa de bienestar, podemos hacer que la gente llegue a depender tanto de otras personas, desde el punto de vista emocional y espiritual, que es como si estuvieran subsistiendo merced a una suerte de bienestar emocional. Pueden hasta llegar a perder toda voluntad de mantenerse por sí mismos y depender al punto tal de no poder verse privados de estímulo o aliento, y llegar a la conclusión de que no tienen ninguna obligación de contribuir con nada propio. Un maestro no debe permitir de ninguna manera que persona alguna llegue a ese punto; si lo hace, no estará ejerciendo una enseñanza responsable.

Es hasta posible que nos hagamos a nosotros mismos emocionalmente (y por consiguiente espiritualmente) lo que por generaciones hemos tratado, gracias a duros esfuerzos, de evitar materialmente. Si perdemos nuestra autosuficiencia emocional y espiritual, nos debilitaremos tanto, y hasta es posible que más aún, que cuando contraemos algún tipo de dependencia material. Por un lado, aconsejamos a los obispos a evitar abusos en el programa de bienestar de la Iglesia, mientras que por otro derrochamos consejos y asesoramiento sin siquiera tener en cuenta que el miembro debe solucionar el problema por sí mismo o procurar la ayuda de su familia, y que únicamente cuando tales recursos son inadecuados debe procurar la ayuda de la Iglesia.

Debemos tener sumo cuidado, por lo tanto, de no repartir indiscriminadamente el consejo que podamos dar a otra persona, o de no tratar de satisfacer todas y cada una de las necesidades emocionales de nuestros miembros. Si no tenemos cuidado, podremos perder el poder de la revelación personal. El Señor le dijo a Oliverio Cowdery (y esto se aplica a todos nosotros también):

“He aquí, no has entendido; has supuesto que yo te lo concedería cuando no pensaste sino en pedirme.

“Pero he aquí, te digo que debes estudiarlo en tu mente; entonces has de preguntarme si está bien: y si así fuere, haré que tu pecho arda dentro de ti: por tanto, sentirás que está bien.

“Mas si no estuviere bien, no sentirás tal cosa, sino que te sobrevendrá un estupor de pensamiento que te hará olvidar la cosa que está mal; por lo tanto, no puedes escribir lo que es sagrado a no ser que lo recibas de mí”. (D. y C. 9:7-9.)

En una oportunidad fue a mi oficina un alumno con un problema serio. Estaba tratando de decidir si debía casarse o no. Le pregunté:

- ¿Quieres que te dé mi consejo?

- Claro -me contestó.

- ¿Vas a seguirlo una vez que te lo dé? -le pregunté, lo cual le causó cierta sorpresa; pero finalmente me dijo que sí.

Yo conocía al padre del joven, un líder en la Iglesia y un hombre maravilloso. Así que le dije: "Mi consejo es el siguiente: Ve a tu casa este fin de semana y habla con tu padre. Hazlo en un lugar en el que puedan estar a solas, cuéntale tu dilema, pídele que te oriente, y después haz lo que él te diga. Ese es mi consejo."

Considero que un sistema de limosna espiritual puede ser tan peligroso como un sistema de limosna material, y podemos llegar a ser tan dependientes que hasta nos crucemos de brazos esperando que la Iglesia haga todo por nosotros.

No estaba dispuesto a actuar por sí mismo

Hace algunos años recibí una llamada telefónica de un obispo cuyo hijo había sido reclutado para el servicio militar y se encontraba en una base de entrenamiento del ejército. El padre me dijo: "Ya hace tres semanas que está allí y no ha ido a la Iglesia todavía." Entonces pasó a describir a su hijo como un joven Santo de los Últimos Días activo y siempre fiel en sus deberes. "Jamás ha faltado a ninguna reunión de la Iglesia", me comentó el hombre. "¿Hay algo que usted pueda hacer para ayudar?" El joven había llamado por teléfono y había dicho que nadie le había invitado todavía para asistir a las reuniones de la Iglesia.

Entonces procedí a investigar las circunstancias que rodeaban el caso. Hágase una imagen visual de lo siguiente: En las barracas, a apenas unos metros de donde dormía el soldado, había una pizarra de anuncios. En ella había una fotografía del Templo de Salt Lake junto a una lista con las reuniones de la Iglesia y sus horarios. La capilla estaba ubicada en la base misma. El joven había asistido a una reunión de orientación para todos los nuevos reclutas, la que había sido dirigida por uno de los capellanes de la base. A pesar de que en ese caso no se trataba del capellán mormón, sí había uno en la base, lo cual se había dejado en claro en la orientación. También se le había informado que si deseaba detalles en cuanto a los servicios religiosos, podía hablar con el sargento de guardia o podía ponerse en contacto con la oficina del capellán y de seguro que recibiría la información que necesitaba.

Al joven también se le había dicho, antes de partir de su casa, que la Iglesia disponía de un maravilloso programa para ayudar a los jóvenes que estuvieran en el servicio militar mediante el cual se les localizaría, encargándose la Iglesia de velar por ellos y de proporcionarles todos sus programas. Así es que se había echado cómodamente hacia atrás en su cama, cruzado de piernas, a la espera de que la Iglesia hiciera todo por él. Aguardó por tres semanas hasta que se llenó de desilusión al punto tal de llamar a su padre, el obispo, para informarle de que la Iglesia le había fallado.

Claro está que no hubo malicia de su parte; lo que sucedió fue simplemente que había sido criado con la idea de que la Iglesia tenía el más absoluto deber de velar por él; sin saber que en realidad la responsabilidad primordial de la Iglesia es darle a uno la oportunidad de servir a los demás. Seguramente, debido a que se encontraba lejos de su hogar, en un lugar extraño y necesitando atención más que nunca antes en su vida, estaba seguro de que toda esa ayuda le sería brindada inmediatamente sin el más mínimo esfuerzo de su parte. Había sido debilitado por un sistema de limosna y se encontraba así en un serio riesgo espiritual por no estar dispuesto a hacer nada por sí mismo.

Primero la persona, después la familia, y luego la Iglesia

Esa experiencia surtió en mí un gran efecto, y cuando reorganizamos el programa de relaciones militares, modificamos ciertas características imperantes hasta ese momento. Por ejemplo, el antiguo programa instaba al barrio o al quórum a suscribirse a la revista general de la Iglesia por cada hombre que se integrara al servicio militar, y era responsabilidad del obispo asegurarse de que esa suscripción se renovara mientras durara el servicio militar del beneficiario.

Procedimos a cambiar todas esas disposiciones. Ahora se aconseja al joven que se suscriba a la revista por sí mismo y que también pague dicha suscripción de su propio dinero. Por lo general dispone del suficiente para gastar en cosas de mucho menos utilidad, por lo que debe aprender a valérselas por sí mismo desde el comienzo. Si por alguna razón no puede hacerlo, es entonces responsabilidad de su familia hacerse cargo de la suscripción. Si la familia tampoco puede, o si no quiere hacerlo, entonces, y únicamente entonces, sería responsabilidad del barrio o del quórum asegurarse de que el joven reciba esta importante publicación de la Iglesia.

Notamos que muchos de nuestros miembros varones, cuando la suscripción se les había regalado, ni siquiera se molestaban en informar su cambio de dirección para que les llegaran las revistas. No hacían nada para hacerse acreedores de la publicación y ni siquiera la apreciaban. Es interesante observar lo que ha sucedido en el programa de relaciones militares. Hemos cambiado el peso de la responsabilidad y ahora nuestros hombres son más autosuficientes.

"Aconsejitis"

Si usted tiene un llamamiento o una asignación que requiere que aconseje a otras personas, debe tener siempre presentes algunos aspectos. En casi todo barrio o rama y hasta en algunas clases nos encontramos con casos crónicos de personas que se pasan procurando consejos pero que nunca los siguen. Eso, pueden suponer algunas personas, no es nada serio. ¡Yo, personalmente, creo que se trata de algo sumamente delicado! Al igual que el resfrío común, debilita más a la humanidad que cualquier otra enfermedad. Podemos llegar a propagar una epidemia de "aconsejitis" la cual afectará nuestras defensas espirituales. La autosuficiencia espiritual es el nervio motor de la Iglesia. Si privamos a nuestros alumnos de esa energía, ¿cómo pueden obtener la revelación de que hay un profeta de Dios? ¿Cómo pueden recibir respuesta a sus oraciones? ¿Cómo pueden llegar a saber? Si nos apresuramos a responder todas las preguntas y proporcionamos tantas formas de solucionar problemas como puedan existir, podremos llegar a debilitar, en vez de fortalecer, a aquellos a quienes aconsejamos o enseñamos.

Algunos que han recibido capacitación en cuanto a la forma de aconsejar tienden a decir: "Mis consejos no privan a nadie de su autosuficiencia, puesto que yo utilizo el enfoque indirecto cuando aconsejo. Soy escrupulosamente cuidadoso de no adoptar ninguna posición. Me limito a hacer algunos comentarios y a repetir sentimientos de la persona a fin de que sea ella quien tome la decisión por sí misma. Aconsejo indirectamente y jamás abro juicio."

Aun cuando siento respeto por este procedimiento de aconsejar, como método, considero que si lo único que uno hace es proporcionar consejos indirectos, eso es

precisamente lo que extraemos de los consejos, ni la más mínima dirección. Cuando un consejero programa una sesión sumamente larga para decir lo menos posible, y deja que el alumno luche consigo mismo tratando de decidir si algo está bien o está mal, lo cual el consejero ya sabe, es una pérdida de tiempo. También lo es el andar con rodeos tratando de determinar lo que está bien o lo que está mal para el alumno dadas las circunstancias. Cuando alguien con el más mínimo sentido de moral sabe que un determinado curso de acción no es correcto, sabrá que no lo es para nadie.

Consejos directos

En la Iglesia, el método de aconsejar directamente es por lo menos tan respetable, decente, deseable y necesario como lo es el método indirecto. Lamentablemente, sin embargo, poco es lo que vemos de él en estos tiempos. Cuán reconfortante es para un maestro poder declarar a un alumno: "Este curso de acción es el correcto y éste es el incorrecto. Ahora ve y toma tú la decisión que más te convenga." El alumno debe saber qué es lo que está bien y qué es lo que está mal en la forma más rápida y directa posible. Existe gran demanda de consejeros que dirán en forma clara y concisa: "Esto es malo, es equivocado, no es aconsejable. Te hará infeliz. Esto otro es bueno, es correcto. Es lo más aconsejable y te hará feliz." Entonces entra a tallar el libre albedrío al determinar la persona por sí misma qué curso de acción habrá de seguir.

La preocupación que ha surgido en el mundo en cuanto a la forma de aconsejar profesionalmente ha desembocado en una serie de experimentos de los cuales no estamos totalmente exentos en la Iglesia. Existen consejeros que busca! la manera de meterse demasiado profundo en la vida de las personas con quienes tratan, aún más de lo que es necesario para la salud emocional y espiritual de sus pacientes. También están aquellos otros que quieren extraer información y después analizarla y hasta tomar parte en los desenlaces. Si bien una cierta cantidad de catarsis es saludable y hasta esencial, el abusar de ella puede resultar peligroso. Muy pocas veces resulta tan fácil el armar algo como lo fue el desarmarlo.

El logro de la sensibilidad

Se han desarrollado varios procedimientos para ser utilizados en la terapia colectiva. Se les promueve bajo una variedad de títulos: desarrollo de sensibilidad, autoactualización, grupos de entrenamiento, o grupos E-, simulación, análisis transaccional, grupos de encuentro y sesiones maratónicas de consejos. Algunas hasta funcionan bajo nombres tales como: clarificación de valores, educación de carácter, etc. Este tipo de programa, así como viene se va, y no bien uno agota su curso y el método no está ya de moda, otro, tal vez un poco diferente del resto, entra en escena. Aun cuando difieran en algunos aspectos, uno o más de los siguientes elementos son aparentes en todos ellos: No reconocen ninguna fuente absoluta de verdad. Los únicos valores existentes son aquellos establecidos por las personas o por el grupo. No se hace referencia a Dios. Se estimula la más absoluta y libre expresión ante el grupo -a menudo algo así como una confesión- de todo sentimiento o experiencia íntimos. Hasta se puede llegar a fomentar el ser totalmente amplios y el tocarse entre los miembros del grupo como una forma de resolver problemas mediante la práctica de una

interacción reconfortante. Por sobre todas las cosas, procuran evitar todo tipo de sentimiento de culpabilidad.

Existen tremendos peligros emocionales y espirituales en tales procedimientos. y los miembros de la Iglesia harían bien en tener el máximo cuidado y hasta en mantenerse totalmente alejados de él. A veces es difícil determinar si las sesiones son para el provecho de quien recibe consejo o para satisfacer la curiosidad y para la diversión del que los da.

Recuerdo haber visto hace algunos años un letrado en un estudio fotográfico en la isla de Kauai que decía: "Si hay belleza la captaremos. Si no la hay, la fabricaremos." Temo que en lo que concierne a algunos de nosotros, al dar consejos en la Iglesia, parecemos estar diciendo: "Si hay problemas, los solucionaremos. Si no los hay, los crearemos."

De vez en cuando se presentan problemas emocionales complejos que bien podrían superarse mediante procedimientos de los que hemos estado hablando. Tales medidas pueden ser de gran valor terapéutico. No existe, sin embargo, ninguna justificación para emplearlos cuando no hay problemas emocionales serios. No hay más justificación para hacer eso que la que hay para que un médico cirujano opere innecesariamente. Cuando alguien está simplemente experimentando o se ha quedado embelesado con una nueva teoría en la ciencia de aconsejar, yo no instaría a nadie a someterse a tal tipo de consejo, de la misma forma que no recomendaría a nadie a someterse a una operación al cerebro a manos de una enfermera o un farmacéutico.

Evite el causar lo que está tratando de prevenir

Recalco el hecho de que es sumamente fácil, cuando uno está tratando con aspectos de la mente y del espíritu, el ser causante precisamente de lo que se está procurando en forma desesperada de prevenir. Considere la ilustración sobre el grano de maíz en la nariz que aparece en el capítulo titulado "Cómo enseñar las normas morales". Cuando alguien se le allega para recibir de usted consejo, asegúrese, ante todo, de estar en condiciones de recibir la inspiración que le permita ayudar a esa persona. Esto adquiere mayor importancia cuando se trata de padres aconsejando a sus hijos, ya que pueden y deben recibir inspiración. El caso es el mismo con maestros, por lo que deben tener sumo cuidado. Si el alumno está simplemente depositando confianza en su sabiduría mortal, el maestro debe tener presente la siguiente declaración que se encuentra en el Libro de Mormón: "¡Maldito es aquel que pone su confianza en el hombre, o hace de la carne su brazo, o escucha los preceptos de los hombres, salvo cuando sus preceptos sean dados por el poder del Espíritu Santo!" (2 Nefi 28:31.)

El Señor también nos advierte de la siguiente manera:

¡Oh las vanidades, y las flaquezas, y las necedades de los hombres! Cuando son instruidos se creen sabios. y no escuchan el consejo de Dios, porque lo menosprecian. suponiendo que saben de sí mismos; por tanto, su sabiduría es locura, y de nada les sirve; y perecerán.

Pero bueno es ser sabio, si hacen caso de los consejos de Dios. (2 Nefi 9:28-29.)

Los principios básicos que gobiernan el programa de bienestar de la Iglesia se aplican también a nuestra vida emocional y espiritual, específicamente en el sentido de que debemos desarrollar la independencia, la industriosisidad, el ahorro, la autosuficiencia y el autorrespeto; que el trabajo debe ser considerado como un principio también rector en nuestra vida; que los males de la limosna emocional o espiritual deben ser evitados; y que el propósito de la Iglesia es ayudar a los miembros a ayudarse a sí mismos.

Mencionamos anteriormente que jamás debe ser motivo de vergüenza para ningún miembro de la Iglesia el recibir ayuda del sistema de bienestar, siempre que ante todo haya agotado sus recursos personales y familiares. Del mismo modo, jamás debe nadie sentir vergüenza de pedir consejo. Habrá momentos en que resultará crucial el buscarlo y el aceptarlo.

Cuando alguien está descorazonado y cree que no puede solucionar un determinado problema por sí mismo, es posible que tenga razón, pero por lo menos debe tratar primero. Deberá agotar todo recurso personal a su alcance antes de dar el siguiente paso, y por cierto que cuenta con recursos valiosísimos. El Libro de Mormón menciona uno que a menudo se pasa por alto: ". . . porque el Espíritu es el mismo, ayer, hoy y para siempre. Y la vía está preparada desde la caída del hombre, y la salvación es gratuita. Y los hombres son suficientemente instruidos para discernir el bien del mal. . . ." (2 Nefi 2:4-5. *Cursiva agregada.*)

Determínese a obrar bien

Es de vital importancia que una persona entienda que ya sabe la diferencia entre el bien y el mal, que por naturaleza y en forma inherente e intuitiva es una persona buena. Cuando alguien dice: "¡No puedo! ¡No hay modo de solucionar mis problemas!" me asaltan las ganas de gritarle: "¿Es que acaso no te das cuenta de quién eres? ¿Nadie te ha enseñado que eres un hijo o una hija del Dios Todopoderoso? ¿No sabes que cuentas con tremendos poderes dentro de ti que te fueron otorgados por Dios, que te pueden dotar de la fuerza y el valor que necesitas?".

Muchos de nosotros hemos estado expuestos al evangelio la mayor parte de nuestra vida, y sabemos la diferencia que existe entre el bien y el mal. ¿No es entonces tiempo de que nos decidamos a obrar bien? Al así hacerlo, estaremos efectuando una elección –no simplemente una elección, sino la elección correcta. Una vez que lo hayamos decidido, sin cruzar los dedos a nuestras espaldas, sin engaños y sin reservas ni vacilaciones, el resto encajará en su debido- lugar.

La mayoría de las personas que buscan el consejo de presidentes de estaca, de obispos, de presidentes de rama, de Autoridades Generales y de otras personas influyentes no lo hacen por estar desorientadas o imposibilitadas de ver la diferencia entre el bien y el mal, sino que lo hacen por sentir la tentación de llevar a cabo algo que, en lo más profundo de su ser, saben que está mal y simplemente desean que esa decisión sea ratificada.

Cuando una persona tiene un problema, debe, primeramente, tratar de solucionarlo interiormente. Debe meditar al respecto, analizarlo y orar en cuanto a ello. He llegado a la conclusión de que las decisiones más importantes no se pueden forzar. Debemos fijar nuestra vista en el futuro y mantener una visión amplia.

Todos los días debemos reflexionar en cuanto a las cosas que nos rodean para así evitar el tener que tomar decisiones críticas sobre la marcha. Si una persona mantiene su vista centrada en lo porvenir, podrá advertir grandes problemas en el camino, aun a la distancia.

Para el momento en que se enfrenta, estará en condiciones de controlar la situación en forma inmediata. Claro que habrá ocasiones en que las decisiones importantes le asaltarán desde el costado del camino, pero serán mínimas. Si ya ha decidido que hará lo justo por más que le cueste, ni siquiera esos duros encuentros le dañarán.

La meditación matutina

Considero que la mejor hora del día para buscar soluciones interiores a problemas serios es temprano en la mañana, ya que nuestra mente está fresca y alerta. Las pizarras de nuestro razonamiento fueron borradas por el descanso reparador de la noche, y las distracciones del día no se han presentado todavía. Nuestro cuerpo está también descansado. Ese es el momento preciso para meditar detenidamente y recibir revelación personal. Para mí, es el mejor momento para preparar lecciones para la clase que tenga que enseñar.

Escuché al presidente Harold B. Lee comenzar muchas declaraciones tocantes al tema de la revelación con una expresión más o menos así: "En las primeras horas de la mañana, cuando meditaba en cuanto a ese asunto..." Tenía como práctica constante el trabajar en las horas en que estaba más alerta y fresco, en las horas de la mañana, a fin de encontrar solución a problemas que requerían revelación.

El Señor trata de decimos algo cuando declara en Doctrina y Convenios: "...cesad de dormir más de lo necesario; acostaos temprano para que no os fatiguéis; levantaos temprano para que vuestros cuerpos y vuestras mentes sean vigorizados." (D. y C. 88:124.)

Tengo un amigo que compró un negocio. Poco tiempo después sufrió catastróficos reveses que le hicieron llegar a la conclusión de que no había salida viable para él. Finalmente la situación llegó al punto en que no podía siquiera dormir, así que por un tiempo se ajustó a la práctica de levantarse a eso de las tres de la madrugada para ir a su oficina. Allí, con lápiz y papel en mano, meditaba y oraba y después escribía cada idea que le venía a la mente como una posible solución o contribución a la solución de su problema.

No transcurrió mucho tiempo sin que contara con varias opciones y poco después escogió la que más le convenía. Pero la solución a su problema no fue lo único positivo que extrajo de la experiencia. Al repasar sus notas se dio cuenta de que poseía innumerables recursos escondidos que jamás había notado antes. El resultado fue que ganó más independencia y éxito del que jamás hubiera ganado de no haber sido por las complicaciones que tuvo que padecer.

En esta experiencia hay una lección. Uno o dos años más tarde fue llamado para presidir una misión. Su negocio era tan solvente y estaba tan bien establecido que cuando regresó de su misión no volvió a él. Ahora cuenta con otra persona que se lo administra, lo cual le permite dar casi todo su tiempo al servicio de su prójimo.

Siempre aconsejo a nuestros hijos a que estudien lo más difícil en las primeras horas de la mañana cuando todavía están alertos y frescos, en vez de luchar por la noche contra el cansancio físico y mental. En lo personal, he aprendido el valor del consejo: "A quien madruga Dios le ayuda." Cuando estoy bajo presión jamás me verán agotando mis reservas a la medianoche. Prefiero irme a descansar y levantarme bien temprano cuando puedo estar más cerca de nuestro Padre Celestial quien es el que guía esta obra.

La revelación

Sabemos que todos tenemos acceso a la revelación personal. La pregunta que más frecuentemente se me hace en tomo al tema de la revelación es: "¿Cómo sé cuando estoy recibéndola? He orado y ayunado para encontrar una solución a mi problema, pero aún sigo sin saber qué hacer. ¿Cómo puedo saber cuándo estoy recibiendo revelación a fin de no cometer un error?"

Ante todo, ¿vamos al Señor con un problema y le pedimos que El lo solucione por nosotros? ¿o nos esforzamos y meditamos y oramos para después tomar la decisión por nosotros mismos? Debemos medir el problema contra lo que sabemos que es correcto y lo que no lo es, tomar la decisión y después preguntarle a El si lo que hemos decidido está bien o está mal. Debemos tener presente lo que el Señor le dijo a Oliverio Cowdery en cuanto a meditar interiormente antes de pedirle a El. (Véase D. y C. 9.)

Si insensatamente le pedimos a nuestro obispo o a nuestro presidente de rama o al Señor mismo que tome decisiones por nosotros, estaremos dudando de nuestras propias habilidades. Piense en lo que cuesta cada vez que le pedimos a alguien que tome una decisión por nosotros.

Quisiera mencionar una cosa más, y confío en que eso no sea mal interpretado. A menudo nos encontramos con jóvenes y adultos que oran intensamente en cuanto a asuntos sobre los que ellos mismos tienen la más absoluta libertad y capacidad de decidir. Supongamos que una pareja tiene el dinero suficiente como para edificar una casa y han orado devotamente para saber si el diseño arquitectónico de la casa debe ser colonial, tipo hacienda, moderno o tal vez europeo. Es posible que no hayan siquiera pensado en el hecho de que esas cosas al Señor sencillamente no le interesan. Está en ellos mismos determinar lo que quieren edificar y el estilo que elegirán. Muchas son las cosas en las que realmente podemos hacer lo que nos plazca.

Por otro lado sí hay cosas en las que el Señor se interesa mucho. Si esa pareja va a edificar esa casa, debe estar dispuesta a actuar con plena honestidad cuando llegue el momento de pagar por el trabajo hecho. Una vez que se mudan a la nueva casa, deberán asegurarse de vivir una vida justa. Entre otras, éstas son las cosas que en realidad importan.

Ha habido ocasiones en que he aconsejado a personas a quienes el Señor, sin el más mínimo reparo, les hubiera aprobado las cosas que deseaban hacer. Es extraño que casi se sintieran culpables por hacer algo simplemente porque querían hacerla, aun cuando fuera algo correcto. El Señor es sumamente generoso con la libertad que nos brinda. Cuanto más aprendemos a seguir el camino correcto de las cosas, más autosuficiencia espiritual cobramos y tanto más se afirma nuestra independencia. "Si

vosotros permaneciereis en mi palabra", dijo Jesús, "seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará,libres." (Juan 8:31-32.)

Las siguientes palabras de Carol Lynn Pearson, tituladas "The Lesson" (La lección), encierran un gran significado:

Sí, mi niño
tembloroso y confundido,
a donde tú estás
tan fácilmente
podría yo ir.
Pero yo ya
he aprendido a caminar,
y por eso te pido
que vengas tú a mí.

Anda, entonces,
da un paso solo.
Así, ¿ves?

Recuerda siempre,
hijo,
esta lección,
y cuando
en el futuro
ruegues
con puños en alto
y lágrimas en los ojos,
"Ayúdame,
Dios mío, por favor."
Escucha en silencio
y oirás
la voz tenue que replica:

"Te ayudaría,
hijo mío, te ayudaría,
mas eres tú,
y no yo,
quien debe aprender
a ser un dios."

* Beginnings (Provo, Utah: Trilogy Arts, 1969), pág. 18. Usado con permiso de la autora y de Doubleday, Inc., actual casa publicadora. (Traducción libre.)

Lamán Y Lemuel se quejaron a Nefi diciendo: "He aquí, no podemos comprender las palabras que nuestro padre ha hablado." "Habéis preguntado al Señor?" Nefi les preguntó. Analice esta respuesta de Lamán y Lemuel a Nefi: "No, porque el Señor no nos da a conocer tales cosas a nosotros."

"¿Cómo es", les preguntó Nefi, "que no guardáis los mandamientos del Señor? ¿Cómo es que queréis perecer a causa de la dureza de vuestros corazones? ¿No recordáis las cosas que el Señor ha dicho: Si no endurecéis vuestros corazones, y me pedís con fe, creyendo que recibiréis, guardando diligentemente mis mandamientos, de seguro os serán manifestadas estas cosas?" (1 Nefi 15:7-11.)

Si perdemos el espíritu y el poder de la revelación personal, habremos perdido mucho en esta Iglesia. Contamos con tremendos recursos. Mediante la oración podemos solucionar nuestros problemas sin tener que recurrir a quienes con tanto ahínco procuran ayudar a otras personas.

Si nos transformamos en seres tan independientes e inseguros que no confiamos en las oraciones y las respuestas que recibimos a ellas es porque entonces somos débiles. Si seguimos un curso en el cual por un lado somos por demás cautelosos en otorgar una orden de pedido de productos del plan de bienestar y, por otro lado, damos sin reparo consejo y asesoramiento sin tomarnos la molestia de enviar a la persona a su propio almacén de conocimiento e inspiración, podremos estar seguros de que le habremos rendido un servicio sumamente pobre.

Esta Iglesia está basada en el testimonio personal, el cual cada persona debe ganar por sí misma. Es así que cada uno de nosotros puede ponerse de pie y afirmar: "Yo sé que Dios vive y que tenemos una relación de hijos a Padre con El. Sé que El está cerca de nosotros, que podemos allegarnos a El y pedir, y entonces, si somos obedientes y escuchamos y empleamos todo recurso a nuestra disposición, recibiremos respuesta a nuestras oraciones."

Un consejo a los consejeros

Los padres son los consejeros más importantes a quienes debemos recurrir. El obispo les sigue en importancia. El es el juez común en Israel. El líder del quórum tiene el deber de "enseñar a sus miembros conforme a los convenios".

Los maestros están para enseñar, y una de las cosas más importantes que pueden enseñar es a dónde deben ir los miembros de la Iglesia en procura de consejo. Debe ser consciente del hecho de que tiene el privilegio de ayudarles a solucionar sus problemas por sí mismos, orientándolos hacia los canales en los que se dispone de revelación e inspiración tanto para aquellos que aconsejan como para quienes desean solucionar sus problemas.

Me sorprendió en una ocasión escuchar a una encantadora hermana a quien conocía muy bien relatar el siguiente incidente acaecido en su niñez. Se describió a sí misma como una niña caprichosa y egoísta. Según recuerdo, fue criada en una familia de hermanos varones, y había sido, según su propia afirmación, bastante consentida.

En una oportunidad, en el día de los enamorados, llegó a su casa de la escuela, con apenas seis años de edad, y se echó a llorar sobre la falda de su madre, pues nadie en su clase le había dado una de las tarjetas tradicionales del día (costumbre muy común entre los niños de escuela en los Estados Unidos). A cambio de su llanto recibió de su madre una sabia respuesta: "Ruth, mi amor," le dijo, "un regalo en este día es una expresión de amor. Si es que deseas recibir el amor de aquellos que te rodean en el mundo, debes primeramente ser la clase de persona que merezca y se gane ese amor." Con dulzura esa sabia madre le dio a entender que no había recibido muestras de amor de sus compañeros porque simplemente no las merecía. También le dijo algunas otras cosas y después le hizo un obsequio especial.

Decía que me llamó la atención escuchar el relato de este incidente de su infancia, puesto que uno jamás podría imaginarse a esta persona a quien me refiero como una niña caprichosa y egoísta en ninguna forma. Llegó a ser maestra, una líder

entre las mujeres de su propio barrio y de su estaca, esposa de un obispo y líder de estaca, quien más tarde, y teniéndola a ella como valiosa compañera, sirvió como presidente de misión en un país lejano. Nadie que la conoce puede dejar de amarla.

No puedo pensar en esa sabia madre dando consejo y expresando su amor hacia su pequeña hija, sin consentirla, y no aconsejarle a usted como maestro: Vaya y actúe de la misma forma.

El humor en el salón de clase

Siempre me resultó significativamente triste el hecho de que los libros de texto en el campo de la educación fueran caracterizados como académicos, eruditos y también aburridos. Es interesante observar que en las escuelas normales exponen a los futuros maestros a un sinnúmero de libros en el curso de su capacitación tan especializada, mas no cuentan ni con una pizca de humor en ninguno de ellos. Es como si esperáramos que los alumnos suspendieran aquellas características naturales que les ayudarán a ser maestros precisamente cuando están recibiendo capacitación para llegar a serlo. Eso siempre me ha parecido un grave error. Pienso que los libros de texto que tratan sobre la forma de capacitar a personas en el arte de enseñar deberían ser los más interesantes de todos los libros.

El tener sentido del humor no es simplemente coleccionar y contar cuentos, sino que se trata de percibir aquellas cosas que son humorísticas y hacer que sirvan para que las lecciones sean un poco más entretenidas. Alguien ha dicho que el sentido del humor es el aceite de la máquina de la vida. El poseerlo caracteriza a la persona equilibrada.

Siempre me ha resultado evidente que los profetas han sido y son hombres dotados de un sentido del humor sumamente desarrollado. Más allá del hecho de que se desenvuelven dentro de los confines tal vez más serios y hasta los más trágicos a veces, las Autoridades Generales pueden siempre sonreír.

Una persona, enfrentada a una circunstancia muy difícil, en una ocasión comentó: "Bueno, es para reírse o para llorar, y reírse es mucho más fácil."

El sentido del humor constituye un poderoso e importante atributo en todo buen maestro. El evangelio es un evangelio feliz y agradable. Hay veces en que nos llenamos de solemnidad hasta las lágrimas, pero el buen maestro tendrá el sentido del humor siempre a mano. Siempre habrá en un salón de clase alumnos llenos de picardía y muchas veces sus ocurrencias servirán para aplacar la tensión.

He aquí algunos ejemplos del tipo de humor que se puede emplear en el salón de clase. Algunos de ellos son experiencias que yo mismo he tenido y que me han ayudado a mantener mi sentido del humor alerta y activo, lo cual me ha servido de gran valor como líder en la Iglesia, como maestro en una clase y como padre de mi familia.

Tal vez lo más gracioso que me haya ocurrido como maestro tuvo lugar cuando enseñaba en el programa de seminarios. En aquella época, uno de los cómicos más populares en los Estados Unidos era Edgar Bergen, un ventrílocuo que trabajaba con dos muñecos llamados Charlie McCarthy y Mortimer Snerd. Charlie McCarthy vestía un smoking negro y representaba a un joven bien educado y distinguido. Mortimer Snerd, por su parte, caracterizaba al típico campesino. Cuando se le hacía una pregunta como: "¿Quién está sepultado en la tumba de Napoleón?" pensaba por un rato, daba algunas respuestas incorrectas y terminaba dándose por vencido.

Pues bien, en una de mis clases de seminario había un jovencito que se parecía bastante a Mortimer Snerd. y no pasó mucho tiempo sin que se le apodara "Mortimer". En realidad no había mala intención de parte de sus compañeros, aunque al mismo tiempo resultaba un tanto cruel que a cada momento se le llamara "Mortimer" o "Snerd".

Un día se anunció por el sistema de amplificación del edificio que se le requería a él en la oficina del director de manera que partió del salón en medio de una nube de bromas de parte de sus compañeros. No bien cerró la puerta cuando, bastante enojado, reprendí a la clase por su inexcusable crueldad. "¿Se dan cuenta de lo que le están haciendo? No existe la más mínima justificación para llamarle Mortimer," les dije.

De pronto se abrió la puerta. El jovencito ya había arreglado su asunto en la oficina del director y regresaba a clase antes de lo que yo esperaba. Tan por sorpresa me tomó el verle entrar justo en medio de mi disertación, que sin darme cuenta de lo que hacía, exclamé: ¡Vaya, Mortimer! ¿Qué haces de vuelta tan pronto?".

En una ocasión comencé una clase de seminario anunciando solemnemente: "Ahora procederemos a pasar la lista." No bien había temlinado mi declaración un ocurrente alumno muy serio me preguntó: "Cuando usted nos la pase a nosotros. ¿a quién se la pasaremos?" La clase, por supuesto, se echó a reír y no transcurrieron muchos segundos sin que yo también me les uniera. Ese fue el comienzo de una agradable relación con aquellos muchachos.

Una lección que todo maestro debe aprender

El tener sentido del humor es una lección que todo maestro debe aprender, aunque yo he conocido a maestros que jamás la aprendieron.

Cuando estudiaba en la universidad, me inscribí en una clase de fisiología. Un día, durante una disertación, el profesor me pidió que me sentara sobre una mesa alta que había al frente del salón de clase a fin de que él pudiera demostrar un determinado principio sobre reflejos. Tomó un pequeño martillo, similar al que usan los médicos. y procedió a golpearme suavemente en la rodilla, confiando en que la pierna se estirara obedeciendo a la acción de los reflejos. Sin embargo, dejé la pierna bien rígida y, cuando él golpeó mi rodilla, doblé rápidamente mi brazo hacia arriba, como si el reflejo hubiera tenido su acción en el lugar equivocado.

La clase festejó mi ocurrencia con una carcajada, pero al profesor no pareció divertirse mucho. A partir de ese momento jamás hubo demasiada congenialidad entre nosotros. Yo fui catalogado de irrespetuoso, lo cual quedó bien de manifiesto en las calificaciones recibidas al final de ese semestre.

A menudo se pueden contar relatos humorísticos con el fin de ilustrar algo en una lección. Si yo estuviera enseñando una lección sobre la forma más eficaz de solucionar problemas, bien podría emplear la siguiente anécdota, la que me fue relatada por el presidente de una estaca muy distante de las oficinas generales de la Iglesia. Parece ser que dos miembros de su estaca que ya habían recibido sus investiduras, estaban bastante enfermos y no se esperaba que vivieran por mucho tiempo. La persona encargada de la ropa para vestir a los difuntos llamó por teléfono al presidente una noche, un tanto preocupada ante la inminencia de dos funerales y sólo un juego de ropa para vestir a los muertos. "¿Qué piensa que debo hacer?" preguntó al presidente, quien, no hallando solución en ese momento, le dijo que lamentablemente tendría que ver la forma de solucionar el problema, ya que no habría tiempo de encargar un juego adicional a las oficinas de la Iglesia. El presidente se olvidó del asunto hasta que unas semanas más tarde, en una reunión, se encontró con ese otro hermano.

-¿Cómo solucionó el problema? preguntó.

-Lo más bien -respondió el hombre. Sin dificultad.

-¿Qué hizo? -preguntó el presidente.

-Ah -contestó-, simplemente fui y le di una bendición de salud a uno de ellos.

En una ocasión enseñé una clase durante el verano en la Universidad Brigham Young, la cual empezaba a las siete de la mañana. Un amigo mío, quien en ese entonces servía como Presidente de la Estaca La Grande, en el estado de Oregón, estaba de visita en nuestro hogar con su familia, de manera que les invitamos a pasar la noche en nuestra casa. Les dimos a ellos nuestra habitación por esa noche. Como entre una cosa y otra nos acostamos bastante tarde, me apresuré a tomar la ropa de mi cuarto para no tener que molestar a nadie temprano en la mañana.

Para mi sorpresa cuando me vestí al día siguiente, me di cuenta que había tomado un zapato de color negro y otro de color café. No sabía si molestar a nuestros invitados quienes aún dormían para tomar el otro zapato. Puesto que se habían ido a dormir tan tarde, pensé que resultaría desconsiderado de mi parte el molestarles. Me dije a mí mismo que si era un buen maestro, sería capaz de mantener la atención de los estudiantes tan centrada en lo que les estaba diciendo que nadie notaría que los zapatos eran de diferente color. Ese día traté de causar la mejor de las impresiones. O bien nadie advirtió mi problema, como era mi deseo, o si lo notaron, simplemente lo tomaron como algo típico de un profesor descuidado.

Conocí el caso de un colega que daba una buena respuesta siempre que un alumno se quejaba de que no le gustaba ir al liceo, alegando que no veía el día en que pudiera salir de aquel lugar. "¿Tú te quejas? Soy yo el que tendrá que seguir aquí hasta que me jubile a los 65."

Sé del caso de otro maestro a quien para nada le gustaba el día viernes, aduciendo que estaba demasiado próximo al lunes.

Con Frecuencia se mal interpreta a los maestros, como el caso de la jovencita que reclamaba por el hecho de que su maestro de la Escuela Dominical la había catalogado de "cara partida". (sucedió que la muchachita tenía un defecto en el labio superior). Los padres "fueron inmediatamente a hablar con el maestro de la Escuela Dominical estando presente el obispo y al traer a colación el problema y escuchar la explicación del maestro, comprendieron que se trataba de un mal entendido de parte de la joven ya que su maestro simplemente le había dicho en forma un tanto humorística que era una "causa perdida".

En la mente de los niños, la interpretación de la enseñanza puede resultar sumamente interesante. Cuando vivía en Lindon, Utah, una de nuestras familias vecinas se mudó a la ciudad de Orem, a pocos kilómetros de distancia. Una de sus niñas se negaba por completo a ir a la Iglesia, lo cual despertó cierta preocupación en sus padres. Simplemente quería ir a la Iglesia en Lindon. Pensaron que se trataba de las amistades que había dejado atrás hasta que la niña finalmente explicó. En Lindon se le había dicho que pertenecía a la única Iglesia verdadera, por lo que no quería ir a la de Orem, sino que deseaba volver a la única verdadera.

También está el caso del jovencito que se encontraba demasiado enfermo como para ir a la escuela y se quejaba de dolores. "¿Dónde te duele?" le preguntó el padre. "En la escuela," fue la respuesta.

Supongo que todo maestro habrá sido citado equivocadamente o tal vez mal interpretado en el curso de una lección, lo cual uno debe aceptar filosóficamente.

Es como el relato del hombre que le preguntó a su esposa: -¿Has escuchado la anécdota de la ventana que necesitaba una buena limpieza.

-¿No cuéntamela.

-Mira, no te preocupes. De todos modos no podrías verla *claramente*.

Ella, celebrando el humor del relato, le dijo a una vecina.

-Escuchaste la anécdota de la ventana sucia.

-No, cuéntamela.

-Mira. No creo que pueda. Es muy sucia.

No me gusta el maestro;
La materia es un sufrir.
Dejaría de ir a clase
Pero en algún sitio hay que dormir.

En una oportunidad nuestro hijo más pequeño llegó una tarde muerto de la risa del jardín de infantes al que le mandábamos. Le pregunté de qué se reía tanto.

-Le Nala -respondió en medio de la risa.

-Pero, ¿qué es lo tan cómico? -insistí.

-Nala.

Cuando la risa pasó a ser carcajada, un poco más decididamente le pregunté:

-Pero ¿de qué te ríes tanto?

Entonces me explicó en estos términos:

-Hay u nene la cuela que no tele tiende nala cando ala.

Supongo que nuestros juicios de adultos hacia otras personas y hacia nosotros mismos son, muchas veces, tan maduros como el de mi hijo.

La siguiente es otra anécdota de una niña que le fue a contar a su mamá que su hermanito estaba poniendo trampas para cazar pájaros, lo cual mortificó a la niña enormemente.

-No va a poder cazar ningún pajarito con sus trampas, ¿no es cierto, mamita? -preguntó la niña.

-Tal vez sí -contestó la mamá- Vaya uno a saber.

-Yo hice una oración y le pedí a nuestro Padre Celestial que cuidara a los pajaritos -dijo la niñita. Entonces, con un poco más de optimismo agregó. -y sé que no va a cazar ningún pajarito porque yo hice una oración.

-¿Cómo puedes estar tan segura? -preguntó la mamá.

A lo que llegó la reveladora respuesta:

-No va a poder cazar ningún pajarito porque después de hacer la oración, fui y con un palo le rompí todas esas trampas tan feas.

Practique buscando la parte humorística de la enseñanza, tanto en el hogar como en el salón de clase, y se asombrará de la diferencia que con eso puede lograr en la actitud de aquellos a quienes enseña, cuánto le ayudará a romper el hielo y los sentimientos de gozo que puede crear.

Los maestros, tesoreros del tiempo

El tiempo es la materia prima de la vida, es el medio por el cual se crean todas sus actividades. El tiempo es inexorable en su progreso; el "hace unos minutos" se desvanece y se une a la larga fila de ayeres que siguen al año anterior en su transitar hacia la tierra del pasado. Nadie jamás ha tenido éxito alguno en la tarea de acumular tiempo. Por más que no se quiera, debe, en forma absoluta, ser consumido de una manera u otra apenas se le tiene por delante.

La existencia del tiempo es algo que damos tan por sentado que a menudo se le desperdicia. A nuestro alrededor vemos a quienes echan a perder grandes cantidades de tiempo como si quisieran dar a entender que tienen un enorme abastecimiento y que pueden darse el lujo de gastarlo de la forma que deseen. Casi nunca en la vida puede uno ver un balance en el cual se indique un saldo de tiempo. Si lo supiéramos, de seguro nos motivaría a emplear el tiempo de una forma más productiva y prudente.

A menudo nos despertamos a la realidad de que hemos sido engañados - estafados en lo que supone nuestropreciado legado, por parte de una de las muchas agencias que claman por la atención de la humanidad. No hay ninguna agencia que pueda librar al tiempo; no puede ser asegurado; jamás será recobrado ni devuelto. No hay ni un solo estatuto público que exija el sabio uso del tiempo, tal vez si lo hubiera, muchos serían los oradores y los maestros que tendrían que ser penados por su falta de juicio en tal sentido.

Los maestros son los tesoreros del tiempo. Cumplen una función de agentes administradores entre numerosos grupos de estudiantes, asegurándose de que el tiempo es empleado sabiamente. Tienen la responsabilidad de proporcionar a cada alumno dividendos dignos de su inversión.

Al actuar usted como administrador del tiempo ajeno, considere lo siguiente:

Siempre resulta apropiado llevar a cabo una auditoría del modo en que emplea el tiempo. Determine cuidadosamente lo que espera lograr con el tiempo que invierte. En otras palabras, disponga de un objetivo.

Juzgue detenidamente qué ideas o conceptos recibirán sus alumnos como ganancia neta del tiempo invertido. Los estudiantes generalmente retienen conceptos y principios, mas casi nunca hechos concretos.

De los muchos elementos comprobados de que usted dispone, seleccione los suficientes para iluminar sus ideas. Escoja únicamente los que sean esenciales para transmitirlos, pero no demasiados como para taparlas.

Tenga especial cuidado de la forma en que comienza las clases en la Iglesia. Un breve y al mismo tiempo significativo período espiritual supone tiempo sabiamente empleado con el fin de predisponer :a espiritualidad de los alumnos. Ese período debe ir seguido inmediatamente por una acción productiva.

Determine lo que ganará si decide monopolizar el tiempo disponible. Sin duda, sabio es el maestro que brinda a sus alumnos una considerable cantidad de tiempo y les ayuda a utilizarlo adecuadamente.

Sea consciente del tiempo *durante* sus presentaciones. Asegúrese de progresar regular y sistemáticamente en la lección, en la unidad y en el curso en general. La historia de la tortuga y la liebre nos ofrece una gran enseñanza.

Los mejores dividendos van siempre para quien está alerta, para quien administra sabiamente la acción que tiene lugar en el salón de clase. Tales gratificaciones están ejemplificadas en alumnos más y mejor disciplinados. Tenga presente que éstos, como cualquier otra persona, no están dispuestos a seguir a alguien desorganizado que desperdicia el tiempo.

La puntualidad es un rasgo esencial en el maestro. Se trata del cimiento y no de un simple detalle en la estructura.

Una de las técnicas más eficaces que se pueden emplear para ejercer un buen control de la clase es el transmitir al alumno la impresión de que valoramos enormemente su tiempo. Cinco minutos que se empleen por clase para pasar la lista de asistencia pueden sumar catorce horas, más o menos, en el año escolar. Un buen maestro podrá reducir considerablemente ese tiempo a tan sólo una hora y media si asigna a un alumno para que le asista en tal función. El pasar lista, el repartir materiales de trabajo, el comenzar tarde, el detenerse en menudencias, todo ello contribuye a robar un promedio en el orden del veinte por ciento del tiempo de su clase, por cierto que más tiempo del que disponen muchos de los programas universitarios. Un maestro de la Escuela Dominical puede llegar a emplear hasta más de cuatro horas por año en la tarea de pasar lista.

Por lo tanto, se debe llevar un buen control de la forma en que transcurre el tiempo. El maestro que es sereno pero también directo, entretenido y al mismo tiempo persistente, contará siempre con un buen dominio del tiempo y dispondrá del suficiente para responder la pregunta atinada, para la actividad extra y para la valiosa entrevista. El buen maestro se ciñe siempre al programa, mientras que el maestro insensato, aquel que priva a sus alumnos del veinte por ciento de su tiempo de capacitación, bien puede ser que también robe a un sinnúmero de personas ese momento complementario tan especial de aprendizaje que podría haber resultado en un testimonio perdurable.

La forma de programar una reunión o actividad

Determine el límite de tiempo disponible. Recuerde que una congregación o grupo jamás le dará un cheque en blanco, y pocos serán quienes toleren que usted aumente la suma del cheque, aun cuando apenas se trate de tiempo. Si éste se emplea sabiamente, no será necesario el extenderse más allá de lo establecido.

Al hacer asignaciones a los participantes, tenga la precaución de entender la naturaleza humana. Cinco discursos de cinco minutos cada uno casi nunca ocuparán exactamente veinticinco minutos.

Si asigna a alumnos a tomar parte en un programa, ayúdeles haciendo un repaso de sus respectivas contribuciones a fin de que el tiempo de la audiencia sea mejor empleado y de que el participante pueda experimentar el éxito como resultado de sus esfuerzos.

Asegúrese de ofrecer a cada orador o participante una noción completa del programa, haciéndole saber cuántos otros oradores habrá, el tiempo de que dispone cada uno, y la duración total.

Ante la más mínima duda, siempre es mejor decirle a la persona que dispone de menos tiempo del que realmente tendrá. ¿Sabe de alguien que se haya sentido ofendido porque determinado programa o reunión haya terminado unos pocos minutos antes de lo previsto?

Haga asignaciones específicas. Jamás asigne "un discurso" breve" sino especifique que se trata de un discurso de cinco o de siete o de diez minutos. Colabore con el orador. Con decirle que "tome el tiempo que estime necesario" no siempre le está beneficiando; por lo menos dele una idea del tiempo que tiene que durar la reunión o la hora en que generalmente termina. Familiarice a todos los participantes con la totalidad del programa, proporcionando buenas sugerencias en cuanto al tema a tratar.

Al programar actividades de graduación, convenciones de estudiantes u otras reuniones especiales en las cuales se incluya un discurso especial o un sermón, proporcione al orador suficiente tiempo para hacer uso de la palabra a fin de justificar su presencia y preparación. Jamás cometa el error de darle el tiempo cuando restan pocos minutos para terminar la reunión. Eso es descortés.

Cuando usted es el orador

Si el tema que le ha sido asignado es demasiado amplio como para tratarlo en el tiempo de que dispone, límitese a una reseña concisa.

No pierda tiempo en disculpas por falta de preparación o de capacidad personal. Recuerde que un discurso breve requiere mayor preparación que uno largo. Causará un efecto mucho más positivo en quienes le escuchen si no malgasta sus palabras. Evite ser demasiado verboso y caer en preámbulos innecesarios. Vaya al grano y sin rodeos.

Recuerde que si se le pide que inspire y enseñe, no debe malgastar el tiempo en simplemente entretener. Preste casi tanta atención a su auditorio como la que dispensa a sus apuntes. Si se concentra demasiado en leer su discurso, puede que se le escapen las pequeñas muestras de inquietud o falta de interés, como cuando la gente mira el reloj.

Por sobre todas las cosas, la preparación más importante es la de usted mismo. Prepárese a fin de que pueda ser inspirado por el Espíritu Santo.

La preparación de la lección

Las lecciones del evangelio son más que nada lecciones de actitud y conducta. Los hechos apenas son elementos necesarios para establecer cierto significado.

El administrar el tiempo de muchas personas en un salón de clase, y hacerlo con resultados favorables, requiere mucha preparación de parte del maestro. Los elementos corroborativos de la lección constituyen el aspecto mecánico y son aprendidos por medio del estudio común.

La preparación más refinada, la más eficaz, puede ser efectuada a tiempo si se vale de valiosos lapsos como puede ser mientras se viaja, se hace algún tipo de trabajo manual o durante esos frecuentes momentos de espera. El maestro creativo no sólo prepara la lección que tiene que dar al día siguiente, sino que está continuamente haciendo preparativos para muchas futuras lecciones mediante la observación de la naturaleza y de la vida o por medio de la oración.

Recuerde, el Salvador oraba frecuentemente y se valía de la meditación y la observación, tal como queda de manifiesto en Sus parábolas y en otras enseñanzas.

Los grandes maestros emplean su tiempo en forma sabia constantemente. Uno de tales maestros confesó, al ser felicitado por el tremendo conocimiento de literatura que tanto contribuía a sus lecciones, que había memorizado la mayor parte de todos esos pasajes mientras araba la tierra. Otra persona que contaba con un enorme repertorio de ilustraciones y anécdotas admitió que había coleccionado la mayoría de ellas precisamente durante esos lapsos de los que hablaba anteriormente.

La declaración que se encuentra en Doctrina y Convenios de atesorar "constantemente en vuestras mentes las palabras de vida, y se os dará en la hora precisa la porción que le será medida a cada hombre" (D. y C. 84:85) tiene un tremendo significado para los maestros que enseñan el evangelio de Jesucristo. Permita que su mente se nutra constantemente por medio de la observación, la meditación y la oración; tenga siempre a mano un lápiz y una hoja para tomar nota de los detalles de dicha preparación antes de que se escapen y desaparezcan con la misma celeridad que el tiempo.

Cuando nuestros hermanos y hermanas nos brindan parte de su tiempo para que les demos un discurso o para que dirijamos un programa o, por sobre todas las cosas, para que les enseñemos, ponen a nuestra disposición una porción de sus vidas. Asegúrese de respetar ese don en todo momento. Utilícelo sabiamente; téngalo como un tesoro. Sepa también que, como maestro, al dar de su tiempo en el salón de clase y fuera de él, está dando parte de su vida. El que usted la dé poco a poco no disminuye el grado de merecimiento de la recompensa que reciben aquellos que con toda abnegación ofrecen sus vidas al servicio del prójimo.

Las ayudas visuales

Hace unos cuantos años escuché al presidente Oscar Kirkham (ex Autoridad General) relatar la siguiente experiencia. Había participado en un conferencia en el sur de Utah. En aquella época las Autoridades Generales pasaban la mayor parte de la semana viajando hacia y de regreso de las conferencias. Un martes por la tarde, de regreso a Salt Lake City, llegó hasta un lugar en donde el camino había sido prácticamente borrado por severas lluvias e inundaciones, las que habían dejado un inmenso charco de agua. Los automóviles que intentaban cruzarlo quedaban atascados.

Un atinado granjero del lugar se colocó junto al camino con una yunta de caballos y, por cierta cantidad de dinero, hacía que sus caballos tiraran de los automóviles hasta sacarlos del fango. El granjero reconoció al presidente Kirkham y se presentó a sí mismo como el obispo del barrio local. "Le sacaré del charco sin cobrarle," le dijo, "con la condición de que se quede y les hable a los jóvenes de la AMM esta noche."

El presidente Kirkham estaba ansioso de regresar lo antes posible a su hogar, así que le dijo que sinceramente prefería pagar lo que fuera necesario. "En ese caso," le dijo el obispo, "puede quedarse donde está." El presidente Kirkham consideró que, dadas las circunstancias, no iba a ser mucho más el tiempo que perdería si se quedaba allí esa noche y emprendía viaje nuevamente a primera hora de la mañana siguiente, así que consintió en quedarse.

De camino a la reunión el obispo explicó que estaban teniendo problemas con un grupo de muchachos del barrio y que no podían llevar a cabo buenos programas en la AMM debido al desorden que creaban. Agregó que no se sentiría del todo mal si esos jóvenes se inactivaran, ya que siempre iban y echaban a perder cualquier programa que se realizara en la capilla.

El centro de reuniones era un pequeño edificio que contaba con unos pocos escalones que daban hacia la entrada. Se había corrido la voz de que esa noche hablaría una Autoridad General, así que los jóvenes se juntaron entusiastamente, incluyendo a los que preocupaban al obispo. Sin embargo, estos últimos no entraron al edificio, sino que, como era su costumbre, se congregaron junto a los escalones desde donde podían causar estorbo a lo que fuera que estuviera teniendo lugar en la capilla.

El presidente Kirkham sabía que contaba con tan sólo una oportunidad de corregir la situación y utilizó una experiencia que había tenido la semana anterior. No comenzó su discurso hablando de la Palabra de Sabiduría ni de la reverencia ni de la obediencia, sino que empezó por decir que en la comunidad que había visitado con motivo de la conferencia, alguien había llegado al pueblo con un gigantesco oso cazado en las montañas y que todos en la localidad se habían congregado para verlo.

"Jamás en mi vida había visto un animal tan enorme," dijo. "Las garras de sus manos eran así de grandes," agregó, gesticulando con sus dos manos para mostrar cuán grandes eran.

Los jóvenes que estaban fuera de la capilla podían escuchar lo que estaba diciendo, pero no podían ver lo que hacía, así que, al poco rato, comenzaron a asomarse de a uno.

"Los dientes del animal eran así de grandes," dijo, también gesticulando. Las cabezas se asomaron nuevamente.

Entonces continuó describiendo al animal con unas pocas palabras y con muchos gestos. Para cuando terminó de contarles, nos comentó en una oportunidad, los muchachos que habían estado inicialmente afuera habían entrado a la capilla y se habían sentado en la última fila. Entonces pasó de su descripción del animal a hablarles del evangelio sin mayores rodeos.

El relato de un oso en una comunidad a muchos kilómetros de distancia había servido para atraer la atención de los jóvenes y hacerlos entrar a esa reunión, transformándose en una poderosa ayuda visual.

Empléelas con cautela

En el campo de la educación, como sucede en muchos otros, ocurre de tanto en tanto cierta innovación, descubrimientos que, según se dice, constituyen la respuesta final o la solución a todos los problemas de la enseñanza. Tales inventos conmueven al mundo, se les adopta con todo entusiasmo por parte de los maestros, tanto los profesionales como los de distintas organizaciones, para después o bien desaparecer o pasar a formar una pequeña parte de una larga lista.

Recuerdo hace algunos años cuando surgieron las maquinarias didácticas y fueron proclamadas como la respuesta a todos los problemas. Mucho era lo que ofrecían que les hacía dignas de ser recomendadas. Podían ser adaptadas a una persona que aprendiera rápido o a una que tuviera problemas. Eran excelentes para el estudio individual; cualquier materia podía ser incorporada en el sistema, además de un sinnúmero de otras virtudes. Pero sabido es que no resultaron ser la gran solución a todos los problemas.

Bien harían los maestros en no ser extremistas en nada y en ser cautelosos y sabios al adoptar nuevas técnicas o procedimientos.

Las ayudas audiovisuales en un salón de clase pueden llegar a ser una verdadera bendición o también una maldición, según la forma en que se usen. Se les puede comparar a condimentos que se emplean para cocinar, debiendo utilizárseles con cuidado para agregar interés a una lección, aunque la instrucción básica, a fin de cuentas, será impartida básicamente por medio de la disertación, las preguntas y respuestas, y de la lectura de citas.

Muchas son las ilustraciones que encontramos en el Nuevo Testamento que indican que el Señor empleó ayudas visuales para recalcar una determinada lección. Cuando dijo: "Considerad los lirios del campo. . . no trabajan ni hilan" (Mateo 6:28), es posible, y hasta muy probable, que los lirios estuvieran a la vista en esos momentos.

Cuando pidió una moneda y preguntó de quién era la inscripción que había en ella, sostuvo la moneda en su mano para que todos la pudieran ver.

También está el caso de la higuera, además de las muchas ocasiones en que tomó como referencia a leprosos, a parálíticos, a ciegos, a sordos -todos ellos ayudas visuales.

En el capítulo que habla de la apercepción, hicimos referencia a la habilidad que tiene el hombre, por medio del abecedario, de reproducir en forma simbólica el mundo

en el que vive. En generaciones recientes hemos adquirido la capacidad de reproducir, casi a la perfección, imágenes del mundo que nos rodea. Con el invento de la imprenta y de la fotografía, valiéndonos tanto de imágenes quietas como de móviles, tenemos al mundo entero a nuestra disposición como una gran ayuda visual.

Si usted visitara Jerusalén y yo no hubiera estado allí nunca, podría mostrarme fotografías que hubiera tomado. Si ninguno de los dos hubiéramos estado allí jamás, podríamos ir a la biblioteca y obtener fotografías o películas. Por medio de películas y diapositivas se pueden reproducir incidentes de la vida del Salvador y de la de los profetas para que nosotros podamos revivirlos.

Debe tenerse cuidado de la forma en que se usen las ayudas visuales. Las mejores son las más simples, las cuales, dicho sea de paso, tenemos al alcance de la mano. En resumen, no creo que haya ninguna ayuda didáctica que supere, y pocas que iguallen en eficacia, al uso de la pizarra; primero, por ser tan simple de usar, y segundo, porque casi en cualquier parte del mundo se puede obtener una. El maestro puede utilizar la pizarra para centrar la atención visual de los alumnos mientras verbaliza el aspecto principal de la lección. A medida que habla, puede ir escribiendo la suficiente información en la pizarra para que tengan una idea ilustrada de los elementos que les está enseñando, pero nunca demasiado como para que la ayuda visual les distraiga y llegue a ser más interesante que la lección en sí.

Tal vez el error más frecuente en el uso de palabras escritas como ayuda visual está en no sincronizar lo que se muestra con lo que se dice. Tan a menudo se comete el error que es casi una coincidencia ver cuando alguien lo hace correctamente. Si el maestro tiene algo que escribir en la pizarra o si está escrito en un cartel o si se le pega en un franelógrafo o si se le proyecta en una pantalla, es imperativo que los alumnos vean con sus ojos y escuchen con sus oídos la misma cosa al mismo tiempo.

Supongamos que usted proyecta en una pantalla una lista de cinco objetivos y luego los describe en palabras distintas a las que los alumnos están viendo; lo único que se logrará es que el ojo y el oído estén fuera de sincronización. Parte de los alumnos se concentrarán en lo que leen, almacenando en su mente esas palabras escritas. Otros solamente le escucharán a usted, pero la mayoría tratará de hacer ambas cosas y al fin de cuentas no lograrán ninguna. Cuando usted proyecta una lista en una pantalla, debe leerla en forma textual a fin de que el ojo y el oído se concentren en lo mismo. De otro modo, las posibilidades de que se verifique un aprendizaje permanente son sumamente escasas.

Lamentablemente esto se hace muy pocas veces, y el no hacerla equivale a utilizar de una manera sumamente pobre la poderosísima herramienta que son las ayudas visuales. Muchas de ellas están frente a nosotros en forma constante y ni siquiera las vemos.

Siempre he considerado que las películas, las filminas y las cintas grabadas que no están completas, es decir, las que dejan el final labrado a la imaginación de quien las ve o las escucha, pueden resultar de tremenda ayuda para promover un análisis profundo y un intercambio saludable. Demasiado a menudo preferimos contar la historia completa.

Al utilizar ayudas visuales, asegúrese de que tienen un propósito. No las emplee simplemente como un objeto decorativo. Úselas cuando esté listo para referirse a ellas a fin de que no distraigan la atención de los miembros de la clase y les aparte del espíritu de la lección.

Si bien es cierto que una figura vale más que toda una descripción verbal, conservará ese valor siempre que se le utilice juiciosamente para resaltar la lección e ilustrar un concepto.

Las lecciones por medio de objetos

Entre los muchos tipos de ayudas visuales que se pueden utilizar para enseñar una lección, están los objetos. Algo tangible que sea lo suficientemente pequeño como para poder llevar a clase puede resultar de gran ayuda para impartir la enseñanza. A menudo, cuando uno se encuentra con un tema que resulta difícil de enseñar, podrá salir del paso empleando esta técnica.

Cuando serví como Presidente de la Misión de Nueva Inglaterra, pasamos por un período en el que no estábamos teniendo muchos bautismos. Los misioneros se ponían en contacto con muchas personas que estaban dispuestas a recibir la primera y la segunda charlas, pero casi todas ellas perdían de pronto el interés. Resultaba razonable suponer que si podíamos retenerlos por un par de charlas y si les enseñábamos lo suficientemente bien, tendrían el deseo de continuar.

Llegamos a la conclusión de que debíamos hacer algo para mejorar la calidad de la enseñanza de los misioneros. En aquella época empleábamos el sistema de seis charlas, valiéndonos de las pequeñas figuras que se pegaban contra el franelógrafo, así que analizamos cada una de las charlas y las técnicas de enseñanza que se aplicaban en cada una de ellas y comenzamos a reunirnos con los misioneros a fin de ayudarles a mejorar sus presentaciones.

El proyecto no despertó demasiado entusiasmo. Requirió horas en reuniones de distrito, y los líderes de zona y de distrito pasaron horas evaluando las presentaciones de cada pareja de misioneros. Lo que hacía falta era la motivación.

Recuerdo que unos cuantos años antes, en una conferencia general, el élder A. Theodore Tuttle había hecho una presentación en una reunión especial para líderes del sacerdocio. El curso de estudio para el sacerdocio ese año estaba basado en la apostasía. Se trataba de un trabajo altamente académico, aplicable más a un simposio de intelectuales y eruditos que a los quórumes del sacerdocio quienes, al igual que sus instructores, estaban teniendo bastante dificultad con las lecciones. En esa oportunidad, los instructores que asistieron a la conferencia general fueron invitados a participar en una reunión especial. El hermano Tuttle y yo, con una o dos personas más, fuimos invitados para compartir algunos métodos de lograr que esas lecciones resultaran más interesantes y para ayudarles a prepararlas mejor.

De mi parte, yo presenté una lección sobre la apostasía en el franelógrafo, lo cual no se había empleado mucho en la Iglesia hasta ese momento. Después de mi presentación, el élder Adam S. Bennion (ex Autoridad General) abrió la reunión a preguntas que pudieran tener los presentes y permaneció de pie junto a mí a medida que éstas comenzaron a formularse. Tras una o dos de ellas, un hermano ya entrado en años se puso de pie y en forma totalmente negativa, refiriéndose al franelógrafo, dijo: "¿No cree que es un tanto infantil utilizar algo así en una reunión de quórum del sacerdocio?" Yo de por sí estaba nervioso y, encima, la pregunta me tomó un poco de sorpresa. Miré al élder Bennion y él simplemente me dijo: "Continúe."

Hasta el día de hoy no me cabe la más mínima duda que fui inspirado para responder: "Sí, estoy de acuerdo. Creo que tal vez sea un poco infantil o añinado, pero, después de todo, debemos tener presente que a menos que seamos como niños pequeños, jamás podremos entrar en el reino de los cielos." Entre los presentes se

escuchó un murmullo de aprobación y de ahí en adelante ya no hubo más comentarios negativos.

El élder Tuttle dio su presentación en cuanto a la importancia de contar con lecciones bien preparadas y terminó con una demostración de cómo emplear objetos para dar una lección. Esa fue precisamente la que me vino tan bien en el campo misional. Explicaré ahora cómo la pusimos en práctica con los misioneros.

Un trozo de pastel

Programamos conferencias de zona. Para cada una de ellas, mi esposa hizo un pastel de tres pisos, hermosamente decorado, con coloridos y espesos baños de azúcar y en la parte de arriba llevaba la inscripción "El evangelio". Cuando llegaban todos los misioneros, con algo de solemnidad traíamos el pastel. ¡Era realmente impresionante!

Tras puntualizar que el pastel representaba el evangelio, preguntaba: "¿Alguien quiere probarlo?" Siempre había algún élder hambriento que se ofrecía como voluntario. Le pedía que pasara al frente y le decía: "Le serviré a usted primero." Entonces metía los dedos en la parte superior del pastel y desprendía un trozo grande. Con cuidado cerraba el puño después de desprender el trozo a fin de que el baño de azúcar se impregnara en los dedos, y se lo tiraba al voluntario, salpicándole el saco del traje con el baño de azúcar. Los misioneros quedaban mudos del asombro. Luego preguntaba, "¿Alguien más quiere probar?" Pero nadie se atrevía a responder.

Entonces traíamos un plato de cristal, un tenedor de plata, una servilleta de tela fina y un hermoso cuchillo para cortar el pastel. Con gran dignidad cortaba un trozo del otro costado, lo ponía con sumo cuidado en el plato de cristal y preguntaba: "¿Alguien desea un trozo de pastel?"

La lección resultaba obvia. En ambos casos se trataba del mismo pastel, el mismo sabor, el mismo alimento. La manera de servirlo lo hacía apetecible o hasta, si se quiere, repugnante. El pastel, recordábamos a los misioneros, representaba el evangelio. "¿Cómo lo estamos sirviendo?"

Tras la demostración no volvimos a tener problemas; por el contrario, la reacción fue sumamente entusiasta y grandes fueron los esfuerzos por mejorar la calidad de la enseñanza de las charlas. Pocos meses después pensé que sería oportuno refrescar la memoria de los misioneros en cuanto a la lección, así que les envié un volante con un dibujo de un pastel.

Cuando me volví a reunir con ellos, les pregunté:

-No hace mucho recibieron un volante, ¿no es así?

-Así es.

-Y ¿qué decía?

Sin excepción los misioneros respondían:

-Nos recordaba que mejoráramos nuestras presentaciones de las charlas y que estudiáramos más; que aprendiéramos nuestras lecciones con cuidado y que nos ayudáramos mutuamente en nuestro trabajo.

-¿Y todo eso lo sacaron en conclusión de un simple dibujo?

-Sí, fue una lección que no olvidaremos fácilmente.

Debo agregar que, en los casos donde era necesario, estaba más que dispuesto a pagar por los gastos de tintorería del traje del misionero.

Por otro lado, también he aprendido que las lecciones que se enseñan por medio del uso de objetos lo pueden poner a uno en un aprieto. Hace unos cuantos años serví como presidente de un comité de construcción de la capilla de uno de los barrios en la ciudad de Brigham, en el norte de Utah. Hicimos todo lo que de costumbre se hace para recaudar fondos, incluyendo la venta de comida un sábado por la noche. La mayoría de las hermanas contribuyeron con los alimentos y la actividad fue todo un éxito. El obispo del barrio me pidió que al día siguiente diera un informe en la reunión sacramental.

Fue justo en el momento que teníamos que comprar los ladrillos para el edificio. Así fue que, después de contar el dinero recaudado, lo dividí por el total de platos que se habían vendido, lo cual nos daba un promedio del dinero recaudado por cada uno de ellos. Al presentar mi informe, quise demostrar cuántos ladrillos podrían comprarse con cada comida. Llevé varios ladrillos hasta el púlpito y sin mayor reparo comencé a dar el informe, diciendo: "Hermanos, estos ladrillos representan la comida hecha por las hermanas del barrio. ¡Yo mismo me metí en un serio aprieto!

Si desea usar un objeto para enseñar una lección, tenga cuidado. Asegúrese de escoger bien el objeto y de decir lo que desea, sin que resulte inconscientemente ofensivo. El enfoque puede resultar en un efecto sumamente positivo para quienes le escuchan siempre que no le salga el tiro por la culata.

Como un guante

En un capítulo anterior advertimos que el principio de la apercepción, tal como fue empleado por Jesús en Sus enseñanzas, abre ante nuestros ojos y pone a nuestra disposición todo un mundo de ayudas visuales. Una materia que de otro modo resultaría sumamente complicada de enseñar puede ser impartida utilizando un objeto simple y bien identificable como ayuda visual, a fin de después relacionarlo con el principio intangible.

En una oportunidad tenía que explicar el concepto de la resurrección, mas no encontraba la forma de hacerlo de manera que me pudieran entender sin dificultad. Medité en cuanto a ello por cierto tiempo, y fue entonces, un poco después, mientras me ponía los guantes, se me ocurrió que ésta sería una magnífica ayuda visual para ilustrar ese principio. Lo empleé varias veces al enseñar a los jóvenes en cuanto a la resurrección, hasta que finalmente consideré que estaba lo suficientemente preparado como para utilizarlo en un discurso de conferencia general.

Tras algo de práctica, preparé el discurso en el cual comparé al cuerpo físico con un guante y a la mano con el espíritu. Mi intención era dirigirme a la congregación como si todos tuvieran entre cinco y siete años de edad, sabiendo que si un niño podía entender lo que estaba tratando de explicar, no había duda que los mayores también podrían comprenderlo sin problema alguno.

He aquí los resultados de mi preparación:

* * *

Hay algo sumamente importante que quiero decirles, jovencitos; algo que espero que puedan recordar siempre. Algo que deben aprender mientras son todavía niños.

¿Sabían ustedes que vivieron en otro lugar antes de nacer en la tierra? Antes de venir al hogar de papá y mamá, ustedes vivieron en un mundo de espíritus.

Es muy importante que sepan esta enseñanza porque explica muchas cosas que de otra manera serían difíciles de entender. Muchas personas en el mundo no saben esto, pero es verdad.

No fue cuando nacieron en esta vida que fueron creados. En ese momento simplemente entraron en un cuerpo, pero ya habían existido antes, o sea que venían de algún lugar. Salieron de la presencia de nuestro Padre Celestial porque ya era tiempo de que vinieran a la tierra.

Hay dos razones importantes por las que tenían que venir a este mundo. Primero, para recibir un cuerpo de carne y huesos. Esa es una gran bendición. Nuestro Padre Celestial hizo todos los arreglos para que, gracias al gran amor que existe entre papá y mamá, ustedes pudieran ser concebidos y comenzaran a crecer. Entonces, en determinado momento, aunque en realidad no sabemos cuándo, el espíritu entró en el cuerpo y se convirtieron en seres humanos, pero es importante que sepan que la vida no comienza cuando uno nace en este mundo.

El cuerpo es como la parte exterior de un automóvil y se mueve gracias al motor al que llamamos cerebro o mente. Por medio de la vida en un cuerpo, uno puede aprender a controlar las cosas físicas, lo cual será muy importante para toda la eternidad.

El espíritu y el cuerpo

Hagan cuenta, mis pequeños amigos, que mi mano representa el espíritu de ustedes. Está vivo, puede moverse por sí mismo. Ahora supongamos que este guante es el cuerpo, y como ven, no se puede mover por sí solo. Cuando el espíritu entra en el cuerpo, entonces le da movimiento y vida. Entonces uno se transforma en una persona, o sea, un espíritu con un cuerpo físico.

Ahora, no se supone que vayamos a quedarnos aquí para siempre, sino tan sólo por esta vida. Seguramente muchos de ustedes tendrán abuelitos y bisabuelitos que ya habrán partido de esta vida. No hace mucho tiempo también ellos eran niños como ustedes son ahora. Pero un día tienen que marcharse de esta vida, al igual que ustedes.

Un día, cuando uno llegue a anciano o debido a una enfermedad o a un accidente, el espíritu y el cuerpo se separarán. Es en ese momento que decimos que una persona muere. La muerte es una separación y todas estas cosas son parte de un gran plan.

Recuerden que mi mano representa al espíritu y el guante es como si fuera el cuerpo de carne y huesos. Mientras uno está vivo, el espíritu hace que el cuerpo se mueva y viva.

Cuando los separo, la mano, que representa al espíritu, sale del cuerpo y éste ya no se puede mover más. Simplemente se cae y está muerto, pero el espíritu sigue viviendo. "Un espíritu que nace de Dios es algo inmortal. Cuando el cuerpo muere, el espíritu sigue viviendo." (La primera Presidencia, Improvement Era, marzo de 1912, página 463.)

Es importante que entiendan lo que es la muerte. La muerte es una separación.

La parte de ustedes que les permite ver por los ojos y pensar y sonreír y hacer cosas es el espíritu, y el espíritu es eterno, o sea, que nunca muere.

¿Recuerdan la muerte de algún ser querido? Recordarán que papá o mamá les habrá explicado que lo que estaba allí, en el ataúd, era solamente el cuerpo, que la persona había ido de nuevo a vivir con nuestro Padre Celestial y que allí estaría esperando por nosotros. Estoy seguro que habrán escuchado esa explicación, ¿no es así?

La muerte es sólo una separación y es parte de un plan. Si ese plan terminara allí, sería una lástima, porque perderíamos para siempre ese cuerpo que vinimos a obtener.

Podemos regresar a nuestro Padre Celestial

Cuando Dios hizo lo necesario para que viniéramos a este mundo, también arregló las cosas para que regresáramos a El, porque es nuestro Padre y nos quiere mucho. No piensen que El nos ha olvidado porque vivimos en este mundo lejos de El y porque no podemos verle.

¿Se han dado cuenta que, cuando un hermano mayor de ustedes fue a su misión o cuando una hermana estuvo por un tiempo fuera de casa, sus padres no dejaron de quererlos? Hay veces que hasta es posible que piensen que papá y mamá les quieren más a ellos que a ustedes. Por lo menos hablaban de ellos y en ocasiones se preocupaban por ellos. Les escribían o les hablaban por teléfono para alentarlos. La distancia puede hacer que el amor crezca y sea más fuerte.

Jovencitos, nuestro Padre Celestial sabía que necesitaríamos ayuda, así que en el plan dispuso que alguien viniera al mundo a ayudarnos.

Ese alguien fue Jesucristo, el Hijo de Dios. El, al igual que todos nosotros, es un hijo espiritual de nuestro Padre, pero también, Jesús fue su hijo unigénito aquí en la tierra. Espero que entiendan que hablo de El con mucha reverencia. Fue precisamente El quien hizo posible que venciéramos la muerte y pusiéramos todas las cosas en el orden en que deben ir.

Ustedes están aprendiendo de El en la Primaria y en las noches de hogar. Es muy importante que siempre se acuerden de el y que aprendan lo más posible sobre las cosas que El hizo.

Como les dije, El venció la muerte física por nosotros. Por medio de su sacrificio en la cruz hizo posible que nuestros espíritus y nuestros cuerpos llegaran a ser uno otra vez. Gracias a El resucitaremos, lo cual quiere decir que nuestro espíritu y nuestro cuerpo se volverán a juntar. La resurrección es un don de El; todos los seres humanos lo reciben. Por esa razón le llamamos nuestro Salvador o Redentor.

La segunda razón por la que vinimos a este mundo es para ser probados. Es algo así como ir a la escuela para aprender la diferencia entre el bien y el mal, lo cual es muy importante que sepamos.

Tenemos que saber que hay un ser malvado que nos tentará a hacer cosas que están mal. Por eso hay otra separación que también deben conocer, aun cuando todavía son muy jóvenes. No se trata de la separación del cuerpo y el espíritu, sino de nuestra separación de nuestro Padre Celestial.

Si permanecemos separados de El y no podemos volver a donde El está, es como si estuviéramos espiritualmente muertos, y eso no es para nada bueno. Esta separación es como una segunda muerte, una muerte espiritual.

A esta altura de la vida están aprendiendo a leer y pueden comenzar a estudiar las Escrituras, o sea, la Biblia, el Libro de Mormón, Doctrina y Convenios y La Perla de Gran Precio. En esos libros leemos que los niños también pueden aprender verdades espirituales. Un profeta dijo:

". . . él comunica su palabra a los hombres por medio de ángeles; sí, no sólo a los hombres, sino a las mujeres también. Y esto no es todo; muchas veces les son dadas palabras a los niños que confunden al sabio y al erudito." (Alma 32:23.)

En las Escrituras aprendemos que nuestros espíritus deben ser limpios y deben estar libres del mal para poder volver a la presencia de Dios. ". . . ninguna cosa impura puede entrar en el reino de Dios." (1 Nefi 15:34.)

Es por eso que hay dos cosas importantes que nos deben suceder. Primero, de alguna forma, después de morir, debemos recibir de nuevo nuestro cuerpo de carne y huesos ya que queremos resucitar; y segundo, debemos encontrar la forma de mantenemos espiritualmente limpios para no ser separados de nuestro Padre Celestial y para poder regresar a El después de partir de esta vida terrenal.

Debemos arrepentirnos y ser bautizados

Estamos seguros que ustedes vencerán la muerte física y que resucitarán gracias a lo que Jesús hizo por nosotros. El que puedan vencer la muerte espiritual - que es la separación de la presencia de nuestro Padre Celestial- dependerá en gran medida de ustedes mismos.

Cuando Jesucristo vivió en la tierra enseñó Su evangelio y organizó Su Iglesia. Si vivimos de acuerdo con el evangelio, nos conservaremos espiritualmente limpios. Aun cuando cometamos errores, hay una forma de llegar a ser limpios nuevamente, y es por medio del arrepentimiento.

Para entrar en Su Iglesia, debemos tener fe en el Señor Jesucristo; debemos arrepentirnos y ser bautizados.

El bautismo se puede comparar con ser sepultados en el agua. Al salir de ella es como si hubiéramos nacido de nuevo, y quedamos limpios. Somos redimidos de nuestros pecados, lo que quiere decir que los pecados ya no se tienen más en cuenta, y si lo deseamos, podemos conservar esa remisión de los pecados.

Después somos confirmados miembros de Su Iglesia, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y se nos da el don del Espíritu Santo como guía. Es como si recibiéramos mensajes de nuestro hogar en los cielos para indicarnos el camino que debemos seguir.

El Señor llamó a profetas y a apóstoles para dirigir Su Iglesia y siempre ha dado a conocer sus deseos mediante los profetas.

Mis jóvenes amigos, aun cuando actualmente soy miembro del Consejo de los Doce Apóstoles, nunca he dejado de admirar y respetar a estos hombres. Cuando nos reunimos como consejo, miro a mi alrededor y vuelvo a saber sin dudas que estos hombres son apóstoles del Señor Jesucristo sobre la tierra y que son testigos especiales de El.

Serán puestos a prueba

Pequeños, ustedes serán puestos a prueba, tal vez más que ninguna otra generación que jamás haya vivido en la tierra. Conocerán a muchas personas que no creen en Cristo. Algunas de ellas serán como representantes del diablo y enseñarán maldades. En ocasiones se sentirán tentados.

Habrà veces en que cometerán errores al igual que todos nosotros los hemos cometido. Habrà momentos en que se preguntarán si es que acaso podrán vivir de la forma en que El nos enseñó que deberíamos vivir. Cuando sean puestos a prueba,

cuando estén desilusionados, avergonzados o tristes, recuerden al Señor y oren a nuestro Padre Celestial en Su nombre.

Habrán personas que dirán que El nunca vivió, pero ustedes saben que sí vivió aquí en la tierra. Algunos dirán que no es el Hijo de Dios, pero lo es. También se dirá que no tiene siervos aquí, pero los tiene. El Señor vive, y yo lo sé. En Su Iglesia hay muchos miles que pueden dar testimonio de El, y yo soy uno de ellos. Les repito las cosas que deben recordar y las cosas que deben aprender mientras son aún pequeños.

Recuerden que cada uno de ustedes es un hijo de nuestro Padre Celestial. Esa es la razón por la que le llamamos Padre.

Ustedes vivieron en otro lugar antes de venir a la tierra, y vinieron aquí para recibir un cuerpo de carne y huesos y para ser probados.

Cuando su vida termine, el espíritu y el cuerpo se separarán. A eso llamamos muerte.

Nuestro Padre Celestial envió a Su Hijo Jesucristo para redimirnos y, gracias a lo que El ha hecho, resucitaremos.

Hay otra clase de muerte en la que también deben pensar y es la que puede separarnos de la presencia de nuestro Padre Celestial. Si somos bautizados y vivimos Su evangelio, podemos ser librados de esa segunda muerte.

Nuestro Padre Celestial nos ama, y tenemos un Señor y Salvador.

Doy gracias a Dios por ser miembro de una Iglesia en la que ustedes, nuestros jovencitos, son el tesoro más grande que tenemos. Le doy gracias a Dios por nuestro Salvador, quien permitió que los niños fueran a El.

Estoy seguro que conocen estas estrofas:
Me gusta pensar al leer que Jesus,
Cumpliendo su grande misión,
Llamaba a todos los niños a El,
Para darles su gran bendición.

Quisiera haberlo oído también,
Sus manos sentir sobre mí,
Oyendo sus tiernas palabras decir:
"A los niños traed hacia mí".

Mis pequeños hermanos y hermanas, mis niñitos, yo sé que Dios vive. Creo saber en parte lo que se siente al tener Su mano sobre uno cuando le llama a servirle. Les doy mi testimonio de que El es Cristo, de que nos ama. Ruego por ustedes, mis hermanitos, que El les bendiga y les ampare siempre, en el nombre de Jesucristo. Amén.

* * *

Aun un simple objeto como bien puede ser un guante se puede usar para dar una lección poderosa. Recordemos que el Salvador mismo empleó objetos simples en sus enseñanzas. ¿Por qué no hacer nosotros lo mismo?

El maestro es una ayuda visual

Debe resultar reconfortante el saber que aun cuando el maestro no sea poseedor de una apariencia demasiado impactante, puede, no obstante, ser una influencia poderosa entre sus alumnos, siempre que observe uno o dos principios.

Por sobre todas las demás personas, el maestro debe estar siempre bien arreglado. Esto poco tiene que ver con sus rasgos físicos, con su edad o con sus proporciones, sino que está relacionado con su forma de vestir y con su pulcritud personal. Cuando vaya a enseñar una clase de la Escuela Dominical, a dar una lección en el sacerdocio, a hacer una presentación en la Sociedad de Socorro o a dirigir una reunión, es siempre una buena idea que su esposa o esposo, según el caso, o cualquier otro miembro de la familia, se fije en su apariencia personal antes de salir de la casa para ver si está todo en orden. De esa manera sabrá que se ve bien.

Tanto en el hogar como en el salón de clase, el padre o el maestro está siempre bajo la mirada de ojos críticos. Resulta siempre contradictorio el ver a un padre que se pasa regañando a sus hijos para que recojan cosas que dejan fuera de su lugar y que acomoden sus habitaciones y mantengan todo en orden, cuando él, por su parte, no pone cuidado a su apariencia personal.

Estoy agradecido por una lección que mi esposa nos ha enseñado a todos en nuestra familia. Se levanta bien temprano para comenzar con sus actividades diarias y en lugar de pasearse por la casa en sus pijamas o en su bata, y con ruleros en la cabeza, rápidamente se cepilla el cabello, se pone algo sencillo pero al mismo tiempo atractivo, y comienza con sus tareas. He llegado a la conclusión de que este tipo de actitud contribuye enormemente al orden, la paz y la tranquilidad que debe siempre imperar en un hogar. La ayuda visual no es precisamente un sermón sino un buen ejemplo.

Por encima y no al mismo nivel

Siempre he instado a los maestros a ser un tanto formales. Recuerdo una ocasión en que visité a un maestro en Arizona quien estaba teniendo algunos problemas serios para mantener su posición de educador. "Me resulta casi imposible captar la atención de los alumnos y mantenerla," me comentó.

Tenía puesto un pantalón tipo "sport", las mangas de su camisa las tenía recogidas, el cuello desabotonado y no llevaba corbata. "Resulta un poco difícil," le dije, "entrar en el salón de clase y saber en realidad quién es el maestro. Creo que tendría menos problemas si pudiera hacer resaltar esta diferencia con sus alumnos. ¿Por qué no se pone un saco," le sugerí, "o, por lo menos, se abotona los puños y el cuello de la camisa y se pone una corbata? Se trata simplemente de ser un poco más formal que sus alumnos."

La diferencia entre su éxito y su fracaso con los alumnos estribaba en su apariencia personal.

Más allá de lo que los jóvenes puedan opinar cuando se trata este asunto, en el salón de clase jamás puede funcionar el sistema de "estar al mismo nivel que ellos."

Como maestro, pronto se dará cuenta que el alumno desea *emular* y no *superar*. Cuando se enfrentan a problemas serios, buscan amparo en alguien que proyecte ser algo más que un compinche. Buscan el consejo de alguien que esté por encima de ellos, y en la forma de vestir y en el cuidado de la apariencia personal existen elementos que ayudan enormemente en la relación entre maestro y alumno.

Hay maestros que consideran que debe existir entre ellos y los jóvenes la más absoluta camaradería, y que cualquier otro tipo de relación es demasiado sofisticado. Bien valdría la pena que quienes piensen de ese modo consideren este aspecto una vez más, Hay unos cuantos factores bien tangibles que pueden contribuir a que un maestro sea "apartado" para su llamamiento.

Igual que todos los demás

En una oportunidad fui a una conferencia de estaca en una ciudad importante. Cuando salí del avión, miré a la gente que obviamente aguardaba a los pasajeros y no vi a nadie de la presidencia de la estaca. No les conocía personalmente, pero por lo general resulta fácil reconocer a líderes de la Iglesia aun entre una multitud. Viendo que no había nadie para recogerme, comencé a caminar por el pasillo del aeropuerto hacia la salida. Pocos segundos después escuché que llamaban mi nombre y al darme vuelta vi que alguien venía corriendo hacia mí. Se trataba de uno de los consejeros en la presidencia de la estaca. Me explicó que el presidente se había atrasado y que se encontraría con nosotros en el centro de estaca a la hora de las reumones.

Al día, siguiente, después de la conferencia de estaca, el presidente me llevó hasta el aeropuerto. En camino, la conversación que mantuvimos fue más o menos en los siguientes términos: "Hermano Packer, no ha dicho mucho durante la conferencia. No vacile en darme consejos en cuanto a la forma de mejorar nuestro trabajo."

Entonces me explicó que estaban llevando a cabo todas sus reuniones, y yo mismo había observado que estaban haciendo un buen esfuerzo por llegar a los jóvenes. "Pero lamentablemente," comentó, "no nos es posible influir positivamente en ellos. Nuestros informes nos indican que estamos fallando, pero no podemos darnos cuenta de la razón. Por cierto que nos estamos esforzando. Tenemos buenas actividades y estamos dando lo mejor de nosotros mismos, pero no podemos explicarnos por qué no logramos mejores resultados. ¿Tiene usted alguna idea?"

"Creo que sí," le contesté, "si es que puede captar la siguiente ilustración. Cuando salí ayer del avión y me aguardaba su consejero, no pude ni reconocerlo entre la multitud; era igual que todos los demás. A mí parecer, eso es lo que funciona mal en su estaca. Me parece que ustedes, como líderes, están tratando de llegar a los jóvenes vistiéndose de la misma forma que ellos visten. Es importante que los líderes comprendan que cuando los jóvenes realmente necesitan ayuda, querrán procurarla de alguien que sobresalga en comparación a ellos y no de quien está a su mismo nivel. ¿Comprende lo que quiero decirle?"

En seguida entendió y agregó que en forma premeditada habían decidido observar más o menos las mismas normas de vestimenta de los jóvenes, y estar al tanto de las cosas que a ellos les interesaban a fin de ser mejores amigos y así atraerlos a las actividades de la Iglesia.

"Veo que verdaderamente están poniendo buenos esfuerzos de su parte" le dije. "Están trabajando empeñosamente, pero no están recibiendo justa recompensa por esos esfuerzos. Estoy seguro que si analizan un poco este asunto de vestir igual que los jóvenes, se darán cuenta de que están diciendo y haciendo cosas de una manera muy distinta de la que lo harían si conservaran la imagen de líderes de estaca o barrio. Estoy seguro de que si cambian la imagen que los caracteriza, los jóvenes se sentirán más deseosos de participar junto a ustedes y la espiritualidad crecerá."

Ha habido otras ocasiones en que he observado a líderes de la juventud esforzarse por ser como ellos, no comprendiendo que con tal actitud lo único que demuestran es que están tratando de seguirles en vez de guiarles.

El maestro en sí es la ayuda visual más importante que puede haber en un salón de clase. Cuando he tenido oportunidad de ver a los miembros de una presidencia de estaca, de un sumo consejo o de un obispado vestidos como adolescentes, por mi experiencia como maestro, en seguida comprendo que no deben ejercer una influencia muy poderosa entre los jóvenes, al menos no tanta como si mantuvieran la dignidad y la imagen que debe caracterizarles en su llamamiento como líderes.

A veces, en paseos u otras actividades al aire libre y en una variedad de ocasiones informales, pueden vestirse de una manera informal y hasta si se quiere juvenil, pero tales ocasiones son las excepciones.

Repito que cuando los jóvenes necesitan y quieren ayuda, prefieren buscarla entre quienes están por encima de ellos y no entre los de su propio nivel.

Cuéntenos una historia

Las historias, relatos o anécdotas personales son de gran utilidad para despertar el interés y para enseñar una clase. Supongo que también hay historias que de vez en cuando se pueden emplear con el único fin de entretener, lo cual, más que nada, se aplica al caso de niños pequeños. Todos hemos tenido experiencias que pueden servirnos en la enseñanza que impartimos, por lo que debemos estar siempre alertas y anotarlas cuando suceden.

Aun reconociendo que las historias son de gran utilidad, siempre he sido muy cuidadoso al relatarlas a fin de jamás dejar la impresión de que un relato ficticio sea cierto o de que yo tomé parte en determinado incidente cuando en realidad no fue así. Sé que hay personas que procurarán hacer parecer algunas historias como si ellos mismos las hubieran vivido. Personalmente, entiendo que eso es deshonesto. Yo no lo haría ni tampoco recomendaría a nadie que lo hiciera. Si como parte de algo que estoy enseñando cuento un relato e indico que es algo que me sucedió personalmente, puede, quien me escucha, estar seguro de que en verdad lo viví o de otro modo jamás me lo acreditaría. Tampoco es necesario embellecer o agrandar una historia. Si por sí misma no alcanza para resaltar un concepto o un principio, mejor que no se le utilice. Si uno va a relatar algo ficticio como si hubiera sido una experiencia personal, para que al final resulte en algo humorístico o en un abuso de la candidez de los alumnos, éstos jamás llegarán a saber por cierto cuándo les está hablando en serio y cuándo no.

Hay suficiente cantidad de simples experiencias verídicas en la vida de cada uno así como numerosas maneras de crear ejemplos de veracidad aparente, como lo fue el caso de las parábolas de Jesús, que una persona no tiene la necesidad de fabricar una experiencia.

"Aquí viene nuestro Padre Celestial"

No mucho tiempo después de casados, vivíamos con mi esposa frente a una capilla. Un día, nuestro hijo mayor, que en ese entonces tenía apenas cuatro años de edad, estaba recostado contra la ventana mirando hacia la capilla cuando de pronto muy calmadamente comentó: "Aquí viene nuestro Padre Celestial." Tanto mi esposa como yo quedamos sorprendidos por su comentario y nos acercamos a la ventana y observamos que uno de los miembros del barrio, un hermano de apellido Hawkes, estaba cruzando la calle con un balde en cada mano. Era sábado, y el hermano Hawkes, conserje de la capilla, venía todos los sábados por la mañana a llenar sus dos baldes con agua caliente para limpiar el edificio.

"Ah, es el hermano Hawkes," mi esposa le dijo a nuestro niño. Este, algo insistente, comentó: "Bueno, tú me dijiste que ésa era la casa de nuestro Padre Celestial, y ese señor es el que siempre está allí cuidándola." Cuando el hermano Hawkes entró a nuestra casa, le contamos lo que había sucedido y le manifestamos qué tipo de ejemplo se esperaba que fuera de ese momento en adelante, que después de todo, no es mucho que pedir, ya que se supone que todos debemos aspirar a eso precisamente.

Esta ilustración es un ejemplo de una historia que simplemente hace mención a un incidente acaecido en la vida. Si uno presta atención, encontrará muchísimos que se podrán aplicar tan eficazmente como éste. Habrá ocasiones en que querrá crear una historia para enseñar determinado principio. Esto, por cierto, no es otra cosa que crear una parábola. Se trata de un método didáctico sumamente útil y respetable. Al usted estudiar los procedimientos que Jesús empleó para enseñar, se dará cuenta que El los empleó muchas veces.

Cuando usted quiera aplicarlo, es importante que haga saber a los alumnos que se trata de un relato ficticio, creado para ilustrar determinado punto. Puede comenzar diciendo: "Supongamos que," o "Imagínense". El hecho de que usted haya fabricado la historia para nada reducirá su poder didáctico si se le presenta debidamente. He aquí un ejemplo de ese tipo de historia.

En un día de campo

Supongamos que nuestro barrio está programando un día de campo. Se han hecho los arreglos para reservar un lugar para ese día y todo ha sido preparado debidamente bajo la dirección del obispo. La Sociedad de Socorro ha sido asignada para encargarse de la comida.

La actividad se llevará a cabo en el verano, cuando, por lo general, se dispone de más variedad de alimentos. Contaremos con un sinnúmero de platos que desde ya nos hacen agua la boca. Sin duda va a resultar en un gran acontecimiento.

La presidenta de la Sociedad de Socorro dirá que la comida no sólo debe ser nutritiva sino que debe estar bien preparada y tiene que ser servida en lo posible, de la mejor manera. La mesa tendrá que estar bien decorada, con colores que combinen. Así es que se prepara la mesa, una de esas largas, a la cual todos estamos sentados. Jamás se ha visto nada tan hermoso y el aroma es tan exquisito que no se puede comparar a ninguna otra comida que hayamos tenido delante nuestro.

Por fin llega el momento de comer. Toda la preparación de semanas enteras ha llegado a su punto culminante; en pocos minutos habremos de comenzar nuestro verdadero banquete. Se le pide al patriarca de nuestra estaca que ofrezca la bendición de los alimentos. Los niños pequeños, con mucho apetito y pocas fuerzas para contenerlo, piensan: "Espero que la oración no sea muy larga."

En el momento en que el patriarca se apresta a comenzar la oración se produce una interrupción. Un automóvil se desvía del camino y se precipita sobre el lugar donde se está efectuando la actividad y frena a pocos metros de la mesa. Se trata de un vehículo sumamente ruidoso. Todos nos alteramos ante la intromisión y comentamos acaloradamente, "¿Cómo es que vienen a estacionar precisamente en este lugar? ¿Es que no han visto el cartel que indica que ésta es una zona de recreo y que está reservada?"

Un hombre sale del vehículo y con expresión de preocupación levanta el capó y revisa el radiador. El ruido es ensordecedor y el motor hasta produce explosiones. Uno de los miembros del barrio, que es mecánico, dice: "No creo que este automóvil llegue muy lejos sin ayuda." De pronto las puertas del vehículo se abren de par en par y salen de él siete u ocho niños pequeños, mientras sus padres comentan en cuanto al automóvil con marcada preocupación.

Los niños, como es típico en ellos, se interesan por saber qué estábamos haciendo y comienzan a dar vueltas alrededor de nuestra mesa. Sus padres, distraídos por el problema del auto, ni siquiera se inmutan. Uno de los niños mete la cabeza entre usted y yo, que estamos sentados a la mesa, mira por unos segundos, sale corriendo y trae a su hermanita. Los niños no están muy pulcros que digamos. Uno puede darse cuenta de que la niña ha estado llorando bastante ese día, pues las lágrimas han dejado una huella en sus mejillas. Su hermanito, señalando los platos que hay sobre la mesa, exclama: "¡Qué rica que debe estar esa comida!"

A todo esto, nuestro patriarca sigue aguardando pacientemente que las cosas se solucionen a fin de poder ofrecer la oración. Nosotros, por supuesto, no estamos muy pacientes que digamos y seguimos protestando por la interrupción. "La comida se está enfriando", comenta alguien. De pronto los padres de los niños se dan cuenta de que éstos están molestando a las personas de la mesa y rápidamente les llaman a su lado y los llevan hasta otra mesa no muy lejos de la nuestra.

Es la hora de comer, así que la mamá saca un canasto del automóvil en el cual tiene unas pocas cosas, suficiente nada más para engañar el estómago. Mira a los niños y a lo que puso sobre la mesa y trata de mover los recipientes de un lado a otro para dar la apariencia de que hay más de lo que realmente tiene para ofrecerles.

Ahora bien, ésta es simplemente una parábola, pero bien podría suceder. Si usted y yo estuviéramos allí en ese momento, ¿qué haríamos? He aquí algunas posibilidades:

1. Podríamos insistir en que se comportaran decentemente mientras nosotros comemos. Después de todo, fuimos nosotros quienes hicimos la reservación del lugar; pagamos el alquiler, y tenemos todo el derecho de exigir que se nos permita disfrutar de él sin intromisiones ni interrupciones.

2. Podríamos ser generosos. Somos cristianos, ¿no es así? La comida que hay sobre nuestra mesa es abundante y si compartiéramos un poco de cada cosa con ellos, dejarían de molestarnos y podríamos comer en paz. Ellos tienen su propia mesa y podrían comer allí. Seguramente sus modales no serían los más finos, además de no estar ni limpios ni presentables para una ocasión como la que nosotros hemos preparado. No encajan dentro de nuestras circunstancias, y a cambio de unas pocas migajas podríamos mantenerlos aislados. ¿Qué tal si hacemos eso?

3. Claro está que hay otra posibilidad. Yo podría hacer un poco de lugar a mi lado y usted lo mismo y podríamos sentar al niño entre los dos, su hermanita podría sentarse al otro lado de la mesa entre el hermano y la hermana Torres. Los padres se podrían sentar cerca de la cabecera de la mesa y así el patriarca podría bendecir los alimentos. ¿No resultaría gratificante saciar el apetito de los niños? Y entonces, después de comer, el hermano Márquez, el mecánico, podría comenzar a darles una mano para arreglar el automóvil. El hermano Padilla podría llegar hasta la estación de servicio más próxima para conseguir algún repuesto que fuera necesario. Las hermanas de la Sociedad de Socorro, al retirar las cosas de la mesa, podrían prepararles un paquete con comida para que lo llevaran con ellos, mientras que el hermano Osorio, en forma disimulada, le daría un poco de dinero al padre para que tuviera a mano durante el largo viaje que tienen por delante. Esto, por cierto, es lo que esperaríamos que sucediera.

Bueno, sí, esta última es la más saludable de las tres posibilidades. Las dos primeras ni siquiera son dignas de consideración. Esta última es precisamente la que

aplicaríamos en todo momento, ¿o no?

Hemos estado haciendo conjeturas, hablando de alimentar a alguien que está hambriento físicamente. ¿Qué tal aquellos que entre nosotros están espiritualmente hambrientos continuamente? Tenemos la plenitud del evangelio, todo lo que realmente vale la pena espiritualmente. ¿Lo consumiremos todo sin compartir nada? ¿Permitiremos que quienes nos rodean padezcan de hambre espiritual en vez de compartir lo que tenemos con ellos? ¿O acaso les catalogaremos de ineptos o indignos de recibir el evangelio?

El convertible

Otro ejemplo de una parábola es la siguiente historia sobre un automóvil convertible. Esta idea se originó en el comentario de un joven alumno que había visto un hermoso convertible deportivo conducido por un caballero de unos treinta años. "¡Qué crimen malgastar un automóvil así en un viejo como él!" comentó el muchacho.

Se me ocurrió que puesto que los jóvenes están por lo general interesados en los automóviles, podía aprovechar ese interés. Deseaba hablarles a los jóvenes de la Iglesia en cuanto a la importancia de ser obedientes a sus padres, lo cual podía fácilmente resultarles aburrido y hasta si se quiere exasperante, a menos que fuera tratado de una forma muy particular. Así fue que un día entré en un salón de venta de automóviles para echar una mirada a los últimos modelos.

Uno de ellos, en particular, me atrajo sobremanera -un convertible modelo deportivo con todos los detalles que uno se pueda imaginar. Todo se accionaba con apenas apretar botones y tenía más caballos de fuerza que toda una caballería del ejército. El precio de venta del vehículo no era excesivo, teniendo en consideración todo lo que ofrecía. ¡Cómo me hubiera gustado haber tenido un automóvil así en mis épocas de estudiante de secundaria!

De esta experiencia surgió la siguiente historia.

Haz de cuenta que soy un benefactor y que he decidido obsequiar a un típico adolescente un automóvil como éste, y que tú eres el favorecido. En el momento de hacer la entrega, me doy cuenta de que económicamente no dispones de los medios para mantener un vehículo como éste, así que, con toda generosidad, agrego a mi oferta el deseo de cubrir todos los gastos de combustible, mantenimiento, neumáticos y todo lo demás que el auto vaya a requerir.

Estoy seguro de que lo disfrutarás mucho. Imagínate conduciéndolo mañana mismo por tu vecindario. Piensa en todos los nuevos amigos que por interés de pronto ganarás. Por otro lado, tus padres tal vez no estarán del todo convencidos de que se trata de una buena idea, así que les haré una visita. Estoy seguro que no estarán muy conformes, pero por ser yo una persona de prominencia en la Iglesia, finalmente consentirán.

Hagamos de cuenta, entonces, que por fin recibes tu auto, con todos los gastos pagos y con la autorización de usarlo.

Supón que una noche se te invita a asistir a una actividad de la Iglesia. "Creo que sería mejor que fuéramos todos juntos en autobús dice el asesor de tu quórum del sacerdocio, "Mejor que dejes el auto en tu casa."

Cuando estás por salir para reunirte con tus compañeros y con tu líder, recuerdas que has dejado el automóvil estacionado en la calle y descapotado, Entonces, como se te hace tarde, vas y le entregas las llaves a tu padre y le pides que le suba la capota y lo estacione más debajo del árbol que está frente a tu casa, pues anuncian lluvias para las próximas horas. Tu padre, por cierto, consiente en así hacerlo. (Es interesante notar cuán obedientes están resultando los padres últimamente.)

Más tarde cuando vas llegando de regreso a tu casa ves que tu auto no está. Te apresuras para entrar en tu casa y con notoria preocupación le preguntas a tu padre dónde está el automóvil.

-Ah, se lo presté a alguien –responde.

Entonces, imagina la siguiente conversación:

-¿Que lo prestaste? ¿A quién?

-A ese muchacho que anda por aquí regularmente.

-¿Qué muchacho?.

-Este. . . bueno, lo he visto pasar varias veces por aquí en su bicicleta.

-¿Cómo se llama?

-Pendóname, pero no recuerdo su nombre.

-Pero, ¿a dónde llevó el auto?

-Realmente no lo sé.

-¿Cuándo lo traerá de vuelta?

-No concertamos nada en cuanto a eso.

Entonces supón que tu padre te dice con bastante impaciencia:

-A ver si te tranquilizas un poco. El muchacho entró de prisa. Simplemente necesitaba el auto y tú no lo estabas utilizando. Parecía estar en un apuro Y como se le veía como un joven honesto, le di las llaves. Cálmate y vete a descansar.

Es de suponer que ante tales circunstancias tú mirarías a tu padre confundido y te preguntarías si es que ha perdido un tornillo. Tiene uno que ser bastante insensato para prestar, así no más, una máquina tan costosa como lo es tu automóvil, teniendo en cuenta, más que nada, que estaba prestando algo que no le pertenecía a él.

No me cabe duda que ya se han dado cuenta de la moraleja de esta pequeña ilustración. Son adolescentes y están en esa edad en que uno comienza a salir con jóvenes del sexo opuesto. Se dan cuenta de que los padres del joven y los de la chica prestan a sus respectivos hijos para que ambos satisfagan el importante propósito de emprender el camino hacia la madurez y el matrimonio. Tal vez por primera vez han advertido, y comienza a mortificarles, el interés de sus padres hacia ustedes y la forma en que pretenden controlar sus actividades. Idealmente, el salir con jóvenes conduce a la formación de un hogar. El casamiento constituye un convenio religioso sagrado y en su expresión más exaltada puede llegar a ser un convenio de naturaleza eterna. Cualquier tipo de preparación relacionada con el matrimonio, ya sea de índole personal o social, nos incumbe a todos nosotros como miembros de la Iglesia.

Ahora quisiera hablarles en forma bien clara a ustedes, mis jóvenes amigos. Si

están en edad de empezar a salir, están en edad de comprender que sus padres no solamente tienen el derecho sino la sagrada obligación de estar al tanto de lo que ustedes hacen, y al así hacerlo no están haciendo otra cosa que seguir el consejo de los líderes de la Iglesia.

Si ustedes tienen la suficiente madurez como para entablar ese tipo de relación con ese joven o esa joven tan especial, también la tienen para aceptar, sin ningún tipo de actitud aniñada, la autoridad que como padres ellos tienen de establecerles ciertas normas de conducta.

Ningún padre criterioso pensaría siquiera en prestar el nuevo convertible de su hijo a nadie para ir a ninguna parte, ni para devolverlo a ninguna hora. Si ustedes tienen la edad suficiente para salir con jóvenes del sexo opuesto, también la tienen para ver la insensatez de aquellos padres que prestan a sus *hijos* sin la más mínima preocupación. Jamás pidan a sus padres que les permitan a ustedes, su más valiosa posesión, salir así no más, sin dar muestras del más mínimo interés.

De hecho, el prestar un automóvil no sería tan serio como podría suponerse, puesto que si ocurriera un accidente y se dañara, se le podría reparar o reemplazar. Sin embargo, existen ciertos problemas y riesgos en una relación entre jóvenes de ambos sexos para los cuales las soluciones no son tan sencillas ni favorables.

Cuando se tiene la debida edad, es aconsejable comenzar a salir con otros jóvenes. Es saludable, tanto para el varón como para la joven, el aprender a conocerse y a respetarse mutuamente. Es apropiado ir a actividades deportivas o a bailes o a paseos y hacer todas las cosas debidas que los jóvenes hacen. No nos oponemos a que nuestra juventud tenga ese tipo de relación, pero les instamos a establecerse las normas de conducta más altas.

¿Cuándo llega uno a la debida edad? La madurez en sí puede variar de una persona a otra, sin embargo, somos de la firme idea de que las salidas no deben comenzar hasta que ambos estén bien asentados en la adolescencia. Y entonces, lo ideal es salir en grupo. No aconsejamos que salgan con alguien en forma exclusiva, pues esto es la antesala del noviazgo y el noviazgo debe dejarse para cuando ambos estén a un paso de dejar la adolescencia.

El salir con otros jóvenes no debe ser algo prematuro. Den gracias a sus padres si les aconsejan de ese modo. Esta relación entre un joven y una señorita no debe ser librado al destino sin la debida supervisión, y también deben dar gracias a sus padres si se preocupan de así hacerlo.

Hay veces que los jóvenes suponen equivocadamente que el tener una actitud religiosa y el ser espirituales interfiere con el encanto de la juventud. Consideran que los requisitos de la Iglesia no son más que interferencias y ridiculeces que truncan la expresión plena de la juventud.

¡Cuán insensatos aquellos que piensan que la Iglesia es un muro que les aísla de la manifestación del amor! ¡Si los jóvenes supieran!

Los requisitos de la Iglesia son el camino que conduce al amor y a la felicidad, con barreras protectoras a los costados, con carteles indicadores bien distinguibles y con lugares de servicio a lo largo de él. Cuán lamentable que haya quienes se resientan ante los consejos y la ayuda y, al mismo tiempo, cuán afortunados aquellos de ustedes que se ajustan a las normas de la Iglesia, aunque más no sea por simple obediencia o hábito. Seguramente se verán recompensados por el gozo continuo y

eterno.

Algo más, sean pacientes con sus padres. Ellos les aman profundamente, y por ese interés tan genuino que sienten por ustedes, tal vez lleguen a querer sobreprotegerles siendo demasiado vigorosos al establecer normas de disciplina. Mas sean pacientes; recuerden que la tarea de ser padres no es fácil y ésta es la primera vez que pasan por ella. Jamás antes han tenido que criar a nadie exactamente como ustedes.

Denles el derecho de no entender y de cometer algunos errores de vez en cuando. Ellos les han dado a ustedes ese derecho. Reconozcan su autoridad. Estén agradecidos por su disciplina, pues esa disciplina es la que podrá ponerles en el camino a la grandeza.

El niño japonés

Al ustedes enseñar, verán que de su propia vida podrán extraer algunas anécdotas o historias. Por ejemplo, hace muchos años en Japón tuve en un tren una experiencia que jamás olvidaré. La puedo recordar con tanto detalle hoy como la recordaba al día siguiente de cuando me sucedió.

Lo que quedaba de una estación de trenes (después de la guerra entre los Estados Unidos y Japón) ofrecía un aspecto inhóspito y frío. Niños hambrientos dormían echados en los rincones, los más afortunados de ellos tapados con algunas hojas de periódico o viejos trozos de tela. Poco fue lo que pude dormir en el tren; de todos modos, las literas eran demasiado cortas.

En las opacas y frías horas del alba, el tren se detuvo en determinado lugar. Escuché a alguien golpear en la ventana y levanté la persiana para ver dónde estábamos. Allí, en puntillas de pie en el andén, golpeando la ventana con una lata, me encontré con la figura de un niño, seguramente huérfano y mendigo. Tendría unos seis o siete años. Su frágil cuerpecito daba muestras de inanición. Apenas si tenía puesta una camisa despedazada con la apariencia de haber sido un kimono. Su cabeza estaba cubierta de costra. La parte izquierda de su mandíbula estaba sumamente hinchada, tal vez como producto de una infección en una muela. Alrededor de su cabeza tenía atada una vieja y sucia tira de tela con un nudo en la parte de arriba.

Cuando me asomé a la ventana, el niño comenzó a agitar su lata pidiendo limosna. Lleno de pena pensé, "¿Cómo puedo ayudarle?" Entonces encontré la forma de hacerla. Tenía algo de dinero, moneda japonesa. Me di vuelta hacia mi ropa y en el bolsillo encontré algunos billetes. Cuando traté de abrir la ventana, no pude; estaba atascada. Me puse los pantalones y corrí hasta el fin del vagón. Al tratar de abrir la compuerta, detrás de la cual el niño me aguardaba ansiosamente, el tren echó a andar y comenzó a alejarse de la estación. A través de las sucias ventanas podía ver al niño con su lata en alto y su trozo de tela alrededor de la cabeza.

Allí estaba yo, un oficial del ejército conquistador, camino a casa donde me aguardaban todas las bendiciones materiales, la calidez de mi familia y múltiples oportunidades. Allí, a medio vestir, con un puñado de billetes japoneses en la mano, los cuales el niño había visto pero que no pudo recibir.

Me sentí conmovido, tal vez atemorizado, por la experiencia. Hay veces que quisiera poder olvidarme de ese escenario, pero es posible que necesite recordarlo

siempre. Quería ayudarlo pero no pude. El único consuelo que encuentro es que en verdad *quise* ayudarlo.

En las páginas de la historia se puede encontrar un tremendo caudal de relatos y anécdotas en la vida de aquellos que nos antecedieron en el tiempo. Siempre he disfrutado el leer de la historia y me he sentido conmovido muchas veces por la multiplicidad de ilustraciones tan humanas que tantas y poderosas lecciones tienen para enseñar.

En un libro de historia de la Iglesia titulado *Handcarts to Zion* (Con carros de mano rumbo a Sión), escrito por LeRoy Hafen, leí algo que quisiera exponer tal como lo relaté en una ocasión.

El niño perdido

A fines de la década de 1850 muchos conversos de Europa se esforzaban por llegar hasta el Valle del Lago Salado. Muchos de ellos eran demasiado pobres como para poder obtener una carreta cubierta, así que tenían que caminar, empujando carros de mano cargados con sus humildes pertenencias. Algunos de los más conmovedores y trágicos momentos de la historia de la Iglesia se registraron entre este tipo de pioneros.

En una de esas caravanas, comandada por un hermano McArthur, iba un hermano de nombre Archer Walters, un converso inglés, quien en su diario, el día 2 de julio de 1858, escribió la siguiente frase: "El hijito del hermano Parker, de seis años, se perdió. Su padre volvió a buscarlo."

El niño, de nombre Arthur, era el penúltimo hijo de Robert y Ann Parker. Tres días antes la caravana había tenido que detenerse de apuro al desprenderse una repentina tormenta y fue en ese momento en que notaron la ausencia del niño. Sus padres pensaban que estaba jugando con otros niños.

Alguien recordó que ese mismo día, cuando se habían detenido, el niño se había sentado a descansar a la sombra de unos arbustos. Sabido es con cuánta facilidad se puede quedar dormido un niño de seis años en un día de verano, al punto de que ni siquiera el intenso ruido de una compañía en movimiento lo despertara.

La caravana se detuvo por dos días mientras todos los hombres fueron en su busca. Entonces, el 2 de julio, sin otra alternativa, la compañía recibió la orden de continuar su camino hacia el oeste.

Robert Parker, tal como se asentó en el diario, decidió volver solo una vez más en busca de su hijito. Cuando partía del campamento, su esposa, Ann, le prendió un colorido mantón sobre los hombros, y le dijo: "Si le encuentras muerto, envuélvele en el mantón y entiérralo. Si le encuentras vivo, el mantón te servirá para hacernos señas."

Y así, acompañada por sus otros niños, tomó el carro y empujándolo con sumo esfuerzo se unió a la caravana. En el camino, Ann y sus hijos no perdían de vista la distancia a sus espaldas. Casi al ponerse el sol, el día 5 de julio, mientras miraban, observaron una figura humana aproximarse desde el este. Entonces, entre los rayos del sol poniente, Ann divisó el reflejo de un colorido mantón.

Uno de los de la compañía anotó en su diario: "Ann Parker se desplomó sobre la tierra. Esa noche, por primera vez en seis días, pudo dormir."

El 5 de julio, el hermano Walter escribió en su diario: "El hermano Parker llegó al campamento con su pequeño hijo que había estado perdido. El gozo en el campamento era general. El gozo de la madre no podría describirse."

Desconocemos todos los detalles, pero se dice que un leñador de quien se ignora el nombre había encontrado al niño. Parece ser que le encontró enfermo y aterrorizado, mas el hombre le había atendido hasta que su padre lo encontró.

Así termina esta historia tan común en aquella época y cabe solamente hacerse una pregunta: Si estuviera en el lugar de Ann Parker, ¿cómo se sentiría usted hacia el leñador sin nombre que había salvado la vida de su hijito? ¿Habría acaso algún límite para su agradecimiento?

Al percibir esto podremos también experimentar algo del agradecimiento que nuestro Padre debe sentir hacia cualquiera de nosotros cuando salvamos a uno de Sus hijos. Tal agradecimiento es un premio digno de cualquier esfuerzo, pues el Señor ha dicho: "Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis, aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi 'Padre!' (D. y C. 18:15.)

Una historia muy breve

Hay una breve ilustración que se extrae de la vida de Karl G. Maeser, quien llevaba a un grupo de misioneros a través de los Alpes. Señalando hacia unos postes que habían sido clavados en la nieve para marcar el camino a través del glaciar, dijo: "Hermanos, he ahí el sacerdocio. Son postes comunes como nosotros. . . pero la posición que tienen les hace lo que representan para nosotros. Si nos apartamos del sendero que ellos nos trazan, estamos perdidos." (Alma P. Burton, *Karl G. Maeser, Mormon Educator*, Deseret Book, 1953, pág. 22.)

Aun cuando sea apenas un párrafo, puede resultar de gran valor para un maestro anotar pasajes como éste que tanto le pueden ayudar al preparar los materiales de su lección.

Los periódicos y las revistas están plagados de ilustraciones, y una de ellas, a modo de ejemplo, está enmarcada en un artículo que leí en un periódico en una ocasión.

Los malnutridos

"Los médicos que la atienden en el Hospital LDS manifestaron que la condición sanguínea de la joven ha mejorado tan notoriamente que casi con seguridad no habrá necesidad de someterla a más transfusiones. . . Los facultativos expresaron que su dieta diaria incluiría papas, huevos y cremas. Ya no será necesario alimentarla por vía intravenosa." (*Deseret News*, 10 de julio de 1956.)

La joven en cuestión, de dieciocho años de edad, había sido llevada al hospital seis días antes, tras haber sobrevivido durante nueve días debajo de un automóvil volcado en uno de los desfiladeros próximos a Salt Lake City. Las lesiones que había sufrido en el accidente no eran, en realidad, serias, sino que había sido la falta de alimento y la deshidratación lo que la habían llevado a tal condición. Transcurrieron

muchos días antes que los médicos comenzaran a abrigar esperanzas de su recuperación.

No es fácil alimentar a alguien que se encuentra en tal estado de inanición. No se trataba simplemente de darle comida sino que el alimento debía ser cuidadosamente administrado, pues el más mínimo error en las proporciones pondría su vida aún en mayor riesgo. Los médicos pusieron sumo esmero, pues su mismo tratamiento podía resultar fatal. La recuperación de la joven fue considerada más o menos un milagro.

Lo mismo sucede con aquellos que nos rodean que están espiritualmente mal nutridos y en estado de inanición. Hacemos mención a ellos como a las ovejas perdidas. Tenemos el deber de apacentarlas. Son de todos los tipos. Algunas de ellas muestran deficiencias de una clase u otra que simplemente les privan del vigor espiritual. Hay otras que tanto se han negado a sí mismas del alimento espiritual que apenas si se tiene esperanza de salvarlas.

En nuestra enseñanza, relatos como éste pueden contribuir a recalcar puntos de gran valor. Al alimentar a aquellos por quienes somos responsables, ya sea en el hogar como en el salón de clase, busquemos historias que sean relevantes e inolvidables, y ayudemos a nuestros alumnos a incorporar a su vida diaria las verdades salvadoras del evangelio.

Cómo enseñar las normas morales

Tal vez no haya valor moral que resulte más difícil de enseñar que el de la castidad. Es sumamente fácil enseñarlo erróneamente o enseñarlo con demasiado detalle. Hay más peligro de "aniquilar" al enseñar esta materia que al enseñar cualquier otra.

En el capítulo uno declaramos que la enseñanza es la más bella de las artes y sin duda la más difícil, puesto que los alumnos, incluyendo a nuestros propios hijos, no pueden ser tratados como se trata una pintura o una composición musical a las que se puede dejar pendientes hasta la próxima lección. A los jóvenes se les enseña -o tal vez una mejor descripción sería se les bombardea- en cuanto a la castidad en forma constante. La mayor parte de esa enseñanza es negativa y destructiva y en gran medida se le imparte de una manera visual.

Tenemos la responsabilidad de enseñar este asunto en forma tal que los principios de la verdad sirvan para superar todas las malas interpretaciones y falsedades que comúnmente se inculcan. Nuestra enseñanza debe ser tan poderosa y tan continua que la tentación hacia lo inmoral, por más atractiva que sea, jamás pueda derrocar la verdad.

En el año 1958 se reunieron en la Universidad Brigham Young para una serie de sesiones de verano maestros de seminarios e institutos. Yo fui asignado por el presidente William E. Berrett para hablar sobre el tema "Problemas en la enseñanza de las normas morales". Al prepararme para tal asignación, oré y ayuné mucho más de lo que comúnmente lo hacía y también investigué e inquirí bastante más de lo normal, e incluso entrevisté a algunas de las Autoridades Generales de la época.

En el proceso de esa preparación, llegué a algunas conclusiones que, desde entonces, han pasado a formar parte de mi filosofía personal; de hecho, se han visto corroboradas por todo lo que desde ese momento he aprendido en cuanto al tema. Considero dos de los errores más grandes son enseñar demasiado en cuanto a esto y hacerla en el momento menos propicio. Estoy firmemente convencido en cuanto a los siguientes principios.

El concepto de que nuestros jóvenes necesitan que se les enseñe con lujo de detalles en cuanto a todos los hechos concretos relacionados con los procesos físicos que forman parte de la reproducción, y el hacerla a temprana edad, no tiene sentido alguno. El enseñar demasiado no supone para nada una protección. Aquellas cosas que ellos deben saber en cuanto a este asunto deben enseñarse dentro de un marco de reverencia y modestia.

Los padres tienen la responsabilidad

La responsabilidad y el derecho de enseñar este proceso tan sagrado descansa sobre los hombros de los padres en el hogar. No creo que sean las escuelas públicas ni las organizaciones de la Iglesia las que tengan este deber. La contribución que la Iglesia hace en este sentido es enseñar a los padres las normas de moralidad que el Señor ha revelado y ayudarles en su responsabilidad de inculcarlas a sus hijos.

Siendo que hay muchos padres que no aceptan esta responsabilidad, la Iglesia le da cierta consideración. Cuando esta iniciativa en verdad se puede justificar, el tema debe siempre ser tratado dentro de la más absoluta reverencia.

Al tratarlo, no veo la necesidad de emplear terminología técnica. Tampoco veo la necesidad de usar los nombres explícitos de los órganos del cuerpo, ni de los procesos mediante los cuales se conciben cuerpos para que sirvan de tabernáculos de los espíritus. El único procedimiento eclesiástico que justificaría cierto análisis franco en este sentido podría ser el de una entrevista para ser avanzado en el sacerdocio, para ser llamado a un cargo de cierta responsabilidad, para recibir la recomendación para el templo, o durante una situación en la que el miembro confiese una transgresión.

Hay veces en que tratar el asunto a fondo puede resultar necesario. Este medio de enseñanza, y eso es lo que las entrevistas deben ser, también tiene que llevarse a cabo en medio de la modestia, debiendo tratarse el asunto con reverencia, sabiduría y moderación.

Sé de unos cuantos casos; en que jóvenes de ambos sexos se han visto inclinados a experimentar con prácticas promiscuas a causa de la forma en que se desarrolló la conversación en una entrevista con el obispo.

Aquellos que enseñan, y me refiero a los líderes, maestros y padres, deben tener presente este mensaje. Imagínense un matrimonio que tiene que salir de la casa por cierto período de tiempo. En el momento de hacerlo hablan con sus hijos, quienes van a quedar solos y les dicen: "Niños, pórtense bien. Hagan lo que quieran mientras no estamos pero no lleven un taburete a la despensa para subirse en el cuarto estante y después mover la caja de galletas para tomar el recipiente de granos de maíz, y tomar uno y ponérselo en la nariz. ¿Entendido?"

Hay personas que actúan con idéntica insensatez. Lo chistoso de la ilustración se vuelve patético cuando pensamos en lo primero que sucede cuando los padres salen de la casa. Confío en que todos nosotros podamos aplicar un poco más de sabiduría. Los jóvenes deben saber desde temprana edad que la castidad es algo sagrado.

Durante las sesiones de verano que mencioné antes, compilé algunas ideas en cuanto a cómo quisiera que otras personas ajenas a nuestro hogar enseñaran a mis hijos este tema. Después, por un período de casi quince años, elaboré en cuanto a este asunto hasta que me sentí con la debida confianza de dar un sermón en una conferencia general bajo el título de: "Por qué conservarnos moralmente limpios".

Tal vez no se den cuenta cuando lo lean por primera vez de que no se encontrarán con cierta palabra de cuatro letras que generalmente se incluye en el título de este tipo de educación.

La reacción positiva de parte de jóvenes ha sido considerable y por ello estoy continuamente agradecido. Sus reacciones por lo general expresan agradecimiento por la declaración de que el poder de crear es sagrado y es bueno. También parecen apreciar la indicación tan positiva de cuándo y cómo y con qué propósito deben ellos emplear ese poder en esta vida mortal.

Para mí la evidencia segura de que se prefiere este tipo de enfoque se manifiesta en la ya mencionada reacción de jóvenes de casi todas las partes del mundo, puesto que el folleto que lleva por título "Por qué conservarnos moralmente limpios" ha sido traducido a muchos idiomas.

Si usted es maestro y si es padre, le insto a que enfoque la enseñanza de este tema con reverencia, con humildad, con modestia y con moderación. Que el Señor le bendiga al así hacerlo.

Por qué conservarnos moralmente limpios

Indudablemente todos nosotros hemos estado conscientes del hecho de que esta mañana nos ha acompañado un espíritu muy potente en esta sesión. Pocas han sido las veces, supongo, que he deseado tanto tener el poder sostenedor del Espíritu al hablar de un tema tan delicado y difícil.

Hay muchos jóvenes en nuestra congregación este día. Es a ellos, particularmente a los adolescentes, a quienes voy a dirigirme. El tema debería ser de profundo interés para vosotros: ¿Por qué conservarnos moralmente limpios?

Emprendo el tema con la más profunda reverencia. Esto podrá causar sorpresa a algunos, porque es un tema del cual más se habla, más se canta y más bromas y chistes se improvisan. Casi siempre se habla inmodestamente al respecto.

Es mi propósito apoyar la modestia, no ofenderla, al aventurarme a tratar este tema tan delicado.

Jóvenes, mi mensaje es de una importancia sumamente profunda para vosotros. Se relaciona con vuestra felicidad futura. Algunas de las cosas que yo diga quizás sean nuevas para vosotros que no habéis leído las Escrituras.

En el principio, antes de vuestro nacimiento en la carne, vivisteis con vuestro Padre Celestial. El es real y efectivamente vive. Hay quienes viven sobre la tierra que dan testimonio de su existencia. Hemos escuchado a sus siervos testificarlo en esta sesión. El vive. Y yo doy testimonio de ello.

A la escuela

El os conoció allá. A causa de su amor por vosotros, sentía anhelo por vuestra felicidad y crecimiento eternos. El quería que pudieseis escoger libremente y crecer mediante el poder de una elección correcta, a fin de que pudieseis llegar a ser lo más semejantes a El. Para realizar esto fue necesario que nos alejáramos de Su presencia; algo así como salir de casa para ir a estudiar en algún colegio. Fue presentado un plan, y cada uno convino en alejarse de la presencia de nuestro Padre Celestial para probar la vida en el estado terrenal.

Dos cosas muy importantes nos esperaban al llegar a este mundo. La primera, íbamos a recibir un cuerpo terrenal, creado a la imagen de Dios. Por medio de este cuerpo, y mediante el dominio correcto del mismo, podríamos lograr la vida eterna y la felicidad; la segunda, seríamos probados y acrisolados de tal manera que pudiéramos crecer en fuerza y en poder espiritual.

Ahora bien, el primero de estos propósitos es maravillosamente importante, porque este cuerpo que nos ha sido dado resucitará y nos será útil por las eternidades.

De acuerdo con el plan aceptado, Adán y Eva fueron enviados a la tierra para ser nuestros primeros padres. Iban a poder preparar cuerpos físicos para los primeros espíritus que llegarían a esta vida.

Un poder sagrado

Se puso en nuestros cuerpos, y esto es cosa sagrada, el poder de crear. Una luz, por decir así, que tiene el poder de encender otras luces. Es un don que debe usarse únicamente dentro de los vínculos sagrados del matrimonio. Mediante el ejercicio de este poder para crear, puede ser concebido un cuerpo terrenal, entrar en él un espíritu y nacer un alma nueva en esta vida.

Este poder es bueno. Puede crear y sostener la vida familiar, y es precisamente en la vida familiar donde encontramos las fuentes de la felicidad. Es dado virtualmente a todo individuo que nace en el estado terrenal. Es un poder sagrado y significativo, y vuelvo a repetir, mis jóvenes amigos, que este poder es bueno.

Igual que todo otro hijo e hija de Adán y Eva, vosotros que estáis en la adolescencia tenéis este poder dentro de vosotros.

El poder de creación, o podríamos decir procreación, no es solamente una parte accidental del plan, sino que es parte esencial del mismo. Sin él, dicho plan no podría realizarse. El uso impropio de este poder puede echarlo por tierra.

Mucha de la felicidad que vendrá a vosotros en esta vida dependerá de la manera en que utilicéis este sagrado poder de la creación. El hecho de que vosotros, varones jóvenes, podáis llegar a ser padres y vosotras, hermanitas jóvenes, podáis llegar a ser madres, es de la mayor importancia para vosotros.

Al grado que este poder se vaya desarrollando dentro de vosotros, os impulsará a buscar un compañero y os facultará para amarlo y retenerlo.

Vuelvo a repetir, este poder para participar en la creación de la vida es sagrado. Algún día vosotros podréis tener una familia propia. Mediante el ejercicio de este poder podréis invitar a niños para que vivan con vosotros, vuestros propios niñitos y niñitas, en cierto respecto creados a vuestra propia imagen. Podréis establecer un hogar, un dominio de poder, influencia y oportunidad. Esto trae consigo graves responsabilidades.

Este poder creador viene acompañado de fuertes deseos e impulsos. Ya los habéis sentido en el cambio de vuestra actitud y vuestros intereses.

Al llegar a la adolescencia, casi repentinamente, un joven o señorita se convierte en algo nuevo y sumamente interesante. Notaréis el cambio en la forma y aspecto de vuestro propio cuerpo, así como en otros. Comenzaréis a oír los primeros susurros del deseo físico.

Fue necesario que este poder de creación tuviera por lo menos dos dimensiones: Uno, debe ser fuerte; y dos, debe ser más o menos constante.

Este poder debe ser fuerte, porque la mayor parte de los hombres, debido a su naturaleza, buscan la aventura. Si no fuera por la persuasión compulsa de estos sentimientos, los hombres se mostrarían reacios a aceptar la responsabilidad de

mantener un hogar y una familia. Este poder también debe ser constante, porque se convierte en un vínculo enlazador en la vida familiar.

Me parece que tenéis la edad suficiente para mirar lo que sucede en el reino animal que os rodea. Pronto os daréis cuenta de que donde este poder de creación es cosa pasajera, donde se expresa sólo por temporadas, no hay vida familiar.

Es por motivo de este poder que la vida continúa. Un mundo lleno de dificultades, temores y desilusiones puede ser transformado en un reino de esperanza, gozo y felicidad. Cada vez que nace un niño, el mundo en cierta manera es renovado en inocencia.

Un don de Dios

Nuevamente deseo repetir, jóvenes, que este poder que hay en vosotros es bueno. Es un don de nuestro Padre Celestial. En el recto ejercicio del mismo podemos allegarnos a El como en ninguna otra cosa. Podemos disfrutar, en manera pequeña, de mucho de lo que nuestro Padre Celestial tiene al gobernarnos a nosotros, sus hijos. No podemos imaginar una escuela o campo de prueba más importante.

¿Causa admiración pues, que el matrimonio sea tan sagrado e importante en la Iglesia? ¿Podéis comprender por qué vuestro matrimonio, que desata estos poderes de creación para que podáis usarlos, debe ser el paso más cuidadosamente proyectado, más solemnemente contemplado en vuestra vida? ¿Hemos de considerar fuera de lo común el que el Señor haya indicado que se construyan templos para el propósito de efectuar ceremonias conyugales?

El destructor

Ahora bien, hay otras cosas que quisiera deciros por vía de advertencia. En el principio hubo entre nosotros uno que se rebeló contra el plan de nuestro Padre Celestial. Juró destruir y entorpecer este plan.

Le fue vedado tener un cuerpo terrenal y se le echó fuera, restringido para siempre de establecer su propio reino. Le sobrevino un celo maléfico. El sabe que este poder de creación no es solamente una parte incidental del plan, sino una llave del mismo.

El sabe que si puede incitaros a usar este poder prematuramente, emplearlo demasiado temprano o hacer mal uso de él en forma alguna, bien podéis perder vuestras oportunidades de progreso eterno.

Estamos hablando de un ser verdadero del mundo invisible que posee gran poder, y lo empleará para persuadirnos a quebrantar las leyes que han sido establecidas para proteger los sagrados poderes de la creación.

En tiempos pasados era demasiado astuto para presentarse ante uno con una invitación franca de ser inmoral. Más bien, furtiva y calladamente tentaba a jóvenes y adultos a pensar irrespetuosamente de estos sagrados poderes de creación; a rebajar a un estado vulgar o común lo que es sagrado y bello.

En la actualidad, ha cambiado de táctica. Lo presenta sólo como un apetito que hay que satisfacer. Enseña que no hay responsabilidades consiguientes al uso de este poder. Os dirá que su único objeto es proporcionar placer.

Sus invitaciones aparecen en carteleras. Se introducen en los chistes y se incorporan en la letra de las canciones. Se presentan en la televisión y en los teatros. En la actualidad resaltan en la mayor parte de las revistas. Hay publicaciones -ya todos conocéis la palabra- pornográficas. Persuaciones descaradas e inicuas a pervertir y usar impropriamente este sagrado poder.

Estás creciendo en una sociedad donde está ante vosotros la constante invitación de jugar con estos poderes sagrados.

Deseo amonestaros y quiero que recordéis estas palabras: ¡No permitáis que persona alguna toque o palpe vuestro cuerpo, ninguna persona! Los que os dicen lo contrario os incitan a compartir su culpabilidad. Nosotros os enseñamos a guardar vuestra inocencia.

Apartaos de cualquiera que quiera persuadiros a experimentar con estos poderes que dan la vida.

¡No basta con que tal libertinaje sea ampliamente aceptado entre la sociedad en esta época!

¡No basta con que las dos partes estén dispuestas a consentir en este libertinaje!

Imaginarse que es una expresión normal de cariño no es suficiente para convertirlo en un acto correcto.

El único uso propio de este poder sagrado se encuentra dentro del convenio del matrimonio.

Jamás uséis impropriamente estos poderes sagrados.

La maldad nunca fue felicidad

Y ahora, mis jóvenes amigos, debo deciros grave y seriamente que Dios ha declarado en palabras inconfundibles que la miseria y el pesar vendrán como resultado de la violación de las leyes de castidad. "La maldad nunca fue felicidad." (Alma 41:10.)

Estas leyes fueron establecidas para guiar a todos sus hijos en cuanto al uso de este don. El no tiene que ser rencoroso o vengativo a fin de que nos sobrevenga el castigo como resultado de la violación del código moral. Las leyes son establecidas por sí mismas.

Una corona de gloria os espera si vivís dignamente. La pérdida de tal corona bien puede ser castigo suficiente. Con frecuencia, con demasiada frecuencia, somos castigados por nuestros pecados así como a causa de ellos.

Sed limpios

Estoy seguro de que entre todos aquellos que oyen mi voz hay más de un joven que ya ha caído en transgresión. Estoy seguro que algunos de vosotros jóvenes, casi

inocentes de intención alguna, pero persuadidos por las incitaciones y tentaciones, ya habéis usado imprudentemente este poder.

Sabed, pues, mis jóvenes amigos. que existe un gran poder para purificar; y sabed que podéis quedar limpios.

Si no pertenecéis a la Iglesia, el convenio del bautismo representa, entre otras cosas, un lavamiento y una purificación.

Para los que sois miembros de la Iglesia, hay una manera -no enteramente sin dolor, pero ciertamente posible. Podréis presentaros limpios y sin mancha delante de Dios. Desaparecerá la culpabilidad y podréis sentir paz. Id a vuestro obispo; él posee las llaves de este poder purificador.

Entonces algún día conoceréis la expresión completa y recta de estos poderes y la felicidad y gozo consiguientes a la vida familiar recta. En el momento oportuno, dentro de los vínculos del convenio del matrimonio, podréis entregaros a estas expresiones de amor que traen como cumplimiento la generación de la vida misma.

Algún día tendréis en vuestros brazos a un pequeñito, o una pequeñita y sabréis que los dos habréis obrado en colaboración con vuestro Padre Celestial en la creación de la vida. Por motivo de que el niño os pertenece, entonces podréis llegar a amar a otro más de lo que os amáis a vosotros mismos.

Esta experiencia se puede conocer, que yo sepa, solamente teniendo hijos propios, o tal vez criando niños nacidos a otros y que, sin embargo, forman parte del convenio familiar.

Algunos de vosotros quizás no lleguéis a conocer las bendiciones del matrimonio. No obstante, proteged estos poderes sagrados de la creación, porque hay un poder grande de compensación que bien puede aplicarse a vosotros.

Mediante este amor por otro, mayor que aquel con que os amáis a vosotros mismos, llegaréis a ser verdaderamente cristianos. Entonces conoceréis, como demasiado pocos conocen, lo que la palabra "padre" significa cuando se menciona en las Escrituras. Podréis entonces sentir algo del amor e interés que el Padre Eterno tiene por nosotros. Debe ser muy significativo el hecho de que de todos los títulos de respeto y honor que pueden atribuírsele, Dios mismo, el más alto de todos, optó por ser llamado sencillamente Padre.

Proteged y guardad vuestro don. Vuestra felicidad real y verdadera está de por medio. La vida familiar eterna, no únicamente en vuestras esperanzas y en sueños, puede ser una realidad porque vuestro Padre Celestial ha conferido este don tan selecto a todos vosotros, sí, este poder de creación. Es la llave misma de la felicidad. Conservad sagrado y puro este don. Usadlo únicamente como el Señor ha indicado.

Mis jóvenes amigos, es mucha la felicidad y gozo que pueden lograrse en esta vida. Puedo testificar de ello. Os veo en mis pensamientos con un compañero o compañera al cual amáis y el cual os ama. Os veo ante el altar contrayendo matrimonio, concertando convenios que son sagrados. Os veo en un hogar donde el amor encuentra su cumplimiento. Os veo rodeados de niños y veo que vuestro amor crece con ellos.

No puedo ponerle marco a este retrato. No podría aunque quisiera, porque no tiene límites. Vuestra felicidad no tendrá límites si obedecéis las leyes del Señor.

Ruego las bendiciones de Dios para vosotros, nuestra juventud. Nuestro Padre Celestial os cuide y os sostenga para que en la expresión de este don sagrado podáis allegaros a El. El vive; es nuestro Padre. De esto doy testimonio en el nombre de Jesucristo. Amén. (Discurso pronunciado en la Conferencia General, el 9 de abril de 1972.)

La poesía en la enseñanza

Por los detalles e ideas que se pueden cristalizar en una o dos estrofas, la poesía ocupa un lugar importante en la enseñanza, particularmente cuando se trata de impartir valores morales y espirituales. La destreza del poeta para conmovernos espiritual y emocionalmente constituye un componente sumamente importante en la educación.

La poesía es importante debido a las imágenes que emplea, ya que éstas no sólo transmiten hechos sino también sentimientos.

Me gusta mucho leer poesía y a menudo me valgo de ella en mis discursos y en mis clases. Los poetas gozan de una gran capacidad para ver el aspecto interior de las cosas y así como a todos nos gustan las historias, también la mayoría de las personas disfrutan de la poesía. Generalmente no se emplea la totalidad de un poema, sino apenas una estrofa o dos para ilustrar un concepto o para recalcarlo. Un poema en una lección es como un toque de color que sirve para iluminar un paisaje.

En nuestra familia tenemos un par de estrofas de rima que han sido muy importantes y que provienen de la generación anterior. Mi suegra, ya fallecida, abría la puerta de los dormitorios cuando mi esposa era apenas una niña y recitaba cada mañana las siguientes palabras:

El alba de un nuevo día se apresta a romper;
¿Permitarás que éste se marche, echado a perder?

- Thomas Carlyle

Uno de nuestros poemas predilectos que mi esposa ha usado por años en la Primaria se entitula "Niños de arcilla".

Pequeños niños de arcilla
moldeados con yeso eterno,
danos, oh Padre, buen juicio
en la forma que les demos.
¡Dioses aún en potencia!
La ayuda del padre implorad;
pues tal como hoy os formemos
así seréis por la eternidad.

- Autor desconocido

Puesto que estamos escribiendo sobre la enseñanza, este capítulo presenta algunos poemas sobre ese tema. No sería mala idea que cada uno fuera creando su propio archivo. Yo generalmente los clasifico de dos maneras: Bajo el tema del poema

y en un archivo simplemente titulado "Poesías". De los himnos de la Iglesia podemos extraer una maravillosa fuente de mensajes poderosos en forma de verso. La letra de algunos de nuestros himnos es estremecedora, algunas de ellas con mucha más fuerza como poesía que en forma cantada.

Un buen ejemplo de un poema que se puede emplear para enseñar un aspecto importante es "Los ciegos y el elefante" de John Godfrey Saxe. A menudo se le usa en clases de seminarios para ilustrar cómo la gente de otras iglesias pueden ser muy sinceras en sus creencias y al mismo tiempo estar tan equivocadas cuando se les compara a la Iglesia verdadera. Hace hincapié en la declaración del profeta José Smith de que el Libro de Mormón contiene la plenitud del evangelio y no únicamente el evangelio en sí. El poema, aunque quizás no sea una obra maestra de la literatura, es de igual modo útil para ayudar al maestro a inculcar ese punto tan importante a alumnos de todas las edades.

Los ciegos y el elefante

Seis hombres del oriente,
sabios, estudiosos,
a "ver" el elefante
acudieron ansiosos,
aun siendo todos ciegos,
pues eran muy curiosos.

El primero de ellos
Cayó, dándose duro
contra el macizo lado,
Y dijo a todos: "¡Juro,
que este tal elefante,
no es otra cosa que un muro!

El segundo, el colmillo
asíó y, con gran ansia,
examinó su forma
gritando con confianza:
"¡Pero, este elefante
es semejante a una lanza!"

Al llegar el tercero,
la gruesa trompa siente,
ondulante y tosca,
y exclama complaciente:
"¡Claro es que el elefante
se parece a una serpiente!"

Cuando llegó el cuarto,

deseoso de hablar pronto,
tocó la gruesa pata
y dijo, algo ronco:
"¡ Es obvio que el elefante,
es bien parecido a un tronco!"

El quinto, la oreja
palpó y serio dijo:
"aun entre los ciegos
es claro lo que digo.
Este animal es sólo
un enorme abanico,"

Apenas llegó el sexto,
sintió la moción lerda
de la cola inquieta
y exclamó sin reserva:
"¡Veo que el elefante
es tan sólo una cuerda!"

Los siguientes poemas tratan sobre alumnos o maestros o sobre la enseñanza, y sirven apenas para ilustrar el tipo de estrofas que pueden resultar útiles en la preparación de una lección.

Edificar un templo

Un arquitecto un templo diseñó
de intensa majestuosidad,
con alta columna, arco sutil
forjados a su voluntad.
Dijeron los hombres al su obra ver:
"Jamás derrumbado será.
tu destreza ha sido tal
que tu fama no perecerá."

Una maestra un templo creó
forjado con gran devoción;
columnas altas moldeadas con fe,
paciencia y mucha oración.
Su gran esfuerzo siguió sin cesar,
mas nadie lo alabó;
pues era suyo el templo aquel
que ningún hombre notó.

El templo que el arquitecto diseñó
cayó en las ruinas al fin.
Arco y columna tendidos están,
manojos de polvo y hollín.
Pero aquel templo que ella creó
por siempre jamás vivirá,
porque el templo que nadie alabó
es de un niño el alma inmortal.

- Hattie Vose Hall

The Instructor, julio de 1946

Tributo a una maestra de la Escuela Dominical

Tal vez me brindó más que ideas,
quizás su sonrisa me guió,
tal vez fue su fe tan sincera,
que del evangelio me habló.

Tal vez fue susurro a mi alma
su noble y genuina humildad,
quizás su voz tierna me hablaba
de amor por la humanidad.

Tal vez la verdad que enseñaba
fue guía de mi corazón.
¿O fueron quizás sus acciones
de todas mi mayor inspiración?

No sé con mayor certeza
qué hubo en las clases que dio,
que sigue presente en mi vida
aun cuando el tiempo pasó.

Sí sé que por ella hoy siento
que mi testimonio de ayer,
pequeño cual fue, ha crecido
hasta henchir todo mi ser.

-Mabel Jones Gabbott

A aquellos que enseñan a los niños

Se os llama a ser pastores
que a tiernos corderos vigilan,
conduciéndolos a los vergeles
más preciados que el oro de estima.

A vosotros confiamos los niños,
el tesoro más noble del cielo.
Derramad vuestro amor sobre ellos,
enseñándoles el evangelio.

¿Pedís siempre la ayuda del Padre
cuando vais a enseñar a los niños?
¿Tiene fuerza y vigor el mensaje?
¿Es constante el esfuerzo genuino?

¿Don vuestra vida y carácter dignos.
que de ejemplo puedan servirles,
de manera que siempre "Siguidme"
con confianza podáis decirles?

Al esfuerzo le sigue el premio,
recompensa de todo obrar bien.
Dad a Dios vuestras gracias y honra,
siendo fiel en el cargo que os den.

- Jayne Bradford Terry

-*The Instructor*, noviembre de 1956

El maestro

Es maravilloso que el hombre construya
con genio y materia un puente ideal,
que una el abismo de la catarata
al correr su curso a paso mortal.
Es maravilloso que el hombre escriba
o pinte en telas el cielo celeste,
y ofrezca al mundo sus obras de arte
las cuales perduran sin conocer muerte.
Más maravilloso es forjar a los seres
que habitan ciudades y puentes construyen,
que estampan con plumas y diestros pinceles.
Y aún más grandioso es moldear su alma,
cumpliendo el deber del fiel instructor
que anima y nutre el justo deseo

del adolescente en su intenso vigor.
y al lograr victoria tras ardua tarea,
tras gran sacrificio, desvelo y lucha,
qué maravilloso será el irrumpir
de todo maestro que en verdad diga:
¡Yo les enseñé cómo deben vivir?"

-Autor desconocido

* * *

Un profesor hoy en quieto descanso,
tal como Platón en tiempos antiguos,
habló como yo no le había oído
y en pocas palabras esto es lo que dijo:

Supongamos que la sabiduría
no es para el deleite sólo de una mente,
sino es tesoro valioso y seguro
para enriquecer a toda la gente.

Tal como la antorcha y lumbre carecen
de todo sentido se su luz no dan,
Las tesis y tomos ningún valor tienen
a menos que prueben su utilidad.

Con celo labramos a los estudiosos,
buscando otra perla para el caudal;
pero es preciso que quienes aprenden
descubran el uso de tanto ideal.

Y muy cierto es que todo estudio
sujeto está a uso cotidiano,
ya que la virtud, verdad y belleza
derivan su gloria del vivir diario.

-Autor desconocido

Nota del traductor: Los poemas que aparecen en este capítulo son traducción libre del inglés para los únicos efectos de esta obra.

Enseñemos con el Espíritu

Por medio de las revelaciones se nos ha instruido que si "no recibís el Espíritu, no enseñaréis." (D. y C. 42:14.) Si existe un ingrediente fundamental en la enseñanza de valores morales y espirituales o en la enseñanza del evangelio, ese ingrediente es tener el Espíritu del Señor con nosotros cuando enseñamos. Felizmente, se nos hace la promesa de que esto puede en verdad acontecer. En todas partes del mundo hay miembros en la Iglesia que cuentan con el Espíritu del Señor en su vida familiar y en sus asignaciones cuando se preparan para recibirlo y viven dignamente.

El presidente J. Reuben Clark, hijo, manifestó:

"Vosotros, maestros, tenéis una gran misión. Os encontráis en el pináculo más alto de la educación, porque ¿qué otra clase de enseñanza se compara en inmensurable valor y en alcance perdurable con la que tiene que ver con el hombre en su relación con la eternidad del ayer, con la mortalidad del hoy y con lo imperecedero del mañana? Vuestro campo de acción no está limitado al tiempo, sino que también incluye la eternidad. La bendición que ambicionáis y que, si cumplís con vuestro deber, habréis de lograr es no solamente vuestra salvación, sino la de aquellos que transitan a la sombra de vuestro templo. Cuán brillante será vuestra corona de gloria, cuando con cada alma salvada se incruste en ella una fina joya.

"Pero para obtener esta bendición y para ser así coronado, debéis, lo digo una vez más, enseñar el evangelio." ("The Charted Course of the Church in Education" pág. 9.)

Para todo miembro de la Iglesia que sea llamado a ocupar la posición de maestro, debe resultar motivo de gran consuelo saber y entender que existen bendiciones espirituales reservadas para su sostén. Debemos comenzar por el lugar donde nos encontramos en este momento como maestros. La mayoría de nosotros empezamos sin experiencia y, con excepción de un simple deseo, tenemos poco para ofrecer en el comienzo. Es reconfortante saber que existen poderes espirituales que sirven de apoyo a todo maestro. Nos referimos a los dones espirituales de los que ya hemos hablado anteriormente.

"Y además os exhorto, hermanos míos, a que no neguéis los dones de Dios, porque son muchos, y vienen del mismo Dios. Y hay diversas maneras de administrar estos dones, pero es el mismo Dios que obra todas las cosas en todo; y se dan a los hombres por las manifestaciones del Espíritu de Dios para beneficiarlos.

Porque he aquí, a uno le es dado por el Espíritu de Dios que pueda enseñar la palabra de sabiduría;

y a otro, que pueda enseñar la palabra de conocimiento por el mismo Espíritu." (Moroni 10:8-10.)

También encontramos un importante mensaje en el relato de Jacob, un profeta del Libro de Mormón que reunió al pueblo en el templo para impartirle ciertas instrucciones, en medio de las cuales dijo:

"Por tanto, yo, Jacob, les hablé estas palabras, mientras les enseñaba en el templo y entonces hace esta hermosa declaración], *habiendo primeramente obtenido mi mandato del Señor.*

"Porque yo, Jacob, y mi hermano José, habíamos sido consagrados sacerdotes y maestros de este pueblo, por mano de Nefi.

"Y magnificamos nuestro ministerio ante el Señor, tomando sobre nosotros la responsabilidad, trayendo sobre nuestra propia cabeza los pecados del pueblo si no le enseñábamos la palabra de Dios con toda diligencia; para que, trabajando con todas nuestras fuerzas, su sangre no manchara nuestros vestidos; de otro modo, su sangre caería sobre nuestros vestidos, y no seríamos hallados sin mancha en el postrer día." (Jacob 1:17-19. *Cursiva agregada.*)

Este asunto de obtener nuestro mandato del Señor constituye la preparación básica para aquel que enseña. ¿Quién estaría dispuesto a presentarse ante una clase a enseñar en cuanto a la justicia sin haber antes importunado al Señor a fin de que le acompañara con Su Espíritu en tal ocasión? Contamos en la Iglesia con reuniones de oración con el fin de solicitar la inspiración del Señor en las cosas que hayamos de predicar. Cuando tenemos Su Espíritu, de seguro que muchos aprenderán. Quisiera compartir con ustedes algo que aprendí siendo pequeño.

Cuando tenía unos seis o siete años, fui con mi hermano a una conferencia de estaca. Hasta el día de hoy puedo entrar en ese viejo edificio en la ciudad de Brigham en el norte de Utah, ir hasta el fondo de la capilla y decir: "Estaba sentado aquí mismo cuando sucedió."

¿Qué fue lo que sucedió? Había un hombre hablando desde el pulpito —el élder George Albert Smith. En aquel entonces era miembro del Consejo de los Doce. No recuerdo qué fue lo que dijo, si es que hablaba de la Palabra de Sabiduría o del arrepentimiento o del bautismo. Pero mientras lo hacía sentí dentro de mi mente de niño la fija sensación de que aquel hombre era un siervo del Señor. Jamás perdí ese testimonio ni ese sentimiento. Supe sin dudas que era un Apóstol del Señor Jesucristo.

Un testimonio puro

Existe una gran responsabilidad en dar un testimonio puro. A veces pienso que se ve muy poco de esto en la Iglesia. En el campo misional tuve una experiencia que me sirvió para aprender mucho en cuanto al testimonio. A pesar de que todo parecía estar bajo control no progresábamos como debíamos. No se trataba precisamente de algo que estábamos haciendo cuando en realidad no debíamos hacerlo, sino de algo que debíamos hacer y no estábamos haciendo.

Llevamos a cabo una serie de conferencias de zona para incrementar la espiritualidad en la misión. En vez de programar instrucciones sobre la mecánica de la obra misional, decidimos celebrar reuniones de testimonios. En la última conferencia, en el testimonio de uno de los humildes elderez, encontré la solución al problema. Hubo algo diferente en cuanto a la declaración de aquel atemorizado y nuevecito misionero. No estuvo de pie por más de un minuto, pero pese a ello, por medio de su expresión comprendí qué era lo que faltaba.

Los testimonios que escuchamos de todos los demás misioneros se ajustaron, más o menos, a las siguientes palabras: "Estoy agradecido por estar en el campo misional. He aprendido muchas cosas. Tengo un buen compañero. He aprendido mucho de él. Estoy agradecido por mis padres. Con mi compañero tuvimos una experiencia interesante la semana pasada. Estábamos folleteando y ..."Entonces el

misionero relataba la experiencia y después decía algo más o menos así: "Estoy agradecido por estar en el campo misional. Tengo un testimonio del evangelio," y terminaba diciendo "en el nombre de Jesucristo. Amén."

Pero el testimonio del misionero que mencioné fue diferente. Sin el más mínimo interés de tomar mucho tiempo dijo simple y rápidamente con voz temblorosa: "Sé que Dios vive. Sé que Jesús es el Cristo. Sé que tenemos un profeta de Dios guiando esta Iglesia. En el nombre de Jesucristo. Amén."

Ese fue un testimonio. No fue simplemente una experiencia ni una manifestación de agradecimiento, sino que se trató de una declaración y de una testificación.

La mayoría de los misioneros habían dicho que tenían un testimonio pero no lo habían declarado. Este otro joven elder lo había declarado en pocas palabras, en forma directa y elemental, pero al mismo tiempo poderosa.

Fue entonces que comprendí lo que estaba funcionando mal en la misión. Nos estábamos limitando a relatar experiencias, a expresar agradecimiento, a reconocer que teníamos un testimonio, mas no estábamos testificando.

Todo maestro debe tener presente la tremenda fuerza que se encuentra en dar un testimonio. Resulta apropiado que en toda clase que enseñe, el maestro dé su testimonio, no siempre en la forma tradicional de una reunión de testimonios, sino en una manera sencilla que haga saber a las claras que las cosas que está enseñando en la lección son verdaderas.

Por ejemplo, un maestro que está dando una lección en cuanto a la Palabra de Sabiduría puede sencillamente decir: "Deseo que los miembros de esta clase sepan que la Palabra de Sabiduría es una revelación dada por Dios. Yo tengo un testimonio de ello. Sé que si vivimos este principio, recibiremos las bendiciones que se relacionan con él." Una declaración simple y afirmativa constituye un testimonio. El únicamente decir "Yo tengo un testimonio del evangelio" no es lo suficientemente poderoso.

El don de enseñar

En más de una ocasión escuché a William E. Berrett, uno de los más extraordinarios educadores que he conocido en mi vida, rendir homenaje a un maestro que había tenido de niño cuando vivía en una zona rural al sur de Salt Lake City. Relató una experiencia en la que un caballero ya mayor había sido asignado para enseñar una clase de jovencitos. El nuevo maestro era un converso europeo que no solamente hablaba con un marcado acento, sino que tenía dificultad para expresarse. El presidente Berrett decía que se trataba de "un hombre poco letrado, con escasa educación formal, quien tenía enorme dificultad para hablar en inglés. Mas siempre le estaré agradecido. Lo que le faltaba en expresión, le sobraba en espíritu. Podíamos calentar nuestras manos arrimándolas al fuego de su fe." No creo que se pueda rendir mayor tributo que ése a un maestro en la Iglesia.

Bien vale la pena buscar el don de enseñar con el Espíritu mediante la oración. Un maestro puede ser inepto, incapaz y hasta torpe, pero si el Espíritu es poderoso, podrán enseñarse mensajes de importancia eterna.

Todos podemos llegar a ser maestros, muy buenos de hecho, pero no podremos enseñar valores morales y espirituales contando únicamente con un enfoque académico; debemos tener el Espíritu para así hacerlo.

Cuando enseñamos tocante a las cosas espirituales, hay innumerables incidentes en la vida de otras personas y en la nuestra propia que contribuyen a fomentar la fe y que podemos exponer por medio de nuestro testimonio. Existen relatos de acontecimientos milagrosos en la vida de miembros de la Iglesia tanto del pasado como de la actualidad.

El séptimo Artículo de Fe expresa: "Creemos en el don de lenguas, profecía, revelación, visiones, sanidades, interpretación de lenguas, etc." Entre los Santos de los Últimos Días, existen muchas experiencias inspiradoras que están relacionadas con la manifestación de estos dones.

No obstante, el maestro debe ser muy prudente en el uso de experiencias de este tipo. Primeramente, debe *saber* a ciencia cierta que son verídicas. Hay muchas historias que se comparten y que no son ciertas. De vez en cuando parece brotar una epidemia de relatos de visiones y experiencias de diversa índole que no son otra cosa más que ficción.

Demasiado sagrado como para repetir

El maestro también debe tener cuidado en cómo comparte sus propias experiencias espirituales. He llegado a la conclusión de que las experiencias espiritualmente profundas son para la edificación y el provecho propio y no deben emplearse en forma descuidada como tema de conversación. Escuché en una oportunidad a un miembro de la Primera Presidencia decir: "No siempre digo todo lo que sé. No he compartido con mi propia esposa todo lo que sé. He llegado a la conclusión de que si digo todo lo que sé y explico cada experiencia que he tenido, el Señor dejará de confiarme cosas."

También hay un versículo de las Escrituras que dice: "No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen." (Mateo 7:6.) Las experiencias sagradas personales deben ser compartidas solamente en circunstancias sumamente especiales.

Hace unos cuantos años me tracé una regla en cuanto a este asunto. Cuando alguien comparte conmigo una experiencia sagrada, ya sea en forma personal o de grupo selecto, tengo como norma fija el no repetirla en ningún lugar ni bajo circunstancia alguna. La acepto como algo que se me dijo en forma confidencial y, por consiguiente, no la comento con nadie. Si, por el contrario, escucho a esa persona en otra ocasión futura referirse a aquella confidencia ante una congregación o por lo menos ante varias personas, entonces no vacilaré más adelante y bajo las debidas circunstancias en mencionar el tema. Conozco muchas cosas importantes y sagradas que me han sido contadas que no trataré, a menos que encajen dentro de la norma de conducta que me he trazado y de la cual hice referencia. Sé que muchas otras Autoridades Generales comparten esta misma idea.

En una oportunidad, en un viaje a Sudamérica, viví una experiencia espiritual muy especial, la cual compartí a mi regreso con el presidente Kimball. Más adelante, cuando presidía la Misión de Nueva Inglaterra, recibí una carta de él en la que me

preguntaba si podía hacer referencia a ese incidente en un discurso que daría en una conferencia general, siendo que ilustraba perfectamente un punto en particular dentro del tema que expondría en su discurso. Adjuntaba a su carta una copia del texto de aquella experiencia mía, conforme él la había registrado en su diario. Lo había hecho, tal vez, aquella misma noche o uno o dos días después, pero con la más absoluta exactitud, tal como yo se lo había contado.

Siendo que él lo mencionó en una conferencia general, ¡o incluiré en este relato, como simple ilustración del tipo de experiencia que estamos analizando en este capítulo. El aspecto más importante que debemos recordar es que él no la hubiera mencionado sin permiso, puesto que se trataba de una experiencia espiritual. Su proceder da muestras tanto de sabiduría como de cortesía.

Un espíritu familiar

"Para terminar, quisiera rehilarles una experiencia que vivió mi amigo y hermano, Boyd K. Packer, en el Perú. Tuvo lugar en la reunión sacramental de una rama. La capilla estaba llena; habían terminado los ejercicios de apertura y se estaban dando los últimos detalles a la preparación de la Santa Cena. En ese preciso momento entró de la calle un indiecito. Sus dos camisas apenas si hacían una de tan deshechas que estaban. Todo parecía indicar que nunca se las había quitado desde el primer momento que se las dieron. Sus pequeños pies estaban agrietados y llenos de callos y así y todo le sirvieron para caminar hasta la mesa de la Santa Cena a lo largo del pasillo. Todo él era un lúgubre testimonio de privación, de ansiedad y de hambre insatisfecha, tanto de orden físico como espiritual. Casi inadvertidamente llegó hasta la mesa del Sacramento, ante la cual se inclinó y tiernamente se frotó la cara sin lavar contra el fresco y suave mantel blanco.

"Una hermana que estaba sentada en la primera fila, aparentemente escandalizada por la osadía del jovencito, captó su mirada y con un gesto bien directo y seño fruncido le indicó que por el mismo pasillo que había entrado volviera inmediatamente a su mundo, la calle.

"Poco después, aparentemente compelido por voces interiores, se sobrepuso a su timidez, y en forma cuidadosa transitó por el pasillo, con temor, presto para escapar si fuera necesario, mas como si estuviera siendo dirigido por voces inaudibles, por un 'espíritu familiar' y como si recuerdos de otrora revivieran y fuerzas intangibles se nuclearan en él, forzándole a buscar algo que había estado anhelando pero que no podía identificar.

"Desde su asiento en el estrado, el élder Packer captó su mirada, e hizo un ademán y le extendió sus brazos llamándolo a su lado. Hubo un breve lapso de vacilación, y después el jovencito harapiento fue acogido en tiernos brazos y en una cómoda falda, y su cabeza se recostó contra un cálido corazón —un corazón sensible a las penurias, especialmente a aquellas de los indiecitos. Daba la impresión de que el pequeño había encontrado puerto seguro en el tormentoso mar, así de complacido se le veía. Afuera estaba el mundo despiado, cruel y frustrante. Mas alrededor de él no había, en ese momento, otra cosa que paz, seguridad y aceptación.

"Poco tiempo después el élder Packer se sentó en mi oficina y en términos tiernos y voz calma, me relató este incidente. Al inclinarse hacia adelante en su silla, sus ojos brillaban al momento que, con marcada emoción en la voz, me decía: 'A

medida que el indiecito se acomodaba en mis brazos, era como si no fuera únicamente uno sólo a quien cobijaba, sino a toda una nación, de hecho, a una multitud de naciones de almas privadas y hambrientas a la espera de algo cálido y profundo que no sabían cómo describir —un pueblo humilde deseoso de revivir recuerdos que no se han borrado— de antepasados que de pie y con los ojos y la boca abiertos de par en par, esperaban con ansiedad, mirando hacia arriba al momento que veían descender a un Ser santo y glorificado proveniente de las moradas celestiales y escuchaban una voz decir: "He aquí, soy Jesucristo, el Hijo de Dios. Yo creé los cielos y la tierra, y todas las cosas que en ellos hay ...y en mí ha glorificado el Padre su nombre ...Soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin." (3 Nefi 9:15, 18.)" (Spencer W. Kimball, discurso dado en la conferencia general, el 2 de octubre de 1965.)

Aun cuando han transcurrido varios años, cada vez que leo este relato me invade una profunda emoción.

En varias ocasiones el presidente Kimball me ha dicho que se trata de una experiencia importante. La última vez que hablamos sobre ella fue mientras juntos viajábamos en avión. Trajo el tema una vez más a colación y me dijo que se trataba de una experiencia sumamente singular.

Declaremos la verdad

Una de las cosas contra las que se tienen que cuidar los educadores profesionales es la tendencia a ser excépticos o excesivamente cautos cuando declaran la verdad. Varias son las influencias que en la educación moderna han contribuido a la falta de certeza, de firmeza y por último a la debilidad en la enseñanza. Cuando estaba preparando la tesis para recibir mi maestría en la universidad, una de las personas que me dirigía en el proyecto se tomó la molestia de orientarme en cuanto a la forma en que debía redactarla.

"Asegúrate de no ser positivo en cuanto a nada", me dijo. "Resultaría arrogante de tu parte el suponer que has descubierto algo que hasta el momento se desconoce. Así que busca la forma de que tus averiguaciones estén redactadas en forma indefinida. Emplea expresiones tales como 'Parece ser que', o 'Resulta posible suponer que'."

Entonces me aseguró: "Cuando tengas que defender tu tesis, y alguien cuestione alguna de tus conclusiones, puedes ponerte a salvo a ti y a tu presentación diciendo, 'Bueno, *yo supuse* que sería de este modo', o '*Saqué* la conclusión de que así era'. De este modo estarás a salvo."

Gran parte de la educación está severamente influenciada por la filosofía del pragmatismo, la cual refuta la existencia de verdad absoluta alguna y deja tanto al maestro como al alumno pendiendo de continuas inconclusiones e indecisiones. Cuán alentador es tener un maestro que está respaldado por el valor de sus convicciones que puede diferenciar entre lo correcto y lo incorrecto y que está dispuesto a declararlo. Para mí una de las más grandes y poderosas características del Libro de Mormón es la declaración tan firme e inequívoca que se hace de él. José Smith no mal entendió su llamamiento ni vaciló en declararlo.

El Profeta se catalogó a sí mismo competente para enseñar la verdad. En una ocasión Josiah Quincy, quien había estado hablando con él y había dedicado bastante

tiempo a analizar las actividades del Profeta, le dijo: "General, pienso que la autoridad que usted tiene es demasiada para un solo hombre." La respuesta de José fue: "En sus manos o en las manos de cualquier otra persona, tanta autoridad, sin duda, sería peligrosa. Soy el único hombre en el mundo en manos de quien esa autoridad está a salvo. Recuerde, soy un profeta."

No hay mucha cautela en su declaración, ¿no es así? Y además agregó: "¿Cuándo enseñé algo equivocado desde este pulpito? ¿Cuándo fui confundido? Jamás les he dicho que fuera yo perfecto, pero por cierto que no hay el más mínimo error en las revelaciones que he enseñado."

El Libro de Mormón constituye un ejemplo clásico de este tipo de declaraciones firmes. He tomado el tiempo de extraer del Libro de Mormón los diferentes usos del verbo *saber*, y también sinónimos como *conocimiento*, etc. Es interesante notar que la frase "Yo sé" aparece en el libro no menos de 100 veces, en casi todos los casos a modo de testimonio, a la manera que los profetas declaran un conocimiento del evangelio de Jesucristo. Compare ese estilo con el que se emplea en la actualidad. A un estudiante universitario avanzado, por ejemplo, se le insta a adornar cuidadosamente sus descubrimientos, y probablemente con toda razón, a menos que esté investido de un cierto grado de autoridad.

¿No es acaso extraordinario que haya versículos en el Libro de Mormón que insten a la persona que los lee a averiguar de Dios mismo si lo que está leyendo es verdadero o no? Afirman que Dios mismo nos hará saber que José Smith fue un profeta. He aquí algunos ejemplos de ello:

Por tanto, si después de haber hablado yo estas palabras, no podéis entenderlas, será porque no pedís ni tocáis; así que no sois llevados a la luz, sino que debéis permanecer en las tinieblas. Porque he aquí, os digo otra vez, que si entráis por la senda y recibís al Espíritu Santo, él os mostrará todas las cosas que debéis hacer. (2 Nefi 32:4-5.)

Y si no son las palabras de Cristo, juzgad; porque en el postrer día Cristo os manifestará con poder y gran gloria que son sus palabras; y ante su tribunal nos veremos cara a cara, vosotros y yo, y sabréis que él me ha mandado escribir estas cosas, a pesar de mi debilidad. (2 Nefi 33:11.)

Y cuando recibáis estas cosas, quisiera exhortaros a que preguntéis a Dios el Eterno Padre, en el nombre de Cristo, si no son verdaderas estas cosas; y si pedís con un corazón sincero, con verdadera intención, teniendo fe en Cristo, él os manifestará la verdad de ellas por el poder del Espíritu Santo. (Moroni 10:4.)

El Señor mismo se ha comprometido a verificar si José Smith era en verdad un profeta o un impostor. Queda en uno aceptar el desafío y ver.

Fuera de contexto

Quisiera compartir con ustedes una lección fundamental que aprendí hace algunos años. Casi al terminar los requisitos para recibir mi doctorado, me matriculé en una clase de filosofía educacional con otros tres estudiantes. Dos de nosotros estábamos completando los requisitos para nuestro doctorado, mientras que los otros dos estaban apenas comenzando. En una oportunidad surgió una discrepancia entre el otro estudiante que estaba a punto de recibir su doctorado y yo. Tenía que ver con el hecho

de que si al hombre se le dejaba librado totalmente a su propio destino. ¿Es el hombre autosuficiente o existen otras fuentes externas de inteligencia a las que puede apelar?

El profesor de esa materia era el Dr. Henry Aldous Dixon, quien había sido Presidente del Colegio Universitario Weber y también de la Universidad del Estado de Utah, además de haber sido miembro del Congreso Nacional de los Estados Unidos. Estaba enseñando esa clase simplemente porque le encantaba enseñar, y lo hacía maravillosamente bien. Actuó como interlocutor en nuestra discusión sin tomar partes.

Cuando el debate llegó a un punto intenso, los otros dos estudiantes tomaron bandos, uno de cada lado. Así estábamos, pues, dos debatientes, cada uno con su "segundo". El tema comenzó a tratarse en forma bien profunda y cada día salía de clase sintiéndome más fracasado que el anterior. ¿Por qué tenía que incumbirme eso? Me incumbía porque yo estaba en lo cierto y él no, y yo lo sabía y pensaba que él también lo sabía, mas pese a ello, me superaba en toda discusión.

Cada día me sentía más incapaz, más tonto y hasta más inclinado a abandonar la discusión. Pasé largas horas en la biblioteca buscando referencias y estudiando por lo menos con tanto ahínco como mi contrincante. No obstante, en cada uno de nuestros debates la distancia que él me llevaba parecía aumentar más.

Por fin, un día, tuvo lugar una de las experiencias más importantes de toda mi educación. Al salir de clase, su "segundo" comentó:

—Estás perdiendo, ¿no te parece?

Ya no me quedaba suficiente orgullo como para rebatir aquello que era obvio.

—Sí, estoy perdiendo.

—¿Quieres que te diga lo que sucede contigo? —me preguntó. Interesado le respondí:

—Sí, quisiera que me dijeras.

—El problema contigo — me dijo—, es que estás luchando con elementos que están fuera de contexto.

Le pregunté qué me quería decir con eso. En realidad no lo sabía y él no me lo explicó. Simplemente dijo:

—Estás luchando con elementos fuera de contexto.

Esa noche no pude pensar en otra cosa que en su comentario. No se trataba de la nota o el grado que pudiera obtener del profesor, sino de algo mucho más importante que eso. Estaba siendo derrotado y humillado en mis esfuerzos por defender un principio que era verdadero. Su declaración retumbaba en mi mente hasta que finalmente, en medio de mi humillación, me dirigí al Señor en oración. Y entonces supe.

Al día siguiente, cuando regresé a clase, comencé a trabajar dentro de contexto. Cuando se reinició el debate, en vez de expresarme en la jerga elaborada y rebuscada del educador, expuesta con el afán de demostrar que uno está bien familiarizado con la terminología filosófica, utilicé las palabras que el Señor utilizó al referirse a este punto. En vez de decir: "La adquisición *a priori* de inteligencia, proveniente de cierto tipo de fuente externa de instrucción," dije sencillamente, "¡Revelación de Dios!" Me refería a lo espiritual en los términos que describen lo espiritual. Súbitamente, las cartas se dieron

vuelta. Había sido rescatado de la derrota inminente y había aprendido una lección que jamás olvidaré.

Los argumentos que había estado presentando tan inútilmente por varias semanas de pronto se tornaron claros y compelentes. Abandoné el insensato proceso de andar con rodeos y de emplear jerga académica en vez de términos espirituales.

Estoy endeudado para con aquel estudiante de cuya declaración tanto aprendí. Jamás olvidaré la experiencia y quisiera instar a todos aquellos que enseñan en la Iglesia a que lo hagan como el Señor enseñó, con los elementos que El nos provee en vez de luchar con aquellos que están fuera de contexto. ¡Enseñen con el Espíritu!

Cuando el maestro está desanimado

No siempre las cosas son color de rosa para el maestro. Hay momentos de descorazonamiento; de hecho, también los hay de desconsuelo total. Pero sus errores, su depresión, su falta de ánimo y sus problemas son, por lo general, fuentes de madurez. Tarde o temprano el maestro comprende que no solamente son tolerables, sino que además son necesarios. Pues "debe haber oposición en todas las cosas", y "tras mucha tribulación llegan las bendiciones", y "a quien el Señor ama, él castiga".

¿Qué hace usted cuando está desanimado?

Un maestro puede emplear en su trabajo todos los elementos de que dispone a su alrededor y después tener un mal día o desanimarse a causa de que uno de sus alumnos no saca provecho; pero una cosa que jamás debe hacer es darse por vencido.

Es de consuelo comprender que Jesús mismo no tuvo éxito en lograr que todos aquellos con quienes entró en contacto fueran redimidos, que no todos los que le escucharon y a quienes Él enseñó reaccionaron favorablemente—aquellos que estaban allí, formando parte de la multitud y escuchando, inclusive quienes hasta quizás llegaron a tocarle. Lo importante es que el Señor *deseaba* redimirles a todos ellos.

"¡Jerusalén, Jerusalén, . . . ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mateo 23:37.)

Las buenas influencias son perdurables

La influencia del maestro puede que no resulte evidente en el salón de clase ni siquiera al salir de él; existe un lapso entre el momento en que se enseña y en el que se recogen los frutos, algo así como un período de espera. Si el maestro ha enseñado bien, al alumno ni siquiera se le pasará por alto una sola idea, por más insignificante que sea. Ningún principio, por más breve o pasajero que parezca, si es bueno, jamás se olvidará. Ninguna muestra de compasión ni de perdón ni tampoco el más mínimo reflejo de generosidad o valor o lástima, ninguna expresión de humildad, de agradecimiento o de reverencia jamás se pierde. La medida del maestro está dada en la frecuencia con que se pone en práctica tales ejemplos. Cuanto más constante sea, tanto mayor será su valor, o, hablando en términos espirituales, tanto mayor será su dignidad. Todo pensamiento sano pasa a ser parte de él, y cuando lo enseña, de alguna manera queda grabado y seguramente redundará en su propio beneficio y en el de aquellos a quienes enseña. Reconociendo esta verdad, anímese.

Fracasamos únicamente cuando nos damos por vencidos

A menudo, cuando el maestro dice: "¿Qué es lo que estoy haciendo equivocado?" la respuesta es: "Nada. Todo lo está haciendo bien. Simplemente tiene que hacerlo por más tiempo y más persistentemente. Habremos fracasado únicamente cuando nos demos por vencidos." Mi consejo a todo maestro es: Consuélese y siga haciendo lo que está haciendo.

En una ocasión, Jesús comprendió que no estaba llegando a aquellos a quienes instruía, pues declaró: "Mas ¿a qué compararé esta generación? Es semejante a los muchachos que se sientan en las plazas, y dan voces a sus compañeros, diciendo: Os tocamos flauta, y no bailasteis: os endechamos, y no lamentasteis." (Mateo 11:16-17.)

Adviértase la apercepción en la comparación que hizo de quienes le escuchaban con muchachos sentados en las plazas. En otra ocasión hizo referencia a la dureza de sus corazones (Marcos 6:52) y les amonestó por su falta de fe (Mateo 8:14).

Hubo veces en que aquellos que más allegados estaban a El eran quienes le causaban mayores problemas, En una oportunidad preguntó a Pedro: "¿También vosotros sois aún sin entendimiento?" (Mateo 16:16.) Y en otra ocasión la gente se burlaba de El. (Mateo 9:24.)

Cuando un maestro está descorazonado y piensa en sus fracasos, debe recordar que no todos los naipes están jugados todavía. Algunos de los alumnos que él piensa que no han aprendido nada tal vez sean aquellos en los que más influencia haya tenido.

Jesús sabía perfectamente bien que algunos de aquellos a quienes trataba de enseñar no creían en El, y lo declaró abiertamente: "Pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían . . ." (Juan 6:64.) Y entonces fue dicho: "Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él." (Juan 6:66.)

En este incidente encontramos una pregunta sumamente interesante formulada a los Doce que había escogido: "¿Queréis acaso iros también vosotros?" (Juan 6:67.) Fue Pedro quien respondió de una forma que habla a las claras de su maduro juicio, declarando que en ninguna otra parte podrían encontrar las palabras de vida eterna.

Disfruto al leer la súplica de Moroni al Señor a causa de su debilidad y la respuesta que recibió. Piense en cuanto a estas palabras:

"Y le dije: Señor, los gentiles se burlarán de estas cosas, debido a nuestra debilidad en escribir; porque tú, Señor, nos has hecho fuertes en palabras por la fe, pero no nos has hecho fuertes para escribir; porque concediste que todos los de este pueblo pudiesen declarar mucho, por motivo del Espíritu Santo que tú les has dado:

"y tú has hecho que no podamos escribir sino poco, a causa de la torpeza de nuestras manos. He aquí, no nos has hecho fuertes en escribir, como al hermano de Jared; porque le concediste que las cosas que él escribiera fuesen tan potentes como tú lo eres, al grado de dominar al hombre al leerlas.

"También has hecho grandes y potentes nuestras palabras, al grado de que no las podemos escribir; así que cuando escribimos. vemos nuestra debilidad, y tropezamos al colocar nuestras palabras; y temo que los gentiles se burlen de nuestras palabras.

"Y cuando hube dicho esto, el Señor me habló, diciendo: Los insensatos hacen burla, mas se lamentarán; y mi gracia es suficiente para los mansos, para que no saquen provecho de vuestra debilidad;

"y si los hombres vienen a mí, les mostraré su debilidad. Doy a los hombres debilidad para que sean humildes; y basta mi gracia a todos los hombres que se

humillan ante mí; porque si se humillan ante mí. y tienen fe en mí, entonces haré que las cosas débiles sean fuertes para ellos.

"He aquí, mostraré a los gentiles su debilidad, y les mostraré que la fe, la esperanza y la caridad conducen a mí, la fuente de toda justicia.

"Y yo, Moroni, habiendo oído estas palabras, me consolé, y dije: ¡Oh Señor, hágase tu justa voluntad!, porque sé que obras con los hijos de los hombres según su fe." (Eter 12:23-29.)

Se cuenta que en una oportunidad alguien detuvo al élder J. Goldeu Kimball en la calle. Se había registrado en la familia del élder Kimball cierto incidente lamentable que había llegado a oído de muchas personas, y quienquiera que fuera el que lo detuvo, sin duda con el único afán de perturbarlo, le dijo: "Hermano Kimball, entiendo que está experimentando algunos problemas con uno de sus hijos." Su respuesta fue la siguiente: "Así es, y el Señor está teniendo algunos problemas con algunos de los suyos, también."

¿Qué pensaría Pedro?

A veces transcurre mucho tiempo antes de que el maestro llegue a saber a ciencia cierta si lo que enseñó fue asimilado por el alumno o no, Conocí a un maestro que enseñaba en el programa de seminarios en el este de Utah. En una de sus clases tenía a un jovencito indio. El maestro perseveró lo más que pudo con el muchacho durante todo el año escolar, pero suponía que en poco le había ayudado. De vez en cuando se molestaba, pues el joven parecía ser irrespetuoso y le llamaba simplemente "Pedro". Mas el maestro procuró mantenerse dentro de sus límites de conducta y se acomodó a la situación lo mejor que pudo.

Varios años después, aquel mismo alumno fue a verle. Estaba por unos días en la ciudad, gozando de licencia del servicio militar, y había decidido visitar a su ex maestro de seminarios antes de hablar con nadie más, y le relató la siguiente experiencia.

Mientras estaba en el servicio militar, se había hecho de ciertas amistades que no eran miembros de la Iglesia y que además tampoco tenían normas morales muy elevadas que digamos, Un fin de semana, habiendo recibido permiso para tomárselo libre fuera del cuartel, sus compañeros decidieron llevar a cabo ciertas actividades que desde el punto de vista moral eran desastrosas. Este joven les acompañó, careciendo de la fuerza necesaria para resistir la influencia de sus compañeros. Entonces le comentó a su maestro de seminarios que cuando estaba a punto de cometer un acto inmoral, surgió a su mente el pensamiento: "¿Qué pensaría Pedro?" Entonces dejó a sus compañeros y se fue solo.

De esa visita el maestro aprendió una gran lección. No tenía la más mínima idea de que lo que él había dicho en clase jamás hubiera penetrado y permanecido en la mente de aquel joven indio, pero algunos años más tarde, a miles de kilómetros de distancia, su influencia probó haber dejado su huella y salvó al joven de un trágico error. Hace ya muchos años tuve la oportunidad de servir como miembro del sumo consejo de una estaca en la Ciudad de Brigham, Utah, En una ocasión la presidencia de la estaca y los miembros del sumo consejo con nuestras respectivas esposas asistimos a una sesión vespertina en el Templo de Logan, Utah. Uno de los obreros del

templo estaba tomando parte en la instrucción por primera vez y cometió bastantes errores. Tenía dificultad para recordar lo que tenía que decir y se mostraba evidentemente nervioso y hasta frustrado. De tal manera se entreveró en su alocución que si se hubiera tratado de otro tipo de presentación, en otro lugar, hubiera resultado por demás humorístico. No obstante, se esforzó y fue gentilmente dirigido por los otros obreros que le acompañaban. Considerando los problemas, reinó en la sesión la mayor dignidad y reverencia posibles.

Después de la sesión, mientras estábamos todos juntos esperando a nuestras esposas, uno de los de nuestro grupo comentó en forma un tanto jocosa que por nada del mundo hubiera querido estar en los zapatos de aquel pobre obrero aquella noche. "La verdad que debe haberle resultado una pesadilla", comentó. "Fue como si hubiera sitio puesto a juicio frente a toda la congregación."

El presidente de nuestra estaca, un hombre por naturaleza calmo, dijo con toda firmeza, "Un momento, hermanos, ante todo dejemos algo bien en claro: No era ese hermano quien estaba siendo juzgado aquí esta noche, sino que éramos nosotros."

Nunca olvidaré ese comentario, pues realmente me ha servido para cambiar mi enfoque cada vez que asisto a una reunión o actuación de algún tipo y ocurre que quienes toman parte no llegan a satisfacer lo que seguramente son sus intenciones mínimas.

Es bueno que el maestro sepa, y que sus alumnos aprendan, que muchas veces cuando suponemos que ocupamos la posición de jurado en un juicio, en realidad somos nosotros quienes estamos siendo juzgados.

Tengamos cuidado en no considerarnos a nosotros ni en considerar a otros un fracaso. Cuando se abran los libros de cuentas, comprenderemos que ningún esfuerzo que se haga para enseñar en justicia será tiempo perdido, ni nada que uno haga en procura de compartir el evangelio de Jesucristo será jamás en vano.

Al maestro

Recuerdo claramente el momento en que decidí que quería ser maestro. Fue durante la Segunda Guerra Mundial, cuando estaba apostado en una pequeña isla al norte de Okinawa, Japón.

En una tarde de verano, me senté a la orilla del mar para presenciar la puesta del sol y meditar en cuanto a mis esperanzas y sueños. Recuerdo haber contemplado la luna y pensar: "Esa misma luna es la que brilla sobre mi hogar en Utah." Pensaba en lo que quería hacer de mi vida después de terminada la guerra, si era que acaso tenía la fortuna de sobreviviría. ¿Qué era lo que deseaba llegar a ser? Fue esa misma tarde que decidí que sería maestro.

Hubo varios factores que me ayudaron a tomar esa decisión. Primeramente, pensé en la declaración del profeta José Smith de que el hombre se salva en la medida en que gana conocimiento; no habría mejor manera de lograr esa salvación que enseñando. Puesto que estamos en esta vida para aprender y para servir a nuestro prójimo, y siendo que el enseñar y el aprender están tan estrechamente ligados, decidí que sería maestro. Así podría aprender y podría servir al Señor.

En el transcurso de mi meditación, llegué a la conclusión de que si me decidía por la enseñanza como carrera, jamás llegaría a ser rico; sabía que no podía lograr ambas cosas al mismo tiempo. Pese a ello, quedé muy conforme con la decisión.

Esa determinación de llegar a ser un buen maestro nunca se apartó de mí. De vez en cuando pensaba que me gustaría ser un maestro de seminarios, ya que el programa ofrecía una magnífica oportunidad de servir, y además sentía profunda admiración por aquellos grandes hombres que habían sido mis maestros de seminario. No obstante, cada vez que pensaba en ello, mi mente lo rechazaba, comprendiendo que no había cursado estudios universitarios antes de ingresar en el servicio militar y que sin duda alguna, solamente los hombres más ilustrados eran seleccionados para enseñar en dicho programa. En ese momento decidí que esa ideal estaba por encima de lo que yo podría lograr.

Pese a todo, se produjo la oportunidad de que enseñara en el programa de seminarios, y llegó de forma tal que me convenció de que se trataba de la respuesta a mis oraciones, pues en verdad deseaba servir. Es posible que algún día pueda relatar esa historia, pues es de importancia fundamental en mi testimonio.

Cuando ya había sido maestro por varios años, en una oportunidad, en un mes de septiembre, escribí lo siguiente:

"El lunes pasado, en una de las pocas oportunidades en que estoy en casa, me dirigí hasta una amplia arboleda que queda cerca de nuestro hogar. Mis hijos varones más pequeños estaban conmigo, mientras yo corlaba leña para usar en la chimenea durante el siguiente invierno. Era una hermosa y radiante mañana de septiembre. El sol se filtraba por el follaje y no podía menos que contemplar extasiado la escena que se desplegaba ante mis ojos.

"Los niños comenzaron a recoger florcitas para llevarle a su madre. De pronto, me sentí conmovido por una extraña sensación. Se trataba de una experiencia espiritual. Sentí gran reverencia por la vida y una humildad que no siempre nos acompaña en el curso de la vida.

"Era el mes de septiembre, y las clases estaban a punto de comenzar (en los Estados Unidos el año escolar empieza en septiembre). Se apoderó de mí ese sentimiento de entusiasmo tradicional de cada año cuando las clases se aproximan. Ese sentimiento me había invadido tanto en mi condición de maestro como cuando era estudiante —la agradable sensación de saber que se acercaba el momento de retornar a las aulas.

"Pronto sería maestro otra vez. Es posible que muy pocas personas lleguen a entender tal manera de sentir. Si uno es un educador profesional y no logra sentirlo, su vida carece de algo muy importante, algo que debería procurar y lograr, por más que le cueste."

El enseñar constituye una gran responsabilidad. Si uno es padre o abuelo, si es llamado a servir como oficial o como maestro en la Iglesia, o si fuera misionero, tiene la enorme responsabilidad de cumplir con su llamamiento fiel y eficazmente.

"¿Por qué no nos lo dijo el instructor?"

Hace algunos años viví una experiencia que me enseñó una lección interesante. Durante el invierno de 1943, la Segunda Guerra Mundial se desataba con plena furia. Yo me había enrolado en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos y había sido asignado a la base de Thunderbird Field, cerca de Scottsdale, Arizona. Nos estábamos entrenando en aviones de cabina abierta Stearman.

Un día, uno de los aviones se estrelló y uno de nuestros compañeros perdió la vida. Los programas de vuelo fueron inmediatamente intensificados. No había tiempo que perder en sentimentalismos.

Todos los cadetes de nuestra clase habían tenido la oportunidad de recibir entrenamiento individual y esa tarde estábamos practicando aterrizajes en una pista auxiliar. Al fin de la jornada, recibí la asignación de llevar un avión hasta el extremo opuesto del valle, hasta la base principal.

Por curiosidad, decidí volar sobre el lugar del accidente, el cual, desde el aire, se podía distinguir nítidamente. Uno podía ver el lugar preciso donde la máquina se había estrellado y explotado en llamas, produciendo un rastro bien marcado por la superficie del desierto. Satisfecha mi curiosidad, decidí regresar a la base.

Se nos habían enseñado las varias maniobras que se requieren para pilotear un avión. A fin de reducir la altura y prepararme para aterrizar, decidí entrar en semi picada. Esta, por supuesto, constituye la forma más rápida de perder altura.

Al intentar nivelar el avión (y tal vez atemorizado por la realidad del accidente), cometí la torpeza de exagerar mi maniobra de nivelar, y en vez de lograrlo, el avión se sacudió violentamente y tras un par de volteretas comencé a ir en picada nuevamente.

Jamás había sentido tanto pánico en mi vida. Comencé a accionar los controles. Realmente no sé qué fue lo que sucedió —a lo mejor dejé de accionar los controles por completo. El avión había sido usado extensamente como medio de entrenamiento, pues casi tenía la capacidad de volar por sí mismo si uno lo dejaba solo. Finalmente, a pocos metros de llegar a tierra, invirtió su dirección y comencé a ganar altura nuevamente.

Rápidamente me recuperé y por fin pude aterrizar sin problemas, con la esperanza de que nadie hubiera visto mis acrobacias.

Estoy seguro de que usted también habrá tenido alguna vez una experiencia de ese tipo, aterradorante, en la que todo parece llegar a un fin inminente. Esa noche, espantada toda posibilidad de sueño, reviví los sobresaltos y la prolongación del pánico que había experimentado en el avión. Uno de mis compañeros, miembro de la Iglesia proveniente del sur de Utah, quien dormía en la cama de abajo, se despertó debido a mi inquietud. Le conté lo que había sucedido y le pregunté: "¿En qué crees que me equivoqué?"

Me dijo que su instructor, al comenzar su capacitación, les había prevenido en cuanto a ese tipo de posibilidad, señalándoles los riesgos de entrar en una segunda picada y había llevado a cada uno de sus pupilos en el avión y les había mostrado cómo recuperarse, si alguna vez les sucedía algo así. Esa capacitación, esa advertencia, le habían hecho sentir seguro ante la posibilidad de peligro de muerte.

Al saber esto, sentí un tremendo resentimiento hacia mi instructor. ¿Por qué no nos lo había advertido a nosotros también? Un par de segundos más en esa segunda picada y ustedes no estarían leyendo este incidente relatado por mí. Su negligencia como instructor estuvo a punto de costarme la vida.

Grandes son las responsabilidades que descansan sobre aquellos de nosotros que somos líderes o maestros e instructores en la Iglesia. Existe la posibilidad de que uno de aquellos por quienes somos responsables, si no se le advierte, pueda sufrir una falla espiritual y caer en picada.

Resentí la omisión de mi instructor, pues había fallado en su deber de advertirme contra un peligro mortal. Durante los días siguientes no logré coordinar bien las maniobras, pues me encontraba tenso y atemorizado.

Tras una sesión de entrenamiento en la que no me fue muy bien, mi instructor me dijo: "¿Qué es lo que le sucede, Packer? Estuvo desastroso. ¿Por qué no se relaja un poco? ¡Siga así y va a ver cómo lo hacemos saltar del programa!" No tuve el valor de decirle cuál era el verdadero problema. Entonces agregó: "Tengo una asignación especial para usted este fin de semana. Quiero que vaya a Phoenix (la capital de Arizona) y se emborrache bien. De alguna manera tiene que relajar un poco la tensión y, quién sabe, a lo mejor sacamos un piloto de usted."

Nadie se puede imaginar cuánto deseaba lograr mis alas de plata, y precisamente por ansiarlas tanto aquella se estaba transformando en una experiencia sumamente dura. Podía casi ver cómo lo que más ambicionaba en aquel momento se me escapaba de entre las manos. Confieso que estuve a punto de caer en la tentación de seguir su consejo. Él pensó que el "alegrarme" un poco me serviría para superar la tensión y me ayudaría a recobrar la confianza que había perdido. Pero esa "alegría" es una alegría falsa. Primero sirve para levantar el ánimo, pero al poco rato lo lleva a uno hasta el fondo de la depresión.

Ese fin de semana sí fui a Phoenix, pero procuré otra clase de contentamiento. Lo encontré al reunirme con otros hermanos en el sacerdocio y con miembros de la Iglesia en un servicio de adoración. Tras encontrarlo, sentí restaurada la confianza y vino a mí una seguridad que me ha sostenido desde entonces.

Años después, siendo ya maestro, llegué a apreciar mejor la forma en que mi instructor de vuelo, con la intención de hacer un trabajo digno de encomio, pudo

haberse distraído o simplemente olvidado, o tal vez nunca llegó a comprender la importancia de aquella lección que el instructor de mi amigo había tenido la precaución de enseñarle.

Como maestros, debemos siempre estar en estado de alerta. De esa experiencia aprendí una gran lección en cuanto a la enseñanza.

Los límites que pesan sobre nosotros

El don de enseñar se debe ganar, y después se le debe alimentar si es que lo queremos conservar. Si entra en letargo por mucho tiempo, puede llegar a morir, mientras que a medida que está en funcionamiento, crece. Cuando nace un niño, se cristaliza la creación de un cuerpecito, y, a no ser por el proceso de gestación, ningún control tiene el hombre sobre el hecho de que es un ser humano. En Su sabiduría, el Señor ha privado al hombre de la capacidad de controlar el desarrollo del cuerpo humano. El molde ya está establecido. El hombre no puede transformar al hombre en ningún otro tipo de animal, ni en un árbol ni en un insecto. Conociendo la habilidad que el hombre tiene de llegar a ser inicu, el Señor le ha puesto límites en las cosas que puede hacer. Se le dan algunas libertades en lo que tiene que ver con animales y plantas. Muchas de las flores que hermocean el mundo en la actualidad jamás llegaron a existir "naturalmente". Las rosas, los gladiolos y las camelias, según sabemos, son producto del estudio y los esfuerzos del hombre. Se ha valido de pequeñas variedades silvestres y mediante la aplicación de leyes naturales, llegó a producir una flor que tiene más fragancia, que es más hermosa que ninguna otra que haya existido jamás. El aroma, la textura de sus pétalos, el tamaño y el color de la flor, son todos elementos controlados por botánicos que están familiarizados con las leyes de la naturaleza. Un experto en la materia puede mezclar colores en una flor de la misma manera que un artista lo hace en una pintura. No obstante, pesan sobre nosotros algunas limitaciones.

El hombre no puede cruzar las especies. Existen límites bien definidos. Un burro puede cruzarse con un caballo y les nacerá una mula, pero ésta será estéril y no podrá procrear. Una gallina puede cruzarse con un faisán, pero lo que nace de estos dos animales es estéril y no puede reproducir. Un león puede ser cruzado con un tigre, pero lo que les nace es estéril y tampoco puede procrear.

El hombre controla el desarrollo del carácter

Dichas limitaciones hacen que el hombre, en períodos de perversidad, no tenga la posibilidad de crear monstruosidades para su propio pasatiempo. Tales limitaciones, sin embargo, por alguna razón que desconocemos, parecen no tener efecto en lo que tiene que ver con la formación del carácter y de la naturaleza del hombre. En este sentido podemos experimentar con su desarrollo y establecer moldes de creación que en verdad pueden producir monstruosidades. Este desarrollo está bien dentro de los confines del control de la humanidad.

El maestro tiene la responsabilidad, al igual que los padres, de moldear y desarrollar el carácter y la actitud para que lleguen a ser algo hermoso y perdurable. Se trata de una gran responsabilidad. El Señor no tomará en forma liviana la manera en que nosotros aprovechamos las oportunidades.

Es bueno que los alumnos, de vez en cuando, le escuchen admitir que le encanta enseñar. Esto tiene un efecto positivo tanto en el alumno como en el maestro. Lo mismo sucede en el caso de padres e hijos. Les brinda un enorme caudal de seguridad y les dota de confianza, instándoles a preguntar para recibir respuestas. Esto es sumamente importante. Es bueno que en ocasiones se les haga saber que a uno le satisface ser padre o maestro. Después de admitir tal cosa, uno se siente en la obligación y con el deseo de hacer de lo que enseña algo que realmente valga la pena.

El maestro debe saber aceptar críticas

El maestro debe estar dispuesto a aceptar críticas constructivas. Si uno encuentra a alguien que tiene el valor de hacer esas críticas con sabiduría, será la contribución más valiosa que incorpore a su vida.

Al poco tiempo de haber regresado de mi servicio militar en la Segunda Guerra Mundial, fui invitado a hablar en una reunión sacramental en una estaca vecina a la nuestra. El patriarca de esa estaca, el hermano S. Normal Lee, era un hombre a quien conocía desde hacía muchos años. Estaba en el estrado y tras terminar la reunión me felicitó por mi discurso y me dijo: "Creo que pronunciaste mal una palabra." No me cayó muy bien pero me lo saqué de encima diciendo: "No me diga. Bueno, tendré que tener más cuidado la próxima vez."

Después del incidente me quedé pensando y cuando lo vi otra vez le agradecí, pues me había dado cuenta de que me había querido ayudar.

Al comprobar de que en realidad le estaba agradecido por su observación, tuvo la amabilidad de continuar haciéndolo desde entonces. Durante los diez años siguientes, serví como secretario auxiliar de la estaca, como miembro del sumo consejo, como maestro de seminarios, como consejal de la ciudad y hablé en muchas reuniones, tanto de la Iglesia como cívicas, en las que el hermano Lee estaba presente. Siempre tenía algún comentario que hacer después de mis discursos, por lo que siempre le estaré agradecido.

En una ocasión estaba sentado entre la congregación en la reunión de liderazgo de una conferencia de estaca. Nos visitaba un miembro del Consejo de los Doce y el presidente de la estaca me pidió que ofreciera la primera oración. La asignación me tomó tan de sorpresa que recuerdo haberme asustado. Pensé que no lo había hecho muy bien, y cuando regresaba a mi asiento, el hermano Lee, quien estaba sentado en otra fila, me tomó por el brazo y me sentó junto a él.

"Estabas nervioso, ¿no es así?" me dijo al oído. Entonces admití que sí, y él nuevamente al oído me dio un par de consejos en cuanto a cómo prepararme para ocasiones como ésta. Siempre le estaré a-gradecido por sus sugerencias y comentarios.

Cuando me llamaron como presidente de misión y tuve a mi cargo a jóvenes misioneros, utilicé el mismo procedimiento con ellos. A algunos les dije exactamente lo que pensaba hacer. Les expliqué que hay una forma en que una persona puede librarse de cualquier corrección, y es mostrando el más mínimo resentimiento la primera vez que le hacen una. Uno o dos de ellos lo mostraron, y jamás me volví a tomar la molestia de corregirlos. Otros se mostraron agradecidos por ello, e hice todo lo que estuvo de mi parte para ayudarlos a lograr sus objetivos. Esta, por cierto, es una

contribución a la Iglesia, pues tales personas se transformarán probablemente en importantes líderes.

En una oportunidad estaba entrevistando a candidatos a maestros en el programa de seminarios. Uno de ellos no reunía los requisitos necesarios ya que su capacitación en el campo de la educación había estado centrada en la enseñanza primaria. No obstante, me impresionó muy favorablemente.

Sólo había en él un aspecto que, en mi opinión, limitaría enormemente su capacidad de enseñar. A lo largo de la entrevista, me debatí entre la posibilidad de discutir o no ese punto con él. Puesto que no reunía los requisitos para ser un maestro de seminarios, pensé; "No tengo ninguna obligación de hacerle saber en cuanto a sus limitaciones. Me ahorraré la molestia de tratar ese punto tan delicado." Sin embargo me invadió el pensamiento: "Es tu hermano." Mi único interés era ayudarlo, así que finalmente me animé.

"¿Alguien le ha comentado alguna vez algo sobre sus dientes?" le pregunté. Algunos de ellos estaban tan deformados y tan torcidos que casi no podía cerrar la boca. Me explicó que hacía algún tiempo le habían tratado el problema. Le habían sacado algunos dientes y le habían asegurado que los demás se le corregirían solos; pero no resultó así.

Lamentablemente sus dientes habían sido tan saludables que no había tenido la necesidad de regresar al dentista desde aquel momento.

—¿Sabe que su problema puede ser corregido? —le pregunté. —Bueno, en realidad no lo sabía—me respondió. —Usted tiene todos los atributos de un buen maestro de enseñanza primaria, pero dudo que pase un solo día en el salón de clase sin que le pongan un apodo relacionado con el problema de sus dientes. No debería padecer eso cuando en realidad no es necesario. ¿Nadie le ha hablado de este asunto antes?

Me dijo que no y quedé sorprendido que ningún profesor jamás le hubiera aconsejado en cuanto a algo tan obvio.

Si les amamos, ayudémosles

No siempre resulta fácil aceptar la crítica, pero hay veces que es aún más difícil el originarla. Pero el maestro tiene esa responsabilidad. Si amamos a nuestros alumnos, haremos todo lo que esté de nuestra parte por ayudarles, aun cuando eso pueda poner a riesgo la relación que existe entre nosotros. Cuando somos llamados para servir como maestros, o si somos padres, tenemos esa autoridad y responsabilidad y debemos usarla adecuadamente.

"Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por la persuasión, longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia; reprendiendo en la ocasión con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo; para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que los lazos de la muerte.

“Deja también que tus entrañas se llenen de caridad para con todos los hombres, y para con los de la familia de la fe, y deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se hará fuerte en la presencia de Dios; y la doctrina del sacerdocio destilará sobre tu alma como rocío del cielo.

“El Espíritu Santo será tu compañero constante, y tu cetro, un cetro inmutable de justicia y de verdad; y tu dominio será un dominio eterno, y sin ser compelido fluirá hacia ti para siempre jamás.” (D. y C. 121:41-46.)

Ese algo

Cuando era supervisor en el programa de seminarios, se me llamaba casi todos los días para juzgar la actuación de maestros y para juzgar a hombres —no el tipo de juicio que tiene que ver con la salvación eterna, el cual está debidamente reservado a otros oficiales, sino un juicio o evaluación tocante a sus habilidades como maestros y administradores.

Hay algunas características que se conocen como esenciales en este aspecto de la enseñanza. Por ejemplo, no tiene nada que ver con la estatura física de la persona, ni con su peso, ni con el lugar donde nació ni siquiera con la institución donde obtuvo su educación. Poco tiene que ver con el color de su cabello, con su complejión o con sus talentos. Esta habilidad de enseñar y de guiar a seres humanos está, de alguna manera, relacionada con el cúmulo de todos esos otros aspectos.

En nuestro trabajo, creamos una palabra para nuestro propio uso, totalmente carente de sentido para cualquier otra persona, pero que en su definición caracterizaba ese algo que hace de uno un maestro. Generalmente resulta obvia por su ausencia, mientras que su presencia puede ser cultivada y mejorada o, por el contrario, puede hacerse a un lado y olvidarse por completo.

Resulta extraño analizar a una persona y llegar a la conclusión de que no sobresale notoriamente en ninguna característica que uno pudiera señalar, pero que cuando se combinan todas sus habilidades y características, resalta por encima de todos aquellos con quienes se asocia. ¡Tal persona es un maestro!

"Quiero que aprendan la materia"

Entre los grandes maestros que he conocido en mi vida, hubo un hombre de estatura baja, de aspecto insignificante, profesor de matemáticas en el Colegio Universitario Washington en Pullman, Washington. Fue durante la Segunda Guerra Mundial, se estableció en muchas de las universidades del país una especie de programa especial para la capacitación de aspirantes a ingresar en la Fuerza Aérea, a quienes se les daban tres meses de formación académica intensiva antes de ser transferidos a una base para recibir entrenamiento formal como pilotos.

Acababa de terminar mis estudios secundarios y me había ido muy bien en aquellas materias que me gustaban, aunque no tan bien en otras. Aunque mis calificaciones no habían sido malas, tampoco eran de lo mejor. De hecho, puede resultar estimulante para algunos estudiantes de secundaria saber que la autorización para mi graduación se demoró un par de días porque no había entregado unas tareas

en una clase de inglés. Existía la posibilidad de que no me graduara, pues necesitaba completar requisitos que no había llenado durante el año.

Las matemáticas no eran mi materia predilecta. Tanto es así que años más tarde, cuando cursé estudios para obtener mi doctorado, fue precisamente esa materia la que más dolores de cabeza me dio.

De todos modos, la Segunda Guerra Mundial se desató cuando cursaba mi último año de secundaria, y por cierto que todos los jóvenes sabían que entrarían en el servicio militar. Yo quería ser piloto. Habiendo sido un estudiante común y corriente, pensé que probablemente no podría pasar las pruebas de ingreso, pero de todos modos decidí hacer el esfuerzo junto a uno o dos jóvenes amigos de nuestra comunidad.

Nunca olvidaré la tremenda agonía que me causó ese examen, precisamente por no haber sido un estudiante muy destacado. Cuando terminamos, el sargento comenzó a revisar las pruebas. A fin de ser aprobado, uno tenía que acumular 125 puntos. Mi puntaje llegó a 124. Mi corazón casi se detuvo. Había fallado. Mas sin decir palabra comenzó a revisar la prueba nuevamente. Finalmente me miró, vio mi padecimiento y me dijo: "Algunas de las preguntas están divididas en dos partes y damos como correctas cada una de las partes si las contestó debidamente." El caso es que encontré dos de ellas y pasó la prueba con exactamente el mínimo requerido.

Recuerdo que una de las preguntas —"¿Para qué se usa el glicol etileno?"— contaba con varias opciones como respuesta. Siendo que había trabajado en el taller de mi padre, sabía que era un componente del líquido anticongelante que se utiliza en los automóviles. Había dos posibles respuestas correctas para esa pregunta, y yo había elegido una de ellas. Ese poquito de conocimiento práctico que había ganado, sin saber que me serviría para algo, fue lo que me ayudó a llegar a ser piloto en la Fuerza Aérea, o por lo menos a intentarlo.

La primera asignación fue, como ya dije antes, de cursar estudios especiales en el Colegio Universitario Washington. Allí se producía un tremendo filtro de candidatos. Se nos sometía a un intenso programa de preparación física y académica y aquellos con deficiencias —físicas, emocionales o escolásticas eran eliminados y enviados a otra de las ramas del servicio militar, generalmente a la infantería.

Se trataba de algo sumamente delicado ya que si llegábamos a ser pilotos y se nos asignaba a volar aviones grandes, tendríamos la vida de toda una tripulación en nuestras manos en todo momento que estuviéramos en los controles. A propósito se nos sometía a severa presión durante nuestro entrenamiento, además de la rígida disciplina militar existente.

Entre las clases que tuve que tomar había una que parecía una montaña gigante de esas que, al menos para mí, resultaba imposible de escalar. Se trataba, por supuesto, de matemáticas. La mayor parte de los cadetes en nuestro grupo habían asistido a la universidad por lo menos por un corto período de tiempo y también había otros que ya habían terminado sus estudios universitarios. Asistí a esa clase con grandes temores, sabiendo que seguramente, al compararme con otros cadetes, jamás podría pasarla.

Mas el profesor comenzó a enseñar más o menos de este modo: "Durante las siguientes tres semanas dedicaremos dos horas al día al estudio de las matemáticas. Iremos bastante rápido desde las computaciones básicas de la materia hasta llegar a la introducción al cálculo. Lo que haremos es un repaso de todo lo que han aprendido en

la escuela primaria y en la secundaria y les daremos una introducción a los conceptos matemáticos que generalmente se enseñan en los dos primeros años de universidad."

Para ese entonces ya me veía en mis bolas de infantería. Pero el fesor continuó diciendo: "Quisiera dejar en claro desde ya que enseñaré esta clase para aquellos que no entienden muy bien esta materia y no para quienes sí la manejan con destreza. Estoy seguro de que muchos de ustedes han tenido bastante experiencia universitaria en cuanto a ella y les resultará aburrido comenzar desde el principio. Pero repito que mi responsabilidad es enseñarles a aquellos que tienen dificultad, por lo que iremos a un paso que a tales personas les resulte cómodo. Estoy a las órdenes para responder cualquier pregunta que tengan, inclusive si es después de hora de clase. Pero recuerden que deseo que aprendan la materia." De ese modo enseñó.

Requerí ayuda especial, y él me la dio y, debido a la necesidad que tenía de sobrevivir, formulé muchas preguntas en clase que de otra forma hubieran resultado vergonzosas. Aprobé ese curso, sin duda el más difícil de todos los que tuve que tomar allí, y lo aprobé con notas bastante aceptables. Fue gracias a ese profesor que aprendí la mayoría de lo que sé en cuanto a las matemáticas.

Pero más que eso, aprendí de ese hombre una gran lección que más tarde me sirvió en mi propia función de maestro. Me causó gran satisfacción años más tarde cuando, como supervisor en el programa de seminarios de la Iglesia, fui asignado a visitar al director de institutos en el Colegio Universitario Washington. Aprovechando mi estadía allí, me puse en contacto con aquel sabio profesor de matemáticas, compartí con él lo que acabo de compartir con ustedes y le agradecí fervientemente por ser la clase de maestro que era.

"Habiendo primeramente obtenido mi mandato del Señor"

Sin duda que habrá notado cierta repetición en estos capítulos. Se preguntará, por ejemplo, por qué se emplea el mismo pasaje de escritura para ilustrar dos principios diferentes. Precisamente en eso hay un mensaje.

El capítulo "Como un guante" demuestra el uso de una lección que se enseña por medio de un objeto, y se le ubica entre los capítulos que tratan sobre las ayudas visuales, aunque bien puede usársele también como parte de los que se refieren a la apercepción.

Se dará cuenta de que los principios básicos de la enseñanza están íntimamente relacionados entre sí. Cuando alguno de ellos se pone en práctica en forma eficaz, uno termina por usar varios de ellos. Es importante saber que uno puede empezar en cualquier lugar, y al identificar y usar uno de esos principios, termina por descubrir también muchos otros.

Algo más en cuanto a la repetición. Este es un principio importante en la enseñanza. No pasemos por alto la trascendencia del hecho de que Moroni visitó a José Smith tres veces durante la noche y una cuarta vez al día siguiente para, en cada instancia, darle precisamente el mismo mensaje. Muchos maestros y la mayoría de los oradores tratan de cubrir demasiado. Saltan de un tópico al otro cuando podrían concretarse a repetir una simple idea con mejores resultados. Un buen consejo es el de decir a quienes le escuchan lo que va a tratar, pasar a decírselo y después repetirles lo que ya les había dicho. Se trata de una técnica sumamente útil.

Jamás se disculpe por repetir. En una oportunidad, alguien le preguntó al presidente Heber J. Grant, "¿Cuándo va a dejar de hablar sobre la Palabra de Sabiduría?" A lo que él contestó: "Cuando la gente comience a vivirla."

Usted ha sido diligente en llegar hasta este punto del libro y me resulta imposible terminar esta obra sin antes volver al tema que espero haya sido evidente a lo largo de todos los capítulos. El versículo que inspira el título de este libro se encuentra en Doctrina y Convenios 88:78, y dice así:

"Enseñaos diligentemente, y mi gracia os acompañará, para que seáis más perfectamente instruidos en teoría, en principio, en doctrina; en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios, que os es conveniente comprender."

Mucho hemos hablado en este libro de teoría y de principios. Hay una forma en que uno puede ser "más perfectamente instruido" en cuanto a ellos. He reservado hasta el final mis comentarios en cuanto a este asunto.

El presidente J. Reuben Clark, hijo, dio por terminado su trascendental sermón titulado: "La trayectoria de la Iglesia en la Educación", con una súplica en favor de aquellos que enseñan, y dice así:

Dios os bendiga siempre en vuestros justos fines. Ruego que ilumine vuestro entendimiento, que aumente vuestra sabiduría, que os brinde experiencias, que os bendiga con paciencia, caridad y que, como uno de vuestros mejores dones, os dote del discernimiento del espíritu para que podáis realmente reconocer al espíritu de

justicia y a su opuesto cuando los sintáis cerca de vosotros. Ruego que os brinde acceso al corazón de aquellos a quienes enseñáis, y también para que una vez que estéis allí, sepáis que estáis en un lugar santo, que no debe ser ni contaminado ni violado, ni por doctrina falsa y corrupta ni por prácticas pecaminosas. Que El bendiga vuestro conocimiento con la destreza y el poder de enseñar con justicia; que vuestra fe y vuestro testimonio crezcan, así como vuestra habilidad para anidarlos en otras personas; todo ello para que la juventud de Sión pueda recibir enseñanza, pueda crecer, animada, para que no caiga, sino que continúe su nimbo hacia la vida eterna, para que al recibir ellos estas bendiciones, también vosotros, por medio de ellos, seáis bendecidos. Y ruego todo esto en el nombre de Aquel que murió para que nosotros pudiéramos vivir, el Hijo de Dios, el Redentor del mundo, Jesucristo. Amén.

Siempre he sentido que estamos en lugares santos cuando se nos permite la entrada al corazón de aquellos a quienes enseñamos. Hay formas mediante las cuales podemos ser estimulados espiritualmente y alcanzar la medida de la oportunidad que tenemos. Una de las más importantes la encontramos en los siguientes versículos:

“Por tanto, yo, Jacob, les hablé estas palabras, mientras les enseñaba en el templo, *habiendo primeramente obtenido mi mandato del Señor.*

“Porque yo, Jacob, y mi hermano José, habíamos sido consagrados sacerdotes y maestros de este pueblo, por mano de Nefi.

“Y magnificamos nuestro ministerio ante el Señor, tomando sobre nosotros la responsabilidad, trayendo sobre nuestra propia cabeza los pecados del pueblo si no le enseñábamos la palabra de Dios con toda diligencia; para que, trabajando con todas nuestras fuerzas, su sangre no manchara nuestros vestidos; de otro modo, su sangre caería sobre nuestros vestidos, y no seríamos hallados sin mancha en el postrer día.” (Jacob 1:17-19. *Cursiva agregada.*)

Deseo recalcar la expresión "habiendo primeramente obtenido mi mandato del Señor".

Hay un gran poder rector sobre la Iglesia y el reino de Dios. Existe una notable fuente de inteligencia disponible para todos aquellos que enseñan en la Iglesia —si es que lo hacen diligentemente. Existe ese proceso sagrado por medio del cual se puede, en un instante, transmitir inteligencia pura a la mente, a fin de que el maestro sepa lo que tiene que saber en el momento preciso.

Debemos enseñar constantemente bajo la inspiración. Tenemos el derecho de así hacerlo en el hogar y en la Iglesia. Y siempre que surja la necesidad de enseñar en cualquiera de nuestras otras ocupaciones en la vida, es apropiado procurar la ayuda del Señor.

No es imperioso que un padre o un maestro lo sepa todo. Si está viviendo como debe y está preparado para recibir inspiración, de seguro la recibirá. Medite en cuanto al siguiente pasaje: "Ni os preocupéis tampoco de antemano por lo que habéis de decir; mas atesorad constantemente en vuestras mentes las palabras de vida, y se os dará en la hora precisa la porción que le será medida a cada hombre." (D. y C. 84:85. Vea también D. y C. 100:6 y Mateo 10:19.)

En una ocasión escuché al presidente Marion G. Romney decir: "Yo sé cuándo estoy hablando bajo la inspiración del Espíritu Santo, pues siempre aprendo algo de lo que yo mismo digo."

Los maestros en la Iglesia deben avanzar con confianza y valor, sabiendo que serán apoyados si en realidad han "primeramente obtenido su mandato del Señor". Para ello se requiere valor. Ha habido momentos en los que merecí y recibí reprimendas del Señor por haber carecido del valor suficiente. Compartiré con ustedes una de tales experiencias.

Poco después de haber sido llamado a servir como Ayudante del Consejo de los Doce, recibí una llamada de un amigo cercano en horas de la madrugada. El y su esposa estaban a punto de tener un nuevo hijo, y en los días previos al nacimiento, se había suscitado una complicación seria. Me pidió si podía ayudar a darle una bendición a su esposa. Según los médicos, había pocas esperanzas de que la criatura se salvara y también la vida de la madre estaba en peligro. Atendiendo el pedido de mi amigo, le di una bendición a su esposa.

Esa mañana en mi oficina pasé un día de miseria y tormento. Mientras le daba la bendición había sentido el impulso del Espíritu de prometerle que todo saldría bien, pero habían pesado más en mi mente los diagnósticos de los médicos. Del mismo modo, me preguntaba qué sucede cuando en una bendición se hacen promesas desmedidas que después no se cumplen. ¿No destruye eso, acaso, la fe? Todos estos pensamientos estaban impregnados en mi mente en el momento de dar la bendición. Las palabras que en esa ocasión pronuncié fueron expresadas en términos generales, sin guiarme por la inspiración que recibí.

Cuando llegué a mi casa esa tarde, nuevamente me llamó mi amigo, pues quería verme para hablar simplemente. Estaba sumamente preocupado por su esposa, Nos sentamos en una banca al frente de su casa a conversar. Le dije que no se preocupara, que su esposa se recuperaría y que su niño nacería sin problemas. Lo que es más, le dije que ése sería el más fácil de todos sus partos. También le dije que ésa era la bendición que había estado en mi mente esa mañana, pero que no había tenido la fe necesaria para dar.

Tras nuestra conversación, me sentí bien por primera vez en todo el día. La agonía que se había apoderado de mí durante toda la jornada había desaparecido.

A primeras horas de la mañana siguiente fui llamado para que fuera al hospital para ver a otra persona. En el pasillo me crucé con el médico de la hermana a quien le había dado la bendición el día anterior. Cuando le pregunté por su salud me respondió: "Acabamos de traerla de la sala de partos. Todo está bien. Fue el más fácil de todos sus partos."

Esa experiencia me enseñó una gran lección. Debemos ser sensibles a los susurros del Espíritu y tener el valor y la fe de actuar de acuerdo con lo que nos indica. Si no escuchamos esa voz dulce y apacible, no existirá mayor propósito en que el Señor se comunique con nosotros de esa forma.

El poder se recibe cuando el maestro ha hecho todo lo que está a su alcance para preparar, no únicamente sus lecciones, sino su vida para que ésta esté siempre en la sintonía del Espíritu. Si aprendemos a confiar en esa comunicación, podremos pararnos delante de nuestra clase, o en el caso de un padre, sentarnos ante nuestros hijos, seguros de que podremos enseñar bajo inspiración.

El Gran Maestro

Y ahora quisiera terminar esta obra en el lugar donde comencé, reconociendo y rindiendo tributo a Aquel que es el Gran Maestro. El es quien debe ser nuestro ideal. Ningún tratado sobre la educación se compara con el cuidadoso estudio de los cuatro Evangelios. Aun cuando son breves, encontramos suficiente material en sus versículos como para abrir las puertas a todos los principios esenciales de la enseñanza que son necesarios para cualquier éxito que tengamos al enseñar los valores morales y espirituales.

Cabe hacerse la pregunta, ¿Qué clase de maestro hemos de ser? Y la respuesta siempre será: "¡Aun como El es!" En mis esfuerzos por enseñar Su evangelio, he llegado a conocer mejor a El, a Jesucristo, el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre.

El relato del Nuevo Testamento es verídico. Nació de María en el meridiano de los tiempos. Vivió una vida que le acercó, aun en Su tierna infancia, a todas las cosas del mundo común y corriente que le rodeaban. El dijo y sintió y escuchó todo lo que emergía de la forma humilde de vivir de aquellos días. Aun cuando ascendería a lo alto, durante Su vida y durante Su ministerio El anduvo entre la gente. He llegado a saber que El vive y he sido llamado a dar testimonio especial de El.

Me inclino en reverencia ante El con profundo respeto por *lo que enseñó* y por *la forma en que lo enseñó*.

Enseñen ustedes diligentemente, y Su gracia *les acompañará*, para que *sean* más perfectamente instruidos en teoría, en principio, en doctrina, en la ley del evangelio, en todas las cosas que pertenecen al reino de Dios, que *les* es conveniente comprender. De esto les doy mi testimonio.

El curso trazado por la Iglesia en la educación

Por el presidente J. Reuben Clark, hijo.

Cuando yo era un niño me sentí sumamente entusiasmado con el gran debate entre aquellos dos gigantes, Webster y Hayne (este debate tuvo lugar en el Senado de los Estados Unidos [1830] y era sobre los derechos de los estados y el poder federal). La belleza de la oratoria, la sublimidad de la elevada expresión de patriotismo de Webster, el anuncio de la lucha civil que vendría por el dominio de la libertad sobre la esclavitud, todo ello me conmovía profundamente. El debate comenzó debido a una resolución respecto a los terrenos públicos. Y llevó a la consideración de grandes problemas fundamentales de la ley constitucional. Nunca he olvidado el párrafo inicial de la respuesta de Webster, mediante el cual puso en su lugar este debate que se había ya apartado tanto de su curso. El párrafo dice:

Sr. Presidente: Cuando el marinero ha sido zarandeado por muchos días por el mal tiempo y en un mar desconocido, naturalmente aprovecha la primera pausa en la tormenta, de la primera aparición del sol, para tomar su latitud y asegurarse a qué distancia de su verdadero curso lo han apartado los elementos. Imitemos esta prudencia y, antes de ir a la deriva y a mayor distancia sobre las olas de este debate, volvamos al punto del cual nos apartamos para, por lo menos, poder hacer conjeturas respecto a dónde nos encontramos ahora. Pido la lectura del acuerdo.

Ahora me apresuro a expresar la esperanza de que no penséis que yo creo que esta es una ocasión para debate, o que soy un Daniel Webster. Si fuereis a pensar esto cometeríais un grave error. Admito que soy viejo, pero no lo soy tanto. Pero Webster pareció invocar un procedimiento tan sensato para ocasiones en las que, después de errar por altamar o en el desierto, hay que hacer el esfuerzo de volver al lugar de partida, que yo pensé que vosotros me perdonaríais si mencionaba y de alguna manera usaba este mismo procedimiento para volver a declarar algunos de los principios esenciales y más sobresalientes que sirven de base a la educación en el sistema de la Iglesia.

Para mí los siguientes son algunos de los principios fundamentales:

La Iglesia es el sacerdocio de Dios, organizado; el sacerdocio puede existir sin la Iglesia pero la Iglesia no puede existir sin el sacerdocio. La misión de la Iglesia es primeramente, enseñar, animar, ayudar, y proteger a los miembros en sus esfuerzos por vivir la vida perfecta, tanto temporal como espiritualmente, tal como está establecido en el evangelio: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto", dijo el Maestro; en segundo lugar, la Iglesia debe mantener, enseñar, animar y proteger, temporal y espiritualmente, a los miembros en su esfuerzo por vivir el evangelio; en tercer lugar, la Iglesia debe proclamar la verdad, llamando a los hombres al arrepentimiento y a vivir en obediencia el evangelio, porque "toda rodilla se doblará, y toda lengua confesará" (D. y C. 88:104).

En todo esto hay para la Iglesia y para cada uno de sus miembros, dos enseñanzas que no pueden hacerse a un lado, no olvidarse, ni ocultarse, mucho menos descartarse:

Primero: Que Jesucristo es el Hijo de Dios, el Unigénito del Padre en la carne, el Creador del mundo, el Cordero de Dios, el que se sacrificó por los pecados del mundo,

el Expiador de la transgresión de Adán; que fue crucificado; que su espíritu abandonó su cuerpo; que murió; que fue puesto en la tumba; que al tercer día su espíritu se reunió con su cuerpo, el cual nuevamente volvió a vivir; el que se levantó de la tumba como un Ser resucitado, un Ser perfecto, las Primicias de la Resurrección; que posteriormente ascendió al Padre; y que por causa de su muerte y mediante y a través de su resurrección todo hombre nacido en el mundo desde el principio será igualmente resucitado literalmente. Esta doctrina es tan vieja como el mundo. Job declaró: “Y después de deshecha esta mi piel. En mi carne he de ver a Dios; Al cual veré por mí mismo, Y mis ojos lo verán, y no otro” (Job 19:26, 27).

El cuerpo resucitado es un cuerpo de carne, huesos y espíritu, y Job estaba expresando una gran verdad eterna. Estos hechos positivos y todos los demás hechos necesariamente implicados en ellos, deben ser honestamente creídos con toda fe por cada hombre de la Iglesia.

La segunda de las dos enseñanzas y en la cual debemos dar plena fe es: que el Padre y el Hijo en realidad visitaron al profeta José en una visión en el bosque; que luego ocurrieron Otras visiones celestiales para José y otras personas; que el evangelio y el Santo Sacerdocio según el Orden del Hijo de Dios en realidad fueron restaurados a la tierra de la cual se habían quitado por la apostasía de la iglesia primitiva; que el Señor de nuevo estableció su Iglesia mediante la obra de José Smith; que el Libro de Mormón es justamente lo que profesa ser; que al Profeta vinieron numerosas revelaciones para guía, edificación, organización y ánimo de la Iglesia y de sus miembros; que los sucesores del Profeta igualmente llamados de Dios, han recibido revelaciones según han sido las necesidades de la Iglesia, y que continuarán recibiendo revelaciones de acuerdo a la Iglesia y sus miembros, viviendo la verdad que ya tienen; que ésta es en verdad La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días; y que sus creencias básicas con las leyes y principios establecidos en los Artículos de Fe. Estos hechos también, y cada uno de ellos, junto con todas las cosas necesariamente implicadas en ellos o que surgen de ellos, deben permanecer inmutables, sin modificación, sin reemplazo, excusa, apología y sin ser evitados; no pueden ser explicados pero tampoco pueden ser escondidos. Sin estas dos grandes creencias la Iglesia perecería.

Cualquier individuo que no acepte la plenitud de estas doctrinas en relación a Jesús de Nazaret o en cuanto a la restauración del evangelio y del santo sacerdocio, no es un Santo de los Ultimos Días; los cientos de miles de hombres y mujeres fieles, temerosos de Dios que integran el gran cuerpo de la Iglesia, creen en estas cosas plena y completamente; y apoyan a la Iglesia y a sus instituciones por causa de esta creencia.

He señalado estos asuntos porque ellos son la latitud y la longitud de la ubicación y posición de la Iglesia, tanto en este mundo como en la eternidad. Conociendo nuestra verdadera posición, podemos cambiar nuestro rumbo si necesita ser cambiado; podemos establecer de nuevo nuestro verdadero curso; podemos sabiamente recordar las palabras que dijo Pablo:

“Mas si aun nosotros , o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gál. 1:8).

Volviendo al precedente de Webster y Hayne, esto para nosotros es nuestro acuerdo.

Debo decir algo en cuanto a la educación religiosa de la juventud de la Iglesia. Juntaré lo que tengo que decir bajo dos encabezados generales: el alumno y el

maestro. Hablaré muy francamente, pues ya hemos superado la etapa de hablar con palabras ambiguas y frases veladas. Debemos hablar con claridad porque está en juego el futuro de nuestros jóvenes, tanto aquí como en el más allá, así como también el bienestar de toda la Iglesia.

Los jóvenes de la Iglesia, vuestros alumnos, son en la gran mayoría sanos de pensamiento y espíritu. El problema principal es mantenerlos sanos, no convertirlos.

Los jóvenes de la Iglesia están hambrientos espiritualmente y ansiosos por aprender el evangelio, y lo quieren puro, sin mezcla.

Quieren saber en cuanto a los puntos fundamentales que he mencionado: en cuanto a nuestras creencias; quieren obtener testimonios de su veracidad; no son ahora jóvenes con dudas sino con interrogantes, y buscadores de la verdad. La duda no debe ser plantada en su corazón. Grande será la carga y la condenación de cualquier maestro que siembre la duda en un alma confiada.

Estos alumnos desean la fe de sus padres y quieren tenerla en toda su sencillez y pureza. Ciertamente hay pocos que no han visto las manifestaciones de su poder divino; ellos quieren no ser solamente los beneficiarios de esta fe, sino que quieren ser capaces de hacerla obrar.

Quieren creer en las ordenanzas del evangelio; quieren entenderlas tanto como les sea posible.

Están preparados para comprender la verdad que es tan antigua como el evangelio y que fue expresada así por Pablo (un maestro de la lógica y la metafísica, sin quién se le compare entre los críticos modernos que desacreditan toda religión):

“Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el Espíritu del hombre que está en él? Así también nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios.

“Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (1 Cor. 2:11-12).

“Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu” (Romanos 8:5).

“Digo, pues: Andad en el Espíritu y no satisfagáis los deseos de la carne.

“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais.

“Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley” (Gál. 5:16-18).

Nuestros jóvenes también entienden el principio declarado en la revelación moderna:

“Por lo pronto no podéis ver con vuestros ojos naturales el designio de vuestro Dios concerniente a las cosas que vendrán más adelante, y la gloria que seguirá después de mucha tribulación” (D. y C. 58:3).

“Fueron abiertos nuestros ojos e iluminados nuestros entendimientos por el poder del Espíritu, al grado de poder ver y comprender las cosas de Dios...

“Y mientras meditábamos estas cosas, el Señor tocó los ojos de nuestro entendimiento y fueron abiertos; y la gloria del Señor brillo alrededor.

“Y vimos la gloria del Hijo a la diestra del Padre, y recibimos de su plenitud;

“Y vimos a los santos ángeles, y a los que son santificados delante de su trono, adorando a Dios y al Cordero, y lo adoran para siempre jamás” (D. y C. 76:12, 19-21).

“Y ahora, después de los muchos testimonios que se han dado de él, éste es el testimonio, el último de todos, que nosotros damos de él: ¡Que vive!

“Porque lo vimos, sí, a la diestra de Dios; y oímos la voz testificar que él es el Unigénito del Padre, Que por él, por medio de él, y de él los mundos son y fueron creados, y sus habitantes son engendrados hijos e hijas para Dios.

“Y mientras nos hallábamos aún en el Espíritu, el Señor nos mandó que escribiéramos la visión...” (D. y C. 76:22-24, 28).

Estos alumnos están preparados también para entender lo que quiso decir Moisés cuando declaró:

“Pero ahora mis propios ojos han visto a Dios, pero no mis ojos naturales, sino mis ojos espirituales; porque mis ojos naturales no podrían haber visto; porque me habría desfallecido y muerto en su presencia; mas su gloria me cubrió, y vi su rostro, porque fui transfigurado delante de él” (Moisés 1:11).

Y también están preparados para creer y entender que todas estas cosas son asuntos de fe, no para ser explicadas y entendidas mediante el proceso de la razón humana y probablemente no mediante una experiencia de la ciencia física conocida.

Para abreviar, estos alumnos están preparados para entender y creer que hay un mundo espiritual; que las cosas del mundo natural no servirán para explicar las del mundo espiritual; que las cosas del mundo espiritual no pueden ser entendidas ni comprendidas por las del mundo natural; que uno no puede razonar las cosas del espíritu, porque en primera las cosas del espíritu no son suficientemente conocidas y comprendidas, y en segunda, porque la mente finita y la razón no pueden comprender ni explicar la sabiduría infinita y la verdad suprema.

Ya han comprendido que deben ser honestos, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y hacer el bien a todos los hombres, y que si “hay algo virtuoso, bello, de buena reputación o digno de alabanza, a esto aspiramos”, estas enseñanzas las han escuchado desde pequeños. Ellos deben ser animados en toda forma apropiada a hacer estas cosas que saben son verdaderas, pero no hay necesidad de un curso anual de instrucción para hacerles creer y conocerlas.

Estos alumnos plenamente sienten el vacío de las enseñanzas que querrían hacer del plan del evangelio un mero sistema de ética; saben que las enseñanzas de Cristo están en el más alto nivel ético, pero también saben que son más que eso. Ellos verán que la ética se relaciona primordialmente con los hechos de esta vida, y que el hacer del evangelio un mero sistema de ética es confesar una falta de fe, e incredulidad en el más allá. Saben que las enseñanzas del evangelio no solamente tocan esta vida, sino a la vida venidera, con su salvación y exaltación como meta final.

Estos alumnos tienen hambre y sed, tal como sus padres antes que ellos, de un testimonio de las cosas del espíritu y del más allá, y sabiendo que no se puede razonar la eternidad, buscan fe y el conocimiento que sigue a la fe. Ellos sienten mediante el espíritu que poseen, que el testimonio que buscan es engendrado y alimentado por el testimonio de otros, y que para obtener este testimonio que buscan —un testimonio vivo, ardiente y honesto de un hombre justo temeroso de Dios, de que Jesús es el Cristo y que José fue el profeta de Dios— esto equivaldría a más que mil libros y

conferencias destinados a rebajar el evangelio a un sistema de ética, o que busca razonar la infinidad.

Hace dos mil años el Maestro dijo:

“¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra?

“¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente?” (Mateo 7:9-10).

Estos alumnos, nacidos en el convenio, pueden entender que la edad y la madurez y el entrenamiento intelectual en ningún sentido son necesarios para la comunión con el Señor y con su Espíritu. Ellos conocen la historia del joven Samuel en el templo; de Jesús a los doce años confundiendo a los doctores en el templo; de José a los catorce, viendo a Dios el Padre y al Hijo en una de las visiones más gloriosas jamás desplegadas ante el hombre. Ellos son como eran los corintios, de quienes Pablo dijo:

“Os di a beber leche, y no vianda; porque aún no erais capaces, ni sois capaces todavía” (1 Cor. 3:2).

Son más bien como Pablo mismo declaró a los corintios:

“Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; mas cuando yo fui hombre, dejé lo que era de niño” (1 Cor. 13:11).

Estos alumnos al venir a vosotros están esforzándose espiritualmente hacia una madurez que alcanzarán pronto si son alimentados con el alimento adecuado. Vienen a vosotros poseyendo conocimiento espiritual y experiencia que el mundo no conoce. Eso en cuanto a vuestros alumnos y lo que ellos son y lo que esperan y en cuanto a lo que son capaces. Os estoy diciendo algunas cosas que algunos de vosotros me habéis dicho a mí y que muchos de vuestros jóvenes me han dicho.

Ahora bien, ¿puedo decir algo a vosotros los maestros?

En primer lugar, no hay ni razón ni excusa para la existencia de nuestras facilidades para la enseñanza y entrenamiento, e instituciones religiosas a menos que los jóvenes sean enseñados y entrenados en los principios del evangelio, abarcando en ellos dos grandes elementos: que Jesús es el Cristo y que José fue el profeta de Dios. La enseñanza de un sistema de ética a los alumnos no es razón suficiente para hacer marchar a nuestros seminarios e institutos. El enorme sistema de escuelas públicas enseña ética. A los alumnos de seminarios e institutos se les debe enseñar, naturalmente, los cánones comunes de una vida recta y buena, pues ellos son parte esencial del evangelio. Pero están los grandes principios involucrados en la vida eterna, el sacerdocio, la resurrección y muchos otros semejantes, que van más allá de los cánones del buen vivir. Estos grandes principios fundamentales también deben ser enseñados a los jóvenes; ya que esto es lo que los jóvenes quieren conocer primero.

El primer requisito de un maestro para enseñar estos principios, es un testimonio personal de su veracidad. Ni el número de años de estudio, ni lo que se haya estudiado, ni la cantidad de títulos obtenidos pueden reemplazar a este testimonio, el cual es el requisito absoluto del maestro en nuestro sistema de escuelas de la Iglesia. Ningún maestro que no posea un verdadero testimonio de la veracidad del evangelio tal como ha sido revelado y creído por los Santos de los Últimos Días, que tampoco tenga un testimonio de la condición de Jesús como Hijo y como Mesías, y de la divina misión de José Smith, incluyendo la primera visión, debe tener cabida en el sistema educativo de la Iglesia. Si es que existe alguno así, yo espero y ruego que no lo haya, que renuncie inmediatamente y si el Comisionado Adjunto de Educación sabe de alguno y

éste no renuncia, deberá pedirle su renuncia. La Primera Presidencia considera la necesidad de una poda.

Esto no significa que vayamos a expulsar de la Iglesia a tales maestros, no. Iniciaremos con ellos una obra de amor, con paciencia y longanimidad, para ganarlos al conocimiento al que tienen derecho los hombres y mujeres temerosos de Dios. Pero sí queremos recalcar que las escuelas de nuestra Iglesia no pueden ser equipadas con maestros que no están convertidos y que carecen de testimonio.

Mas para nosotros, maestros, la mera posesión de un testimonio no es suficiente. Además de esto debéis tener uno de los elementos más raros y preciosos de todos los elementos del carácter humano: valor moral. Pues declarar vuestro testimonio sin valor moral, servirá solamente para que llegue a los alumnos tan débil que será difícil, si es que no resulta imposible, detectarlo; y el efecto espiritual y psicológico de un testimonio débil y vacilante puede resultar realmente dañino en lugar de útil.

El maestro de seminarios o institutos que conoce el éxito, debe poseer también otro de los raros e invalorables elementos de carácter, un hermano mellizo del valor moral que a menudo se debe confundir con él; me refiero al valor intelectual, el valor de defender los principios, las creencias y la fe que no siempre se considera en armonía con el conocimiento, (científico o de algún otro tipo) aunque sus colegas creen que son ellos quienes realmente poseen el conocimiento.

No son desconocidos los casos en los que algunos hombres de supuesta fe, ocupando posiciones de responsabilidad, han sentido que por el hecho de defender su fe podrían acarrear el ridículo entre sus colegas incrédulos, y empiezan a modificar o rebajar su propia fe, y de esta manera la debilitan o aún pretenden desecharla. Los tales, son hipócritas para con sus colegas y para con sus correligionarios.

Objeto de piedad (no de burla como algunos creerían) es el hombre o mujer que teniendo la verdad y conociéndola, encuentra que es necesario repudiarla o someterse al error a fin de poder vivir entre los incrédulos sin someterse al rechazo de ellos según supone. Ciertamente trágica es la situación de este individuo pues el hecho es que tales descartes y sombras al fin acarrear los mismos castigos que su débil voluntad trató de evitar. No hay nada que el mundo valore y venero tanto, como al hombre que teniendo convicciones justas, las defiende en cualquier circunstancia; no hay nada hacia lo cual el mundo mire con más desprecio que al hombre que siendo poseedor de convicciones justas las abandona, se libera de ellas o las repudia. Para cualquier Santo de los Ultimos Días que es sicólogo, químico, físico, geólogo, arqueólogo o que está en cualquier otra rama de la ciencia, explicar o malinterpretar, o evadir y eludir, o lo que es más, repudiar o negar los grandes principios fundamentales de la Iglesia en la que profesa creer, es dar la mentira al intelecto, es perder su propio respeto, es traer pesar sobre sus amigos, es destrozar el corazón y acarrear vergüenza sobre sus padres, es ensuciar a la Iglesia y a sus miembros, es traicionar el respeto y el honor de aquellos a quienes ha buscado, por su curso, para ganar como amigos y ayudantes.

Espero y oro fervientemente, para que no haya tales entre los maestros del sistema educativo de la Iglesia, pero si los hay, no importa dónde, deben recorrer la misma ruta del maestro sin testimonio. El fingimiento, el pretexto, la evasión y la hipocresía no debe ni tiene lugar en el sistema educativo de la Iglesia, ni en el desarrollo del carácter y crecimiento espiritual de nuestros jóvenes.

Otro aspecto que debe ser vigilado en nuestras instituciones es este: No debe permitirse que haya hombres que mantengan posiciones de confianza espiritual, que

no estando convertidos busquen desviar las creencias, educación y actividades de nuestros jóvenes y de nuestros adultos del camino que deben seguir, hacia otros senderos de educación, creencias y actividades, que (aunque llevando hacia donde el incrédulo querría ir) no nos llevan a los lugares donde el evangelio nos llevaría. Que esto obre como bálsamo para la conciencia del incrédulo que dirige, no tiene importancia. Es la más burda traición a la confianza; y hay demasiada razón para pensar que ha sucedido.

Deseo mencionar otra cosa que ha sucedido en otros aspectos, como advertencia para que no suceda lo mismo en el sistema educativo de la Iglesia. En más de una ocasión nuestros miembros han ido a otros lugares para recibir entrenamiento en campos particulares; han tenido el entrenamiento que se supone es la última palabra, el punto de vista más moderno; luego lo han traído y lo han dosificado sobre nosotros sin ponerse a considerar si lo necesitamos o no. No quiero mencionar casos conocidos respecto a esto, ya que no me gustaría herir sentimiento alguno.

Pero antes de ensayar con nuevas ideas en cualquier campo del pensamiento, de la educación, de la actividad o de lo que sea, los expertos deberían detenerse un momento y considerar que a pesar de que consideren que estamos muy atrasados en algunas cosas, en otras estamos muy adelantados, y por lo tanto estos métodos nuevos tal vez sean viejos, si es que ya no son del todo obsoletos.

Cualquier asunto que se relacione con la vida en la comunidad y con la actividad en general, a la diversión y entretenimiento limpios del grupo social, y a la adoración y actividad religiosa cuidadosamente dirigida, a la espiritualidad positiva y bien definida que fomente la fe, a la religión práctica de cada día, la religión real, a un deseo firme y a la necesidad agudamente sentida de fe en Dios, vamos en marcha a la cabeza de la humanidad. Antes de hacer un esfuerzo para inocularnos con nuevas ideas, los expertos deberían tener la bondad de considerar si los métodos usados para fomentar el espíritu comunal o para establecer actividades religiosas entre grupos que son decadentes y tal vez muertos en cuanto a estas cosas, son suficientemente aplicables a nosotros y si su esfuerzo por imponerlos sobre nosotros no es más bien un anacronismo crudo y burdo.

Por ejemplo, aplicar a nuestros jóvenes religiosamente alertas y con una mente inclinada a lo espiritual, un plan dirigido a enseñar religión a la juventud no teniendo interés o preocupación en asuntos del espíritu, no solamente fracasaría en satisfacer nuestras necesidades religiosas presentes, sino que tendería a destruir las mejores cualidades que nuestros jóvenes poseen.

Ya he indicado que nuestros jóvenes no son espiritualmente unos niños; ellos marchan bien hacia la madurez espiritual normal del mundo. Tratarlos como niños espiritualmente, tal como el mundo podría tratar a otro grupo de jóvenes de la misma edad, es, por lo tanto, un anacronismo. Digo una vez más que hay muy pocos jóvenes que pasan por las puertas de vuestros seminarios e institutos que no hayan sido los beneficiarios Conscientes de bendiciones espirituales, o que no hayan visto la eficacia de la oración, o que no hayan sido testigos del poder de la fe para sanar enfermos, o que no hayan percibido las manifestaciones espirituales que el mundo en su mayoría ignora. Vosotros no tenéis que ubicaros detrás de estos jóvenes con experiencia espiritual, a fin de susurrar religión en sus oídos; podéis ubicaros delante de ellos, cara a cara, y hablar con ellos. No tenéis necesidad de disfrazar las verdades religiosas con un manto de cosas mundanas; podéis presentarles estas verdades naturalmente. Tal vez los jóvenes demuestren que no les temen más de lo que les teméis vosotros. No

hay necesidad de encaramientos graduales, ni cuentos, ni mimos, ni apadrinamientos u otro recurso infantil usado en los esfuerzos para hacerse entender por aquellos que no tienen experiencia espiritual y que están espiritualmente muertos.

Maestros, vosotros tenéis una gran misión. Como maestros os encontraréis en el pico más alto de la educación, porque ninguna otra enseñanza puede compararse en valor inapreciable y en efecto de tan largo alcance con aquella que tiene que ver con el hombre como fue en la eternidad de ayer, tan largo alcance como es en la mortalidad de hoy y como será en el para siempre de mañana. Vuestro campo no es solamente el tiempo sino la eternidad. No sólo vuestra salvación, sino la de aquellos que entran a los confines de vuestras aulas. Esa es la bendición que vosotros buscáis y la cual, haciendo vuestra obra, lograréis. ¡Cuán brillante será vuestra corona de gloria, con cada alma salvada habrá una joya engarzada en ella!

Pero para alcanzar esta bendición y para ser coronado así, debéis, lo digo una vez más, debéis enseñar el evangelio. No tenéis Otra función y no tenéis otra razón para vuestra presencia en el sistema educativo de la Iglesia.

Tenéis interés en asuntos puramente culturales y en asuntos de conocimiento puramente secular; pero, repito otra vez a fin de dar énfasis, vuestro interés principal y casi vuestro único deber es enseñar el evangelio del Señor Jesucristo tal como ha sido revelado en estos los últimos días. Vosotros debéis enseñar este evangelio usando como fuente y autoridad los libros canónicos de la Iglesia y las palabras de aquellos a quienes Dios ha llamado para dirigir a su pueblo en esta época. Vosotros no debéis, no importa la posición que ocupéis, introducir en vuestro trabajo vuestra propia filosofía particular, no importa cuál sea su origen o cuán agradable o racional os parezca. . . Hacerlo sería tener muchas iglesias diferentes, tantas como seminarios, y eso produciría un caos.

No debéis, no importa la posición que ocupéis, cambiar los principios de la Iglesia ni modificarlos según son declarados en los libros canónicos de la Iglesia y por aquellos cuya autoridad es declarar la voluntad e intención del Señora la Iglesia. El Señor ha declarado que El es “el mismo ayer, hoy y para siempre” (D. y C. 20:12).

Os insto a no caer en ese error infantil, tan común ahora, de creer que meramente porque el hombre ha ido tan lejos en el dominio de las fuerzas de la naturaleza, doblegándolas para su propio uso, las verdades del espíritu han sido cambiadas o transformadas. Es un hecho vital y significativo que la conquista de las cosas del espíritu por parte del hombre no ha marchado a la par de su conquista en las cosas materiales. Todo lo opuesto parece ser la realidad. El poder que el hombre tiene para razonar no ha igualado su poder para suponer. Recordad siempre y guardad como un tesoro, la gran verdad de la oración de: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y Cristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Esta es una verdad suprema; también lo son todas las verdades espirituales. Ellas no son cambiadas por el descubrimiento de un elemento nuevo, ni por el acortamiento de unos pocos segundos, minutos u horas en un record de velocidad.

Vosotros no debéis enseñar las filosofías del mundo, antiguas o modernas, paganas o cristianas, pues ese es el campo de las escuelas públicas. Vuestro único campo es el evangelio y ese es sin límites en su propia esfera.

Nosotros pagamos impuestos para sostener aquellas instituciones estatales cuya función y obra es enseñar las artes, las ciencias, la literatura, historia, idiomas, etc., hasta completar todo el curso secular, de modo que estas instituciones deben hacer

esta obra; pero usamos los diezmos de la Iglesia para llevar adelante el sistema de escuelas de la Iglesia y ellas reciben una encomienda santa. Los seminarios e institutos de la Iglesia deben enseñar el evangelio.

Al declarar así esta función una y otra vez, con tanta insistencia como lo he hecho, se aprecia plenamente que la realización de la función puede involucrar el asunto del tiempo otorgado para estudios religiosos, concedido por las escuelas públicas a los seminarios e institutos de la Iglesia en los Estados Unidos. Pero nuestro curso es claro, y si no podemos enseñar el evangelio, la doctrina de la Iglesia y los libros canónicos, todo ello en el “tiempo otorgado” en nuestros seminarios e institutos, entonces debemos enfrentar la posibilidad de no preocuparnos del “tiempo otorgado” y de elaborar otro plan para llevar adelante la obra del evangelio en esas instituciones. Si elaborar algún otro plan fuera imposible, enfrentaremos el abandono de los seminarios e institutos y el regreso a los colegios y academias de la Iglesia. A la luz de los acontecimientos, no hemos tenido necesidad de dejar a éstos; estamos justamente sobre este punto, es decir, que no nos sentiremos justificados en usar ni un centésimo más del fondo de diezmos para el mantenimiento de nuestros seminarios e instituciones a menos que ellos puedan ser usados para enseñar el evangelio en la forma prescrita. El diezmo representa demasiado esfuerzo, demasiada negación personal, demasiado sacrificio, demasiada fe, como para ser usado para la instrucción de los jóvenes de la Iglesia en ética elemental. Esta decisión y situación deben ser enfrentadas cuando se considere el próximo presupuesto. Al decir esto, estoy hablando por la Primera Presidencia.

Todo lo que se ha dicho en relación al carácter de la enseñanza religiosa y a los resultados que se obtienen cuando se fracasa en enseñar adecuadamente el evangelio, se aplica con igual fuerza a los seminarios, a los institutos y a cualquier otra institución educativa que pertenezca al sistema educativo de la Iglesia.

La Primera Presidencia solicita fervientemente la ayuda sincera y la cooperación de todos vosotros, ya que conocéis tan bien la grandeza del problema que enfrentamos y que afecta tan íntimamente la salud espiritual y la salvación de nuestros jóvenes, así como el bienestar futuro de toda la Iglesia. Os necesitamos, la Iglesia os necesita, el Señor os necesita. No os refrenéis ni neguéis la mano de ayuda.

Para terminar, deseo rendir tributo humilde y sincero a los maestros. He tenido que pagar mis propios gastos de estudio, tanto de secundaria, preparatoria y universidad, sé de la dificultad y el sacrificio que esto demanda; pero sé también del crecimiento y satisfacción que viene cuando llegamos al final. De manera que aquí estoy con un conocimiento de cuantos, posiblemente la mayoría de vosotros, habéis llegado a vuestro estado presente. Durante algún tiempo traté, sin mucho éxito, de enseñar en la escuela, de manera que también conozco los sentimientos de aquellos que no alcanzamos el primer grado y debemos quedar en los más bajos. Conozco la compensación monetaria actual que obtenéis y cuán pequeña es, —demasiado, demasiado pequeña, y deseo desde lo profundo de mi corazón que pudiéramos hacerla mayor, pero la salida de fondos de la Iglesia es tan grande para el campo de la educación, que honestamente debo decir que no hay perspectiva inmediata de mejoramiento. Nuestro presupuesto para este año escolar es de \$860,000 (dólares), casi el diecisiete por ciento del total calculado para el funcionamiento de toda la Iglesia, incluyendo la administración general, gastos de estacas, barrios, ramas, misiones y para todos los fines, incluyendo el bienestar y caridades. Ciertamente, desearía sentirme seguro de que la prosperidad de la gente fuera lo suficiente como para que

todos pagaran suficientes diezmos con el fin de mantenernos marchando en mejor forma en lo que estamos haciendo.

De manera que rindo tributo a vuestra aplicación, a vuestra lealtad, a vuestro sacrificio, a vuestra dedicada ansiedad de servir en la causa de la verdad, a vuestra fe en Dios y en su obra, y a vuestro sincero deseo de hacer las cosas que nuestro líder ordenado y Profeta quiere que hagáis. Y os imploro que no cometáis el error de desechar el consejo de vuestro líder, de fracasar en efectuar su deseo, o de rehusar seguir su dirección. David, el de la antigüedad, cortando en secreto solamente el borde de la túnica de Saúl, expresó el grito de un corazón herido: “Jehová me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido de Jehová, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido de Jehová” (1 Samuel 24:6).

Que Dios os bendiga en vuestros justos esfuerzos; que El avive vuestro entendimiento, aumente vuestra sabiduría, os ilumine mediante la experiencia, y os conceda paciencia, caridad y, como entre vuestros más preciosos dones, os invita con el discernimiento de espíritu para que ciertamente conozcáis el espíritu de rectitud y el que se le opone, según vengan a vosotros; que El os dé entrada a los corazones de aquellos a quienes enseñáis y luego os haga saber que al entrar allí estáis en lugares santos que no deben ser contaminados ni manchados sea por doctrina falsa o corrupta o por hechos pecaminosos; que El enriquezca vuestro conocimiento con la habilidad y el poder de enseñar la rectitud; que vuestra fe y vuestro testimonio aumenten, y también vuestra habilidad para animar y fomentar en otros a fin de que crezcan más cada día... todos los jóvenes de Sión puedan ser enseñados, fortalecidos, animados, consolados, para que no caigan al lado del camino sino que sigan hacia la vida eterna y que en estas bendiciones que vengan a ellos mediante vosotros, vosotros seáis así bendecidos en ellas. Y ruego todo esto en el nombre de El, que murió para que nosotros vivamos, el Hijo de Dios, el Redentor del mundo, Jesucristo. Amén.